

DIANNA M. MARQUÈS

LA ROSA DE
INVIERNO



1

Erinn

Apoyó la cabeza contra la cristalera de la ventana del autocar y se dejó hipnotizar por las luces de los coches que, en dirección contraria, iluminaban como veloces y efímeras luciérnagas la autopista.

Poco se pensaba Erinn que emprendería un viaje a Escocia ella sola, gastando sus últimos ahorros, al igual que poco creía que no fuera a vivir lo suficiente para cumplir los veintidós años.

Una imagen muy clara se proyectó en su mente, la del día en que, lamentablemente y tras haber pasado seis meses de malestar, pruebas y miedo, su doctor la llamó a su consulta para darle la terrible noticia de que un avanzado cáncer había puesto una fecha muy cercana para su muerte.

Su primera reacción fue la más normal, la negación.

Aún en estado de shock, Erinn le había pedido a su doctor que revisara las pruebas, puesto que en su familia no había antecedentes y ella siempre había cuidado su alimentación y sus hábitos. Lamentablemente, el resultado no varió.

Tras aquello, Erinn entró en una fase completamente opuesta a su modo de ser, sumergiéndose en una espiral de autodestrucción que la hizo dejar sus estudios en la universidad de arte de Brighton y alejarse de sus pocos amigos.

A pesar de todo, y aferrándose a lo único que sabía a ciencia cierta que debía mantener, siguió trabajando en la pequeña tienda de antigüedades y restauración que le había dejado su abuelo en herencia antes de morir dos años atrás.

Aislada mentalmente de todo y de todos, Erinn se centró en trabajar restaurando pequeños objetos de coleccionista, muebles y, ocasionalmente, algún cuadro dañado por el paso del tiempo o por un propietario descuidado.

Sonrió sin humor al recordar lo que la había llevado a subirse, sin pensar demasiado, a aquel autocar rumbo a Edimburgo.

Apenas un mes antes, una adorable anciana de cabello blanco con algún mechón pelirrojo y amables ojos azules, había irrumpido en la tienda de Erinn con un lienzo mediano, envuelto en papel de embalar y que la hacía moverse con dificultad.

Erinn sonrió al ver como depositaba con cariño el lienzo sobre el mostrador y le sonreía llenando de afables arrugas su rostro que aún mantenía vestigios de un pasado donde, sin duda, había sido una gran belleza.

—Buenos días, querida —resopló la mujer, mientras recolocaba su abrigo y un collar con una rosa de aspecto celta.

—Buenos días —sonrió—. ¿En qué puedo ayudarla?

La anciana palmeó el paquete.

—Verás querida, una prima hermana ha heredado unas propiedades en el norte y me ha hecho llegar este cuadro que, lamentablemente, está en un estado más que deplorable.

Erinn asintió con la cabeza y miró hacia el mostrador.

—¿Me permite?

—Por supuesto.

Con delicados movimientos, como si el lienzo pudiera romperse en millones de fragmentos

con un solo golpe, Erinn abrió el envoltorio, dejando expuesto el retrato de un hombre vestido con lujosas ropas y joyas que, apoyándose en una columna, miraba a lo lejos mientras una luz anaranjada, como si fuera de una puesta de sol, enmarcaba sus facciones.

—¿Tan malo es? —se lamentó la mujer.

—¿Disculpe?

—Por la cara que has puesto, parece no tener remedio.

Erinn sonrió con cordialidad y se sintió bien. Hacía semanas que no sonreía.

—Estas manchas de humedad no me preocupan mucho y los desconchones de pintura de esta esquina creo que tendrán una fácil solución.

—¿Entonces?

Ella miró a la mujer, que enarcaba las cejas divertida.

—¿Entonces? —repitió Erinn confusa.

—¿A qué ha venido esa cara de asombro?

Por un instante, Erinn se observó desde los ojos de su clienta y algo similar a un leve rubor tiñó sus pálidas mejillas.

—Perdone, no pretendía... es que este caballero es...

—Fascinante —la anciana sonrió—. Era mi trazarabuelo. Durante seis generaciones de MacAdams, no ha habido una sola doncella que no suspirara al ver el retrato, así que no te disculpes preciosa.

Erinn volvió a tapar el cuadro con su envoltorio y sonrió.

—Se nota que es una pieza muy importante para su familia, así que no se preocupe, lo restauraré y quedará como nuevo —Sacó de debajo del mostrador una tarjeta blanca y una pluma—. Si es tan amable de apuntarme su teléfono de contacto, la avisaré cuando termine.

—Perfecto —sonrió mientras escribía con una caligrafía delicada—. Listo.

La anciana sacó un par de guantes blancos de su bolso y se los colocó con agilidad.

—Gracias por todo, señora... —Miró la tarjeta—. MacAdam.

—A ti, preciosa.

Sin decir nada más, la mujer salió de la tienda y la puerta, al cerrarse tras ella, hizo sonar una campanilla de latón.

Durante los siguientes días, Erinn se centró única y exclusivamente en la restauración de aquel lienzo en particular. Limpiando las manchas de la piel del hombre, restaurando las esquinas dañadas por el paso del tiempo y dejándose hipnotizar por algo que tenían los ojos de aquel retrato. El artista lo había plasmado con tal precisión, que cada una de las manchas grises de sus iris eran visibles bajo la lupa que Erinn usaba.

Tras una semana de delicado trabajo, el cuadro se encontraba en unas condiciones perfectas y, a pesar de que ella se negaba a separarse de él, era la hora de llamar a su propietaria.

Una hora antes de que la señora MacAdam se presentara a por su antigüedad, Erinn, movida por un acto impulsivo, sacó su teléfono móvil y, encuadrando a la perfección el lienzo, sacó una fotografía. Al fin y al cabo, ¿qué importaba a aquellas alturas su nivel de profesionalidad? En unos pocos meses estaría criando malvas y, si no se saltaba ligeramente sus normas ahora, nunca lo haría.

Cuando la anciana entró en la tienda, Erinn le sonrió, cogiendo el lienzo envuelto en papel de burbujas y poniéndolo con delicadeza sobre el mostrador.

—Buenas tardes, señora MacAdam.

—¡Oh, querida! —se lamentó acercándose a ella—. ¿Estás bien? Estás muy pálida y ojerosa. Espero que no sea a causa del trabajo que te ha dado el cuadro.

Erinn agitó cordialmente su cabeza, haciendo que su larga melena ondulada serpenteara a lo largo de sus brazos.

—No se preocupe, estoy bien —mintió. Especialmente, aquella mañana se había encontrado realmente mal.

—¿Seguro? —La mujer escrutó los ojos azules de Erinn—. Una creería que tienes hasta fiebre.

—No se preocupe, de verdad —La mujer hizo una mueca y miró el lienzo—. ¿Quiere verlo?

—Lo estoy deseando.

Ante los ojos de la anciana, apareció la imagen de su antepasado, que parecía haber resurgido del lienzo, representado con tonalidades limpias y brillantes. Los colores azul, verde y blanco de los cuadros del kilt la hicieron soltar un suspiro, orgullosa de la representación de su clan familiar.

—Querida, has hecho un trabajo excelente.

—Me alegra oír eso —sonrió antes de que un ataque de tos la hiciera ahogarse en pocos segundos.

—¡Cielo santo, criatura! Estás enferma, sin duda.

Aquel calificativo hizo que Erinn se hundiera en un instante en un pozo profundo lleno de tristeza, haciendo que su sensibilidad le jugara una mala pasada llenando sus ojos de lágrimas.

—Llévese el cuadro —su voz sonó rota—. Ya me pagará en otro momento.

La anciana posó una de sus manos sobre la de Erinn.

—He visto antes esa mirada a caballo entre el miedo y la desolación —soltó un leve suspiro—. Querida, dime que es una gripe lo que tienes.

Ante los sinceros y cordiales ojos de aquella mujer, Erinn destruyó todos los muros que había levantado para aislarse del mundo y sollozó.

Necesitaba desahogarse.

—Me estoy muriendo —balbuceó—. No se puede hacer nada, los médicos no me dan garantías sobre ningún tratamiento, así que...

Con pasos rápidos, la señora MacAdam pasó tras el mostrador y abrazó a Erinn, que se convulsionaba entre amargas lágrimas.

—Dios mío, pobre chiquilla, eres muy joven —Le acarició su cabello azabache—. ¿Dónde están tus padres?

Ella se pasó las manos por los ojos, obligándose a serenarse.

—Soy huérfana desde los ocho años y la única familia que me quedaba era mi abuelo que, lamentablemente, falleció hace poco.

La anciana se llevó las manos al pecho, sintiendo el dolor de Erinn y su desgracia como propia.

—Mi pobre niña —Le acarició la cara antes de ofrecerle un elegante pañuelo bordado—. Deberías salir a vivir tus últimas experiencias.

Erinn negó con la cabeza. Aunque en cierto punto pensó en terminar sus días viviendo de fiesta en fiesta, borracha y disfrutando de todo aquel chico que fuera mínimamente atractivo, había descartado la idea en cuanto se le ocurrió. Ella jamás había sido así, disfrutaba encerrada en su estudio entre productos químicos y pinturas para restaurar obras de arte y la soledad siempre había sido su mejor amiga.

—Prefiero terminar mis días haciendo lo que más me gusta —Miró hacia el cuadro, donde el hombre parecía sonreír levemente.

La anciana siguió su mirada y sonrió.

—¿Las antigüedades y el arte es lo que te hace feliz?

—Sí, todo lo que contenga una historia y cientos de años me fascina.

—¿Castillos? —Ella asintió—. Debes viajar a Escocia. ¿Has estado ya?

—No —suspiró—. Entre mi abuelo, la tienda y la carrera, no he tenido mucho tiempo para salir de Brighton.

La señora MacAdam rebuscó algo en su bolso y la miró con una brillante sonrisa.

—Llama a mi sobrina Adeline, tiene una agencia de viajes. Dile que llamas de mi parte y te hará un buen descuento —Le puso la tarjeta entre las manos y las apretó con cariño—. Disfruta de lo que te queda, preciosa. Te lo mereces.

Una lágrima silenciosa se deslizó por la descolorida mejilla de Erinn, mientras se removía en el asiento del autocar. Le debía mucho a aquella anciana que, sin saberlo, estaba a punto de cambiarle la vida.

Bostezó y miró la pantalla de su móvil para comprobar las horas que aún le quedaban de viaje. Allí, de fondo de pantalla, el atractivo pelirrojo de ojos grises, vestido con su kilt y con su postura dominante, pareció sonreírle.

Él sería su único acompañante en su último viaje.

2

Edimburgo

Se levantó un tanto aturrida y paró la alarma de su móvil que sonaba con insistencia. Con pasos lentos, descorrió las gruesas cortinas y miró por la ventana, entrecerrando los ojos y dejando que, poco a poco, se acostumbraran a la luz gris que los cegaba. En segundos, la ciudad de Edimburgo se definió ante ella, cubierta por una fina neblina que le daba un toque mágico. La noche anterior era un leve recuerdo para Erinn ya que, nada más bajar de su autocar, el guía les había llevado a su hotel donde, tras repartir las llaves a los pocos asistentes a aquel viaje organizado, desapareció.

Meneó la cabeza olvidando lo sucedido, mientras rebuscaba en su maleta abierta, y un poco revuelta, la bolsa con sus medicinas.

Necesitaba un analgésico.

Una hora más tarde, y aún preguntándose que hacía ella allí, entró en el comedor del hotel donde una mesa larga con una banderola de la agencia de viajes de la sobrina de la señora MacAdams, le indicó dónde sentarse. Varios ancianos la miraron al pasar, dedicándole sonrisas y saludos. Erinn se sentó frente a una pareja joven que se hacían carantoñas y caricias, mientras miraban unas brillantes alianzas en sus dedos.

—Mira, Paul —murmuró la chica posando sus ojos en Erinn—. No son todo jubilados.

Erinn la miró sonriendo levemente y la chica pareció encantada.

—¡Hola! —comentó él—. Somos Paul y Savannah.

—Hola, yo soy Erinn —Sonrió a un camarero que le sirvió un café.

—¿Has venido con tu marido? —comentó Savannah antes de morder una tostada.

Erinn soltó el aire lentamente e intentó ser cordial y amable, aunque no le apetecía mucho hacer amigos a aquellas alturas de su vida.

—No, he venido sola.

—¡Vaya! ¡Qué valiente! —murmuró Paul—. No me malinterpretes, pero no es habitual que una mujer viaje sola.

—Últimamente, he tenido que serlo —murmuró más para sí que para mantener una conversación.

Savannah hizo una mueca al no comprender lo que murmuraba Erinn pero, antes de que pudiera satisfacer su curiosidad, un joven rubio de ojos verdes, vestido con un traje azul marino, se sentó junto a ellos justo en la presidencia de la mesa.

—¡Buenos días! —Todos los comensales le miraron entre sonrisas y saludos—. Dentro de media hora, emprendemos nuestra primera visita al castillo de Edimburgo y un paseo por la Royal Mile.

Un par de ancianos con ganas de diversión empezaron a aplaudir, mientras otros levantaban sus copas llenas de zumo.

Erinn sonrió sin pensarlo.

—Para aquellos que ayer estaban demasiado agotados a causa del viaje en autocar —le guiñó el ojo a Erinn—. Me llamo Vergil y seré vuestro guía en este viaje.

De nuevo, los ancianos vitorearon y en esta ocasión Paul y Savannah se les unieron.

Agotada, se quitó los zapatos y se sentó en la cama, cerrando los ojos y rememorando la cantidad de maravillas que había visto en un solo día. Las preciosas vistas desde el castillo, el ambiente de la *Royal Mile* y la divertida visita a una destilería, donde uno de los afables ancianos de su grupo, se había pasado tomando muestras de whisky, cosa que le llevo a pasarse el resto de la tarde cantando y haciendo bromas con todo aquel que se cruzaba con ellos.

Sonrió. Su grupo era tan animado y divertido, que le era fácil pasar desapercibida, cosa que le encantaba.

Unos ligeros golpes en su puerta la hicieron incorporarse y salir de sus pensamientos.

—¿Quién es?

—Erinn, soy Vergil —la voz del chico sonó amortiguada tras la puerta.

Algo reticente, abrió con deliberada lentitud.

—Hola, ¿pasa algo?

—No, no, tranquila —sonrió—. Es que se me había olvidado que tengo algo para ti, y si no te lo doy, la tía de mi jefa es capaz de hacer que me despidan.

—¿La tía de tu jefa? —Ella pensó un instante—. ¿La señora MacAdam?

Vergil rebuscó algo en el bolsillo interior de su americana hasta dar con un pequeño paquete cuadrado.

—La misma —Le tendió el paquetito—. Aquí tienes.

Erinn lo cogió con cuidado y lo examinó sin abrirlo. Estaba envuelto con papel de embalar marrón y cuerda, de la misma manera que el cuadro que en su día la anciana le llevó.

—¿Te encuentras bien? —Ella dejó de mirar el paquete y puso los ojos en blanco. Odiaba aquella pregunta—. Perdona, no quería molestarte, es sólo que me advirtieron de que tú... de tu situación. Ya sabes, por si en algún momento necesitabas atención médica.

Los ojos azules de Erinn brillaron con una chispa de furia.

—Tranquilo, no pienso morirme... aún —rugió.

Él frunció los labios mirando al suelo y, al instante, ella se sintió mal.

—Lo siento.

—No, perdona —suspiró—. Normalmente no soy tan estúpida, es sólo que todo el mundo es...

—Tranquila, sólo lo sé yo —Los ojos verdes de Vergil la miraron sinceros—. Debe ser una mierda de situación y la compasión no debe ayudar.

—No, no mucho. Sólo quiero sentirme normal.

Él sonrió ampliamente.

—En eso puedo ayudarte —Miró hacia ambos lados del pasillo—. La pareja de recién casados me ha convencido para que les lleve a un tour nocturno y privado a los callejones subterráneos, los vejates del grupo no saben nada, es algo... extraoficial. ¿Te apuntas? Será divertido, os contaré historias de fantasmas y misterios de Edimburgo.

Ella le miró mientras él ponía una cara extraña intentando parecer misterioso.

—Está bien, me apunto.

—Perfecto —le guiñó un ojo—. En quince minutos en el hall.

Tras un breve saludo, Vergil desapareció por el pasillo enmoquetado y Erinn cerró la puerta. Al volver a la tranquilidad de su habitación, sus ojos volvieron a examinar el pequeño paquete y, sin pensarlo dos veces, lo abrió con cuidado. Ante ella, apareció una cajita de madera tallada con motivos florales. Antes de abrirla, pasó la yema de sus dedos por cada uno de los bajorrelieves, disfrutando de cada detalle. Apenas unos minutos después, la abrió y contuvo la respiración al ver su contenido. Un colgante de plata igual que el que llevaba la señora MacAdam, estaba

cuidadosamente colocado sobre un papel doblado en un pequeño cuadrado. Algo sobrecogida, leyó la nota escrita con una pulcra caligrafía.

Mi querida niña,

Disfruta cada uno de los instantes de tu vida, sea larga o corta, no la desperdicies y, aunque algo te parezca imposible, si crees en ello, lucha para conseguirlo.

Te hago llegar una reliquia familiar, porque sé que nadie mejor que tú la apreciará, es el símbolo de mi Clan, la Rosa de Invierno, una curiosa flor que nace en las montañas de las tierras altas de Escocia, desafiando a la propia naturaleza y floreciendo en la estación más dura. Sé como ella, mi preciosa Erinn, y florece en el invierno de tu vida.

Siempre tuya, M.

Abrumada, Erinn cogió la joya mientras enfocaba su vidriosa mirada para definir la flor que, dentro de un círculo de plata, se abría entre filigranas brillantes. Engarzada en uno de sus pétalos, había una pequeña piedra grisácea que emitía delicados destellos de luz.

Sin dudarlo, se puso el colgante mirando su reflejo en el espejo que había junto a su armario y sonrió animada. Se pasó la mano por el largo cabello acomodando sus ondas negras y, tras ponerse de nuevo las botas y coger su abrigo, salió en dirección al hall.

Cuando Savannah la vio, llegar soltó un pequeño grito de emoción y se colgó del brazo de su marido animada, mientras los cuatro se adentraban entre las callejuelas de Edimburgo camino al misterioso y antiguo callejón subterráneo.

Vergil la miró con un brillo extraño en sus ojos verdes y, sin saber por qué, Erinn enrojeció.

Unos minutos más tarde, llegaron a un elegante edificio de piedra marronosa, donde un cartel diseñado para atraer a los turistas daba la bienvenida al *Mary King's Close*.

Emocionados, Paul y Savannah se adentraron seguidos de Vergil que, tras asegurarse de que Erinn entraba, cerró la puerta tras ellos.

—Bueno, ¿estáis preparados para entrar en las profundidades de Edimburgo?

—Por supuesto —comentó Paul.

—¿Para qué usaban esto? —murmuró Savannah mirando una maqueta de los pasadizos subterráneos de la ciudad.

Vergil aclaró su garganta dispuesto a hacer su trabajo.

—En el siglo XVII, los habitantes más pobres de la ciudad vivían y trabajaban aquí. Dicen las leyendas, que muchos de ellos fueron olvidados en estos pasadizos después del brote de peste que asoló la ciudad. Incluso se cree que tapiaron este callejón, encerrándolos vivos para que murieran, pero en realidad...

—¿Sabes historias de los fantasmas de este lugar? —Savannah puso los ojos como platos emocionada.

—Claro —murmuró Vergil mientras bajaban por unas escaleras de madera—. El más famoso es el de Annie, una niña abandonada por sus padres tras contraer la peste y encerrada aquí. Dicen que se la oye llorar porque perdió a su muñeca.

Paul fingió un escalofrío mientras, cogiendo de la mano a Savannah, se adelantaban unos pasos.

Erinn llenó de aire sus pulmones. El olor a humedad y la oscuridad del lugar la invadieron de repente transportándola a una época muy cruda para algunos. La oscuridad lo gobernaba todo y la temperatura había descendido notablemente.

—¿De verdad encerraron a cientos de personas aquí? —murmuró Erinn mientras sus ojos se acostumbraban a la poca luz.

—No, son sólo rumores, en realidad se cree que se organizaron muy bien para combatir la peste, pero al no saber que provenía de las pulgas les fue difícil luchar contra ella.

Ella sonrió.

—Sí, ya sabía lo de las pulgas.

—¿Lo sabías?

Erinn sonrió, dando un nuevo paso por una rampa de piedra desgastada que se adentraba por una estrecha calle pero, justo antes de decirle que ella era una amante de la historia, resbaló. Vergil la cogió de la cintura impidiendo que se cayera y las mejillas de Erinn se volvieron sonrosadas.

—Gracias —Se apartó de él de un respingo y se acomodó la chaqueta.

—Estas viejas calles son un poco traicioneras, ve con cuidado.

Ella sonrió avergonzada, mientras un calor repentino subía por su estómago.

—Lo haré.

A pocos metros de ellos, la pareja de recién casados aprovechaba cada rincón, cada escenario y cada objeto antiguo, para hacerse selfies que, al instante, revisaban y comentaban animados.

Erinn puso los ojos en blanco. Aquel lugar era digno de ser respetado. Claro que estaba bien tomar fotografías y comportarse como un turista, pero había que respetar lo que sus muros contaban. Historias tristes, dramáticas y muy oscuras.

Cuando llegaron a la habitación de Annie, donde cientos de peluches y muñecos que llevaban los visitantes como tributo a la niña fantasma, se agolpaban sobre un baúl, Paul se lanzó sobre una figura de cera que representaba a la pequeña y empezó a hacerse fotos. Vergil, algo molesto con el comportamiento infantil de la pareja, se acercó a ellos para, con educación, pedirles que respetaran el lugar.

Moviendo la cabeza, Erinn emprendió el camino sola, dejándoles atrás mientras permitía que el silencio y la solemnidad del ambiente calaran en su alma que, poco a poco, se empapó de las historias que contaban las piedras de los muros del callejón. Al llegar a una calle empinada, flanqueada por pequeños comercios excavados en la roca y en cuyo techo colgaban ropajes antiguos como si alguien hubiera hecho la colada, dejó que su mano acariciara el relieve rocoso de una de las paredes, mientras sus ojos se fijaban en el interior de una oscura tienda, llena de botellas y pieles.

Un leve mareo hizo que los ojos de Erinn se desenfocaran un instante, para ver como una de las velas del interior del lugar titilaba con más luz. De entre las sombras del comercio, aparecieron tres hombres, uno de raza negra vestido con ropajes harapientos, y los otros dos, vestidos con sombreros calados hasta los ojos y capas oscuras, una negra y otra verde. Erinn miró hacia todos los lados, pero estaba sola. Se frotó los ojos con insistencia, estaba claro que era una representación teatral para los visitantes, pero algo en su vista no estaba bien, ya que sólo uno de los hombres, el de la capa verde, era claramente visible para ella, mientras que los otros dos, estaban algo desenfocados. Podía definir a grandes rasgos cómo eran, pero le era imposible ver sus rostros.

—¡Sabes que conseguiré que se aplique la ley! No te preocupes, serás libre —murmuró el hombre de la capa verde dirigiéndose al esclavo.

Erinn se quedó petrificada al escuchar aquella voz. Al instante, el otro hombre se lanzó sobre él, haciendo que su capa negra se hinchara y, con un certero movimiento, le cortó el cuello. Como si pesara una tonelada, aquel misterioso hombre se desplomó sin sentido, llenando el suelo

de un charco de sangre espesa y oscura, muy oscura. El sombrero había salido disparado, casi hasta llegar a Erinn, que se quedó sin aliento, sin poder dejar de mirar cómo aquel desconocido de cabello rojizo oscuro perdía la vida ante ella.

Aturdida, se dejó caer sobre el suelo, llevándose las manos a la cara.

—¡Erinn! —La voz de Vergil sonó cercana—. ¿Estás bien?

Ella abrió los ojos algo vidriosos y miró el rostro del chico, que la miraba preocupado.

—Sí, es sólo que esos actores... —Dirigió una discreta mirada a la tienda, pero allí no había nadie—. Ha sido de mal gusto.

Vergil miró hacia donde ella lo hacía y frunció el ceño.

—¿Actores?

—Sí, acaban de representar un asesinato, y supongo que me ha pillado desprevenida, me he dejado llevar por la historia de este lugar y he exagerado. Perdona.

Ella se puso en pie, bastante avergonzada.

—¿Qué has visto?

—Bueno, creo que mi medicación me ha jugado una mala pasada, porque no he podido enfocar mis ojos del todo —miró al cielo consternada—. He visto como asesinaban a un hombre pelirrojo que, al parecer, quería defender a un esclavo negro.

Él puso una mano en el hombro de Erinn, que al instante sintió un desagradable escalofrío.

—¿Allí? —señaló la tienda.

—Sí —Entrecerró los ojos enfocando su vista—. Qué rápido han limpiado la sangre. Había un montón.

—Salgamos de aquí —empezó a caminar frente a Erinn—. ¿Estás segura de lo que has visto?

—Vergil, ¿qué pasa? Me estás asustando.

Savannah y Paul les alcanzaron justo en el momento en el que empezaban a subir por las escaleras que les llevarían de nuevo al exterior.

—Uix, qué caras, ¿habéis visto un fantasma? —se burló Savannah adelantándose con Paul.

Vergil dejó que la pareja se alejara y se acercó demasiado a Erinn que, por algún motivo, retrocedió un paso.

—Hay una leyenda que dice que un noble fue asesinado en este callejón. No sé sabe mucho de él, a excepción de que era un luchador de los derechos humanos.

Ella soltó una carcajada nerviosa y empezó a ascender.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No eres la primera que ve un fantasma.

—¡Venga ya! —soltó un bufido—. Esto es una atracción turística, deja ya de reírte de mi.

Él la miró con el rostro serio.

—Yo no me estoy riendo.

La sangre se heló en las venas de Erinn, que sintió unas ganas apremiantes de salir de aquel lugar.

—Alucinaciones, seguro que son alucinaciones de las pastillas que me tomo, no te puedes ni imaginar cuántas llevo para una semana, toneladas de ellas... y los efectos secundarios, ya sabes, son tremendos —farfulló nerviosa.

Ambos salieron a la calle donde tomaron una gran bocanada de aire fresco.

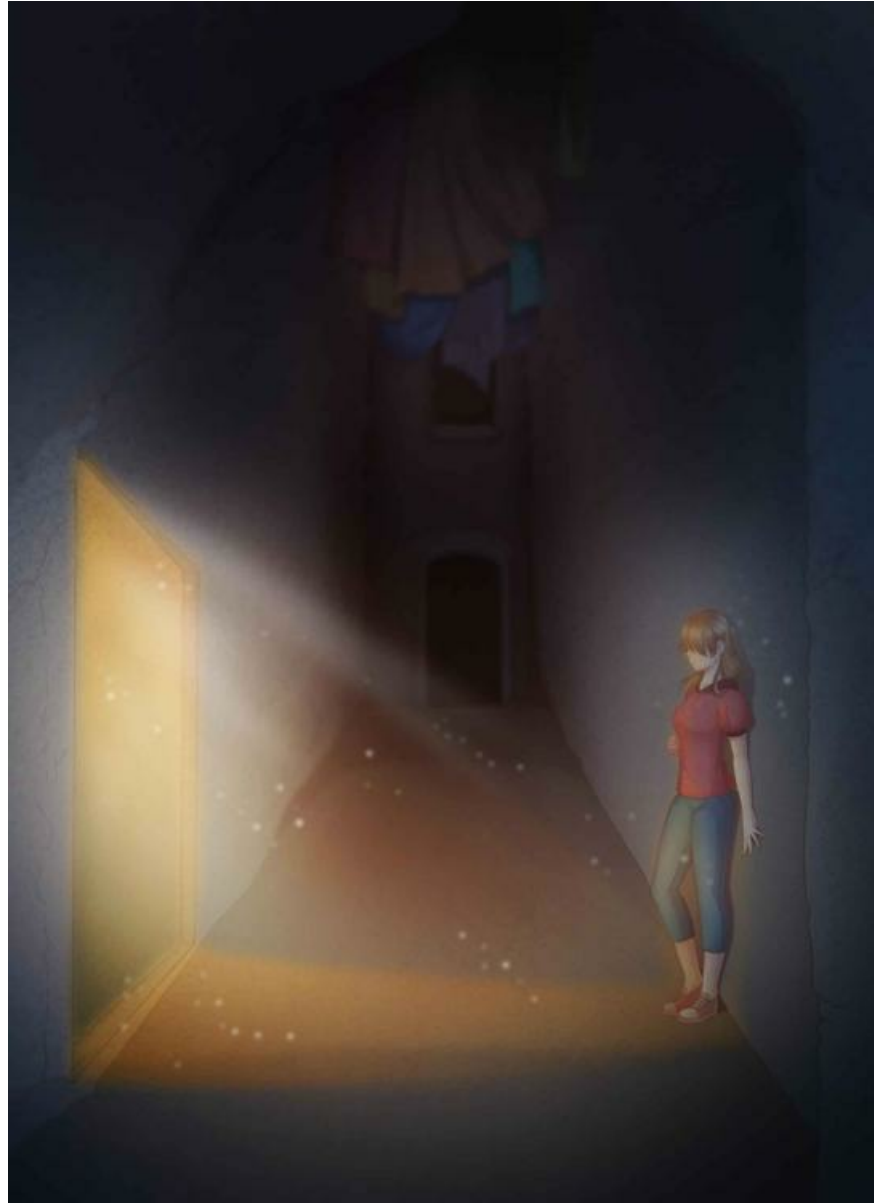
—¿Dices que era pelirrojo?

—Vergil, quiero olvidar lo que ha pasado —Él la miró con una expresión fría que no supo identificar—. Sí, pelirrojo, alto. Parecía fuerte, pero con la capa no he podido ver mucho más. ¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Adoro las leyendas y quiero saber quién era para poder contar en mis futuros viajes que un pelirrojo fue asesinado en este callejón.

Ella sintió una desagradable sensación y, durante el resto de trayecto hasta su habitación de hotel, no dijo ni una sola palabra.



3

McLovin House Gallery

Arrugó enfadada los prospectos que ya empezaba a saberse de memoria, y los metió con furia en el bolsillo de su mochila de piel marrón con flores azules. Aterrada por la idea de haber visto un fantasma, Erinn había leído una y otra vez los efectos secundarios de sus medicinas, para buscar una explicación factible a lo que había vivido.

Se movió incómoda en su asiento y miró por la ventana del autocar, donde un precioso paisaje boscoso los rodeaba. Necesitaba calmarse y sólo había una imagen que lo conseguía al instante. Con una leve sonrisa en sus labios, metió la mano en el bolsillo de sus vaqueros, dispuesta a sacar su móvil pero, antes de que pudiera desbloquear la pantalla, Vergil, con un brillo pícaro en sus ojos, se acercó decidido por el pasillo, para sentarse junto a ella.

—Llegaremos a Dundee dentro de poco —Le sonrió y ella asintió sin ganas—. Ayer por la noche estuve investigando sobre tu fantasma.

Erinn, miró por la ventana acallando un sentimiento de rechazo contra el chico y aquellas palabras.

—Fue una alucinación, estoy segura. Tomo mucha química —susurró las últimas palabras.

Él la miró percibiendo su irritación.

—¿No crees en los fantasmas?

Erinn entrecerró los ojos.

—No.

—¿No crees que haya nada esperándonos después de la muerte?

Ella miró al suelo, dejando escapar lentamente el aire de sus pulmones y sintiéndose triste.

—Eso sí me gusta creerlo, y más en mi situación.

Vergil posó una de sus manos sobre la de ella, que se tensó al sentir un frío intenso sobre su piel.

—Seguro que te espera un paraíso lleno de tus seres queridos y todo aquello que te hace feliz. Por lo poco que te conozco, ya sé que eres una buena persona.

—Gracias —Apartó su mano con educación.

Él pareció no darse cuenta de la incomodidad de Erinn.

—¿Y si por tu situación se te permite ver... cosas?

—No vi nada, Vergil. Fueron alucinaciones a causa de mis medicinas, sumadas a mi cansancio acumulado y al ambiente del callejón oscuro.

El autocar cogió una curva pronunciada y se adentró por una carretera con un asfalto en mejores condiciones, dejando atrás la zona boscosa.

—Como quieras —murmuró él levantándose—. Pero, si quieres investigar o simplemente hablar con un amigo, quiero que cuentes conmigo.

Ella asintió con la cabeza, incómoda, mientras él se marchaba junto al conductor tras guiñarle un ojo.

Media hora más tarde, el grupo de turistas se agolpaba frente a Vergil que, subido a un par de escalones, señalaba la enorme casa señorial, con dos escalinatas que subían haciendo dos curvas opuestas. A pesar de que él estaba explicando los datos históricos de la que ahora era una galería de arte y museo, Erinn, consumida por una extraña sensación de desasosiego e ira, no estaba escuchando ni una sola palabra.

Dejándose llevar, siguió a su grupo entre las lujosas salas de aquella inmensa mansión, hasta que llegaron a una gran y diáfana habitación, donde varios cuadros y muebles antiguos consiguieron alejarla de su mal humor.

Tomó aire, intentando dejar atrás todo lo ocurrido, y se acercó a un escritorio, junto a una enorme chimenea de piedra y mármol blanco. El brillo desvaído del barniz de la superficie y un pequeño arañazo en una esquina, la hicieron chasquear la lengua. Aquella pieza necesitaba ser reparada. Guiada por su pasión, deslizó por el arañazo uno de sus dedos, como si con su tacto pudiera repararlo.

De pronto, el llanto leve de un niño la hizo quedarse petrificada, para dirigir después su mirada hacia el rincón que quedaba entre la chimenea y el escritorio. Allí, un pequeño de no más de tres años, la miraba con sus enormes ojos grises llenos de lágrimas, mientras abrazaba con sus manitas regordetas un muñeco de trapo que parecía un conejito marrón.

Erinn miró a su alrededor un instante en busca de unos padres preocupados. Sin duda, aquel pequeño se había perdido.

—Hola —susurró dulcemente—. ¿Te has perdido?

El niño se frotó los ojos y soltó un nuevo lamento apagado, que conmovió el corazón de Erinn.

—¿Cómo te llamas? —Él apenas la miró—. Tranquilo, iré a buscar ayuda y buscaremos a tus papás.

Entre la multitud, localizó a Vergil, que le explicaba algo sobre un cuadro a un par de ancianas. Sin perder el tiempo, Erinn se les acercó alterada.

—Disculpen —Sonrió a las dos mujeres—. Vergil, junto a la chimenea hay un niño muy pequeño y creo que ha perdido a sus padres.

—¡Vaya! —él pareció preocupado—. Discúlpenme, señoras.

—Faltaría más, cariño —comentó una de las mujeres mientras veían a los dos jóvenes alejarse.

Vergil siguió a Erinn hasta el rincón, pero el pequeño ya no estaba.

—¡Se ha vuelto a escapar! —miró al chico alarmada—. Es muy pequeño y debe estar asustado.

—Tranquila —Sonrió—. Iré a hablar con el encargado de seguridad y daremos una descripción por megafonía, seguro que sus padres no andan lejos. ¿Cómo es y qué lleva puesto?

Ella miró hacia un lado, refrescando en su mente la imagen del pequeño.

—Tiene el cabello rubio —Pensó un instante—. Rubio fresa, diría yo, y unos enormes ojos grises.

—¿Qué vestía?

—Vestía... una especie de camión blanco con lazos y volantes azules.

Vergil frunció el ceño.

—Entonces, ¿es una niña?

Erinn se quedó quieta un instante.

—Es un niño, de eso estoy segura, pero lleva un vestido —Retuvo el aire unos instantes—. Puede que sea una niña.

Él le sonrió intentando que se calmara.

—No sufras, voy a dar el aviso.

Bajo su atenta mirada, Vergil desapareció por una pequeña puerta para empleados. Se notaba que aquel era uno de sus lugares de trabajo por como se desenvolvía en las instalaciones.

En apenas unos minutos, una voz cálida y femenina, describió las características del pequeño perdido y las indicaciones de dónde debían acudir sus padres para emprender una búsqueda.

Una de las ancianas, al percibir la inquietud de Erinn, se colgó de su brazo y le sonrió.

—No sufras, cariño, mi hijo siempre se escapaba —Empezó a reír mientras ambas caminaban hacia otra sala—. Una vez se escondió tras el mostrador de una pescadería y por poco me da un infarto, pero siempre se les encuentra.

Erinn sonrió amablemente.

—Eso espero, parecía muy asustado y triste.

La mujer le palmeó una mano y siguieron el recorrido, apreciando el arte y las antigüedades del lugar.

El ruidoso grupo de Erinn, comentaba lo que habían visitado hasta entonces, mientras comían en una mesa alargada en una esquina de un pub. Savannah, que acababa de volver del baño, pasó tras Erinn para sentarse en su silla.

—Qué chula la mansión museo, ¿verdad?

—Sí, preciosa —Erinn sonrió con educación.

Savannah se removió incomoda y sacó un par de trípticos del bolsillo trasero de su pantalón, para dejarlos entre los platos medio vacíos de las dos.

—Espero que hayan encontrado al crío, su madre tenía que estar muy nerviosa.

Erinn se limitó a asentir.

Paul, que había terminado de devorar una hamburguesa, las miró.

—Si yo te perdiera, haría cerrar el museo para buscarte por todas partes.

—¡Oh, mi amor! —gritó Savannah lanzándose a los brazos de él.

Incómoda, Erinn cogió uno de los trípticos para evitar mirar a la pareja de tortolitos. En la portada del folleto, había una fotografía de la enorme casa y bajo ésta, con letras de aspecto antiguo que pretendían imitar una caligrafía escrita con pluma, se leía una frase:

Donación de la segunda Condesa de Glenfinnan

Sin pensarlo mucho, miró en el interior del tríptico, donde varias fotografías de muebles y cuadros se sumaban a una breve explicación histórica. Al parecer, la mansión, que en su día había sido la residencia de un conde y su linaje, fue donada a la ciudad de Dundee por la condesa, tras la muerte del segundo Conde de Glenfinnan. Erinn asintió con la cabeza. Le parecía un noble gesto regalar una propiedad para destinarla a albergar un museo. Sintiendo respeto por la generosa mujer, giró el folleto y se quedó petrificada, mientras la sangre se le helaba en las

venas y paraba en seco su corazón. Ante ella, había un cuadro familiar, donde se veía a la Condesa madre en su juventud. A los pies de la mujer, entre los pliegues de su falda, descansaban dos carlinos de color negro, pero no fue aquello lo que alteró el ánimo de Erinn, sino el pequeño niño que la mujer sostenía entre sus brazos, un niño de unos tres años, de enormes ojos grises y ataviado con una camisola blanca con lazos y volantes azules.

Como si el papel estuviera ardiendo y retomando los latidos de su corazón, que resonaban fuertemente contra su pecho, salió corriendo al baño donde, sin molestarse en echar el pestillo, vomitó todo lo que había comido.

Preocupado, Vergil había dado la tarde libre a su grupo para que visitara la ciudad y fueran de compras mientras, en un rincón del restaurante del acogedor hotel, le servía una nueva taza de té a Erinn, que parecía algo más tranquila.

—No quiero que pienses que lo digo porque me da miedo que te pongas muy enferma durante el resto del viaje —Le sonrió—. Pero si hago un par de llamadas, te vendrá a buscar un coche y te llevará a casa, incluso estoy seguro de que conseguiría que te devolvieran el dinero.

Ella bebió un sorbo de té con la mirada fija en el infinito, mientras su mente era un hervidero de ideas y teorías.

—Erinn, apenas has dicho nada.

Los ojos azul oscuro de ella se fijaron en los de él.

—Dime que encontraron al niño del museo.

Vergil frunció el ceño confundido.

—Supongo que sí, aunque cuando nos fuimos a comer aún estaban buscando.

Ella soltó un bufido que pareció una carcajada sarcástica.

—No lo encontrarán.

—¿Por qué dices eso?

Ella sacó el folleto arrugado de uno de los bolsillos de su mochila y lo dejó boca abajo sobre la mesa, intentando no mirar el cuadro de la condesa.

—Es posible que el cáncer esté afectando mi cerebro, o que los medicamentos me hagan ver visiones —susurró—. Quizás simplemente me estoy volviendo loca, pero...

—¿Pero? —Vergil se acercó a ella.

Erinn posó su dedo sobre la imagen del niño y esperó un par de segundos antes de decir algo que le parecía una total y absoluta locura.

—Éste es el niño que vi.

Vergil miró el cuadro, para mirarla a ella un instante y, acto seguido, volver a mirar el retrato.

—¿Estás segura?

Ella se limitó a asentir y se dejó caer sobre el respaldo de su butacón.

—¿Aquí tendrán whisky? Necesito algo fuerte.

Vergil la miró escrutando su rostro impertérrito.

—Has visto otro fantasma... —musitó fascinado—. Que sean dos whiskys.

Los ojos verdes de Vergil escudraron el rostro acalorado de Erinn que, lamentándose, se apoyaba con dificultad en una de las paredes del ascensor. Apenas había bebido dos copas de whisky, pero la chica parecía no aguantar bien el alcohol.

—¿Y ahora qué? —emitió un sonido similar al hipo—. Se supone que tengo que aceptar el hecho de que veo muertos... Joder, ¡soy el niño del sexto sentido!

Vergil contuvo una sonrisa, la Erinn borracha era muy divertida.

—Tú eres más guapa —comentó él.

—No lo arregles, Vergil, me muero... ¡Me muero! No te conviene ligar con alguien como yo —Se rió sin humor mientras intentaba salir con dignidad del ascensor.

Tras hacer un par de eses por el largo pasillo del hotel, Vergil la cogió de la cintura y ella se puso rígida como una tabla.

—Soy patética —suspiró—. ¡Rara y patética!

Una de las puertas cercanas a ellos se abrió y un hombre mayor, vestido con un pijama de cuadros, asomó la cabeza con una mirada de desaprobación.

—Señor, ¿usted está vivo o muerto? —Erinn se rió de su broma—. No los distingo y es un problema.

Alarmado, Vergil sacó de su bolsillo la llave electrónica de la habitación de ella y, tras pasarla por una ranura, abrió la puerta.

—Perdone —se disculpó él empujando levemente a Erinn para que entrara.

El hombre entrecerró los ojos y desapareció.

Al ver las dos cómodas camas de su habitación, ella se dejó caer en una de ellas y soltó un largo quejido.

Vergil entró al baño y llenó un vaso de agua que, un segundo después, ofrecía a Erinn.

—Gracias —Bebió poco a poco—. Vergil, ¿estoy loca?

Él se sentó en la cama frente a ella y meneó la cabeza con lentitud.

—No, aunque tú no lo creas, hay gente *especial*.

—¿Especial? —Se estremeció—. Eso no me suena bien, lo que me pasa no me suena bien, lo que veo... ¡no está bien!

Erinn se intentó incorporar pero, al sentirse mareada, volvió a tumbarse en la cama.

—Te voy a contar un secreto —Ella le miró con los ojos medio cerrados—. Yo soy un amante de lo paranormal, las cosas extrañas, la historia y las leyendas.

—Eso no es un misterio, Vergil, no te ofendas —se rió.

Él se pasó la mano por el cabello, ignorando el comentario de ella.

—Yo crecí en una gran casa a las afueras de Londres, vivía con mis padres y con mi tía, la hermana de mi madre, que, tras un desastroso matrimonio se instaló con nosotros.

—Pobrecita —susurró.

—Verás, mi tía, es... sensible —Aquella palabra captó por completo la atención de Erinn, que rodó en la cama para quedar de lado, mirando a Vergil—. Desde que era una niña, ella ha visto y sentido cosas. Quizás no tan claramente como tú puedes hacerlo pero, créeme, es una persona perceptiva.

Erinn suspiró cerrando un instante los ojos. Se sentía cansada.

—¿Por eso no crees que esté psicótica?

Él soltó una carcajada.

—Hay mucha gente que tiene ese don.

—Yo no lo llamaría don —musitó contra la almohada—. ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?

Al ver cómo empezaba a quedarse dormida, Vergil cogió una manta que había sobre una cómoda y la tapó.

—Quién sabe, igual tienes una misión.

Ella sonrió.

—Soy como un agente secreto de fantasmas —bostezó—. Eso suena como algo divertido.

Antes de que él pudiera decir nada más, un leve ronquido le indicó que ella se había dormido. Con cuidado, apagó la luz y salió de la habitación.

A pesar de que se encargó de guiar a su grupo por un paseo junto al Lago Ness y de comentar varias anécdotas y curiosidades en el museo, donde todo giraba en torno al monstruo que se suponía que habitaba aquellas aguas, Vergil no había perdido de vista a Erinn que, tras unas enormes gafas de sol, se escondía al final de su grupo, mientras de vez en cuando miraba hacia todos los lados, esperando ver algo.

Parecía asustada.

En el trayecto en autocar que les llevaría al castillo de Urquhart, junto al lago y, aprovechando que Paul había acaparado la atención de los presentes contando chistes, Vergil se asomó y, haciendo un gesto a Erinn, le indicó que fuera a la parte anterior del autocar.

Con pasos lentos y cautos, y mientras ponía los ojos en blanco al oír cómo uno de los jubilados entonaba una canción un poco verde, se sentó junto a Vergil en los asientos reservados a los guías.

—Hola —Miró al suelo—. Te debo una disculpa, ayer no me comporté...

Él negó con la cabeza.

—En tu situación, yo creo que me habría pasado mucho más —sonrió—. No hay nada que disculpar.

Erinn le miró y sonrió dulcemente.

—Parece que todos se lo están pasando en grande. Eres un gran guía.

—Créeme, no depende tanto de mí como de la química que tenga el grupo. Esto es una lotería.

Las voces de todos empezaron a entonar la cancioncilla, mientras por la ventanilla se veían unas espectaculares vistas del lago.

—Vergil —Ella se tomó un segundo apreciando la belleza del lugar—. ¿Has averiguado algo sobre el asesinato del callejón?

Cuando ella le miró, una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de él.

—¿Estás segura de que quieres que investigue?

—Esta mañana, a parte de con un dolor terrible de cabeza, me he despertado con una idea —Soltó un suspiro lento y prolongado. Ni ella misma se creía lo que iba a decir—. Quizás sí veo cosas, y puede que tenga una razón de ser, sea como sea al menos es algo que me hace mantenerme activa y no me hace pensar en mi enfermedad, que ya es mucho.

—Eso mismo dice mi tía —murmuró él sin pensarlo.

—¿Cómo?

Él se quedó quieto.

—Verás, ayer me dejaste preocupado, así que esta mañana he hablado con ella.

—¡Es verdad! —Se tapó la boca con las manos—. Tu tía también ve...

Vergil miró hacia el pasillo, donde algunos se habían empezado a tomar fotografías.

—Ambos creemos que si ahora, de repente, tienes esa habilidad, es porque tienes una misión.

Erinn meneó la cabeza. Aún no se creía del todo lo que estaba haciendo.

—¿Y cuál es? De momento, ni el asesinato ni el niño perdido tienen relación.

Vergil le guiñó un ojo.

—Ahí es donde entro yo, deja que investigue esta noche. De momento, nos centraremos en el linaje de Glenfinnan.

Al oír aquel apellido, un hormigueo ascendió por el estómago de Erinn que, achacándolo a sus nervios por la locura que parecía ser su vida, se limitó a disfrutar de nuevo de las vistas.

El imponente castillo dio la bienvenida al grupo de turistas de Vergil, alzándose majestuoso entre una ligera bruma matinal. Mientras avanzaban por el puente de piedra hacia la isla donde estaba el castillo, Erinn se fue enamorando lentamente del mítico lugar, tantas veces fotografiado, pintado e immortalizado en películas y anuncios.

La brisa fresca de la mañana despertó sus sentidos y llenó de aire limpio sus pulmones, haciéndola disfrutar por primera vez del auténtico espíritu de las tierras escocesas.

Tras pasar por un pequeño jardín, que simplemente tenía césped y un par de árboles, se adentraron en el interior, donde la temperatura era aún más baja. Erinn se frotó los brazos y escondió las manos dentro de las mangas de su sudadera.

Vergil, con un tono de voz regular, empezó a dar datos históricos del lugar, mientras el grupo poco a poco empezaba a ver salones decorados con tapices y antigüedades.

Los ojos de Erinn no daban abasto para captar cada detalle de los muros, los cuadros y los muebles cargados de historia. Para cuando entraron en un gran salón alargado con una inmensa chimenea al fondo, sus sentidos estaban tan saturados de belleza que sintió un leve mareo. Abrumada, se apoyó en la repisa de piedra desgastada de la chimenea y llenó de aire sus pulmones. Sin previo aviso y, con un destello dorado, apareció ante ella una hermosa visión. La luz de cientos de velas titilaba creando brillos y sombras entre una cincuentena de personas, sentadas en hileras de sillas decoradas con rosas amarillas y cardos escoceses. En el centro de éstas, y delimitado por una alfombra roja con ribetes dorados, había un pasillo que llevaba a un pequeño altar, donde un sacerdote con una túnica dorada y blanca y un joven de cabello rojizo oscuro, esperaban a la novia.

Erinn clavó sus ojos en el joven que, vestido con un kilt tradicional y una abultada y elegante camisa de color crudo, le daba la espalda. Parecía estar tenso, con sus manos cruzadas frente a él. De pronto, los presentes, la mayoría pelirrojos, empezaron a murmurar algo mirando en dirección a Erinn que, por un instante se puso nerviosa, como si aquel montón de desconocidos de rostro borroso la pudiera ver. Justo antes de que entrara en un estado de pánico, una chica de cabello rubio, vestida con un pomposo traje de color marfil, empezó a dar pequeños y temerosos pasos hacia el altar. Erinn se quedó quieta, casi sin respirar, mientras la chica sollozaba, sin importarle que cada vez la gente murmurara más y más. Para cuando llegó junto a su futuro esposo, se convulsionaba tanto entre lágrimas y lamentos, que el párroco le tuvo que tender un pañuelo.

A pesar del desazón de la joven rubia, el chico no se movió ni un ápice. Parecía algo más tenso, pero impassible ante el disgusto de ella.

Cuando las manos de Erinn se cruzaron sobre su corazón, sintiendo compasión por el borrón

blanco y dorado que representaba a la joven, la visión desapareció, dando paso a dos grupos de visitantes.

Vergil la miró desde el otro extremo de la sala, justo desde donde había estado la novia. Sus ojos parecían preocupados.

Tras una hora de visita en el castillo, varios turistas se agolparon en el pequeño jardín, donde un gaitero vestido con un traje típico interpretaba a la perfección el himno escocés.

Aprovechando que su grupo estaba distraído, Vergil se acercó a Erinn y se adentraron un par de pasos en el interior del castillo.

—¿Has visto algo? —comentó sin ceremonias.

—Sí —susurró ella—. Una boda bastante extraña.

Vergil frunció el ceño.

—¿Extraña en qué sentido?

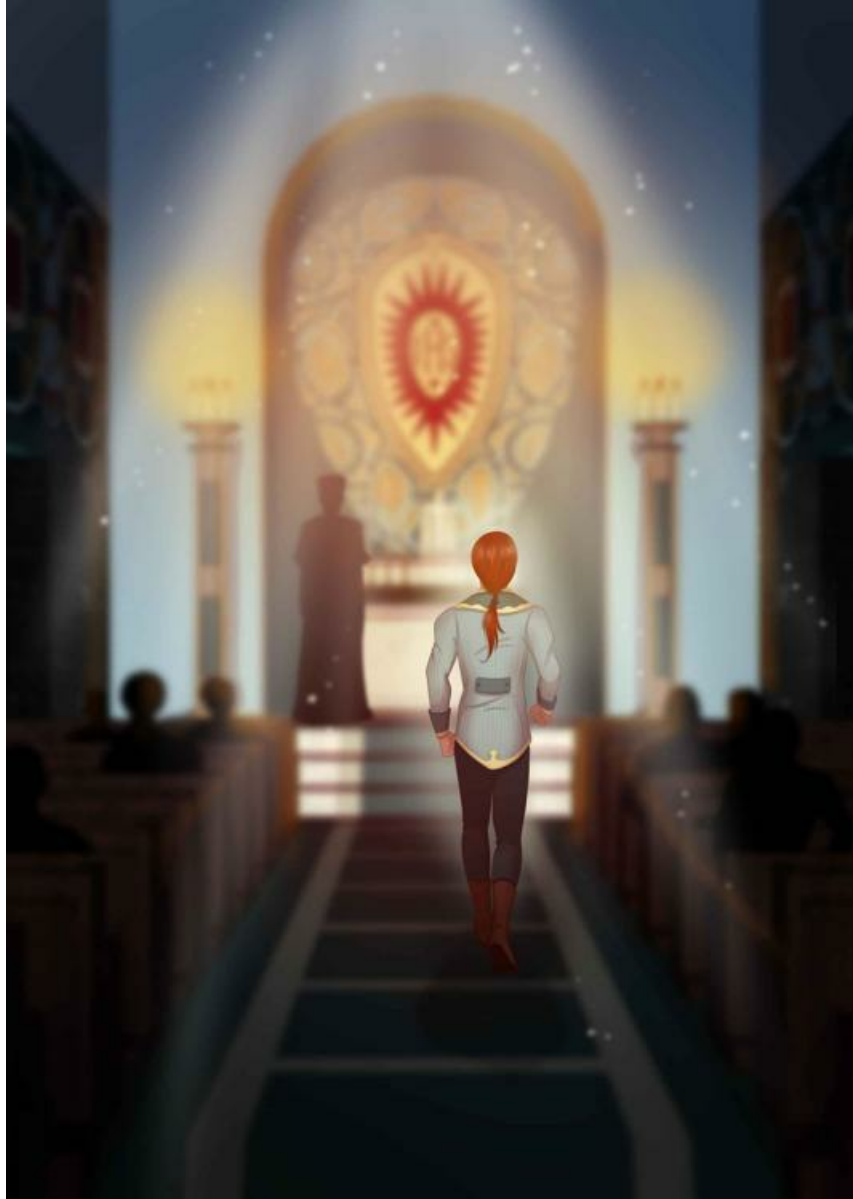
Ella se tomó unos segundos cerrando los ojos para revivir la escena.

—Parecía un matrimonio por compromiso y, por los llantos de la novia, uno de los malos.

Él observó los ojos azul oscuro de Erinn y sonrió.

—Aquí se han celebrado infinidad de bodas, pero sé quién puede darme algunas pistas —Miró hacia fuera, donde una mujer regordeta y de cabello castaño daba palmadas junto a un grupo de japoneses—. Veré qué averiguo.

Con una sonrisa divertida, Vergil desapareció entre la multitud.



Erinn dejó que su grupo se perdiera entre las callejuelas del precioso cementerio de Kyle of Lochalsh, mientras se preguntaba dónde se habría metido Vergil, que había encabezado la excursión.

Tras la breve conversación en el castillo sobre su visión, no había tenido ni un solo segundo para hablar con él y preguntarle si había averiguado algo, y un estado de nervios empezaba a hacer mella en ella.

Sumida en sus pensamientos, no fue consciente de lo sola que estaba, hasta que pasaron varios minutos.

La quietud del lugar, no ayudó a su estado de ánimo.

—¡Erinn!

Ella dio un brinco asustada y miró hacia una callejuela contigua, donde Vergil le hacía señas con una mano para que fuera.

—Maldita sea, Vergil —Empezó a caminar con pasos rápidos—. Me has asustado.

—Perdona —Se rió—. He mandado al grupo a explorar la zona norte del cementerio, así podremos investigar juntos algo muy especial.

Ella entrecerró los ojos, justo en el instante en el que doblaban una esquina.

—¿Has descubierto algo?

—Sí —Asintió haciéndose el interesante.

—¿Y bien?

Vergil apartó un par de arbustos y emprendieron la marcha por un camino de tierra, invisible a simple vista, que subía por una pequeña colina rodeada de árboles.

—Sé porqué la chica que viste lloraba.

—¿Por qué? —un pequeño punto de histeria en la voz de Erinn dejaba clara su falta de paciencia.

—Elinor, una vieja amiga y colega, es una gran experta en el Eilean Donan. Conoce todos los misterios y sucesos del lugar.

—Continúa.

—Me contó que hay una leyenda que habla de un conde, uno muy temido y oscuro.

Erinn se paró en seco y agarró el brazo de Vergil, haciéndole parar.

—¿Un Glenfinnan?

—Sí.

Un escalofrío recorrió la espalada de ella, que soltó a Vergil y empezó de nuevo a caminar, sin saber a dónde iban.

—¿Por qué era temido?

—Según me ha contado Elinor, el segundo Conde de Glenfinnan estaba maldito, por eso le llamaban el Conde Negro —Vergil se paró junto a una pequeña edificación, pero Erinn solo tenía ojos para él y su historia—. Al parecer, las esposas del conde, no vivían más de un año tras la boda. Tuvo tres, todas muertas en extrañas circunstancias pocos meses después de compartir su lecho. La primera fue la más joven, Lady Breena de Lochalsh, que murió tras el parto de su primer hijo.

Erinn soltó un lento suspiro ante lo triste de la historia.

—¿Crees que el niño que vi fue el hijo del Conde?

Vergil meneó la cabeza.

—Lo dudo, el bebé murió a las pocas horas del parto.

—Dios mío, Glenfinnan debió de enloquecer.

—Lo hizo, al parecer amó mucho a Breena, por eso mandó construir esto, justo en uno de los puntos más altos de esta población, el pueblo natal de ella, y con vistas al mar.

Erinn enfocó los ojos tras Vergil, hasta que se definió un mausoleo de forma circular, recortado por los rayos tímidos del atardecer. La edificación parecía más un cenador de mármol que una tumba ya que, a diferencia de otras que Erinn había visto, carecía de paredes. En su lugar, ocho columnas, en las que unas rosas talladas trepaban hasta la cúpula, rodeaban una escultura de un ángel de alas recogidas a sus costados.

—Es impresionante.

—Es el monumento de un hombre enamorado —murmuró Vergil mientras observaba cómo ella se acercaba al mausoleo y entraba para ver de cerca al ángel.

La luz anaranjada del atardecer confería un tono mágico al rostro de la estatua. Entre sus manos, entrelazadas en el pecho, sostenía una rosa de un aspecto algo diferente a las que Erinn estaba acostumbrada. A los pies del ángel, y en una placa tallada en mármol oscuro, se leía el

nombre de la joven muerta.

Dejándose llevar por la triste historia y como si instintivamente quisiera ser parte de ella, Erinn acarició un extremo de las alas de la escultura.

Un leve sollozo apagado la hizo mirar a los dos escalones que daban paso a la sepultura. Allí, con la cabeza enterrada entre sus brazos, tumbado en el suelo, un hombre, completamente empapado por la torrencial lluvia que caía, lloraba por la pérdida de Breena.

Una lástima devastadora se apoderó del alma de Erinn que, sin pensarlo, dio un paso alargando la mano para acariciar el cabello empapado del joven que lloraba casi en silencio.

—¡Cuidado! —Vergil cogió a Erinn de la cintura, que se precipitó frente a los escalones.

—¡Le he visto! —miró hacia donde el conde había estado llorando—. Estaba aquí mismo.

Vergil se aseguró de que ella retomaba su equilibrio y la soltó.

—Por un momento, te has quedado como hipnotizada hasta que te has movido —miró hacia el ángel—. ¿Crees que puedes volver a hacerlo?

Ella movió la cabeza algo aturdida, su corazón aún estaba encogido ante el pesar del Conde.

—¿A voluntad? —negó con la cabeza—. Sea lo que sea lo que me pasa con estas visiones, creo que son ellas las que eligen aparecer.

—¿No haces nada especial?

Ella se encogió de hombros.

—No digo ningunas palabras mágicas, ni hago ningún baile satánico —se burló aún sin creer del todo lo que le estaba pasando.

Vergil ignoró su escepticismo.

—Tiene que haber algún desencadenante. ¿Piensas en algo que hagas en concreto antes de las visiones? —Ella negó con la cabeza—. Veamos, repasemos los escenarios. ¿Qué te pasó en el callejón, la primera vez?

Erinn se estremeció al recordar el asesinato de aquel noble en el callejón subterráneo.

—Me mareé.

—¿El resto de visiones vienen acompañadas de un mareo?

—No, no todas.

Vergil miró al cielo pensativo.

—¿Qué hiciste después de marearte?

—No sé, me apoyé en la pared, para no caerme.

—¿Y el día del museo, antes de ver al niño?

Erinn visualizó al instante el escritorio dañado.

—Me apiadé de un hermoso mueble que estaba arañado, recuerdo como pasé uno de mis dedos sobre...

—¡Toca esta columna!

Sin darle tiempo a reaccionar, Vergil llevó la mano de Erinn sobre el frío mármol y al instante apareció una nueva visión. Ante sus ojos, el Conde se alejaba abatido, con la capa de lana empapada sobre su cuerpo y los mechones de color casi negro, oscurecidos por la lluvia torrencial, pegados en su nuca.

Erinn le observó unos instantes, antes de que subiera a un caballo pardo con una mancha triangular de color blanco entre sus enormes ojos avellana, y dejó de tocar la columna del mausoleo.

—Las ruinas te hablan —la voz de Vergil voló hasta ella como un eco lejano.

Ella zarandeó levemente su cabeza, eliminando de su mente la visión del hombre.

—Pero, ¿por qué a excepción del asesinato todo tiene relación con el Conde de Glenfinnan?

—Quizás sí tiene relación —él enarcó las cejas—. Quizás se te esté apareciendo porque quiere que desveles quién cometió ese asesinato.

Erinn, miró al cielo, que empezaba a teñirse de púrpuras y rosados.

—Tienes mucha imaginación —se burló intentando no parecer nerviosa y asustada.

—¿Otra vez con eso? Erinn, tienes un don.

Por algún extraño motivo, ella empezó a sentir como una creciente ira se apoderaba de su cuerpo.

—Estoy delirando...

—¡Erinn! —Vergil se paró en seco y la cogió del brazo.

—¡Que! —le gritó zafándose bruscamente de su agarre que pareció quemarle como el hielo.

—Tienes que ayudarlo.

—Vergil —suspiró profundamente—. Tengo visiones, eso está claro, pero soy restauradora de antigüedades, no investigadora de muertos.

Él miró al cielo resignado.

—Te atormentará.

—¡¿Qué?!

—Glenfinnan, su espíritu, vendrá a atormentarte por las noches hasta que hagas lo que te esta pidiendo.

La sangre de Erinn se heló en sus venas.

—Menuda tontería.

—A mí me da igual, pero cuando esta noche vengas aterrada a mi habitación del castillo para pedirme protección, te recordaré mi advertencia.

—Memeces —hizo una mueca—. ¿Castillo?

Vergil empezó a caminar divertido, casi trotaba.

—Según el itinerario, las dos últimas noches de este viaje las pasaremos en un castillo en North Berwick, cerca de Edimburgo —sonrió pícaro—. Es un castillo muy especial.

—Vergil.

—¿Sí? —se hizo el inocente.

—Ese castillo... no tiene nada que ver con...

Él chasqueó la lengua, mientras localizaba a su grupo de turistas haciéndose fotos en la entrada del cementerio.

—Me temo que sí, según dicen, el castillo de Delfryn fue una de las muchas residencias del Conde de Glenfinnan.

Antes de que Erinn pudiera decir ni una sola sílaba, Vergil se alejó de ella, reuniendo a todo su grupo para llevarlos hasta el autocar.

Sin saber exactamente qué sentir, ya que su humor era una amalgama de emociones aderezadas con miedo, miró hacia la pequeña colina, donde la silueta oscurecida del mausoleo de Breena parecía ocultar un oscuro misterio.



6

North Berwick

Hecha una furia, cerró la pesada puerta de madera de su habitación y bufó. Vergil la había ignorado deliberadamente durante la cena. ¿Acaso pretendía castigarla por no estar tan loca como él?

Sin prestar mucha atención a la preciosa estancia que conservaba todo el encanto de una habitación medieval, llena de tapices, cuadros y candelabros, Erinn se enfundó en su pijama de franela de color amarillo, con pequeños conejitos blancos que casi parecían lunares y se metió en la alta cama con dosel. Apagó las luces y se arrellanó entre las mantas.

A pesar de su enfado, los calmantes que había tomado justo antes del postre, la adormecieron y, poco a poco, cayó en un profundo sueño.

Los hombros de un hombre, hecho una bola en un sombrío callejón adoquinado, se convulsionaban cada pocos segundos presa de un llanto silencioso pero amargo.

Erinn entrecerró los ojos para acostumbrarse a la oscuridad mientras, con pasos lentos, se acercaba a él.

—La querías mucho —susurró ella con un hilo de voz dulce.

Él la ignora mientras se convulsionaba de nuevo.

El corazón de Erinn se encogió, sabía perfectamente qué se sentía ante una pérdida pero, por mucho que había querido a su abuelo, no podía imaginar qué era perder al amor de tu vida.

—Conde, deje de llorar, se lo ruego.

La risa de una niña llegó como un zumbido a los oídos de Erinn.

—¿Annie? —La risa pareció alejarse—. Esta solá, sólo quiere jugar.

Él dejó de moverse y Erinn dio un paso más hasta él.

—¿Está más calmado? —Le posó una mano sobre uno de sus robustos hombros— ¿Conde?

Una sensación húmeda se apoderó de la palma de la mano de Erinn, que inmediatamente la miró horrorizada.

—¡Sangre!

—¡Ayúdale! —La voz de Vergil sonó clara pero lejana—. Véngale —Annie se rió desde la oscuridad.

—Sálvame —susurró el conde con un hilo de voz antes de caer desplomado sobre un enorme charco de sangre.

El propio grito de Erinn la hizo despertarse, saltando de la cama como si le quemara, mientras su respiración agitada resonaba en sus tímpanos.

—Ha sido una pesadilla —se dijo—. Una pesadilla.

Se sentó en el borde de la cama, secando el sudor que perlaba su frente con la manga de su pijama.

—Maldito seas, Vergil.

Durante unos segundos, permaneció a oscuras, hasta que su pulso se ralentizó volviendo a la normalidad.

Con un movimiento firme, encendió la luz de su mesilla de noche de madera maciza y miró la hora. Eran las dos y veintidós de la madrugada.

—Maldición.

Completamente desvelada, se encaminó al baño y, sin querer encender la luz, se buscó a tientas el lavabo. Apenas había avanzado un par de metros, cuando tropezó con la bañera y se inclinó hacia delante, viéndose obligada a cogerse a la fría porcelana para no caer de bruces. De pronto, se encendió la luz y Erinn se quedó petrificada. Justo frente a ella, en la enorme bañera blanca, con patas de oro, había un hombre desnudo, ligeramente cubierto hasta el pecho de agua jabonosa. Los ojos grises de él estaban fijos en Erinn. Unos ojos claros, limpios y brillantes que lejos estaban de resultarle extraños. Ella los conocía a la perfección.

—No seas tímida, mi preciosa desconocida —Alargó una mano invitándola a meterse con él en la bañera—. Déjate llevar por lo que hace días que nos consume.

Erinn abrió la boca, jadeante, mientras su corazón se desbocaba por completo. Tan nerviosa estaba, que no se dio cuenta de la figura borrosa de una mujer de cabello largo y oscuro, que la traspasó y aceptó la mano del Conde.

Cerró los ojos antes de romper el contacto con la porcelana que le había hecho ver aquella visión y empezó a jadear antes de salir corriendo de allí.



El suave pero insistente martilleo del puño de Erinn contra la puerta de Vergil, se filtró en sus sueños hasta que le despertó lentamente. Cuando identificó el sonido, se levantó malhumorado y

abrió la puerta.

Los enormes ojos de Erinn le miraron y entró sin ser invitada.

—Tenías razón —jadeó mientras se paseaba nerviosa por la habitación, mucho más sencilla que la de ella—. Toda la razón.

Vergil se sentó en la cama e hizo un gesto para que ella lo hiciera junto a él.

—Cálmate, Erinn. ¿Qué ha pasado?

—Él... me ha visitado, estaba en mi baño.

Vergil se pasó la mano por sus cabellos despeinados.

—¿El fantasma de Glenfinnan te ha amenazado? —La miró preocupado—. Erinn, lo que dije esta tarde era sólo un juego, yo no pensaba que un espíritu te atormentaría.

Ella frunció los labios pensativa y miró al techo.

—No me ha amenazado, él... él... se me ha insinuado.

—¿Qué?!

—Estaba desnudo en mi bañera, llamándome con la mano mientras me decía cosas dulces —Agitó la cabeza mientras su pulso se aceleraba—. Pero, esa no es la verdadera cuestión.

Vergil abrió mucho los ojos.

—¿Un fantasma te tira los tejos y ésa no es la cuestión?

—No, lo más importante es que le conozco.

—¿Le conoces?

Erinn sacó algo del bolsillo de su pijama y se lo tendió a Vergil y tras desbloquear la pantalla, le ofreció su móvil.

—¿Quién es? —murmuró él.

—Es el último retrato que restauré.

—¿Es él quien estaba en...?

—¿Mi bañera? Oh, sí, sin lugar a dudas, pasé muchas horas mirando ese rostro y en especial esos ojos grises.

Vergil abrió el buscador en el móvil de Erinn y tecleó el nombre del Conde. Al instante, varias imágenes de retratos y escenas de caza aparecieron. Erinn miraba al frente, aturdida.

—Restauraste un lienzo del Conde de Glenfinnan sin saberlo.

—No era Glenfinnan, era un antepasado de la señora MacAdam, así la conocí.

Vergil investigó algunos segundos más y soltó un largo suspiro.

—Erinn.

—¿Sí?

—El segundo Conde de Glenfinnan se llamaba Kylan Christopher MacAdam.

El rostro de Erinn palideció al instante e instintivamente se tocó el colgante que le había regalado la anciana.

—MacAdam... —farfulló—. ¿Ella es descendiente del Conde?

—Eso parece —Le enseñó los retratos que había encontrado—. Por alguna extraña razón, tu destino parece estar ligado al de esta familia.

Con dedos temblorosos, Erinn empezó a mirar una y otra vez los retratos, en especial en los que el Conde se veía claramente.

—Tengo que ayudarle —susurró—. No sé cómo, ni por qué, pero tengo que descubrir por qué le asesinaron.

Vergil soltó una risotada autosuficiente y levantó un par de veces sus cejas.

—Te dije que me darías la razón.

Ella le miró levantando la cabeza lentamente.

—Disfrutas con esto, ¿verdad?

Él sonrió divertido.

—Disfruto contigo —Sonrió seductor—. Y con ese pijama de conejitos.

Las mejillas de Erinn se tiñeron de un leve rosa.

—Estaba durmiendo.

—Yo también —susurró acercándose lentamente a ella— y, ahora, tengo a la chica más guapa de Escocia en mi cama.

Justo antes de que los labios de Vergil rozaran los de Erinn, que había empezado una maniobra de alejamiento, un pesado cuadro colgado sobre la chimenea cayó al suelo.

Ambos observaron el enorme lienzo sobre la moqueta y, luego, se miraron.

Vergil parecía, por primera vez, asustado.

—Será mejor que me vaya a la cama.

—Vale —musitó él levantándose lentamente.

Sin decir nada más, y aferrando su móvil contra el pecho, Erinn salió sin hacer ruido.

Con un pulso algo tembloroso, Vergil levantó el lienzo y lo miró. Ante él, la escena de un niño de pocos años, jugando con un par de carlinos negros, le heló la sangre. Parecía que el niño le traspasara con sus ojos grises.

Giró el cuadro y lo apoyó contra la pared.

—Está bien, colega, ya lo pillo. No me acercaré a Erinn.

Bromeó nervioso antes de volver a la cama con el pulso martilleándole en las sienes.

Tras pasar tres horas mirando el interior del dosel de su cama, Erinn se levantó completamente desvelada y se vistió con unos vaqueros y una sudadera turquesa que hacía brillar el azul de sus enormes ojos.

Había tenido mucho tiempo para pensar sobre todo lo sucedido y, aunque una parte de ella estaba aterrada con la idea, los ojos grises del Conde de Glenfinnan la habían cautivado desde el primer momento en el que los vio en el lienzo de su retrato.

Su corazón se aceleró al recordarle en su bañera y un hormigueo se instauró en la boca de su estómago.

¿Él le gustaba?

—Necesito tomar el aire —Meneó la cabeza ahuyentando aquel pensamiento tan absurdo.

¿Cómo le iba a gustar un Conde muerto hacía casi doscientos años?

Sin pensarlo más, se calzó sus botas de montaña y salió de la habitación, caminando rápida, pero silenciosa, por el pasillo del castillo, que le llevaría justo a la escalera de salida.

La brisa fresca y el azul oscuro, empezaban a desvanecerse lentamente, mientras el amanecer hacía una breve aparición.

Sin un rumbo fijo, y frotándose los brazos, Erinn se encaminó por un sendero bordeado de setos recortados y árboles que, poco a poco, se fue haciendo más y más despoblado, hasta que llegó a una explanada cubierta de un manto de césped y rocas. Mientras dejaba que la brisa marina enredara su cabello a su voluntad, se acercó con pasos lentos a un pequeño muro, de aspecto antiguo y colocado allí a modo de barrera de seguridad. Sin duda, en algún momento de la historia de aquellos impresionantes acantilados, alguien había puesto aquella rudimentaria protección. Abrumada, y mientras respiraba profundamente y dejaba que sus oídos se acostumbraran al ensordecedor sonido de una cascada que se deslizaba feroz entre las rocas angulosas de la pared, se apoyó con ambas manos en el muro para poder apreciar, como era debido, la altura del acantilado.

Un llanto conocido para ella, sólo que algo más aterrado y desesperado, le llamó la atención. Consciente, esta vez, de que su visión se desvanecería en cuanto sus manos dejaran de tocar las rocas, giró la cabeza para mirar por encima de su hombro. Allí, de pie, vestida tan solo con un camisón de hilo algo transparente, estaba el borrón desenfocado de una chica rubia. La misma chica que, horas atrás, Erinn había visto casándose con el Conde.

—¿Por qué lloras? —murmuró Erinn por instinto.

La joven la ignoró, mientras se secaba las lágrimas con las manos temblorosas.

Durante unos largos segundos, la chica se quedó inmóvil, sin hacer ruido y sin llorar, como si estuviera pensando algo. De pronto, y acallando un sollozo ahogado, se subió al muro de piedra, justo al lado de Erinn, que se quedó petrificada y, tras mirar al frente con la cabeza bien alta, se dejó caer al vacío.

Erinn se tapó la boca con las manos, mientras su propio grito resonaba con eco entre las piedras. Inmediatamente, varias lágrimas silenciosas empezaron a surcar sus mejillas. Presa de la impresión de aquella visión, salió corriendo hacia un bosque cercano, colindante al castillo, que

empezaba a teñirse de dorado a causa de los rayos del amanecer. Tras correr entre los árboles durante lo que le pareció una eternidad, se apoyó contra un enorme roble, con la corteza un poco abultada en su parte central, para recobrar el aliento. Su enfermedad había hecho mella en ella y no podía correr mucho más sin caer mareada al suelo.

Cerró los ojos, mientras su respiración se normalizaba, hasta que el sonido de una voz masculina voló hasta sus oídos.

Era Glenfinnan, estaba segura.

Lentamente abrió los ojos y, frente a ella, lo que en su época era bosque, apareció como una pradera despejada, rodeada de algunos enormes árboles, como el roble donde estaba apoyada.

—¿Tienes tu pistola bien cargada? —el Conde sonó seguro de sí mismo y algo burlón.

Erinn miró con detenimiento la escena. Había restaurado imágenes como la que ahora veía. Dos caballeros, en medio de un bosque. Estaba claro que Glenfinnan había retado a duelo a su contrincante.

Ella entrecerró los ojos intentando definir la imagen borrosa del joven bajito y enclenque que parecía nervioso frente al alto Conde.

No parecía justo que un hombre de su envergadura retara a un chaval tan desvalido.

Justo antes de que Erinn chasqueara la lengua, tachando de abusón a Glenfinnan, una bala silbó en la oreja de ella que, asustada, dejó de tocar el árbol.

Alarmada, miró a su alrededor.

—Este lugar está lleno de vivencias del Conde —farfulló.

Sintiéndose sobrecogida, pero animada a saber más de él, Erinn se encaminó con pasos lentos hasta el castillo.

Tenía que hablar con Vergil urgentemente.

Quizás a causa de la falta de sueño, su largo paseo al alba, o por las emociones que sus visiones despertaban en ella, Erinn parecía agotada y más enferma que de costumbre, con su piel pálida y sus ojos ojerosos. Vergil la miró con detenimiento mientras se servía una taza de té.

El restaurante del hotel, ubicado en una terraza cubierta que parecía un invernadero, estaba prácticamente vacío a aquellas horas de la mañana.

Aún era muy temprano.

—No quiero mentirte, Erinn —Removió el té disolviendo la nube de leche que se había puesto—. Suenas a completa locura.

—Lo sé —Ella miró por las cristaleras el jardín trasero—. Pero, últimamente, todo en mi vida es extraño y loco.

Él la miró atentamente, mientras ella cerraba sus ojos y soltaba poco a poco el aire, como si le pesara en los pulmones.

—¿Estás completamente segura de que quieres hacerlo?

—Vergil —Tosió discretamente—. Me muero, es un hecho indiscutible y, por mucho que lo niegue pasará de todos modos. Así que, antes de volver a mi casa y que, en unos días, tal vez semanas, me ingresen en un frío hospital para morir sola, prefiero quedarme aquí.

Él hizo una mueca, como si el té que acababa de beber estuviera lleno de alfileres.

—No tendrías que estar sola, yo podría ir a verte.

—Gracias —Sonrió dulcemente—. Pero no, no quiero molestar a nadie, no quiero una habitación sin alma de un hospital. Quiero esto.

El silencio se interpuso entre ellos unos minutos.

—¿Tienes dinero suficiente para pagar...? —Calculó mentalmente cuál sería el período de

tiempo que menos ofendería a Erinn—. ¿Un par de meses?

—Sí, no sufras.

Vergil parecía realmente triste. En el fondo, ella le gustaba, y mucho.

—¿Estarás bien aquí? —Bufó—. No me parece bien que estés sola, Erinn.

—No estaré sola —Desbloqueó la pantalla de su móvil, que mostró una fotografía—. Él y su misterio están impresos en cada una de las piedras que componen este castillo. Quizás esté loca, delirante, o desesperada por vivir un poco más antes de morirme, pero sea como sea quiero terminar mis días aquí, intentando desvelar todo lo que pueda sobre por qué sus esposas murieron y si, como sospecho, fue a él a quién vi morir en el callejón de Edimburgo.

—Pareces muy segura.

Erinn sonrió bebiendo un largo sorbo de su té.

—Lo estoy.

Un largo suspiro se escapó de los labios de Vergil.

—¿Me contarás lo que descubras?

—Tranquilo —Ella soltó una leve carcajada—. Sé las ganas que tienes de añadir esta historia a tu tour turístico.

Los ojos verdes de Vergil se pusieron vidriosos y Erinn dejó de sonreír.

—Me importa una mierda el tour, lo creas o no, quiero seguir en contacto contigo.

Ella sonrió, mientras un nudo se formaba al final de su garganta. Vergil se removió incómodo y miró la ventana disimulando una tímida lágrima que se había escurrido por su mejilla.

—¿Vergil?

Él tosió y sonrió como si nada pasara.

—Dime.

—Hoy pasaré el día en mi habitación, descansando —su voz se quebró levemente—. Y mañana no vendré a despedirme cuando os vayáis. Nunca he sido una chica de despedidas.

Un pequeño sollozo se escapó de la garganta de Erinn, mientras reprimía sus lágrimas y se ponía en pie. Vergil la imitó.

—Yo también odio las despedidas —Le guiñó un ojo—. Escíbeme, vale.

—Dalo por hecho.

Sin dudarlo, él la estrechó entre sus brazos y ella no pudo evitar llorar un poco contra su pecho. En esta ocasión, Erinn se sintió cómoda y cálida entre los brazos de su amigo.

Llenando de aire sus pulmones y secando sus lágrimas con el dorso de su mano, ella se puso de puntillas y besó la mejilla del chico.

—Me habría encantado conocerte en otras circunstancias, Vergil.

—Lo mismo digo, preciosa.

Erinn dio un par de pasos hacia atrás, alejándose pero sin dejar de mirarle.

—Cuídate mucho, guía turístico.

—Cuídate mucho, chica rarita.

Ella soltó una risa sincera y, antes de que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas, se dio la vuelta y, sin mirar, dejó atrás mucho más que un buen amigo.

Erinn se había despedido oficialmente de su vida.



8

Leyendo ruinas

Gracias a las recomendaciones de Vergil respecto a la persona de Erinn, el gerente del hotel estuvo encantado cuando ella le pagó un mes de alojamiento por adelantado. Oficialmente, ella se había arruinado económicamente con aquel último gasto, pero ya nada le importaba.

Tras haber pasado casi veinticuatro horas sin salir de su habitación, parecía encontrarse un poco mejor y, aunque al principio del día, el recuerdo de Vergil la entristeció un poco, hacia el mediodía, y justo cuando accidentalmente al salir del comedor rozó una antigua tetera de plata expuesta en una mesilla ovalada de caoba, tuvo una nueva y breve visión que la hizo focalizarse en su último proyecto. Lamentablemente, y a pesar de que se moría de ganas, no pudo acariciar la superficie pulida de la tetera para ver la visión al completo, ya que varios camareros entraban y salían del lugar.

—Tendré que volver en otro momento —susurró mirando hacia la mesilla.

Preguntándose dónde podría palpar, acariciar y escuchar las historias de aquel lugar sin despertar sospechas, empezó a caminar sin rumbo fijo, subiendo por la escalinata de mármol blanco que se enroscaba en uno de los laterales del enorme hall. Guiada por su instinto, terminó frente a una puerta doble de madera tallada. Con cuidado, empujó las puertas que apenas ofrecieron resistencia y entró en una sala llena de vitrinas, que contenían antiguos libros.

Fascinada, miró uno a uno los estantes, lamentándose por no poder pasar sus dedos por los lomos de los ejemplares cerrados con llave.

En el centro de la luminosa habitación, había dos butacones, con apariencia de haber sido restaurados recientemente y tapizados de color azul oscuro, a juego con las pesadas cortinas. Erinn, se acercó a uno de los asientos y observó la chimenea de piedra, que estaba apagada.

—Debía ser maravilloso sentarse aquí a leer frente al fuego —suspiró, dejándose llevar por el romanticismo de aquel lugar y acarició el respaldo del asiento.

La luz disminuyó notablemente y las llamas de la chimenea arrojaron una luz dorada sobre la silueta de un hombre.

—Te ruego que no insistas —la voz de Glenfinnan sonaba tensa pero regular.

—Y yo te pido que seas racional —Erinn miró hacia la otra butaca donde la figura borrosa de una mujer, que parecía una anciana, se acurrucaba en el asiento—. No le sucederá nada malo.

Él se acercó dando varias zancadas largas y rápidas a una mesilla cercana, donde se sirvió un largo trago de whisky.

—Tras la muerte de Sabine, jure que jamás, jamás, volvería a estar casado con una mujer que me importara —Se acercó de nuevo a la chimenea y bebió un largo trago—. ¡Es demasiado arriesgado!

La anciana chasqueó la lengua.

—Sé sensato y no te cierres a la felicidad.

Los ojos del Conde se clavaron con furia sobre la anciana, que pareció ser inmune a su desafío.

—He perdido a tres esposas, no dejaré que sean cuatro —Soltó una carcajada sin humor—. En las fiestas de sociedad, ya hace tiempo que dicen que estoy embrujado. Entiéndelo, no existe

la felicidad para *El Conde maldito*.

—Kylan, son memeces. Tú no estás embrujado ni maldito y si le abres tu corazón a...

Glenfinnan arrojó la copa al fuego, que incrementó el tamaño de sus llamas al entrar en contacto con el alcohol. Erinn, clavó las uñas en el relleno de la butaca conteniendo el aliento. Aquel hombre, rodeado de fuego, parecía un demonio con su cabello rojo oscuro y sus penetrantes ojos grises.

—¡Se acabó la conversación!

Mientras la mujer suspiraba con un punto de tristeza, él salió a toda prisa dando un fuerte portazo.

Erinn soltó su agarre y todo volvió a la normalidad.

Se sentía algo asustada por la violencia del Conde pero, sobre todo, sentía lástima por él. Fuera lo que fuera que había hecho que el destino de sus esposas fuera tan trágico, le habían vuelto un ser de corazón de piedra y alma de hielo.

Guiada en parte por la curiosidad, siguió el mismo camino que había tomado Glenfinnan, como si, a pesar del espacio de tiempo que les separaba, pudiera verle como si de una película se tratara.

Rozó con cuidado el tirador de la puerta que él había usado para abrir, pero no pasó nada. Esperanzada, salió al pasillo, donde un par de turistas acababan de llegar y arrastraban dos pesadas maletas cargadas hasta los topes y, de manera disimulada, acarició las piedras de la pared del pasillo, deseando volver a ver al Conde.

Tras varios intentos de rozar un candelabro, una silla y un tapiz, Erinn resopló desanimada. Había perdido la pista de Glenfinnan y una cosa le había quedado clara. No podía verle a voluntad.

Aquella sensación la hizo ponerse triste, pero un dolor agudo en la boca de su estómago la hizo olvidar aquel sentimiento. Con cuidado, volvió a la biblioteca, que estaba vacía, y se dejó caer en uno de los butacones.

Cerró los ojos e intentó calmarse.

—Me queda menos tiempo del que pensaba —Frunció el ceño al sentir de nuevo el dolor.

Tras haber disfrutado de un ligera comida en su habitación y haberse medicado con una dosis de calmantes para caballo, Erinn se dio una larga ducha dispuesta a seguir la única pista que de momento tenía.

La tetera de la entrada del comedor.

Aquella era la única visión que sabía que la estaba esperando y la simple idea de volver a ver los ojos grises de Glenfinnan, aunque fuera cargados de ira, era lo único que la hacía querer seguir con vida.

Lentamente, se vistió y, sin pensarlo, acarició la rosa de invierno de plata, que aún seguía en su cuello, mientras repasaba su reflejo en el espejo. Su piel estaba muy pálida, tenía la impresión de haber perdido al menos cinco kilos y sus ojos empezaban a estar de un triste azul mate.

—A investigar —Se sonrió a sí misma dispuesta a no compadecerse.

Se dirigió a la planta baja, haciendo un saludo con la cabeza a algunas camareras y botones que ya empezaban a conocerla y, discretamente, se encaminó por el pasillo que la llevaría al gran comedor. Faltaban un par de horas para la hora del té y Erinn albergaba la esperanza de que la

zona estuviera despejada.

Cuando llegó al pasillo iluminado por los grandes ventanales con vistas a los jardines, sonrió. Estaba desierto.

Con pasos firmes, se acercó a la brillante tetera que parecía estar esperándola pero, justo cuando sus dedos estaban a pocos centímetros de ella, una mujer de cabello canoso recogido en un moño bajo y uniforme de camarera, apareció tras una puerta de servicio.

—Buenas tardes —La mujer sonrió.

Erinn puso sus manos en la espalda y sonrió como un niño cuando es descubierto segundos antes de robar una chuchería.

—Buenas tardes.

—Ya veo que estaba admirando la famosa tetera del Conde.

Las mejillas de Erinn se sonrojaron levemente, mientras ella tosía con disimulo.

—¿Disculpe?

—Tranquila jovencita, no diré nada, muchas antes que usted han querido acariciar la tetera favorita del Conde de Glenfinnan —Rió divertida—. Seguro que viene de ver sus aposentos y ha visto su retrato sobre la chimenea. Si me dieran una libra por cada chica que viene de visita y se va enamorada de ese hombre, sería rica.

—¿Sus aposentos?

La mujer frunció el ceño, algo confusa al no haber acertado con Erinn.

—En la primera planta, se conserva la habitación del Conde con algunos objetos personales, la cama, alguna butaca y, por supuesto, uno de sus famosos retratos. Tienes suerte, restauraron ese cuadro hace muy poco y ahora se observan mejor los detalles.

Erinn parpadeó absorta, no podía creerlo.

—No sabía que... —Miró la tetera—. ¿Qué tiene de especial?

—Las leyendas dicen que el Conde bebía cada noche una taza de té, siempre en la misma tetera —Miró la superficie plateada y sonrió—. Creo que fue un regalo de su primera esposa. Cuando las jovencitas enamoradizas os enteráis de la historia, no sé por qué termináis todas aquí, acariciando esta vieja plata y yo me paso el día limpiándola.

Ante la atenta mirada de Erinn, la mujer sacó un trapo de color amarillo y, cogiendo la tetera con cuidado, se encaminó de nuevo hacia la puerta.

—¡Espere! —Empezó a toser fuertemente mientras se tapaba la boca con las manos.

—Cielo santo, niña, ¿estás enferma? —la mujer pareció preocupada.

—No se preocupe —Erinn palideció al ver una pequeña mancha de sangre en la palma de sus manos, pero disimuló al instante—, estoy bien.

La mujer frunció el ceño.

—Hoy está lloviendo mucho, no salgas con ese catarro al exterior —Le dedicó una dulce sonrisa—. Quizás te convenga más pasearte por el castillo.

Antes de que Erinn pudiera decir nada más, la mujer desapareció con la tetera tras la puerta, llevándose con ella la pista de una nueva visión. A pesar de ello, la idea de volver a ver el lienzo, que no dudaba que era el que ella había restaurado, y estar en la habitación de Glenfinnan, la llenó de energía. En pocos minutos, subió hasta el oscuro corredor que llevaba a los aposentos del misterioso Conde.

Cogió aire y apoyó su mano en la maneta de la puerta, empujando con lentitud esperando sentir algo muy especial y mágico cuando traspasara aquel umbral. Quizás allí la esperaba una gran visión, o alguna pista de qué le pudo haber pasado. Su débil corazón resonaba contra sus costillas y, por un instante, mientras inclinaba su cuerpo hacia delante para empujar la puerta,

dejó de respirar.

La resistencia de la puerta inmóvil y un sonido seco de cerrojo la dejaron helada.

—Está cerrado —murmuró un joven botones que pasó llevando una maleta grande de color negro—. Creo que tenían que limpiar algo y hasta mañana no la abrirán.

—¿En serio?! —El joven pareció ignorarla y desapareció camino a las escaleras—. Menudo desastre.

Sintiéndose algo estúpida por haberse dejado llevar por su parte más romántica y soñadora, se encaminó al final del pasillo. A pocos metros de allí, unas cortinas de terciopelo verde oscuro ocultaban un enorme ventanal que daba paso a una terraza ovalada de pequeñas dimensiones. Con la necesidad repentina de tomar el aire fresco, a pesar de la fina lluvia que no dejaba de caer, abrió el ventanal y salió fuera. El olor a tierra mojada la reconfortó al instante, mientras la hermosa visión del acantilado a lo lejos y la línea del horizonte que se fusionaba con el mar la hacían sentirse algo mejor.

Algunos minutos después, y mucho más animada, se dejó caer, apoyando su espalda contra la fachada de la terraza, y la piedra fría y húmeda la hizo sentirse viva. Inconscientemente, la acarició con la yema de sus dedos y el cielo se oscureció de golpe, llevándola a una noche cerrada con una enorme luna llena brillando entre algunas nubes finas.

Erinn notó una presencia junto a ella y giró la cabeza lentamente.

—Permíteme que te diga lo excepcionalmente preciosa que estás esta noche —El Conde, algo más joven de lo que Erinn recordaba, la miraba intensamente a los ojos.

—¿En serio? —murmuró ella aturdida.

—No digas nada mi amor, sé que debes estar nerviosa, pero no has de temer nada —Sonrió de una manera dulce—. Sé que nos conocemos desde hace poco, pero desde el primer momento en el que te vi mi corazón se sintió más vivo que nunca.

La boca de Erinn se abrió lentamente, asombrada, mientras él se acercaba poco a poco a ella. Estaba completamente hipnotizada por la mirada de Glenfinnan.

Él soltó una risotada, algo avergonzado.

—No es propio de mí sonar como uno de esos escritores románticos que tanto os entretienen a las damas pero, qué diablos, me he enamorado de ti.

El corazón de Erinn empezó a latir tan deprisa como le fue posible.

—¿Puedes verme? —jadeó ella casi sin fuerzas.

Frente a ella, el Conde dio un par de pasos directos y se inclinó sobre su rostro cerrando los ojos. Erinn jadeó cuando él la traspasó y un leve gemido femenino, que no había emitido ella, llegó a sus oídos. Confusa, se giró lentamente, sin dejar de tocar el muro de piedra y observó como, justo tras ella, a muy pocos centímetros, había una joven, de largo cabello cobrizo que, a pesar de estar borrosa, dejaba claro que era una joven belleza.

Erinn dejó de tocar el muro, sintiéndose idiota y algo celosa. ¿Cómo había podido creer que un fantasma, una alucinación, o lo que fuera Glenfinnan, le había declarado un amor puro y dulce? Agobiada, se dirigió de nuevo a su cuarto, con pasos rápidos y cada vez más furiosos. Para cuando apenas había avanzado unos metros, y justo delante de la habitación del Conde, un nuevo ataque de tos se apoderó de los pulmones de Erinn, haciéndola toser tanto que, en cuestión de segundos, se desmayó.

9

La tetera

Los ojos de Erinn se abrieron pesados mientras una voz de mujer se colaba en su aturdida mente. En pocos segundos, todo lo sucedido la arrolló como un tren de mercancías y se incorporó tan deprisa como su cuerpo pudo hacerlo.

Frente a ella, la mujer del moño gris la miraba junto con una chica cargada de enseres de limpieza.

—¡Santo cielo! ¿Qué te ha pasado?

Erinn se incorporó con su ayuda y se tambaleó un poco, se sentía mareada.

—Creo que he tenido una bajada de tensión, hace horas que no como —mintió con una sonrisa dulce—. No se preocupe.

La chica joven cerró la habitación del Conde, pero Erinn pudo ver de refilón una inmensa cama con dosel de madera oscura.

—¿Quiere que llamemos a una ambulancia? —comentó la chica recolocando entre sus brazos una botella de cera para muebles.

—No, no —Erinn se irguió como si nada pasara—. Estoy bien, sólo necesito llenar el estómago.

Las tres empezaron a caminar hacia las escaleras y la mujer del moño resopló.

—¿Eres la amiga de Vergil?

—¿Conoce a Vergil? —La mujer asintió risueña.

La chica joven soltó un prolongado suspiro.

—Todas conocemos a Vergil, cada quince días viene por aquí con un nuevo grupo de turistas —Se sonrojó—. Es muy agradable.

Las tres llegaron a la primera planta y Erinn se separó un poco de ellas.

—¿No vienes al comedor? Creí que tenías hambre —se sorprendió la mujer.

—Enseguida, primero quiero asearme un poco.

Las dos camareras asintieron y emprendieron caminos diferentes.

Con pasos cautos y torpes, Erinn dejó de fingir que su malestar no existía y entró con dificultad en su habitación. Las náuseas se habían apoderado de ella y a duras penas pudo llegar hasta el baño, donde durante más de veinte minutos estuvo vomitando.

Tras arrastrarse a la bañera centenaria que presidía el centro de la estancia, se desnudó y se dispuso a darse un largo baño.

Su tiempo se estaba agotando a marchas forzadas. Podía sentirlo. Lo sabía.

Unas silenciosas lágrimas empezaron a surcarle las mejillas, mientras una sensación de pánico se adueñaba de ella. ¿Había cometido un error? Iba a morir allí sola, sin nadie que le importara cerca y todo por perseguir una alucinación. Quizás, aún no era tarde para llamar a Vergil. Quizás aún tenía tiempo de volver a casa y morir en su cama. Incluso, quizás, aún podía llamar a sus amigas de la universidad y explicarles por qué ella les había dado la espalda, echándolas de su vida.

Sollozó abatida y muy cansada, y salió de la bañera con movimientos lentos y torpes. El dolor era insoportable y los calmantes parecían no hacerle efecto.

Rebuscó en su maleta un viejo camisón de hilo, que empezaba a amarillear a causa del paso de los años. Había pertenecido a su abuela, y su abuelo, poco antes de morir, se lo había regalado como recuerdo. En aquel punto de su vida, rodearse de regalos de sus seres queridos fue lo que más le apeteció.

Soltó su cabello, que cayó como una larga cascada de ondas negras, y se encaminó hacia la cama con pasos pesados y lentos.

Justo antes de que pudiera sentarse, unos suaves golpes en su puerta la hicieron dar un respingo. Haciendo acopio de todas sus fuerzas y dispuesta a fingir que estaba bien, abrió la puerta con una leve sonrisa, pero allí no había nadie. Miró hacia ambos lados del pasillo y frunció el ceño. Quizás algún bromista había llamado a su puerta. Justo en el momento en el que se dispuso a cerrar, sus ojos repararon en la bandeja de madera que había en el suelo. Su contenido, de una dimensión considerable, estaba oculto con un paño de cocina de cuadros y florecillas bordadas. Extrañada, y volviendo a mirar en todas direcciones, se agachó lentamente y, con mucho esfuerzo, cogió la bandeja entrándola en su habitación. Cerró la puerta con cuidado y depositó la bandeja sobre los pies de su cama, para luego sentarse frente a ella. Con un par de dedos, levantó el paño de cocina y su corazón dejó de latir un instante. Ante ella, la tetera del Conde de Glenfinnan, con un brillo excepcional, obra sin duda de la mujer del moño cano, la estaba esperando junto una tacita de delicada porcelana, un plato de emparedados de pepino y una hoja cuidadosamente doblada.

Sin pensarlo, leyó la nota.

Querida Erinn,

Me has dejado preocupada y he llamado a Vergil para decirle que parecías enferma. Me lo ha contado todo y no sabes cómo lo siento. Mañana él vendrá a verte, estaba bastante afectado, se nota que te tiene cariño.

Mientras tanto y, a pesar de que estoy cometiendo una grave infracción que me podría dejar sin trabajo, te hago llegar este objeto muy especial, que espero que te anime.

Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme.

*Buenas noches
Prudence*



Erinn no supo si sentirse enfadada con la mujer o agradecida. La idea de volver a ver a Vergil la reconfortaba, pero algo en el fondo de su alma le decía que no tenía tanto tiempo. Empezó a toser de nuevo y arqueó la espalda de dolor. De pronto, sus ojos miraron de nuevo la brillante tetera de plata y, buscando una vía de escape para su sufrimiento, agarró con fuerza su asa.

Al instante y, a diferencia del resto de visiones, Erinn se vio de pie, en una habitación decorada con motivos egipcios en tonos dorados, que le horrorizó. Las cortinas estaban corridas y, frente a ella, en una cama de dosel blanco con cortinas de gasa amarilla, había el borrón de una joven castaña que apenas podía mantener erguida su cabeza.

Una chica, de aspecto adolescente y de cabello negro, miró un instante a la mujer de la cama para acercarse a la tetera.

Aprovechando la cercanía, Erinn entrecerró los ojos intentando enfocar la visión de la criada, pero por mucho que lo intentó no pasó de ver colores y formas poco definidas.

De pronto, la chica sacó del bolsillo de su delantal un pequeño saquito marrón y vertió algo similar a un polvo negro en una taza.

—¿Qué haces? —murmuró Erinn como si pudiera oírla.

Con manos temblorosas, la chica llenó la taza con té y, tras echar dos generosas cucharadas de azúcar y leche, lo removió con ansia. Erinn pudo ver como el pecho de la criada se agitaba con su respiración.

Un segundo después de que la chica se guardara de nuevo el saquito en el delantal, Glenfinnan apareció en la habitación, vestido con una bata elegante y una expresión sombría en su rostro.

La criada dio un respingo.

—Puedes retirarte, yo le daré el té a mi esposa.

Ella hizo una leve reverencia y se marchó casi corriendo, mientras el Conde se sentaba a los pies de la cama en un acto de confianza, pero manteniendo las distancias con la mujer, que parecía agotada.

—Lowenna —susurró.

—¿Milord? —Ella le miró moviendo la cabeza como si le pesara mucho—. Me siento débil.

—Tienes que descansar, el medico ha dicho que estás enferma.

—Siento que discutiéramos —jadeó ella—. Soy plenamente consciente de que nunca me has amado, pero yo he hecho lo posible para...

Él se tensó incómodo y le palmeó la mano.

—No estoy enfadado, ya lo sabes —Se levantó y, con pasos firmes, se acercó hacia la tetera, justo frente a Erinn—. Para que veas que te tengo estima, ya que eres mi esposa, he pedido que te trajeran té.

Con una mano, cogió la delicada taza que la criada había dejado lista, y volvió junto a Lowenna.

—No, no... —musitó Erinn sintiendo que algo no iba bien.

—¿Té? —la voz de Lowenna sonó un poco más animada.

Él le tendió la taza y miró de nuevo hacia Erinn.

—Sí.

—Es tu tetera —jadeó emocionada—. Creo que es el gesto más romántico que has tenido conmigo en casi un año.

Él sonrió con un punto amargo brillando en sus ojos.

—Lo siento, de veras que lo hago —Se sentó junto a ella, esta vez un poco más cerca.

Lowenna bebió un delicado sorbo de té y tosió discretamente.

—No debes sentirlo, mi bello Conde. Yo lo sabía cuando me casé contigo, mi madre me lo advirtió, mi hermana estaba segura de ello. Tu corazón murió junto con ella y me apiado de la pobre mujer que crea que aún tienes la capacidad de enamorarte.

Erinn se sintió extraña y se movió incómoda, mientras su corazón latía más rápido de lo normal.

—Debes descansar —Él se inclinó y besó la frente de Lowenna.

Ella soltó un suspiro y bebió de nuevo un sorbo de té.

—Me siento cansada, muy cansada.

El Conde se puso en pie cogiendo la tacita y dejándola sobre la mesilla de noche con grabados de jeroglíficos.

—Kylan —susurró ella—. ¿Puedo pedirte un favor?

—Lo que quieras.

Ella sonrió arrellanándose en la almohada.

—Abrázame, por favor —murmuró levemente—. Abrázame, sólo hasta que me duerma.

La espalda de Glenfinnan se tensó un instante pero, sin dudarlo, se sentó en la cama, apoyando su espalda contra el cabecero y rodeó con su brazo el pequeño y delgado cuerpo de Lowenna. Ella suspiró y se apoyó contra su pecho, mientras su respiración disminuía de ritmo poco a poco y se quedaba dormida.

Erinn no osaba moverse, cautivada por la mirada fría de Glenfinnan, que parecía triste. Cuando los ojos de él se posaron sobre la tetera de plata, Erinn habría jurado que estaban vidriosos, como si estuviera a punto de llorar.

Sin saber por qué, los dedos de Erinn se deslizaron del asa de la tetera, devolviéndola a su habitación, donde un fuerte dolor, la hizo aovillarse en la cama.

Con un gran esfuerzo se puso en pie, guiada por un extraño sexto sentido. Tenía que buscar una nueva visión, no quería morir allí sola. Si tenía que hacerlo, al menos quería que fuera cerca de la imagen de los ojos del Conde de Glenfinnan.

Los pocos huéspedes del hotel que la vieron correr con movimientos que recordaban más a un muerto que a un vivo, quedaron atrás en pocos minutos. Haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban, salió al jardín trasero, donde las farolas de hierro forjado empezaban a encenderse. El viento despeinaba los cabellos de Erinn y hacía que el viejo camisón se adhiriera a su piel como un guante. Al llegar a una fuente, donde una ninfa vertía agua de una vasija, miró la bifurcación del camino.

—Derecha —se dijo jadeante, mientras apretaba los puños como si eso pudiera mitigar su creciente dolor.

Poco a poco, y mientras el cielo se teñía de tonos violáceos, Erinn dejó atrás el castillo y el cuidado jardín, adentrándose en un bosque que la engulló. Sin saber exactamente qué estaba haciendo, y con su mente completamente aturdida, se aventuró por un sendero cubierto de musgo y rocas. Su pulso y sus jadeos eran lo único que oía, hasta que, tras varios árboles, apareció una edificación ruinoso, casi inexistente.

Con pasos torpes y mientras se secaba el sudor de la frente, se dejó caer de rodillas sobre el mármol desgastado y cubierto de tierra y musgo. La estructura redondeada y los vestigios de ocho columnas, le recordaron a algo.

Con el corazón a un ritmo cada vez más lento y mientras sentía un mareo que parecía arrancarle el alma de cuajo, pasó la mano por el musgo y apartó la tierra, arañando con las uñas una lápida resquebrajada con una inscripción desgastada.

El aire se congeló en sus pulmones. El corazón se le paró de golpe con un súbito bombeo y, en los ojos azules sin vida de Erinn, se quedó grabada una frase para siempre:

Aquí yace Kylan Christopher MacAdam, segundo Conde de Glenfinnan



X

Escocia, 1832

Los truenos hacían vibrar los cristales del castillo de Delfryn, mientras la intensa lluvia los empapaba sin piedad.

Kylan, sentado en su butaca preferida, disfrutaba de una copa de su mejor whisky mientras su humor bailaba entre la tristeza y la autocompasión. Aquel día, su tía Rosslyn, a petición de su madre, que se había trasladado a Bath para curar algunas viejas dolencias, había revolucionado su apacible y anodina vida. Ambas, preocupadas por él, sabían a la perfección que aquella fecha en concreto era dura para Kylan, ya que se cumplían cinco años de la muerte de Breena y de su pequeño hijo recién nacido. Ella había sido la única mujer que le había hecho feliz.

Un precioso reloj tallado en madera anunció las diez de la noche, justo cuando Kylan, apurando su último trago de whisky, había decidido dejar de compadecerse.

Todo el mundo sabía que estaba maldito, la mala suerte le perseguía en el terreno del amor pero, por fortuna, en otros planos todo iba bien. A sus veintiocho años, tenía un inmenso capital, inteligencia y un encanto que, de vez en cuando le proporcionaba una fortuita y breve compañía femenina entre las esposas aburridas de la alta sociedad, a las que, por alguna razón, su halo misterioso y su maldición les resultaba seductor.

Cerró los ojos y revivió la última vez que había tenido una mujer entre sus brazos. Habían pasado varios meses y, a pesar de que no era de piedra y que su joven cuerpo reaccionaba como era esperado, su corazón estaba impasible, roto.

Unos fuertes golpes en la puerta le sacaron de sus pensamientos.

—¿Qué demonios pasa?!— farfulló poniéndose en pie.

—Milord —Un criado asomó la cabeza por la puerta de la biblioteca con algo de miedo.

—¿Qué pasa, Liam?

El joven entró nervioso.

—Siento molestarle, señor, pero Mary ha encontrado... no sé si está muerta... parece una dama —farfulló cada vez más nervioso al ver en los ojos de Kylan cómo perdía la paciencia.

—¿Mary ha encontrado una dama muerta?

Liam tosió nervioso.

—Sí, eso creo.

Sin perder el tiempo, y sin saber qué era exactamente lo que pasaba, Kylan apartó sin miramientos al criado, salió al pasillo y bajó por las escaleras con pasos veloces.

Cuando llegó a la enorme puerta doble de la entrada, Mary, la doncella de su tía, que estrujaba un carlino negro entre sus brazos, farfullaba cosas sin sentido al ama de llaves, que intentaba calmarla.

Kylan se les acercó.

—¿Qué sucede, señora Mait?

—Milord, disculpe el revuelo —El ama de llaves miró a Mary, que estaba a punto de llorar—. Creo que la joven Mary se ha asustado.

Él la miró con sus fríos ojos grises y la chica sollozó apretando al perro entre sus brazos. Temía la ira del Conde.

—¿Qué ha pasado, Mary?

—Milord, Angus se ha escapado cuando Liam ha abierto la puerta del jardín —El carlino la miró al oír su nombre—. Y, por supuesto, he salido tras él. Ya sabe la devoción que tiene su tía por estos pequeños. Dios me libre que les sucediera algo malo.

—Prosigue.

Ella tomó aire un poco más serena.

—He seguido a Angus hasta más allá de la fuente de Afrodita y la he visto —Se llevó las manos a la boca liberando al perro—. ¡Oh, señor, estaba muerta sin duda!

Mary empezó a llorar desconsolada, mientras la señora Mait le daba un par de palmadas en la espalda.

—¿Quién está muerta? —en la voz de Kylan se notaba como poco a poco perdía la paciencia.

—Parecía una joven, estaba allí, tendida bajo un árbol, hecha un amasijo de ropa —sollozó—. ¡Dios mío! ¿La habrá atacado un lobo?

—Querida, hace años que ya no hay lobos en esta región —puntualizó el ama de llaves.

Kylan miró al cielo, intentando no perder los nervios.

—¿Estás segura de que fue una persona lo que viste, y no un arbusto o un animal?

—Sí —murmuró ella.

—Señora Mait, traiga mi capa y un farol de aceite, por favor.

El ama de llaves miró un segundo por la ventana para después mirar a Kylan.

—Pero milord, está diluviando.

—¡Mi capa, señora Mait!

En pocos minutos, Kylan salía por las puertas que daban al jardín con pasos tan rápidos que casi parecían un trote. A pesar de que era famosa la histeria y la imaginación de la doncella de su tía Rosslyn, quería asegurarse de que no era una mujer lo que se estaba empapando bajo la lluvia en el límite de su bosque.

Tras pasar la fuente descrita por Mary, entrecerró los ojos mientras la lluvia le corría por la cara dificultando su visión y, por lo tanto, la búsqueda. Se acercó a varios árboles y arbustos colindantes hasta que, de pronto, acurrucada entre dos arbustos frondosos, la vio.

—¡Maldita sea! —rugió contra el viento al verificar que realmente se trataba de una persona.

Con un movimiento ágil, cargó el cuerpo sin sentido de la chica y empezó a correr hacia el castillo, mientras un relámpago cruzaba el cielo iluminando el sendero.

Al entrar de nuevo en su casa, la señora Mait y Liam se llevaron las manos a la cabeza. Entre los brazos de su señor, había una joven, de facciones delicadas, piel pálida como la cera y negro cabello que se adhería a su rostro y cuello. Vestía un vestido amarillo lleno de jirones y barro pero, a pesar de ello, daba señales de que aquella chica pertenecía a la alta sociedad. Su pequeño cuerpo extremadamente delgado parecía el de un cadáver y en su cuello había una joya de plata de una flor de estilo celta.

—Liam, coge el carruaje y avisa al Doctor Anderson —vio como el joven corría hacia las cuadras—. Señora Mait, prepare una habitación.

—¿La turquesa o la violeta, milord?

Kylan empezó a encaminarse hacia las escaleras y miró al cielo perdiendo los papeles.

—¡Maldita sea! Cualquiera.

La mujer se le adelantó nerviosa hasta una habitación de la primera planta junto a las escaleras. Con manos temblorosas, encendió las velas de los candelabros y abrió la cama con dosel, decorada con una colcha turquesa con bordados plateados.

Kylan entró, dejando un reguero de gotas de agua por allí donde pasaban y depositó a la

joven sobre la cama, sin prestarle demasiada atención.

—Avisé a las doncellas que le sean necesarias, pero confío en usted para quitarle ese vestido empapado. Es posible que lleguemos tarde para evitarle un resfriado, pero no quisiera que cogiera una pulmonía por no haber actuado con premura.

Kylan cerró la puerta tras él, mientras la señora Mait forcejeaba con el vestido de la joven. Cuando consiguió desprenderla de la prenda, la chica movió levemente los labios, mientras sus parpados temblaban.

—Criatura, ¿estás despierta? —La zarandeó levemente—. ¿Cómo te llamas jovencita?

Ella abrió la boca y soltó un leve susurro.

—Erinn.



XI

Anne, la doncella a la que habían asignado las tareas de cuidado y aseo de la joven desconocida, se sobresaltó cuando Rosslyn entró sin llamar a la habitación. Durante los dos días que Erinn había estado medio inconsciente, la dulce mujer había ido a visitarla en varias ocasiones.

—¿Sigue con fiebre? —murmuró Rosslyn acercándose a la cama.

—El médico la ha vuelto a visitar esta mañana, señora —Anne humedeció un paño que colocó sobre la frente de Erinn—. Dice que le ha bajado, pero que aún sigue con delirios.

—Pobre niña —Acomodó un mechón del cabello de Erinn que se había ondulado salvajemente sobre sus hombros—. Esperemos que despierte pronto.

Anne le sonrió.

—Descuide, señora, la avisaremos de inmediato si ello sucede.

—Gracias —Le sonrió.

Con un elegante movimiento, pasó su mano alisando los pliegues de su falda y abandonó la habitación encaminándose por las escaleras hacia la planta baja. En cuestión de minutos, entró en el comedor, donde Kylan ya se había sentado en la gran mesa alargada de roble y disfrutaba de un copioso desayuno.

—Buenos días, tía —Apenas la miró mientras leía el periódico.

—Buenos días, querido —Se sentó con ayuda de un mayordomo—. ¿Aún no la has visitado?

Kylan se removió nervioso en su asiento. Si algo describía a la perfección a su tía, era su carácter obstinado y sus ideas fijas. Él tomó aire lentamente, dispuesto a controlar su mal humor que aumentaba cuando se sentía presionado. A pesar de todo adoraba a Rosslyn.

—Cuando esa dama despierte y esté completamente recuperada tendré una reunión con ella, mientras tanto, no creo que sea decoroso que la visite en sus aposentos.

Rosslyn soltó una carcajada divertida, mientras golpeaba la cáscara de un huevo con una cucharilla de plata.

—¿Decoro? —volvió a reír—. ¡Oh, mi querido Kylan! ¿Desde cuándo a ti te importan y pones en práctica las normas sociales?

Un leve brillo animado pasó fugaz por los ojos de él, que no permitió que cambiara su humor sombrío. Rosslyn le conocía demasiado bien.

—Sea como sea —Volvió a mirar su periódico—, hasta que no despierte, no podré obtener la información que deseo de ella.

—En eso tienes razón.

Kylan levantó la mirada y sonrió, haciendo que Rosslyn se animara mientras bebía de su taza de té de porcelana blanca.

Cuando la puerta de la habitación se cerró suavemente tras Anne, cargada con una palangana de agua fría y varios paños limpios, los ojos de Erinn empezaron a despegarse lentamente y con un intenso esfuerzo.

La luz grisácea que se filtraba por las cortinas de la estancia penetró entre sus pestañas y notó como sus ojos sentían un leve dolor.

Estaba aturdida, le dolían todos los huesos del cuerpo y la cabeza le daba vueltas, mientras poco a poco tomaba consciencia de que estaba aún con vida.

Anne, al percibir un leve movimiento por parte de Erinn, se acercó a la cama, volviendo a ocupar la silla que había sido su asiento los últimos dos días.

—¿Se encuentra bien, señorita?

Erinn la miró mientras sus ojos enfocaban el rostro redondo y pecoso de Anne, que le sonreía con una hilera de dientes un poco amarillentos. Su mente reunió las piezas que recordaba de su última vivencia. Sin duda, alguien la había encontrado en los restos del mausoleo del Conde de Glenfinnan y la había devuelto a su habitación en el Castillo. Seguro que Vergil ya había llegado.

—¿Dónde está Vergil?

La chica hizo una mueca, sin saber exactamente cómo manejar aquella situación.

—Yo... no lo sé, señorita —carraspeó nerviosa—. Le traeré una taza de té mientras termina de despertarse.

Anne se levantó deprisa y salió de la habitación en busca de Mary, la doncella de Rosslyn.

Con un movimiento lento que la hizo soltar un leve gemido al notar sus músculos agarrotados, Erinn se sentó en la cama, acomodándose entre los almohadones. Por algún extraño motivo, la habían cambiado a una habitación mucho más grande y lujosa, decorada con tonos turquesas y plateados. Sonrió animada. Le gustaba mucho aquella combinación de colores y estaba agradecida de no estar en un hospital. Seguía en el Castillo de Delfryn, de aquello no había duda, ya que las vistas que alcanzaba a ver por una rendija de las cortinas eran inconfundibles para ella.

Soltó un largo suspiro y se frotó los ojos con cuidado.

No sabía qué clase de medicinas le habían dado, pero se encontraba, a pesar de todo, mucho mejor. Ya no le dolía el pecho y su respiración era mucho más vigorosa.

Quizás, después de todo, aún no había llegado su hora.

Unos golpes delicados en la puerta le llamaron la atención, antes de que una mujer de cabello castaño con mechones grises y un elegante vestido verde esmeralda, entrara seguida de la joven camarera que había visto al despertar.

—Querida, qué bien que hayas despertado —Rosslyn se acercó a la silla que había ocupado Anne y se sentó—. Anne, trae un poco de té y pastas para nuestra invitada, sin duda estará hambrienta.

Erinn estudió absorta el atuendo de estilo georgiano de la mujer que le sonreía afablemente y meneó la cabeza. Estaba claro que en el hotel estaban llevando a cabo una fiesta de disfraces o algún tipo de representación.

—¿Es usted amiga de Vergil?

Rosslyn le cogió una mano con cariño.

—Lo lamento, querida, no conozco a ningún caballero llamado Vergil —Miró las manos de Erinn buscando una alianza—. ¿Es su prometido tal vez?

Erinn soltó una leve risa mientras negaba con la cabeza.

—En absoluto, es un buen amigo —Miró a la mujer que la observaba con atención—. ¿Quién es usted?

—Tendrás que dculparme, menudos modales los míos —Miró al cielo divertida—. Soy Lady Rosslyn MacAdam.

La sangre se heló en las venas de Erinn. Aquello tenía que ser una broma.

—¿MacAdam? —susurró—. ¿De los MacAdam de toda la vida? ¿Descendientes del Conde de Glenfinnan?

Las palabras atropelladas y asustadas de Erinn hicieron sonreír cordialmente a Rosslyn, que le palmeó la mano para que se tranquilizara.

—El Conde de Glenfinnan era el hermano de mi esposo.

—¿Cómo? —Se tensó—. Eso es imposible, hace casi dos siglos que murió.

Los ojos de Rosslyn brillaron con preocupación.

—Mi querida niña, ¿qué te sucedió para que estés tan sumamente desorientada? —suspiró—. El Conde murió hace apenas diez años.

Erinn sintió como la habitación empezaba a darle vueltas sin comprender qué estaba pasando y su respiración agitada empezó a asustar a Rosslyn.

—Haré que avisen al doctor.

—¡No! —Erinn la cogió de la mano suplicante—. Nada de médicos, por favor. Estoy bien, sólo algo... aturdida.

Anne entró con una bandeja con una tetera de porcelana y dos tazas. Ante la atenta mirada de las dos mujeres, la joven sirvió dos tazas de té, mientras Erinn aprovechaba aquellos minutos para serenarse.

Para cuando Anne las volvió a dejar solas, la respiración de Erinn era casi normal.

—¿Cómo... cómo llegué hasta aquí?

Rosslyn le acercó una de las tazas.

—Mi sobrino te trajo —No pudo evitar sonreír con orgullo—. Una de mis doncellas te encontró sola y sin sentido bajo la lluvia hace dos días. Estabas en el límite del bosque.

—El bosque —farfulló contra el borde de la taza.

—¿Tienes idea de cómo llegaste hasta allí?

Erinn observó el rostro de la mujer. Una cosa estaba clara, fuera cual fuera la explicación, estaba atrapada en la época de sus visiones y hasta que no aclarara el asunto, era mejor que mintiera.

—No, no recuerdo nada.

—Pero recuerdas a Vergil, tu amigo.

—Sí —Buscó rápidamente una explicación para sus falsas lagunas—. Tengo leves recuerdos.

Rosslyn pareció conmovida.

—Recuerdas tu nombre, ¿tal vez?

—Claro —Sonrió—. Me llamo Erinn.

—Erinn... —canturreó esperando a que ella completara el nombre con un apellido.

—Erinn Burton, señora.

Los ojos grises de Rosslyn se entrecerraron un instante mientras pensaba.

—No conozco a ninguna familia de la región llamada Burton.

—Oh —fingió pesar, aunque en realidad se sentía aliviada—. Creo recordar que soy huérfana y mi único familiar vivo fue mi abuelo que falleció hace un par de años.

—Comprendo, sin duda Vergil era tu protector.

Los ojos de Erinn se abrieron como platos, estaba siendo muy fácil construirse una falsa identidad.

—Exacto —carraspeó—. Pero no recuerdo cómo llegué hasta aquí.

Rosslyn estudió sus facciones, mientras Erinn fruncía el ceño nerviosa.

—No debes preocuparte querida, sea como sea ahora estás a salvo —Se levantó animada—. Estarás bajo mi protección y la de mi sobrino hasta que recuerdes tu procedencia. No te

angusties.

Erinn se sintió algo culpable al mentir a la dulce mujer, pero de ello dependía no acabar encerrada en un manicomio, decir la verdad quedaba descartado.

—Gracias, Lady Rosslyn.

—Lláname sólo Rosslyn, querida —Se acercó a la puerta—. Ahora, bebe el té y descansa, debes recuperar fuerzas.

Con un leve asentimiento de cabeza y una sonrisa, Erinn volvió a quedarse sola. De pronto, la realidad le cayó encima como una jarra de agua fría.

¿Estaba muerta? Quizás era la explicación. Sobre el mausoleo de Glenfinnan había sentido cómo su cuerpo moría, el dolor, la sensación de desvanecimiento. No tenía duda, había muerto en 2018, pero no sabía por qué, allí estaba, con su salud restaurada a pesar de la gripe que la había tenido en cama, y completamente viva en una época muy, muy remota a la suya.

Sin saber qué sentir, ya que el miedo, el desconcierto y la emoción batallaban en su interior, se acercó con pasos lentos a la ventana y miró al exterior. El paisaje parecía el mismo, pero el ambiente, claramente no lo era.

Enfocó los ojos y pudo ver levemente su propio reflejo en el ventanal.

—Qué más da —murmuró—. Sea como sea, tengo una segunda oportunidad de vivir y pienso aprovecharla.

XII

Con dedos ágiles, abrió una nota que su mayordomo había dejado en una pequeña bandeja de plata sobre su escritorio, y leyó su contenido. Sonrió satisfecho de recibir buenas noticias de sus informadores y arrojó la misiva a la chimenea que, a pocos metros de allí, crepitaba intensamente.

A pesar de que las cortinas estaban descorridas, Kylan había encendido varias velas, ya que el día prometía ser grisáceo y bastante húmedo.

—Y bien, milord —el mayordomo pareció impaciente, mientras Kylan actuaba como si estuviera solo—. ¿Desea que avise a Anne?

Kylan le miró con lentitud, mientras se mordía el labio inferior. No le apetecía demasiado tener que lidiar con el problema que Erinn representaba pero, al fin y al cabo, él era un hombre de honor y la noche anterior, cuando Rosslyn le había comentado todo lo que sabía de la misteriosa joven, había aceptado ayudarla. Era demasiado tarde para echarse atrás.

—Sí, Fred, dile a Anne que traiga a la joven.

—Enseguida, milord.

El mayordomo hizo una sutil reverencia y se marchó.

Kylan se levantó y empezó a mirar por la ventana, mientras una fina lluvia empezaba a adueñarse del paisaje otoñal. Los árboles del bosque que rodeaba la parte trasera del castillo empezaban a adquirir tonalidades rojizas y amarillas.

Una brizna de alegría floreció en el humor de él. El otoño era su época favorita del año.

Los golpes en la puerta le hicieron tensarse, olvidando la visión del bosque.

—Adelante —comentó sin dejar de mirar por la ventana.

Anne empujó levemente a Erinn, que parecía asustada. Durante toda la noche, había intentado imaginarse qué miembro de los MacAdam la recibiría al día siguiente. Sabía que era el sobrino de Rosslyn pero también había deducido, por cómo hablaba Anne de él, que no era un patrón demasiado amable con el servicio. A pesar de todo, una cosa le había quedado clara tras su primera conversación con Rosslyn, su querido Conde de Glenfinnan llevaba varios años muerto, así que la posibilidad de volverle a ver en persona quedaba descartada.

Cuando la puerta se cerró tras ella, el silencio la inquietó sobremanera. Frente a ella, de pie contra la ventana, había un hombre de complexión fuerte, cabellos rojizos oscuros y bastante más alto que ella.

Su corazón dio un pequeño respingo y automáticamente pasó sus manos por la falda del vestido de paseo de color marrón que Anne, siguiendo instrucciones de Rosslyn, le había prestado, puesto que Erinn no tenía pertenencias y ambas jóvenes compartían la misma talla.

—Tome asiento por favor —la voz grave y serena de él fue una orden.

Ella se sentó frente a una de las sillas que habían en el escritorio, lleno de papeles y libros.

Cuando Kylan oyó cómo la silla crujía con el peso de la joven, se giró lentamente para observarla sin que ella le viera. Había ideado un plan para estudiar su comportamiento y descartar el hecho de que aquella desconocida, que había aparecido fortuitamente en la casa del conde más rico de la región, no fuera una ladrona, una cazafortunas o una espía.

Repasó la postura de Erinn que, tensa en la silla, jugueteaba con una de las cintas de la cinturilla de su vestido enredándola entre sus dedos. Su largo cabello había sido recogido con

gracia en un moño que dejaba algunos mechones ondulados sueltos en su nuca.

Chasqueó la lengua. Ciertamente, le parecía sospechosa.

Con pasos lentos y amenazantes, Kylan se acercó, hasta que bordeó el escritorio sentándose frente a ella.

—Bienvenida al castillo de Delfryn, señorita Burton.

Las mejillas de Erinn enrojecieron al instante mientras su sano corazón palpitaba con fuerza contra sus costillas. El Conde de Glenfinnan estaba vivo. ¿Cómo era posible?

Él la observó con sus ojos grises entrecerrados, leyéndola como un libro abierto.

—Por su reacción, juraría que ya me conoce.

—Le creía muerto, señor... Conde... señorita —farfulló sin saber cómo dirigirse a él.

Kylan esbozó una sonrisa cínica, mientras se dejaba caer en su silla.

—Ciertamente, algunos han comentado que estoy muerto por dentro, pero no, señorita Burton, a pesar de todo, sigo con vida.

—Perdone mi error. Rosslyn... Lady Rosslyn, dijo que el Conde de Glenfinnan había fallecido algunos años atrás.

Él asintió con la cabeza, sin mostrar ninguna emoción.

—Y así fue, mi padre, el primer Conde de Glenfinnan falleció, lo que hizo que yo heredara el título, convirtiéndome en el segundo Conde de Glenfinnan.

—Claro, que estúpida —farfulló Erinn para sí misma.

Mientras ella paseaba su mirada por los libros apilados en el escritorio, Kylan no apartaba los ojos de ella. Su tez blanca y sus enormes ojos azules le conferían un aspecto agradable, casi hermoso para la mayoría de hombres. Aquello, sumado a su postura erguida y su manos de piel fina, hicieron que Kylan descartara la idea de que fuera una cortesana o una campesina.

—Y bien —Él enarcó las cejas—. ¿Ha recordado algo más sobre su procedencia?

—Me temo que no... —Pensó un instante—. Señorita.

—Mi tía, Lady Rosslyn, me ha informado de lo que usted recuerda hasta la fecha. Lamentablemente, no es demasiado para que pueda ayudarla a volver a su hogar.

Ella asintió.

—Espero no ser una molestia.

Él puso los ojos en blanco, sí lo era.

—No debe preocuparse por eso, lo mejor será que resida aquí hasta que recupere la memoria o alguno de mis investigadores dé con alguna pista de su prometido.

—¿Prometido?

—El señor Vergil.

—No, no —Se rió mirándole a los ojos—. Vergil es mi amigo, no nos une ningún tipo de relación romántica.

Kylan le sonrió y ella volvió a sonrojarse maldiciendo su reacción, tenía que intentar controlar aquella mala costumbre.

La boca de él se curvó un poco más sin que fuera consciente del todo, la inocencia de Erinn era genuina, ni la actriz más experimentada podía sonrojarse a voluntad.

Los dedos de Kylan repicaron sobre la superficie pulida del escritorio y decidió ponerla a prueba.

—¿Qué quiere, Señorita Burton?

—¿Disculpe? —Ella le miró pestañeando un par de veces, confusa.

—Soy un hombre de mundo y a mis veintiocho años me las he tenido que ver con toda clase de personas —Miró hacia la ventana con total tranquilidad—. Sin duda, su aparición ha sido,

cuanto menos, misteriosa y atípica, por lo que espero comprenda que no termino de fiarme de usted.

La boca de Erinn se abrió lentamente, presa de su sorpresa.

—¿Qué está insinuando?

—Bueno, mi querida desconocida —La miró con un brillo frío en los ojos que la traspasó—. No sería la primera vez que algunos hombres influyentes mandan a mi casa a una joven disfrazada de criada para espiar mi correspondencia política, o que cuelan a un joven mozo de cuadra ávido de escuchar mis planes en los carruajes.

Erinn meneó la cabeza, mientras su ceño se fruncía.

—¿Me está acusando de algo?! —Levantó la cabeza desafiante—. Mire, señor, me importan un comino sus planes políticos, a decir verdad la política en sí me aburre, sólo sé que estoy desorientada, aquí en este lugar desconocido para mí, sola, completamente sola y sin saber qué será de mi.

Erinn se puso en pie con furia.

—Ya veo —La miró él impasible.

—Aparentemente, a pesar de que hace un segundo me ha dicho que me acogía en su casa, está claro que mentía, porque ahora me acusa de espía, conspiradora y mentirosa —bufó con fuerza—. Creí que los hombres de esta época aún tenían honor, ya veo que estaba muy equivocada.

La mirada de furia que ella le lanzó hizo que una sonrisa amplia se dibujara en el rostro de Kylan, dejándole entrever sus dientes y en especial sus colmillos que asomaban un poco más que los demás dándole un toque de depredador. Él se puso de pie con movimientos lentos y seguros.

—Tome asiento, se lo ruego.

Ella entrecerró los ojos sin entender.

—No.

—Como quiera —Kylan volvió a sentarse—. He tenido que ponerla a prueba, señorita Burton. Ando metido en ciertos asuntos de importancia y debo vigilar a quién abro las puertas de mi casa.

Erinn se sentó de mala gana.

—¿Se está disculpando?

—Me estoy disculpando —Evitó mirarla a los ojos—. Sin lugar a dudas, la acogeré bajo mi protección y me aseguraré de que pueda regresar a su casa con la mayor brevedad posible.

Erinn pareció relajarse y aprovechó que él miraba un montón de papeles sobre la mesa para estudiar su rostro. Era mucho más vivo que en cualquiera de sus visiones anteriores. El cabello rojizo se le ondulaba por todas partes, especialmente en la nuca, y sus ojos, a pesar de ser más pequeños y algo separados para seguir el canon de una belleza perfecta, brillaban con un gris tan claro y profundo que era imposible no perderse en ellos.

—Gracias, Señoría —murmuró.

Kylan la miró, con una intensidad tan afilada que Erinn sintió como si la cortara en dos.

—No hace falta que sea tan formal al dirigirse a mí.

—Diculpe, nunca había hablado con un conde.

Él se puso de pie y ella le imitó, para segundos después encaminarse hacia la salida.

—Ya no podrá decir eso nunca más, señorita Burton —abrió la puerta para invitarla a salir.

Ella soltó una risa nerviosa, propia de una colegiala.

—No, sin duda ya no podré decirlo.

Tras un leve saludo con la cabeza por parte de él, Erinn salió y vio como Kylan cerraba la

puerta.

Allí, en el pasillo de la primera planta del castillo, las emociones de Erinn explotaron como millones de fuegos artificiales.

Ahora no sólo veía al hombre que la había fascinado desde que le vio por primera vez, sino que vivía bajo el mismo techo y bajo su protección.

Sonrió animada. Aquello si parecía toda una aventura.

XIII

Rosslyn miraba a Erinn con una amplia sonrisa, mientras ella observaba el paisaje boscoso por la ventanilla del carruaje. De no haber sido por su medio de transporte y los vestidos que ella y su acompañante llevaban, habría jurado estar en su época, pues las montañas verdosas y los lagos estaban exactamente igual.

Aquella mañana, Rosslyn había insistido en llevar a Erinn a North Berwick para conseguir algunos vestidos ya que, según le había dicho, pretendía presentarla a sus amigas para empezar a hacer vida normal. La mujer albergaba la esperanza de que, con una rutina, Erinn pudiera recuperar sus recuerdos y su identidad al completo.

—Lamento que North Berwick no sea Edimburgo o Londres, los vestidos que hemos encargado son de un estilo demasiado campestre. A pesar de ello, creo que tendrás lo suficiente para sobrevivir hasta que decidamos volver a la civilización —Miró las cajas con sombreros y complementos que atiborraban el interior del carruaje.

—Ha sido sin duda más que generosa, de nuevo muchas gracias —Erinn le sonrió.

—Soy yo la que debe darte las gracias, querida —Se inclinó un poco—. Entre nosotras, los MacAdam son un linaje muy fértil, pero famosos por concebir siempre varones —Erinn frunció el ceño sin comprender por qué le contaba aquello—. Lo que quiero decir es que mi marido, un MacAdam de primera, me dio un varón, pero por desgracia nunca tuve una hija, así que tú estás satisfaciendo todos mis deseos frustrados de vestir, acompañar y aconsejar a una joven dama.

La sonrisa amplia y brillante de Erinn hizo que Rosslyn suspirara satisfecha y feliz.

—Eso es todo un honor, Lady Rosslyn, créame que me siento muy agradecida.

—Recuerdo que me dijiste que eras huérfana, así que ambas llenamos un vacío —Soltó una risilla animada—. No parece un mal trato, ¿verdad?

—En absoluto —Erinn se sintió feliz por unos instantes, hasta que las palabras de Rosslyn revolotearon de nuevo en su mente—. ¿Qué ha querido decir con volver a la civilización?

Rosslyn se acomodó en su mullido asiento y miró por la ventana.

—Verás, querida, mi visita a mi sobrino ya se está demorando demasiado. En realidad, de no ser por ti ya habría vuelto a mi casa en Edimburgo. No me considero una mujer de campo y echo de menos las bulliciosas reuniones de la ciudad.

La idea de dejar el castillo de Delfryn ensombreció el buen humor de Erinn que, a pesar de que adoraba el lugar, sabía que lo que de verdad la entristecía era alejarse del Conde de Glenfinnan.

—Vaya, parece que no te atrae la idea en absoluto —Rosslyn bromeó.

—No, no —se disculpó—. Me encanta Edimburgo y será todo un placer acompañarla, es sólo que el Castillo me fascina.

—Comprendo —murmuró—. Las leyendas del lugar y sus... *habitantes* son famosos en toda Escocia. ¿Las conoces?

Los ojos de Erinn vagaron por la superficie de un lago brillante como un espejo.

—Sé que el Conde ha tenido muy mala fortuna.

—Vaya —Ella sonrió—. Creo que es la primera vez que oigo que alguien piensa como yo o

como la madre de Kylan. La mayoría de personas, y en especial las jóvenes de tu edad, le definen como un hombre embrujado, maldito y, en ocasiones, tras presenciar alguno de sus días más irascibles, como un demonio.

Erinn se encogió de hombros recordando cómo había visto al Conde hablarle con pasión a Breana en la terraza y cómo su compasión le había hecho estar en el lecho de su segunda esposa, a pesar de que él no la quería.

—Esas personas no saben qué significa perder a alguien y que tu mundo se tambalee para siempre. Yo he perdido a muchas personas y a pesar de ello no alcanzo a imaginar qué debe sentirse cuando esa persona es el amor de tu vida.

La mano enguantada de Rosslyn se posó sobre las de Erinn, que la miró con un brillo melancólico en sus ojos.

—Querida, cuida siempre ese corazón puro que tienes, algo me dice que es muy especial.

Erinn sonrió ligeramente y ambas volvieron a mirar por la ventana. A lo lejos se veía el Castillo.

Con mucho cuidado, empezó a cortar la carne que le habían servido, intentando imitar los movimientos de Rosslyn, que comía grácilmente, mientras intentaba entablar una conversación con su sobrino.

Él miró un segundo a Erinn, que volvía a llevar el vestido marrón de Anne y la ignoró de inmediato. Desde que se habían conocido en su despacho el día anterior, así habían sido sus fortuitos encuentros en el pasillo, a la hora de las comidas o en el jardín. Él se limitaba a saludarla educadamente y la ignoraba como si ella fuera un jarrón o un mueble.

—Creo que es una buena idea, tía —Bebió un pequeño trago de vino—. Sin duda, que la señorita Burton se exponga ante varias personas nos facilitará la tarea de encontrar a su prometido.

Erinn puso los ojos en blanco y se resignó metiéndose un trozo de carne en la boca, por mucho que lo desmentía, Glenfinnan se negaba a creer que Vergil no era su prometido.

—Lo mismo creo yo, querido. Edimburgo nos proporcionará alguna pista.

—Sin embargo —Él hizo una mueca y volvió a mirar a Erinn, que parecía entretenida diseccionando el trozo de carne—. Creo que Londres sería un lugar mejor.

—¿Londres? —comentaron Erinn y Rosslyn a la vez.

Él enarcó las cejas con un aire de suficiencia, que de alguna manera crispó los nervios de Erinn.

—Es inevitable no reconocer el acento de nuestra inesperada invitada —Volvió a mirar el plato—. Sin duda, su origen es inglés, y no escocés.

Erinn le miró alarmada, ¿aquella frase había sido pronunciada como un insulto?

—¿De dónde eres, querida? —comentó Rosslyn despreocupada, ya que a ella la prepotencia del Conde parecía no afectarle.

—De Brighton —Al instante, Erinn se mordió los labios. No se había dado cuenta que acababa de decir la verdad y aquello la podía meter en ciertos problemas.

—¿Vives en Brighton? —comentó él sin ninguna emoción en su voz.

Erinn tragó saliva y sonrió nerviosa.

—Nací allí, pero recuerdo que hace tiempo que vivo en Escocia —Se encogió de hombros y miró a Rosslyn tratando de parecer inocente.

—Comprendo —Kylan sonó serio—. Entonces, que sea Edimburgo.

Rosslyn la miró mientras Erinn bajaba la cabeza nerviosa. Debía ser más cuidadosa con lo que decía.

—No sufras querida, estoy convencida de que pronto localizaremos a alguien que te reconozca.

Durante unos largos y tensos minutos nadie dijo nada, hasta que Rosslyn empezó a entablar un monólogo sobre las fiestas, las reuniones y la sociedad de Edimburgo.

Kylan posó su fría mirada de hielo sobre Erinn, que al percibirle le miró de soslayo.

Ella ocultaba algo.

La voz de Erinn mientras daba las buenas noches a Rosslyn ascendió por la escalera hasta los oídos de Kylan que, oculto entre las sombras del pasillo de la primera planta, acechaba a la joven que, con pasos suaves, se dirigía directamente a él.

Cuando ella terminó de subir el último escalón, un destello fugaz la hizo mirar hacia donde él estaba. Una milésima de segundo antes de que él emergiera de las sombras, ella sólo fue consciente de una cínica sonrisa en la oscuridad que hizo que su pulso se disparara. Alarmada, se cogió a la barandilla y soltó un bufido.

—¡Me ha asustado! —le reprochó.

Él se limitó a mirarla con los ojos un poco entrecerrados, sin pensar por un instante en disculparse.

—Tengo que hablar con usted.

Sin saber por qué, Erinn se sintió furiosa.

—¿A caso no lo estamos haciendo ya? —Una leve sonrisa divertida pasó fugaz por los labios de Kylan—. ¿Qué quiere?

Sin decir ni una sola palabra, él hizo un gesto con la mano para que ella le siguiera hasta su despacho.

La chimenea estaba encendida y proyectaba sombras aterradoras en el lugar, que parecía muy distinto con la luz del sol.

Kylan cerró la puerta, que emitió un leve crujido que hizo que Erinn se pusiera nerviosa.

—Tome asiento —Le indicó uno de los butacones frente al hogar mientras él se servía una copa de whisky—. Quiero que sepa que su presencia me está resultando algo molesta.

Erinn abrió la boca indignada, mientras él se sentaba en la butaca contigua con aire prepotente.

—Todo ese halo de misterio que la envuelve, lejos de serme indiferente me está distrayendo de mis obligaciones y, si le soy sincero, me incómoda sobremanera.

—No es mi intención ser una molestia, *milord* —pronunció la última palabra con un punto de ironía.

Aquello pareció divertir al Conde, que bebió un trago de su copa.

—Señorita Burton, quiero que sea sincera conmigo —La miró y ella apartó la mirada incómoda—. Sigo manteniendo mi promesa de protegerla, mi honor me obliga a ello, pero necesito saber a qué me enfrento para obrar en consecuencia.

—No se enfrenta usted a nada.

Él tomó una bocanada de aire haciendo acopio de toda su paciencia.

—Su historia tiene lagunas por todas partes, cabos sueltos e incongruencias.

Ella se irguió en su asiento y le miró, desafiante.

—He tenido una pérdida de memoria considerable, perdóneme si no recuerdo todo con detalle o si a veces dudo —Miró al frente orgullosa, creyéndose su propias palabras.

—Mis informadores me han escrito y no han hallado rastro de nadie que responda a su nombre, lo cual indica que, o bien no es de esta región como yo sospecho, o bien su nombre es falso.

—Me llamo Erinn Burton —Se giró para encararle y fulminarle con la mirada.

Él se inclinó acortando un poco la distancia entre ellos aceptando el desafío.

—Confíe en mí —su voz fue un rugido leve—. No creo que usted sea mala persona, pero debo saber su historia.

—Ya la conoce.

Kylan se dejó caer sobre el respaldo de su butacón y miró un instante las llamas que bailaban en la chimenea de piedra.

—Le diré lo que creo —Ella emitió un leve quejido de resignación—. Usted es una joven con educación y buenos modales, de eso no hay duda. Su carácter independiente denota que realmente es huérfana y la vida le ha enseñado a ser fuerte. A pesar de todo, su condición femenina no le permitió una total independencia, por lo que sospecho que quizás su abuelo antes de fallecer la obligó a prometerse con ese tal Vergil. Por como apareció en mi casa, deduzco que él no es lo que usted esperaba y, haciendo acopio de su valor, huyó de Inglaterra hacia el norte, lo que inevitablemente la trajo aquí. Por eso, esta noche en la cena, al sugerir Londres como destino, usted se ha puesto tan nerviosa.

Erinn se quedó en silencio mientras su pulso palpitaba con fuerza en sus tímpanos.

—Si eso fuera cierto, si yo hubiera huido de un futuro terrible, ¿qué pensaría? —su voz se volvió un susurro—. ¿Qué haría conmigo?

Él sonrió satisfecho, pensando que ella admitía que sus deducciones eran ciertas.

—Le repito que mi honor me obliga a protegerla. Así se lo prometí a mi tía y así lo llevaré a cabo —hizo una pausa mientras bebía de nuevo—. Simplemente, quiero saber qué clase de consecuencias pueden traerme mis actos.

—¿A qué se refiere?

—Le seré completamente claro. Si usted ha huido de un compromiso impuesto es una cosa, pero si ha huido de un marido es algo muy diferente.

Con un movimiento lento, Erinn se puso en pie mirando al Conde con autoconfianza.

—Señor, le garantizo que jamás he estado prometida y, evidentemente, nunca me he casado. Tal y como le he asegurado muchas veces, Vergil sólo fue mi amigo —Tomó aire mientras escrutaba los ojos fríos de Glenfinnan—. Le agradezco infinitamente su protección, que pueda dormir bajo su techo y su comida, es por eso que le prometo que mi pasado no le dará problemas, puesto que si de algo estoy segura es de que en este mundo estoy completamente sola. No tengo prometido, marido, ni familia. Puede creerme o no, pero el tiempo se encargará de darme la razón. Yo soy Erinn Burton, una huérfana que no se sabe como ha aparecido aquí y tanto si nos gusta o como si no, ésta es ahora mi historia.

Él se pasó la mano por la cara hasta que pellizcó ligeramente su mentón con los dedos, mientras con una lenta mirada analizaba el rostro de Erinn.

—En algo coincidimos, el tiempo desvelará la verdad —Con un aire de condescendencia miró de nuevo al fuego—. Puede retirarse, señorita Burton.

Ella sintió como una ira descontrolada quemaba en su interior.

Sin decir una sola palabra, y con un portazo, salió del despacho murmurando algo entre dientes. Aquella muestra de enfado hizo sonreír ampliamente a Kylan que, sin saber por qué, de pronto se sentía más animado que de costumbre.

XIV

Dos días más tarde, y después de que Rosslyn revolucionara a todo el servicio por completo con sus órdenes, peticiones y tareas, el viaje a Edimburgo estaba perfectamente planificado y todos los enseres personales perfectamente guardados y colocados en el carruaje.

Tras su breve enfrentamiento, Erinn había evitado por completo el contacto visual con Kylan, cosa que a él no parecía molestarle. De alguna manera, había aparecido un muro entre ellos que les mantenía entre el límite de la buena educación, cosa que les permitía saludarse, y el límite de la más absoluta indiferencia, genuina por parte de él y fruto del enfado por parte de ella.

Antes de bajar, Erinn miró su imagen en el espejo de su tocador.

A pesar de que Anne había hecho un gran trabajo acomodando su maraña de ondas negras en un moño, su vestido nuevo, de un oscuro gris, no le favorecía en absoluto, remarcando las ojeras bajo sus ojos, vestigio de su enfermedad y sus mejillas hundidas a causa de su bajo peso. Tal y como había predicho Rosslyn, las prendas y el estilo de la moda de aquella provincia rural, distaban mucho de la sofisticación de la moda de las grandes ciudades. A pesar de todo, se sentía agradecida y, pensando en todo lo que le esperaba en Edimburgo, aceptó la ayuda de Anne para acomodarse sobre los hombros una ligera capa de lana de un gris más claro que el vestido y un sombrero sencillo.

Varios criados estaban terminando de asegurar el equipaje de las damas en la parte trasera del carruaje mientras Mary, la doncella personal de Rosslyn, forcejeaba con los dos carlinos que se mostraban nerviosos ante la inminente partida.

Al verla, Rosslyn le sonrió emocionada.

—Buenos días, querida.

—Buenos días, Lady Rosslyn.

Una presencia pasó cerca de Erinn, que sintió como su pulso se aceleraba brevemente.

—Partiremos en unos minutos —comentó Kylan mientras se dirigía a un caballo pardo con una mancha triangular de color blanco entre sus enormes ojos avellana.

Con un movimiento ágil y decidido, Kylan se subió a lomos de su caballo y con una palmada cariñosa, se inclinó mientras le susurraba algo para calmar al animal. Erinn le observó mientras él acomodaba su posición y se aseguraba de que su capa de lana de un intenso verde oscuro estaba fuertemente prendida alrededor de su cuello.

Rosslyn cazó al vuelo la mirada de su protegida.

—No lo veas como un acto de mala educación, querida —Miró cómo su sobrino hacía que su caballo diera un par de pasos—. A pesar de su posición social, Kylan es un poco salvaje y los viajes en carruaje no están hechos para él. Prefiere montar esa bestia de carácter impredecible, que él se empeña en llamar caballo.

Mientras reía, cogió del brazo a Erinn y ambas bajaron por las escaleras de la entrada del castillo hasta el carruaje, donde el mayordomo les sostenía la puerta.

Mary subió un segundo después que ellas y se acomodó junto a Rosslyn, que pareció animada de ver cómo su dama de compañía acomodaba en dos almohadones a sus perros.

El sol del amanecer iluminó el sendero de un intenso dorado y verde. Sin que Erinn se diera cuenta, su viaje a Edimburgo había empezado.

A pesar de que Rosslyn era una compañía agradable y no había parado de comentar anécdotas y sucesos sociales, para cuando habían recorrido más de la mitad del camino Erinn tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no bostezar.

Instintivamente miró a Romuald y Angus, los carlinos que, de vez en cuando, roncaban entre sueños mostrándose relajados y felices.

—A pesar de que la temporada está a punto de terminar, te aseguro que la vida social de Edimburgo no tiene mucho que envidiar a la de Londres. Las reuniones son constantes incluso en invierno, sin ir más lejos el año pasado Lady Mackenzie dio una espectacular fiesta de Navidad en...

Un movimiento brusco del carruaje, sumado al relinchar de los caballos que tiraban de él, alertó a las tres mujeres un segundo antes de que el vehículo se detuviera, quedando un poco inclinado del lado derecho.

Angus soltó un pequeño ronquido y se despertó.

—Señoras, ¿están ustedes bien? —comentó el lacayo abriendo la puerta.

—Perfectamente —dijo Rosslyn mirando a sus acompañantes—. ¿Qué ha sucedido?

—Me temo que una de las ruedas ha topado contra una roca del camino y se ha desencajado.

Mary pareció nerviosa y miró al exterior, observando con los ojos como platos el frondoso bosque donde se encontraban.

—Espero que tenga solución, éste es el típico lugar donde se esconden los asaltadores de carruajes.

Erinn se quedó helada en su asiento, mientras el lacayo ayudaba a bajar a Rosslyn intentando que su señora no se manchara, ya que el suelo bajo las ruedas tenía barro reciente.

Un segundo más tarde, cuando quiso hacer lo mismo con Mary, la rueda emitió un leve crujido, inclinando un poco más el habitáculo.

—Quédese ahí, señorita Burton, enseguida la ayudo a bajar —la instó el hombre forcejeando con Mary que, nerviosa, le había pasado los dos perros.

Tras esperar un par de minutos y mientras Mary gritaba al hombre que seguía forcejeando con los carlinos, Erinn miró la otra puerta del carruaje y sonrió, olvidando las normas sociales impuestas para las damas en aquella época. Decidida, la abrió y sacó la cabeza justo en el momento en el que Glenfinnan aparecía por el camino.

—¿Pretende volver a huir? —le reprochó poniéndose a su altura y dedicándole una fría sonrisa.

—Pretendo bajar de aquí antes de que nuestro peso termine por romper del todo la rueda —Miró al suelo buscando un trozo seco y seguro sobre el que saltar.

A lo lejos, los ladridos de Angus y Romuald se oían sobre las instrucciones de Mary y los lamentos de Rosslyn.

Justo antes de que ella escogiera su objetivo, Kylan saltó de su caballo sin importarle manchar de barro sus lustrosas botas negras de montar y, sin esperar permiso por parte de ella, la cogió de la cintura y la depositó en el suelo. Al sentir las firmes manos de él rodeándola como si ella no pesara nada, experimentó una sensación que ascendió por su estómago como si hubiera bajado por una montaña rusa.

—Gracias —susurró.

—Un placer —Hizo un gesto con la cabeza sin darle mucha importancia y rodeó el carruaje

—¿Qué ha sucedido, Charles?

El lacayo consiguió calmar a Angus dejándolo entre los brazos de Rosslyn, que enseguida empezó a acariciarlo.

—La rueda se ha desencajado del eje, milord —Romuald le lamió la cara y él hizo una mueca de asco—. No sufra, la podré reparar y nos llevará hasta nuestro destino sin problemas.

Ante el peso de Mary, que histérica urgía a Charles que dejara al perro y la ayudara a bajar, la rueda cedió un poco más.

—¡Socorro! —gritó la joven.

Alarmada, Erinn se había acercado a ellos.

—Tranquilícese, por el amor de Dios —le pidió Kylan.

Con la misma facilidad que lo había hecho con Erinn, bajó a Mary hasta el suelo, pero a diferencia de ella, la doncella se aferró a los hombros de Glenfinnan, dedicándole una coqueta mirada. Él pareció inmune a aquello y, tras dejarla junto a Rosslyn, le arrebató a Romuald de las manos del lacayo y lo colocó en las de Mary.

—Gracias, milord.

Él se limitó a hacer el mismo gesto con la cabeza que había hecho con Erinn.

—Charles, será mejor que intentemos encajar de nuevo la rueda antes de que los daños sean irreparables.

El lacayo asintió, mientras Kylan se deshacía de su capa, que metió en el habitáculo.

Los ojos de Mary y de Erinn no dudaron en repasar los antebrazos de Kylan, que habían quedado al descubierto cuando se remangó la camisa de color crudo. Cuando se agachó para ayudar a levantar la rueda y mostró una panorámica de su trasero enmarcado en los ajustados pantalones de montar, Mary suspiró y Erinn, sintiendo como el pulso se le aceleraba, desvió su mirada en busca de una distracción.

El caballo de Glenfinnan pareció un objetivo perfecto y, mientras Rosslyn se entretenía con sus perros, Mary se dejaba llevar por sus hormonas viendo a los hombres trabajar en la reparación del carruaje. Sin dudarlo, Erinn se acercó decidida al inmenso animal que, al verla, echó las orejas hacia atrás.

—Hola, precioso —murmuró ella a un metro de distancia sintiéndose intimidada por la altura y las desproporcionadas medidas del caballo—. No quiero hacerte daño.

Él relinchó tan flojo que uno habría creído que era una queja humana.

Lentamente, Erinn se acercó a él y, levantando una mano mientras susurraba palabras dulces, le rozó con la punta de los dedos la parte superior de su hocico.

La respiración de él se alteró un poco, pero ella siguió acariciándole con cuidado hasta que toda su mano empezó a ascender y descender por el corto pelo.

—¿Lo ves? —ella sonrió—. No es tan malo, ¿verdad?

La confianza entre ambos se fue forjando lentamente y, poco a poco, Erinn fue cambiando de posición, hasta que sus manos terminaron acariciando el cuello y la crin del majestuoso animal.

Ambos perdieron la noción del tiempo. Él parecía disfrutar de los mimos, mientras que ella no podía dejar de admirar los fuertes músculos que se dibujaban bajo su piel chocolate.

—¿Qué cree que está haciendo?

Erinn dio un respingo y el caballo emitió una leve queja al sentir como ella dejaba de tocarle.

—Lo siento, milord —Miró al animal—. Es tan bonito que no he podido resistirme.

Kylan miró un segundo la escena. No era un secreto para todos los que le conocían, que Caronte era un caballo impredecible, rudo y en algunas situaciones aún demasiado salvaje. Algunos mozos de cuadra habían recibido alguna coz por parte del caballo y nadie se fiaba de él,

excepto Kylan, a quien obedecía con lealtad. Pero ahora, allí estaba, tan dócil como un gatito dejándose acariciar por una total desconocida.

—Caronte no es una mascota, señorita Burton —Dio un paso hasta el caballo, que pareció intimidado por la mirada de su dueño.

—Caronte —musitó Erinn—. ¿Cómo el barquero del inframundo?

—Exacto —Kylan esbozó una imperceptible sonrisa. Eran pocas las personas que habían estudiado la mitología tan profundamente como para acordarse de aquel personaje.

El silencio se interpuso entre ellos y Erinn empezó a sentirse incómoda y nerviosa, mientras veía como Glenfinnan volvía a poner en su lugar las mangas de la camisa y se acomodaba la capa. Sintiéndose observado, la miró enarcando las cejas con un aire de prepotencia.

—¡Querida! —la llamó Rosslyn, que ya estaba en el carruaje completamente reparado—. Vuelve con nosotras y aléjate de esa insolente bestia.

Sin mirar a nada más que no fuera al frente, Erinn se encaminó hacia el carruaje.

—Buena descripción para el Conde —farfulló muy bajito—. Insolente bestia.



XV

Tras haber parado en una posada a comer y a reponer fuerzas para el resto del viaje, Erinn y los demás llegaron a la mansión del centro de Edimburgo de Lady Rosslyn. La enorme casa de piedra rojiza y una veintena de ventanas alargadas dejó atónita a Erinn en cuanto el lacayo la ayudó a bajar del coche. Curiosa, y con un punto de emoción, miró a su alrededor. La imagen de la bella ciudad distaba poco de la de su época contemporánea, a excepción de los caballos, los transeúntes vestidos con lujosas ropas de época y las tiendas que ahora eran pequeños comercios de telas, jabones hechos a mano y joyerías, Edimburgo era igual de mágica.

Un mayordomo vestido con una librea de color azul oscuro y dorado, abrió la puerta y tres jóvenes criados corrieron a ayudar al lacayo, que ya había empezado a dejar el equipaje en el suelo.

—Bienvenida a mi hogar —Rosslyn pareció animada.

—Es una casa preciosa.

—Gracias, querida —Le sonrió estrujando a Romuald contra su pecho hasta que el animalito soltó un ronquido—. Considérala tu casa hasta que encontremos la de verdad.

Ella sonrió ampliamente.

Caronte relinchó justo en el momento en el que un carruaje pasaba cerca de ellos.

—Debo marcharme ya si quiero llegar antes del anochecer.

—Por supuesto, querido. Gracias por escoltarnos.

De nuevo, el gesto de asentimiento que ya era típico en Kylan, fue la única respuesta.

Sin decir nada más, ni mirar a nadie más que no fuera su tía, Caronte emprendió una ágil marcha y poco después, caballo y jinete se perdieron entre la multitud.

Erinn se quedó mirando al cabo de la calle aturdida.

—Creí que el Conde se quedaría con nosotras.

—Oh, no, querida —Rosslyn la cogió del brazo y la hizo entrar en la mansión ascendiendo un pequeño tramo de escalones—. Mi sobrino tiene ciertos asuntos que atender, es un hombre muy ocupado.

La puerta se cerró tras ellas y Erinn emitió un leve sonido de queja.

—Pensaba que había prometido custodiarme.

Rosslyn puso los ojos en blanco mientras le daba su capa a una doncella y Mary se llevaba los perros al jardín trasero.

—No vayas a creer que ha roto su palabra, porque no es así —sonrió orgullosa del honor de su sobrino—. Pero ambos hemos coincidido que es mucho más sensato que te alojes conmigo y mi esposo aquí. No conviene que una jovencita como tú ande sola en compañía de un hombre —susurró divertida.

—Comprendo —Erinn empezó a caminar siguiendo a Rosslyn hasta un precioso salón de té de color amarillo y blanco.

—Lo que me lleva a otra cuestión importante —Rosslyn se dejó caer con elegancia sobre los almohadones de seda bordada de una chaise longue de terciopelo crema—. Mientras encontramos una pista del paradero de tus conocidos, serás presentada como la hija de unos amigos del sur. Aquí todo el mundo me conoce, al igual que a mi familia y no puedo hacerte pasar por una prima lejana. Así que la historia que contaremos es que tus padres te han dejado

bajo mi custodia para que conozcas Escocia. ¿Te parece aceptable, querida?

Erinn se sentó en un sillón y observó cómo una doncella les servía una taza de té.

—Me parece muy buena idea.

Pero, a pesar de su sonrisa y de sus palabras, Erinn sólo pensaba en una cosa, Glenfinnan se había marchado y no sabía si volvería a verle pronto.

La primera semana en Edimburgo pasó como un rayo. Rosslyn no había dejado que Erinn tuviera un solo minuto de descaso. Tras llamar a sus modistas de confianza, se había encargado de hacer un guardarropas nuevo, elegante y lujoso para la joven que, abrumada, se vio en un santiamén vestida con satenes, sedas y rasos de colores llamativos y pastel. La advertencia de su benefactora de que disfrutaba vistiendo y aconsejando a su protegida se hacía patente con cada nueva excursión a la tienda de sombreros o a la de cintas y plumas. También se había encargado de que siempre hubiera comida cerca de ella, ya que su bajo peso le preocupaba, así que en muy poco tiempo, las mejillas de Erinn se rellenaron levemente, dándole un aspecto mucho más saludable.

Casi cada tarde, Rosslyn la exhibía con orgullo en innumerables reuniones para tomar el té con damas de la alta sociedad, mientras las noches las pasaban en la mansión, junto a un calmado y discreto Lord MacAdam que, conociendo a su esposa, no se había alterado un ápice con la aparición de Erinn. El trato con ella se limitó a unos saludos cordiales y alguna mirada discreta, pero lejos de aquello ella parecía serle indiferente.

Al parecer, así era el talante de los MacAdam. Frío y exasperadamente educado.

Aquella tarde de viernes, Rosslyn parecía mucho más animada que de costumbre, mientras miraba por la ventana de su carruaje.

—Creo que esta tarde será memorable.

Erinn pasó la mano alisando las arrugas de su vestido de tarde de color miel con rayas blancas.

—Si tenemos la compañía de Lady MacLerie, la diversión estará asegurada, sin duda —comentó animada mientras recordaba las anécdotas algo subidas de tono que la anciana dama usaba para amenizar sus reuniones de tarde.

—Es aún más emocionante que eso —Rosslyn la miró con misterio mientras sus ojos grises brillaban—. Lady Hammlton, la dueña de la casa a la que nos dirigimos, es muy famosa por sus tardes místicas.

—¿Tardes místicas?

Rosslyn asintió emocionada.

—Verás —Se acercó a ella como si le fuera a contar un secreto de estado—. Recientemente, ha vuelto a nuestra sociedad una gitana.

Erinn frunció el ceño.

—¿Una gitana?

—Sí, es una joven muy misteriosa y amablemente se presta a asistir a algunas reuniones privadas donde, siendo muy discreta, lee la fortuna a las asistentes.

Algo decepcionada y dejándose llevar por su escepticismo, Erinn se acomodó de nuevo en su asiento.

—¿Y acierta en sus predicciones? —sonrió burlona—. Tenía entendido que este tipo de

personajes frecuentaban sólo las ferias.

El semblante de Rosslyn se volvió serio y Erinn temió haberla ofendido.

—Acierta —murmuró con solemnidad—. Predijo la enfermedad de mi hijo y gracias a ello aún está entre nosotros.

Los ojos azules de Erinn parecieron oscurecerse ante la culpabilidad.

—Vaya... —murmuró.

—Por suerte, eso fue hace un año —Rosslyn pareció volver a su buen humor de siempre—. Verás, tengo la esperanza de que pueda ayudarte.

—¿A mí?

—Evidentemente, querida —se burló con cariño—. Ninguna de mis conocidas parece saber nada de tu familia o tu círculo de amistades, hasta ahora nadie te ha reconocido y, mientras esperamos la fiesta de otoño de Lord y Lady Ashton, no veo qué tiene de malo intentar saber más de ti por otros medios.

Erinn se limitó a asentir, mientras el carruaje trazaba una curva y se detenía con un poco de brusquedad.

—¡Hemos llegado! —canturreó Rosslyn animada como si fuera una jovencita.

Ambas bajaron del carruaje y se encaminaron a la entrada de una enorme casa de color blanco con escaleras de mármol negro.

Allí, un par de mujeres, vestidas con elegantes trajes y capas las miraron sonrientes.

—Lady MacAdam, Señorita Burton —exclamó Lady MacLerie al verlas—. Qué placer contar con ustedes esta tarde.

—Ya sabes que no me lo perdería por nada del mundo —Rosslyn se colgó del brazo de Erinn, que se limitó a saludar con un movimiento de cabeza y una brillante sonrisa—. Esta bella dama debe de ser tu sobrina.

La joven rubia de ojos miel y complexión delicada, saludó a Rosslyn con elegancia.

—Isobel ha sido todo un éxito esta temporada —murmuró lady MacLerie con orgullo—. Ha recibido innumerables propuestas de cortejo.

—Felicitaciones, querida.

—Gracias, Lady MacAdam —su voz sonó tan delicada que parecía un trino de pájaro.

Erinn observaba a la joven con detenimiento. Junto a ella, Erinn sentía tener la gracia y el porte de un marinero borracho.

De pronto, la puerta de la casa se abrió, dando paso a un mayordomo bastante entrado en años, que las escrutó con unos pequeños ojos negros.

—Señoras, Lady Hammlton las está esperando junto con el resto de invitadas.

Rosslyn contuvo un grito de emoción y, arrastrando a Erinn con ella, entraron en la lujosa casa.

Tras recorrer un tramo de escaleras forradas de terciopelo rojo y un largo pasillo iluminado con lujosos candelabros, las cuatro mujeres entraron en un salón especialmente habilitado para aquellas reuniones. Nada más traspasar el umbral, el olor a incienso golpeó el sentido del olfato de Erinn, que se sintió desorientada, mientras se dejaba guiar por Rosslyn dentro de la oscura sala. Las pesadas cortinas no dejaban pasar nada de luz, y apenas había media docenas de velas repartidas por la habitación. La mayoría estaban sobre una gran mesa redonda, cubierta de varias capas de sedas de colores y donde habían dispuesto varias sillas alrededor. Algunas de ellas ya estaban ocupadas por tres damas más, incluida la señora de la casa.

—Queridas, cómo me alegro de veros en tan buena compañía —Lady Hammlton miró a Erinn y a Isobel sonriente—. Siempre es un placer contar con la inocencia de estas bellas damas.

Lady Hammlton les hizo un gesto para que se sentaran. Erinn se sentó junto a Isobel, que se había ruborizado un poco.

Poco a poco, y mientras las damas entablaban una conversación sobre el último evento de la temporada, los ojos de Erinn se acostumbraron a la oscuridad.

De pronto, una puerta camuflada tras un biombo de aspecto oriental se abrió, y las mujeres guardaron silencio. Con pasos lentos, apareció una joven, algo mayor que Erinn, vestida con un traje de color violeta. En la cintura, llevaba un foulard lleno de pequeñas monedas que repicaban como cascabeles con cada nuevo paso. Cuando se acercó a la mesa, las velas iluminaron su rostro de piel morena y enormes ojos verdes delineados de negro. Su cabello oscuro se asomaba bajo un pañuelo azul marino con hebras plateadas.

—Buenas tardes, mis señoras —murmuró con una voz baja y grave, que denotaba un acento extraño—. Es un placer ver que algunas damas se han sumado a nuestra reunión mensual.

Los ojos de la gitana se clavaron en Isobel y Erinn, mientras se sentaba junto a la última.

—El placer es nuestro, Grizel —Lady Hammlton sonó emocionada.

La gitana entrelazó las manos sobre la mesa y Erinn pudo ver la infinidad de joyas que las cubrían.

—¿Qué será hoy? Mis apreciadas amigas. ¿Los posos del té? —Sonrió mirando las tazas que cada una de las invitadas tenían frente a ellas—. ¿O bien una lectura de cartas?

De algún lugar, sacó una baraja de cartas. El sonido de sorpresa de algunas de las invitadas fue audible, mientras Erinn se preguntaba si aquella mujer tenía formación como mago.

Tras unos segundos de silencio y un leve codazo de su tía, Isobel abrió la boca lentamente.

—Yo... yo quería preguntarle algo sobre mi futuro.

Grizel sonrió a la joven, que se había tensado junto a Erinn.

—Para eso estoy aquí, querida niña —Sonrió de una manera algo amenazante—. Te inquieta el amor, sin duda.

Otro sonido de admiración se oyó en la sala, mientras Erinn ponía brevemente los ojos en blanco. Era más que evidente que Isobel estaba interesada en su futuro amoroso.

—Sí —murmuró la joven—. Tengo varios pretendientes y no sé por cuál decantarme.

Con unos movimientos sobreactuados, Grizel empezó a poner varias cartas sobre la mesa, emitiendo algunos sonidos de vez en cuando.

—Los arcanos han hablado —murmuró misteriosa.

—¿Y qué dicen? —La tía de Isobel estaba nerviosa.

—Veo al loco —Chasqueó la lengua—. Pero también tenemos a los enamorados.

Isobel contuvo la respiración y a Erinn poco le faltó para darle unas palmaditas de consuelo en la espalda. Aquello no era más que una representación, y de las malas.

—Estás en un momento de tu vida confuso, niña, pero uno de esos tres pretendientes es el amor de tu vida.

—¿Cómo sabe que son tres? —Isobel estaba fascinada.

Grizel, recogió las cartas y sonrió pagada de sí misma.

—Las cartas me lo han dicho —Empezó a barajarlas—. Debes escuchar a tu cuerpo, niña. Él te dará las señales para saber con cuál de ellos debes compartir tu destino.

Isobel y Lady MacLerie asintieron obedientes.

—¡Pero, cuidado! —Todas las presentes menos Erinn saltaron en sus sillas—. Una mala interpretación de las señales y terminarás con el hombre incorrecto y eso, mi joven amiga, sería un final nefasto para ti.

—Oh, Dios mío —jadeó Isobel angustiada—. Creo que me estoy mareando.

Lady MacLerie, junto con otra de las invitadas, levantaron a Isobel con cuidado.

—Será mejor que la lleven a la terraza para que le dé el aire y se reponga —murmuró preocupada Lady Hammlton.

Erinn miró la escena sin poder creer lo que veía, aquellas mujeres eran de lo más crédulas y melodramáticas.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, Grizel miró a las pocas invitadas que habían quedado, pero al instante los ojos se posaron en Erinn y, sin pedírselo, empezó a barajar de nuevo las cartas.

—Tú sí eres interesante —murmuró tan bajito que sólo Erinn lo oyó—. Veamos qué depara tu destino.

Erinn abrió la boca para formular una protesta, pero la mirada de emoción y esperanza de Rosslyn hizo que se tragara de nuevo sus palabras.

—Ya veo —canturreó Grizel.

—¿Qué es? —preguntó Rosslyn al ver como la gitana tocaba varias cartas.

Erinn suspiró dispuesta a fingir asombro, era lo menos que podía hacer para satisfacer a Rosslyn.

—Estás sola en este mundo... Huérfana.

—Todo Edimburgo lo sabe —Erinn habló sin pensar.

Grizel pasó por alto su desafío.

—Vienes de lejos, de muy lejos —Tocó el arcano de la muerte—. La muerte te persiguió, pero de algún modo lograste ganarle la batalla.

La sangre de Erinn se heló en sus venas.

—¡Pobre criatura! —Se horrorizó Lady Hammlton.

—Veo un hombre —susurró—. Te robó el corazón hace tiempo y, aunque lo niegues, le perteneces. Acepta el consejo de esta gitana y no luches contra las fuerzas del destino.

Grizel se calló de golpe cerrando los ojos e inclinando la cabeza hacia atrás, mientras dejaba caer pesadamente una mano sobre las de Erinn, que se tensó al instante.

—Vergil te ama.

Rosslyn se llevó las manos a la boca y Erinn dejó de respirar. Aunque críptico, había dado algunos detalles que sólo ella conocía y aquella farsante ya no lo parecía tanto.

—Debo retirarme —Se levantó de golpe—. Estoy agotada.

Las mujeres se pusieron en pie y Lady Hammlton la miró preocupada.

—Recuperáte querida.

—Lo haré —Arrastró los pies hasta el biombo—. Ya sabe cuánto son mis honorarios y dónde entregármelos.

Aquella última frase hizo que Erinn volviera a ponerse alerta. Pero no podía negar que estaba estupefacta. ¿Cómo podía saber aquella mujer el nombre de Vergil?



XVI

El salón de baile repleto de velas, flores y un cuarteto de cuerda que amenizaba la velada, constituían un ambiente mágico, que no tardó en abrumar a Erinn. Agradecida por vestir un precioso vestido de raso azul, que hacía resaltar el color de sus ojos, se dirigió junto a Rosslyn y Lord MacAdam hacia un grupo de personas que conversaban animadamente.

—Vamos a presentarte a los anfitriones —susurró Rosslyn en el oído de Erinn, que parecía nerviosa.

—¡MacAdam! —exclamó Lord Ashton al ver a su compañero de apuestas—. Tengo unos cigarros puro que te fascinarán. Si las señoras nos disculpan.

—Lady Ashton —Rosslyn inclinó la cabeza—. Una fiesta maravillosa.

—Mil gracias —murmuró la mujer, mientras con una mirada fulminaba a su marido que ya se alejaba con MacAdam.

—Quiero presentarle a la señorita Burton, es la hija de unos buenos amigos del sur y tengo el honor de ser su benefactora.

Lady Ashton le dedicó una mirada a Erinn, algo más pomposa de lo que cabría esperar y sonrió.

—Encantadora —Se abanicó con elegancia—. Lástima que se haya perdido usted la temporada, señorita Burton.

—Sí, es una lástima —comentó Erinn sin importancia.

—Parece una joven educada y hermosa, no dudo que en la próxima primavera encontrará un esposo —Miró por encima de las cabezas de sus invitadas—. Ruego me disculpen, hay un asunto que requiere de mi total atención.

Sin decir una palabra más, y agitando la cola de su vestido de corte francés, se perdió entre la multitud.

Rosslyn soltó un suspiro mientras cazaba al vuelo una copa de champán de la bandeja de un camarero.

—Te aseguro, que si no fuera porque da las mejores fiestas de la ciudad, le enseñaría a esa dama un par de cosas sobre la cordialidad y cómo hay que tratar a los invitados.

—Es muy pomposa —dijo Erinn sin pensar.

Rosslyn ahogó una risa en su copa.

—Ni yo misma lo habría expresado mejor —miró hacia el extremo opuesto de la pista de baile y sus ojos se iluminaron—. Ven conmigo querida, hay alguien que me muero de ganas de que conozcas.

Sin saber hacia donde se dirigían, Erinn la siguió, intentando no pisar por el camino ningún vestido de las otras damas. Cuando consiguió reponerse, levantó la mirada hasta unos brillantes ojos negros, de un aspecto impertérrito, rodeados de un cabello rubio como el sol.

—Querida, te presento a lord Dexter MacAdam —sonrió acariciando levemente el brazo del chico—. Mi hijo.

Al instante, la mirada de Erinn se paseó entre los dos rostros. El parecido era indiscutible, a pesar de que los ojos de Rosslyn eran grises.

—Dexter, ella es la señorita Burton.

Él se inclinó sobre la mano enguantada de Erinn y le dio un ligero beso en los nudillos.

—Es un placer conocerla por fin, señorita Burton, mi madre no escatimó en detalles al describir su belleza.

Las mejillas de Erinn se tiñeron de un intenso rojo y se movió incómoda. ¿Desde cuándo le pasaba aquello? Él sonrió y una fina cicatriz en una de sus mejillas se tensó. A pesar de ello, la descripción que mejor definía a Dexter era atractivo. Muy atractivo.

De nuevo, volvió a sonrojarse y, sin pensarlo, cazó al vuelo un vaso de limonada de la bandeja de un camarero, al igual que lo había hecho Rosslyn minutos atrás.

—¿Acalorada?

Ella se limitó a asentir mientras bebía.

—Te dije que era encantadora —murmuró Rosslyn.

—Es un hecho innegable, madre —Volvió a sonreír—. ¿Baila usted, señorita Burton?

El pánico se apoderó de Erinn mientras sus ojos miraban a la pista de baile, donde la danza le parecía de lo más complicada.

—Me temo que no —soltó una risilla nerviosa.

—¿Está usted segura? —enarcó las cejas—. Mis incontables parejas de baile dicen que soy único guiando a las damas.

—No lo dudo —bebió nerviosa— Quizás en otra ocasión.

Dexter fingió un suspiro apenado y sonrió a su madre.

—Debo ir a tomar el aire —se burló—. El rechazo de esta hermosa dama me ha dejado abatido.

Rosslyn le dio un pequeño golpe y empezó a reír mientras sus ojos iluminados por el amor maternal le veían marcharse, no sin antes mirar de nuevo a Erinn que, por supuesto, se encendió como un farolillo.

¿Qué narices le pasaba con los hombres de aquella época? Si no lograba contener sus nervios, al final hasta se sonrojaría con el mayordomo de la mansión de Lady Rosslyn.

—Sígueme, querida —Rosslyn la sacó de sus pensamientos—. Allí veo a un par de amigos que suelen viajar bastante por la región, quizás saben algo de tu familia.

De pronto, el humor de Erinn se oscureció y, a sabiendas de que aquella conversación no daría ningún fruto, siguió a Rosslyn obediente.

Agotada, se dejó caer entre los almohadones de su cama, mientras se arropaba con las mantas. La noche había sido de lo más entretenida. Había conocido a mucha gente y la mayoría se habían mostrado muy amables con ella. No había vuelto a ver a Dexter y aquello la tranquilizaba, el heredero de los MacAdam tenía una extraña habilidad para ponerla nerviosa, con aquellos profundos ojos negros y sus cumplidos incesantes. Era, sin duda, un caballero.

—No como otros —murmuró contra la almohada.

Al instante, los vivaces ojos del Conde de Glenfinnan se dibujaron en su mente. Kylan, a pesar de ser educado, distaba mucho de ser un hombre galante, amable y mucho menos cordial con las damas.

Su corazón dio un leve vuelco y todo su cuerpo se vio sumido en un hormigueo intenso que la hizo moverse incómoda. Soltó un gruñido de rabia y se puso boca abajo hundiendo la cara en las almohadas hasta que casi no pudo respirar.

Se sentía estúpida de haber perdido el tiempo embobada ante aquellos ojos de acero que la habían hecho suspirar como una colegiala mientras restauraba su retrato, pero, a pesar de todo, y por mucho que ella lo negara, su cuerpo no paraba de reaccionar ante él.

Las palabras de la gitana acudieron a su mente:

Veo un hombre. Te robó el corazón hace tiempo y, aunque lo niegues, le perteneces.

Con sumo cuidado de no tropezar con el bajo de su vestido de color rosado, descendió el ultimo escalón dispuesta a desayunar con los que ahora eran parte de su familia. Tras un breve periodo de adaptación, Erinn tenía que reconocer que se había acostumbrado a aquella vida llena de reuniones, paseos en carruaje por el parque y animadas conversaciones sobre el tiempo. Ya no echaba de menos las comodidades de su época como si, en el fondo, ella siempre hubiera pertenecido a allí.

Mucho más animada y sin pensar mucho en Glenfinnan, se encaminó por el pasillo que llevaba al comedor. De pronto, algo sólido se chocó contra ella al salir de una habitación colindante.

—¡Lo siento! —la voz de Erinn sonó demasiado gritona.

—Discúlpeme —Dexter le sonrió, mientras con una mano se recolocaba la corbata—. ¿Está usted bien?

—Sí —rió nerviosa—. No sabía que estaba aquí.

—Mi madre insistió en que viniera a desayunar, ¿vamos juntos? —Le tendió el brazo y ella se cogió de él—. Debo decir que, a la luz del día, está usted mucho más encantadora.

—Dios... —maldijo Erinn mientras miraba al suelo escondiendo su rubor.

Empezaba a estar harta de aquello.

Cuando Rosslyn les vio entrar en el comedor cogidos, una idea fugaz pasó por su mente. Hacían muy buena pareja.

Lord MacAdam despegó los ojos del periódico un instante para saludar sin demasiado ánimo y volvió a sumergirse en la lectura de la prensa.

Erinn tomó asiento y Dexter, tras besar en la mejilla a su madre, se sentó junto a su padre, justo frente a Erinn.

—Confío en que habrás descansado, querida —comentó Rosslyn con un brillo pícaro en su sonrisa.

—Sí, gracias —Erinn se centró en untar de mermelada una tostada.

—Yo por desgracia no he pegado ojo —resopló—. Insomnio, supongo que a causa de la excitación de la noche.

Doblando la esquina del periódico, Lord MacAdam la miró incrédulo. Los ronquidos de su esposa le habían acompañado toda la noche y sabía que algo tramaba.

—Lamento oír eso, madre.

—Más lo lamento yo —Miró a Erinn, que le devolvió la mirada preocupada—. Hace un par de días, acepté la invitación de los McAvoy a su mansión en las afueras y mucho me temo que no me será posible asistir.

Erinn sonrió comprensiva.

—Estoy segura de que lo comprenderán.

—¡Oh! Mi querida Erinn —se lamentó mientras se abanicaba con la servilleta teatralmente—. No es mi falta de asistencia lo que me atormenta, es la tuya.

—No, no sufra por mí, una noche de descanso no me irá mal.

—¡Pero, querida! —Abrió sus enormes ojos grises—. Debes seguir con tu búsqueda y esta fiesta es una de las más multitudinarias. Todo el que es alguien asiste.

Erinn entreabrió la boca sin saber qué contestar exactamente.

—Tranquilízate, madre. Yo escoltaré a la señorita Burton y me encargaré de presentarle a todo el mundo.

Rosslyn sonrió llena de amor y soltó un suspiro exagerado.

—Oh, mi adorado Dexter, eres un ángel.

Él sonrió satisfecho y, tras dedicarle una intensa mirada a Erinn, siguió desayunando como si nada.

XVII

La limonada se negó a bajar por la garganta de Erinn justo cuando una carcajada apareció, fruto de la anécdota divertida de Lady MacLerie. Hacía un buen rato que Dexter la había dejado allí, en compañía de la divertida mujer e Isobel, que parecía una preciosa muñeca de porcelana.

Al inicio de la velada, Dexter había hecho las presentaciones pertinentes a varios grupos y Erinn se había dejado llevar. Al fin y al cabo, seguía fingiendo que buscaba a su familia pero, para cuando había pasado una hora, el joven había desaparecido. Quizás estaba cansado de su compañía y se había ido al salón de los hombres a jugar a las cartas o a ahogar sus penas en un buen whisky.

Decidida a no darle más importancia al asunto, se dispuso a entablar una animada conversación con sus nuevas amigas.

—Y bien, Isobel, ¿ya te has decantado por alguna propuesta?

La joven se sonrojó y abrió mucho los ojos nerviosa, mientras su mirada se perdía tras Erinn.

—¡Oh, Dios mío! Creí que jamás viviríamos esto otra vez —Lady MacLerie parecía afectada.

Erinn se quedó helada.

—Perdóneme, ¿he sido descortés preguntando? —Cruzó las manos nerviosa—. Ruego me perdone si esa pregunta las ha ofendi...

—Lady MacLerie, señoritas, buenas noches —la voz de Kylan interrumpió la frase de Erinn.

Temiendo darse la vuelta para verle, Erinn se quedó petrificada, mientras Isobel bajaba la mirada y se ruborizaba. Algunos murmullos empezaron a oírse en el salón de baile y hasta pareció que la música había bajado de intensidad.

—Conde, qué honor que haya venido esta noche —Lady MacLerie sonó nerviosa—. Realmente, creí que jamás le vería de nuevo en un evento como éste.

—Las situaciones extraordinarias requieren medidas extraordinarias.

Erinn se giró lentamente, no comprendía aquella frase tan críptica pero, al verle allí plantado tras ella, vestido con un traje azul oscuro, casi negro, dejó de pensar durante unos largos segundos.

—Hola —musitó.

—Señorita Burton —respondió él, mirándola de un modo extraño.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Glenfinnan, iluminando sus ojos de acero y volviéndolos un poco más humanos. Los labios de Erinn se curvaron ligeramente en respuesta a su sutil gesto y algo pareció golpear a Kylan.

Erinn, la misteriosa desconocida de aspecto campestre y enfermizo, hoy parecía muy distinta, enfundada en aquel vestido de satén de color coral que se adaptaba a sus nuevas curvas bien nutridas y con su cabello perfectamente recogido en una cascada de rizos que descendía desde un moño hasta su escote, donde el colgante de la rosa de invierno brillaba.

El inerte corazón de Kylan pareció volver por una fracción de segundo a la vida. Al instante, desechó aquel ínfimo sentimiento. Sin duda, lo que le pasaba era que su cuerpo había reaccionado ante la visión de la chica que, evidentemente, estaba irresistible allí parada, mirándole con la boca un poco entreabierta, mientras su respiración algo nerviosa hacía que su pecho se agitara dentro del escotado vestido.

Sin duda, era el momento de buscar una compañera para una sola noche de alivio y diversión. Por supuesto, no sería la inocente Erinn. Él no arruinaba reputaciones.

—¿Conde? —Kylan meneó la cabeza y miró a lady MacLerie.

—¿Si?

—¿Está usted bien?

—Perfectamente —Su semblante frió de siempre volvió—, si no les importa, quisiera hablar a solas con la señorita Burton.

Isobel sonrió animada y miró a Erinn, creyendo que aquella petición tenía fines románticos. Erinn negó con la cabeza a su amiga casi de manera imperceptible.

—Nos veremos más tarde, querida —Lady MacLerie se colgó del brazo de su sobrina y empezaron a alejarse.

—Sígame, señorita Burton, hay algo que debo discutir con usted.

Sin esperarla, se adentró entre la multitud camino a una terraza y Erinn tuvo que correr para alcanzarle.

Cuando salió al exterior, casi estaba jadeando y su humor había empeorado notablemente.

Glenfinnan la sacaba de sus casillas.

Él se apoyó contra la balaustrada y la observó. Los ojos azules de Erinn destacaban sobre sus mejillas sonrosadas, mientras con la mano recolocaba un par de adornos de su vestido que, con la salida repentina del salón, se habían torcido.

—¿Y bien? —gruñó ella ante la postura despreocupada de él.

—Creí que estaba usted bajo la custodia de mi tía.

—Y lo estoy —Levantó la cabeza, mientras se acercaba a él.

Él hizo un leve sonido.

—Es curioso, por más que la busco no doy con ella entre esta multitud —Entrecerró los ojos sarcástico.

—Está indisputada —Erinn miró hacia los enormes y cuidados jardines intentando aplacar su mal genio.

—Sé que no somos amigos —Se giró y miró hacia los jardines igual que ella—. Pero, acepte un consejo. Salga sólo bajo la custodia de mi tía, la sociedad puede estar llena de peligros para una joven como usted.

La mirada azul de Erinn le fulminó en un solo instante.

—Soy perfectamente capaz de cuidarme sola, milord. Además, hoy no he venido sola, a pesar de que lo parezca.

Él separó los labios para discutir, pero los cerró. No sabía por qué debía preocuparse más de lo debido por ella, al fin y al cabo, no era su responsabilidad salvaguardar su virtud.

Unas risas sonaron bajo la terraza, mientras unas sombras se perdían entre unos arbustos perfectamente podados.

A Erinn le pareció divertido.

—Dígame, señorita Burton —él interrumpió el silencio—. ¿Ha hallado alguna pista de su origen?

Ella le dedicó una fría mirada.

—No, tal y como le dije, no encontraré nadie que me conozca —Se apoyó con ambas manos en la balaustrada y miró al cielo—. Soy un fantasma, una desconocida para todos.

—A pesar de eso, parecen adorarla.

Erinn miró hacia donde él lo hacía y vio como una pareja de mujeres agitaban la mano desde dentro del salón. Las reconoció al instante, ya que eran asiduas a las reuniones tardías de

Rosslyn, y les devolvió el saludo sonriente.

—He conocido a *algunas* personas encantadoras —sin saber por qué, le desafió.

Él lo cazó al vuelo y se limitó a enarcar las cejas. Sabía de sobras lo que él era y encantador no entraba en la definición. Así que, lejos de ofenderse, de alguna extraña manera aquella frase le divirtió.

—¿Quiere bailar? —al oírse se sorprendió de sus propias palabras y carraspeó.

—No —se apresuró a decir ella—. Yo no... no se...

—¿No recuerda cómo se hace? —Ella asintió aliviada—. Vamos, señorita Burton, soy un hombre adulto, puedo encajar la negativa de una dama a bailar conmigo. No va a destrozar mi autoestima ni nada parecido. Puede ser sincera.

Ella soltó una risa sin humor.

—Dudo que haya algo que pueda romper su autoestima.

—Eso sí es una frase sincera.

Ella se encogió de hombros.

—Usted lo ha querido.

—*Touche* —Sonrió levemente relajando un poco la tensión del ambiente—. Es usted una joven muy atípica.

Ella le miró de soslayo y sonrió.

—Gracias, supongo.

—No es un cumplido, es un hecho.

—Sé que no es un cumplido, usted no hace esas cosas pero, para mí, ser distinta a las demás es algo bueno.

El cabello rubio de Dexter fue visible entre las cabezas de los asistentes a la fiesta y Kylan se tensó.

—Tengo que irme.

—¿Cómo? —Le vio como descendía por las escaleras que llevaban al jardín—. Pero...

Mientras agitaba la cabeza intentando entender qué había dicho para espantar al Conde, Dexter salió a la terraza con una brillante sonrisa.

—Aquí te escondías —Parecía algo achispado—. Creo que debemos volver a casa.

Ella miró hacia las escaleras y, luego, hacia un sendero oscuro por donde Glenfinnan había desaparecido.

—Sí, vámonos, ya no queda nada interesante en esta fiesta.

XVIII

Durante dos días, Erinn se vio liberada de la vida social, ya que Rosslyn se había sentido indispuesta, esta vez de verdad, a causa de un pescado en mal estado que había cenado. Lejos de sentirse triste, se había acurrucado junto a la chimenea de su habitación en una cómoda butaca y se había sumergido en la lectura de uno de los libros más populares de la época. *Emma* de *Jane Austen*.

Aquella mañana, tras bajar a desayunar con el silencioso Lord MacAdam, se dispuso a terminar de leer su novela justo en el momento en el que Caroline, la chica que habían asignado como su doncella, llamó a la puerta con unos suaves golpes.

—¿Si? —Cerró el libro de mala gana.

—Perdone que la moleste, pero el Conde de Glenfinnan ha venido a visitarla.

Al oír el nombre de Kylan, Erinn se puso de pie de un brinco, mientras el pulso se le aceleraba. Al ver la media sonrisa contenida de la doncella, Erinn se sintió avergonzada por su reacción.

—¿Quiere que la ayude a cambiarse de ropa?

Ella la miró con los ojos suplicantes.

—Por favor.

Unos minutos después, Erinn, vestida con un traje de mañana de color verde hoja decorado con pequeñas flores amarillas, cruzó en umbral de salón donde Kylan bebía malhumorado una taza de té.

Le parecía llevar allí una eternidad.

—Buenos días, milord.

Él la miró y se recreó demasiado en examinar su aspecto. Las mejillas de ella se ruborizaron y él esbozó una brevísima sonrisa de triunfo.

—Buenos días, señorita Burton.

Ella se sentó con la espalda bien recta en una butaca frente a él.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Más bien es lo que yo puedo hacer por usted.

—¿Perdón? —Levantó una ceja sin darse cuenta.

Él volvió a sonreír fugazmente.

—Mi tía ha insistido en que, ya que estoy por la ciudad, esta mañana salgamos a dar un paseo por el parque. Al parecer, se siente culpable de que su indisposición también la haya confinado a usted entre estas cuatro paredes.

—Tonterías, he disfrutado de dos maravillosos días de lectura. La vida social es agotadora y creo que no habría aguantado mucho más el ritmo constante de almuerzos, meriendas y bailes. Si esto es así fuera de temporada, no me imagino cómo debe ser en primavera.

—Sigue confirmando mis sospechas. Es usted de lo más atípica.

—De nuevo, y tal y como le dije —Sonrió exageradamente—. Gracias.

Él se puso en pie y ella le imitó.

—Entonces, ¿salimos a pasear?

—Por supuesto, no quisiera que Lady Rosslyn se sintiera decepcionada y mucho menos culpable.

—Eso es muy noble por su parte.

Erinn hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Ella ha hecho mucho más por mí, que yo por ella.

Kylan sintió una extraña sensación cálida que le inundo el pecho y carraspeó abrumado.

—La esperaré fuera mientras coge sus cosas —comentó sin mirarla y dejándola allí sola.

Ella soltó un suspiro. Empezaba a acostumbrarse a que él desapareciera dejándola con la palabra en la boca.

El paseo matinal por el parque de Holyrood no se parecía nada a la idea tranquila que ella había imaginado. Lejos de pasear entre árboles frondosos mientras el olor de la mañana y los trinos de los pájaros llenaban de paz sus sentidos, Erinn se vio en una diligencia junto a Kylan, donde cada pocos segundos un jinete u otra diligencia se cruzaban en su camino y se veían obligados a saludar y a entablar conversaciones superfluas sobre el tiempo o la asistencia a algún evento futuro. Evidentemente, el retorno a la vida social del Conde de Glenfinnan suscitó más curiosidad de la deseada, cosa que incrementó los saludos.

Media hora más tarde, Erinn bufó agotada y se dejó caer con fuerza contra el asiento, cuando una pareja de ancianos les saludó desde la otra punta del camino. La mujer miró a Kylan y, tras susurrar algo a su marido, bajó la mirada.

Esta vez fue Kylan quien bufó.

—¿Milord, podemos marcharnos?

Él la miró, mientras sujetaba las riendas con fuerza.

—¿Está segura?

—Segurísima —Miró hacia a un lado donde un camino serpenteaba hacia un bosque—. Si tengo que volver a comentar lo maravilloso que brilla el sol esta mañana y el poco frío que hace para ser otoño, correré hasta aquel lago y me ahogaré.

Kylan soltó una carcajada limpia y ella le miró sonriente. Le había hecho reír.

Él disimuló su risa con una conveniente tos.

—Si le soy sincero, a mí nunca me ha gustado exhibirme de esta manera, y menos en los últimos tiempos —murmuró el final de la frase más para él que para Erinn.

—¡Oh, Dios mío!

Él cerró un instante los ojos. Sin duda, Erinn acababa de caer en la cuenta de que estaba en compañía del Conde maldito, aquel que tenía el don de matar a sus mujeres antes de que llevaran un año casadas con él.

Erinn le zarandéo el brazo con insistencia.

—Por el amor de Dios, dese prisa, sáquenos de aquí.

Kylan la miró sin comprender por qué no estaba asustada. Era imposible que a aquellas alturas no hubieran llegado a ella los rumores de su pasado.

—¡Glenfinnan, reacciona! —le gritó ella—. El duque de Dorset viene directo a nosotros y no soporto su incesante charla política. Además, cuando habla de Francia ¡escupe!

Sin saber si reír o mantener su semblante serio, Kylan azuzó a los caballos y se perdieron por un sendero mucho más tranquilo que se abría paso en un lateral del enorme y otoñal parque.

—¡Corra! —le gritó Erinn animada—. Aún puedo oírle.

—Es usted un peligro.

Él aminoró un poco la marcha cuando el camino se hizo algo más estrecho. Por fin, estaban completamente solos y tranquilos.

Tras asegurarse de que nadie les seguía, Erinn se recostó en su asiento y cerró los ojos llenando de aire fresco los pulmones. Hasta que no oyó un par de trinos de pájaros no los abrió y, al hacerlo, cazó a Kylan mirándola fijamente.

—¿Qué pasa? —Se irguió algo cohibida.

Se había dejado llevar por sus ansias de paz y tranquilidad sin importarle que él estuviera allí.

Él miró al frente ocultando sus verdaderas intenciones.

—Estaba usted tan quieta y tranquila que, por un momento, pensé que se había desmayado —mintió.

—Perdóneme —Se rió avergonzada—. Necesitaba sentir la paz del bosque. Ya sabe, su brisa, sus sonidos, el olor a hierba y a hojas mojadas... me relaja.

Las comisuras de Glenfinnan se arquearon ligeramente.

—Parece que tenemos algo en común.

Ella no pudo evitar sonreír ampliamente y él se relajó sin proponérselo.

—Puede cerrar los ojos si quiere, siéntase libre de relajarse —su voz fue un susurro tentador.

Erinn cerró los ojos confiada y, sintiéndose tranquila, soltó la primera frase que le vino a la mente:

—¿Le dice esto a todas las damas que sube a su diligencia? —Se le escapó una risilla divertida.

—No, porque no suelo salir a pasear con damas.

El tono frío de Kylan hizo que Erinn abriera los ojos y le mirara alarmada.

—Le ruego me perdone, no sé en qué estaba pensando para decir eso, ha sido de lo más inapropiado —Suspiró agobiada recordándose que estaba en 1832—. Usted sólo le está haciendo un favor a Lady Rosslyn y yo... ¡Dios mío!, se me olvida con demasiada facilidad que usted es un conde y que se merece un poco de...

La culpabilidad de Erinn hizo que el breve mal humor de él desapareciera al instante. Por algún extraño motivo, con ella no podía ser igual de frío y distante como lo era con todos los demás.

—No se preocupe, lo ha dicho sin malicia.

—Sin malicia ninguna —Le miró avergonzada—. Lo siento.

Él asintió mientras se adentraban por un sendero que les llevaría a la salida del parque.

—En realidad —sonó divertido—, era un comentario ingenioso. Sin duda, no uno propio de una dama, pero ingenioso de igual manera.

Ella no dijo nada y, antes de lo que le habría gustado, ya estaban de vuelta en la mansión de los MacAdam.

Al oír los caballos, el mayordomo abrió la puerta justo en el instante en el que Kylan bajaba del carruaje.

Dispuesto a hacer su trabajo, se acercó a la portezuela de Erinn, para ayudarla a bajar, pero Kylan, sin saber por qué, se le adelantó interceptándole el paso.

—La ayudaré a bajar.

—Gracias —el humor de Erinn estaba sombrío.

Se sentía estúpida.

Kylan posó sus manos en la cintura de Erinn, que se dejó hacer. Cuando los pies de ella tocaron el suelo, él retiró sus manos de mala gana. No se paró a analizar lo que le pasaba, simplemente sentía. Hacía años que no escuchaba a su cuerpo más allá del puro deseo y no se

acordaba de interpretar el resto de emociones, a parte de la tristeza, la soledad y la ira.

Sin saber por qué, le dio un amistoso golpecito en la barbilla con su dedo índice y ella le miró respondiendo al leve contacto con las mejillas encendidas.

Kylan dejó de respirar.

—No se mortifique, señorita Burton —Sus labios se arquearon ligeramente—. Hacía muchos años que no disfrutaba de un paseo como el de hoy.

—Es usted muy amable, pero...

—¿Sabe? —Se aclaró la garganta—. Yo no hago cumplidos.

—Constata hechos —Sonrió levemente—. Gracias, milord.

Ella dio un paso hacia el mayordomo, que le aguantaba la puerta con impaciencia.

—Gracias a usted.

Sin volver a mirarle, Erinn entró en la casa y subió a su habitación con movimientos mecánicos. Si le hubieran preguntado, no habría sabido cómo había llegado hasta allí, ya que en su mente sólo había una pregunta.

¿Qué era lo que había pasado aquella mañana con el Conde de Glenfinnan?

XIX

Durante dos largos días, Erinn había intentado centrarse en terminar la novela de *Jane Austen* pero, por más que lo intentaba, no conseguía pasar del mismo párrafo, que releía y releía de manera automática, ya que en su cabeza se repetía la escena del parque y lo estúpida que había sido dejándose llevar por sus comentarios de chica contemporánea.

A pesar de que no estaba de humor, Rosslyn le había insistido para que saliera de compras con Isobel así que, sin saber cómo, se encontró en una librería de la Royal Mile donde docenas de novelas se apilaban en estanterías y en muebles de estilo victoriano que, aunque eran nuevos, para Erinn lucían como antigüedades perfectamente restauradas.

Mientras Isobel y su dama de compañía, una mujer extremadamente delgada y con cara de pocos amigos, discutían con el librero el precio de un volumen pasado de moda, Erinn se adentró por un oscuro pasillo, flanqueado por vitrinas acristaladas que salvaguardaban ejemplares de piel con letras doradas y plateadas. Dejándose llevar por la belleza de aquellas piezas de carpintería, pasó la mano por unas volutas que adornaban las esquinas, mientras llenaba de aire sus pulmones y saboreaba la fragancia de la madera, el barniz y los libros.

El crujido de sus zapatos sobre el suelo de madera llamó la atención a Kylan que, a pocos metros de distancia y oculto entre las sombras de un pasillo colindante, sostenía un libro de leyes.

La luz tenue que apenas alcanzaba a iluminar el pasillo donde Erinn estaba, era suficiente para recortar su silueta femenina y las formas curvadas de su rostro, que parecía relajado y fascinado a la vez.

Los ojos de Glenfinnan escudraron la capa que cubría por completo a Erinn y, decepcionado, meneó la cabeza como si quisiera aclarar su mente.

Un par de noches atrás, su cuerpo había reaccionado ante aquella excepcional chica, sin duda a causa del escotado vestido que lucía pero, ahora, todo su ser volvía a sentirse atraído por ella, incluso con más intensidad que aquella noche, a pesar de que su atuendo era de lo más casto.

El aire denso volvió a filtrarse por sus fosas nasales tras varios minutos conteniendo el aliento sin dejar de observarla, mientras con pasión acariciaba los estantes y algunos libros.

Atraído por ella, la siguió sin darse cuenta, con pasos lentos y silenciosos, hasta que un enorme ventanal que daba a la concurrida calle le iluminó el rostro sonriente.

Cuando apenas les separaban un par de pasos de distancia, Erinn paró en seco y se giró, chocando de lleno con Kylan, que soltó el pesado libro de leyes haciendo un enorme estruendo contra la tarima de madera.

Erinn le miró levantando la cabeza lentamente, con los ojos abiertos de par en par y él no pudo hacer otra cosa que sonreír, mientras la sentía allí, extremadamente cerca de su cuerpo.

—Lo... lo siento —Se agachó abrumada recogiendo el pesado tomo y ofreciéndoselo después.

—No, por favor —Se forzó a borrar su sonrisa—. Soy yo el que le debe una disculpa, me he dejado llevar por la lectura de este libro —Se lo arrebató con cuidado de las manos— y he chocado con usted. ¿Se ha lastimado?

Ella entrecerró los ojos y observó un pequeño golpe en una de las esquinas de la encuadernación del pesado libro.

—Sólo un poco —Presionó la piel con la yema de los dedos—. No creo que se pueda arreglar.

Glenfinnan disimuló una carcajada, mientras entrecerraba sus ojos grises.

—Me refería a usted.

—¡Oh! —Se sonrojó—. Yo... no, no, estoy bien.

La risa nerviosa de Erinn hizo que él esbozara una radiante sonrisa, que no pasó desapercibida a un transeúnte que, por casualidad, observaba la escena desde el otro lado de la calle.

Isobel apareció seguida de su doncella, que sostenía un paquete lleno de libros.

—Erinn, ¿estás bien? —Kylan hizo una reverencia con la cabeza y ella se sonrojó—. Conde, qué casualidad encontrarle aquí.

—Buenas tardes, señorita MacLerie.

—¿Todo en orden, Señorita Burton? —refunfuñó la acompañante de Isobel haciendo a la perfección el papel de protectora de virtudes.

Erinn se sintió incómoda ante la inquisitiva mirada de la mujer.

—El Conde y yo hemos chocado sin querer, en realidad ha sido mi culpa, estaba despistada mirando los libros y...

—No se mortifique, señorita Burton, la culpa ha sido completamente mía.

Inconforme con los argumentos de la pareja, la mujer arrugó su frente y tomó del brazo a Isobel, que no perdía un instante en observar la cordial sonrisa del Conde.

—Se hace tarde, señoritas. Será mejor que volvamos, parece que lloverá y hemos de acompañar a la señorita Burton a su casa.

Kylan se asomó ágil por la ventana observando el cielo que se empezaba a volver grisáceo.

—Tiene razón, amenaza con llover torrencialmente —Desafió con la mirada a la mujer que, instintivamente, apretó el brazo de Isobel—. Si no le importa, seré yo mismo quien custodie a la señorita Burton hasta casa de mi tía, ya que casualmente me disponía a visitarla. Como ya sabrá, lleva varios días indispuesta y me apetecía animarla.

La mujer abrió la boca lentamente mientras una queja se dibujaba en sus labios.

—Lady Rosslyn se alegrará de verle, Conde —comentó Erinn, que miró a la dama de compañía, que cerró la boca con una mueca de disgusto.

—Usted sabrá con quién anda, jovencita —Levantó la cabeza orgullosa—. Vámonos Isobel, éste no es un lugar seguro.

Con un aire teatral y muy dramático, arrastró a Isobel por el pasillo, mientras la joven agitaba la mano a modo de despedida.

Kylan enarcó las cejas divertido, justo antes de que la mirada preocupada de Erinn capturara la suya.

—Sin duda, debo disculparme por el comportamiento de esa mujer —Miró enfadada hacia donde habían desaparecido—. No sé quién se habrá creído que es para insinuar esas cosas sobre usted, desde luego no voy a dudar en escribir a Lady MacLerie para hacerle saber cómo se comporta esa...

Una sensación de paz invadió el alma de Glenfinnan, mientras Erinn empezaba a quejarse sobre la dama de compañía.

—Déjelo.

—¿Que lo deje?

—No me he sentido ofendido, se lo prometo —Un brillo de tristeza bailó fugaz en sus ojos.

—Ya me ofendo yo por usted —sonó gruñona.

Sin que ella fuera consciente del todo, él empezó a caminar, guiándola hasta la salida de la librería.

—No pierda el tiempo con eso —Le tendió el brazo, mientras colocaba sobre sus cabellos cobrizos un sombrero negro—. Vamos a visitar a mi tía.

Con el sombrero calado hasta los ojos y el cuello de su capa cubriéndole al máximo el rostro, Kylan se ocultaba entre las sombras de la puerta trasera de una mansión blanca a la espera de que Lady Green, casada con un viejo lord al que le apasionaba más la caza que su joven esposa de veinte años, le abriera para pasar una noche de desenfrenada lujuria.

Lujuria, así era cómo, tras analizar sus pensamientos y reacciones con Erinn, había decidido catalogar lo que ella despertaba en él. Su carácter poco habitual, su manera de ser, fresca y directa, por no hacer hincapié en lo atractiva que ahora le parecía, le habían hecho abandonar su autocontrol y su carácter frío y distante. Al menos, cuando estaba con ella.

Tras pasar la tarde jugando a las cartas con su tía Rosslyn y Erinn, Kylan lo tenía claro. Su libido había llegado a cotas tan altas que estaba nublando su juicio.

Cuando por fin Lady Green le abrió la puerta para dejarle entrar y le dedicó una mirada apasionada, él se decepcionó. Evidentemente, la voluptuosa y sensual rubia que le miraba desde la puerta despertaba en él una reacción física muy concreta pero, sin que fuera consciente de ello, algo le decía que ni todas las Lady Green de Escocia apagarían lo que sentía.

XX

La brillante sonrisa de Isobel era suficiente para iluminar el salón de la mansión de los MacLerie. Por fin, la dulce joven se había decantado por uno de sus pretendientes, Lord Allanach que, junto a su flamante prometida, parecía disfrutar de la misma felicidad.

—Hacen una pareja excelente, ¿no crees, querida? —Rosslyn sonrió a Lady MacLerie, que no podía dejar de mirar a Isobel.

—Sin duda, una pareja ideal.

Erinn, que estaba junto a Rosslyn, casi oculta tras una columna decorada con una enredadera con rosas blancas, soltó un suave suspiro.

En aquella época, ahora su época, el romanticismo tomaba un sentido mucho mayor e intenso que en su pasada vida. El amor y los gestos románticos eran mucho mayores, más sentidos y hasta más dramáticos.

Sin saber cómo, los ojos de Glenfinnan se colaron en sus pensamientos y se dejó caer despreocupada contra la columna. Al instante, una espina de las rosas que la decoraban se hundió en su piel devolviéndola a la realidad. Le gustara o no, todo aquello que estaba viviendo era temporal. Tarde o temprano, Rosslyn se cansaría de mantenerla en su casa. Al fin y al cabo, se suponía que ella estaba buscando a su familia.

Tan ofuscada estaba con sus pensamientos, que Erinn no fue consciente de la presencia masculina que tenía delante, hasta que él habló.

—Tan alegre el motivo de esta velada y tan triste su mirada, señorita Burton.

Erinn enfocó los ojos para reconocer el rostro y la sonrisa ladeada de Dexter.

—No estoy triste —Sonrió animada—, sólo pensativa.

Rosslyn observó como su hijo hablaba con Erinn y se alejó, poco a poco, para darles algo de espacio. En sus sueños ya les había casado.

Dexter cazó al vuelo un par de copas de una bandeja que llevaba un camarero.

—Una limonada por sus pensamientos —Le ofreció la copa.

—No quiero aburrirle con mis problemas.

La llegada de alguien llamó la atención de Dexter que, un poco nervioso, tendió el brazo a Erinn.

—Salgamos al invernadero, he oído que la colección de orquídeas de Lady MacLerie es famosa por su belleza.

Sin darle tiempo a responder, Dexter guió a Erinn hasta la salida al jardín donde varias parejas paseaban y reían bajo la luz de unas antorchas colocadas para iluminar el pequeño sendero hasta el invernadero.

Al verles aparecer, una pareja salió discretamente del lugar mientras se reían sutilmente.

Dexter localizó un banco de hierro forjado blanco y se dejó caer entre sus mullidos almohadones de colores.

Erinn, algo inquieta, decidió acercarse a las plantas exóticas y coloridas que adornaban el lugar. De pronto, Dexter la ponía nerviosa.

—¿Y bien?

Ella le miró sólo un instante.

—¿Y bien? —murmuró con sus labios contra el borde de la copa de limonada.

—¿Qué es lo que la tiene tan taciturna, mi querida señorita Burton? —Ella negó con la cabeza quitándole peso al asunto—. No lo niegue, mi madre me lo ha contado todo.

—Oh —fue lo único que ella pudo decir.

—Lamento mucho su pérdida de memoria y, evidentemente, haré todo lo que esté en mi mano para ayudarla a encontrar a su familia.

El nerviosismo de Erinn aumentó haciéndola pasearse nerviosa por el suelo empedrado del invernadero.

—Soy huérfana, no tengo familia —dijo sin pensar.

—Es cierto, ruego me disculpe —Sonrió sincero—. Dado que no pretendo viajar en un tiempo y mi residencia de soltero está muy próxima a la de mis padres, justo donde usted se aloja, creo que sería muy conveniente...

Erinn se quedó quieta. Petrificada.

—¿Qué sería conveniente?

Dexter se puso en pie y avanzó lentamente hasta ella.

—Verá, creo que yo debería ser su nuevo protector, teniendo en cuenta que mi primo, el Conde de Glenfinnan vive a dos horas de aquí. ¿No cree que es mucho más sensato tener a un benefactor cercano?

Automáticamente, los ojos de Erinn se dirigieron hacia las puertas abiertas del salón, donde las voces y la música animada parecían un lugar mucho mejor que el invernadero.

—¿El Conde le ha pedido eso? —sonó decepcionada.

Dexter retrocedió un paso, dejándole espacio a Erinn para respirar.

—Glenfinnan y yo hace años que no nos hablamos. Como habrá visto, mi carácter amable y sociable no coincide en absoluto con el de mi primo.

—Entonces —Erinn casi susurró—. ¿El Conde no quiere deshacerse de mí?

—Ésa no es la cuestión, yo quiero hacerme cargo de... —Dexter observó cómo de nuevo ella miraba al salón—. Señorita Burton, ¿no se habrá enamorado de Glenfinnan?

El cuerpo de Erinn reaccionó poniéndose tenso como una tabla.

—En absoluto.

Dexter sonrió, esta vez con un punto de malicia en sus ojos oscuros como la noche.

—La aprecio mucho, señorita Burton, es por eso que debo advertirle. Mi primo no es un hombre fácil y, desde luego, no es un espíritu romántico que sueña con enamorarse y escribir sonetos a la mujer de sus sueños.

Erinn le miró recuperando un poco la compostura y el orgullo, ella no era una niña tonta e inocente.

—No me cabe la menor duda de que el Conde no es así. Lo sé. Pero, sin duda, no me negará que sus circunstancias le han vuelto un ser huraño y frío. Está más que justificado.

Dexter cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sus extrañas y oscuras circunstancias... ¿Las conoce usted bien?

Por algún motivo, ella estaba cada vez más enfadada.

—Las conozco.

Dexter avanzó un paso más hacia Erinn, acortando mucho la distancia que les separaba.

—¿Conoce la historia de cómo Lowenna murió de una extraña enfermedad que la mató lentamente o la de la pobre Sabine que, destrozada por el maltrato psicológico de Glenfinnan, no pudo más con sus vejaciones y su odio y saltó de un acantilado?

La imagen de la joven rubia dejándose caer desde el muro de piedra llenó al instante los pensamientos de Erinn que, un poco mareada, esquivó a Dexter para sentarse en el banco.

—El Conde no tiene corazón, mi querida amiga. Lo tuvo hace años. Hasta me atrevería a decir que fue feliz pero, con la muerte de su primera esposa, el último atisbo de amor y de cordialidad murieron con ella.

Dexter se dejó caer junto a Erinn, que movía la cabeza.

—Él no empujaría a nadie al suicidio.

—Pero aun y así, lo hizo —Le cogió una mano entre las suyas—. Es un hombre peligroso. Ahora que aún puede, detenga ese encaprichamiento antes de que salga herida, o incluso muerta. Glenfinnan está maldito.

Alarmada de ser tan transparente para Dexter y ofendida por todo lo que le estaba diciendo sobre Kylan, Erinn se puso en pie angustiada justo en el momento en el que una sombra entraba veloz en el invernadero.

—Las maldiciones no existen.

—¡Señorita Burton!

La sangre se heló en las venas de la pareja, especialmente en las de Erinn. Allí de pie, con una expresión de ira bailando en sus ojos grises, estaba Glenfinnan.

—Conde... —farfulló como borracha.

—No es en absoluto decoroso que se ausente de una fiesta para ir a un lugar sin vigilancia con según quién.

Dexter ignoró el desafío poniéndose en pie.

—Ruego me disculpe, nada más lejos de mis intenciones ponerla en una situación comprometida —Con deliberada lentitud cogió la mano enguantada de Erinn y la besó con cuidado—. Piense en lo que le he dicho, mi querida amiga. Mi oferta sigue en pie.

—¡Erinn! —rugió Kylan saltándose todas las normas de cortesía—. Volvamos al salón.

Aturdida y dejando a atrás a Dexter con una sonrisa burlona, Erinn siguió a Kylan hasta la salida.

Cuando aún faltaban algunos pasos para entrar en el salón, Kylan miró hacia el invernadero, que ahora estaba vacío. Dexter se había esfumado.

—Ruego disculpe mi impertinencia y falta de cortesía, señorita Burton, pero...

Erinn le miró de soslayo y observó cómo las palabras le salían con ira de la garganta.

—¿Pero?

—¿A caso he interrumpido una propuesta de matrimonio por parte de mi primo? —Algo en la mente de Kylan se agitó como unas maracas. ¿Qué pregunta era esa?

Aturdida y enfadada como estaba, Erinn no pensó sus palabras, que salieron a borbotones de su boca.

—¡Dios me libre de semejante cosa! —Se tapó la boca con las manos— Perdón, quiero decir que no, no me ha propuesto matrimonio.

Con un aire algo más relajado, aunque intentó disimularlo, Glenfinnan le ofreció el brazo.

—Volvamos antes de que su reputación corra peligro.

Confundida, Erinn se dejó guiar al interior del salón sin saber cómo formular la pregunta que de pronto sonaba en su mente.

¿A caso a Kylan le molestaría si ella se casaba con Dexter?

XXI

Cuando despertó aquella mañana, su humor no había cambiado un ápice. Desde la aparición de la misteriosa desconocida, Kylan se había visto inmerso en un cúmulo de problemas que alteraban su controlada y calculada vida.

Erinn no sólo había hecho que ahora ocupara una residencia en Edimburgo que hacía años que no frecuentaba, sino que había conseguido que quebrantara una de sus promesas, no volver a hablar con Dexter.

La rivalidad entre ellos venía desde niños y el afán que tenía Dexter en culpar a su primo de sus travesuras.

Cuando ambos crecieron, esa rivalidad también lo hizo, trasladándose a la universidad donde, no sólo se disputaban las mejores calificaciones en las asignaturas, sino que también competían por las hermanas más guapas de sus compañeros de clase.

Con los años, y tras robarse un par de conquistas entre ellos, un odio desmesurado fue creciendo, arruinando cualquier atisbo de lazo familiar que les pudiera unir.

Cuando Kylan cayó en desgracia y terminó enterrando a tres esposas y a un hijo en un tiempo récord, habría jurado que Dexter se habría alegrado.

Sin duda, algo muy importante pendía sobre la cabeza de ambos y era que, si Kylan no concebía un heredero, el título de conde de Glenfinnan pasaría al primogénito varón de Dexter, o peor aún, si Kylan moría, su primo sería el nuevo Conde, ya que su tío siempre había expresado su falta de interés por el título nobiliario.

La imagen de Erinn sentada en el invernadero peligrosamente cerca de Dexter, le hizo soltar un rugido gutural, mientras apartaba las sábanas con una patada y empezaba a vestirse sin esperar a su ayuda de cámara.

Debía apremiar a sus investigadores del sur para que encontraran alguna pista sobre el paradero de la casa de Erinn, así la podría mandar a ella y todo lo que despertaba en él bien lejos. Durante un segundo, una brizna de tristeza se sumó a su mal humor, pero lo desechó mientras se ponía la camisa con movimientos secos.

Fuera como fuera y junto con todas las consecuencias que envolvían a Erinn, Kylan debía cumplir su palabra, velar por su bienestar, en especial ahora que Dexter andaba cerca.

La feria anual de otoño de Edimburgo era famosa no sólo por sus pasteles de calabaza y sus puestos de artesanía, sino también por los extravagantes hombres y mujeres que se disfrazaban y ofrecían todo tipo de espectáculos en la Royal Mile, que pasaban por teatros de marionetas, hasta adivinas con bola de cristal. La concurrida calle olía a dulces y la música de los feriantes animaba el lugar.

Como de costumbre, el ocupado Lord MacAdam se había negado a asistir al evento, así que Rosslyn se había colgado del brazo de Erinn que, junto a Lady MacLerie, comentaba lo exótico que parecía el lugar con los puestos de colores y las banderolas que cruzaban la calle de lado a lado.

Dexter, captando la tensión entre él y Erinn, había decidido no asistir, así que las tres damas paseaban ahora escoltadas por un lacayo.

—¿Qué te parece querida? —Rosslyn se probó un antifaz lleno de plumas y pedrería de colores brillantes.

—Éste es más de tu estilo —Lady MacLerie le ofreció una máscara de color negro con la forma de la cara de un gato, incluyendo bigotes y todo lujo de detalles—. ¡Miau!

Erinn se tapó la boca al ver cómo las dos mujeres perdían la compostura por unos instantes y empezaban a reír, sin duda animadas en parte por el ambiente festivo y en parte por las tres copas de jerez que se habían tomado en un puesto más arriba.

Sin saber por qué, Erinn miró a su espalda, hacia la multitud que se arremolinaba entre las diferentes atracciones. Sentía que alguien la observaba.

—Maravilloso —vitoreó Rosslyn cogiendo a su protegida de la mano—. Nuestra querida Grizel tiene una caseta para ella sola.

El corazón de Erinn dio un vuelco tremendo. La adivina la ponía de lo más nerviosa.

Sin poder evitarlo, las dos mujeres se adentraron en la caseta que, al instante, golpeó sus sentidos con el olor a incienso.

Erinn arrugó la nariz, mientras serpenteaba entre un montón de pañuelos de seda de colores hasta una puerta medio abierta.

—¡Vamos! —la apremió lady MacLerie—. Tú primero, jovencita. Después entraremos nosotras.

Sin poder hacer nada para remediarlo, Rosslyn la empujó con cariño al interior de la pequeña habitación y cerró la puerta.

Entre más pañuelos de seda, había una mesa redonda cubierta con un mantel negro con estrellas plateadas y, sobre ésta, una bola de cristal y unas cartas del tarot parecían esperarla.

—Toma asiento, Erinn.

Ella se asustó al ver aparecer a Grizel de la nada. ¿Habría estado agazapada entre los pañuelos esperando a una cliente desprevenida?

—Relájate, preciosa —Le indicó una silla justo en frente de la que ella acababa de ocupar—. Eres una joven lista, pero escéptica.

Erinn entrecerró los ojos.

—¿Lo soy?

—Lo eres —murmuró la gitana mientras barajaba las cartas—. Percibo que te sientes perdida aquí y, a pesar de ello, hay alguien que ocupa tus sueños.

Grizel ignoró la mueca de incredulidad de Erinn y empezó a repartir las cartas sobre la mesa, primero formando una cruz y luego apilando algunas en una hilera vertical.

—Tu corazón ya tiene dueño, eso sin duda —Paseó sus dedos por un par de cartas—. ¡Pero cuidado!

Erinn dio un respigo en la silla.

—Él es peligroso, mi joven amiga.

—¿Por qué?

—Una maldición pesa sobre él, y no una normal, sino una muy dolorosa. Son tres las esposas que ha perdido y, sin duda... —Abrió los ojos como platos—. Perderá a la cuarta.

Erinn hizo el gesto para levantarse, estaba harta de aquel teatro, pero Grizel la cogió de la mano.

—La primera murió siendo amada, la segunda postrada en la cama y la tercera saltó por ser despreciada.

—Eso lo sabe todo el mundo en cincuenta kilómetros a la redonda.

Grizel puso los ojos en blanco.

—¿También saben que Lowenna murió a causa de un veneno en el té que Glenfinnan le dio?

Alarmada y ofendida Erinn se puso en pie haciendo que la silla casi cayera al suelo.

—El Conde no envenenó a su segunda esposa, fue un desafortunado error, ya que alguien quería envenénale a él.

Grizel cambió la expresión de su cara, mostrando una expresión de sorpresa de lo más mundano.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Simplemente, lo sé.

Sin esperar a más preguntas por parte de la gitana, Erinn salió de allí a toda prisa, dejando atrás incluso a Rosslyn y a su vieja amiga.

Necesitaba aire, necesitaba aclarar su mente y, sobre todo, necesitaba centrarse en algo que había olvidado.

Salvar a Kylan de una horrible muerte.

Sin pensar en absoluto en el decoro, empezó a caminar rápidamente entre los animados transeúntes, en busca de un hueco que no estuviera atestado de gente para poder respirar. Grizel le parecía una auténtica farsante, pero ya eran dos las veces que había dicho cosas que tan solo sabía ella. Primero su muerte y, ahora, el envenenamiento de Lowenna.

Sin saber cómo, empezó a caminar frenética por uno de los laterales de la Royal Mile, en dirección al imponente castillo de Edimburgo, hasta que un pasadizo entre dos edificios de piedra marrón oscura la dejó paralizada.

Ahora ya no había ningún cartel anunciando el nombre de la atracción turística, ni banderolas publicitarias, pero sí una placa con el nombre del callejón: *Mary King's Close*.

Como si una fuerza extraña la llamara al interior del corredor, Erinn empezó a caminar lentamente, hasta que la voz del lacayo de Rosslyn hizo que frenara su marcha y se diera la vuelta.

—¡Señorita Burton! —jadeó al llegar junto a ella—. Lady MacAdam me manda en su búsqueda. No debe usted andar sola por estas calles, es impropio de una dama adentrarse en los callejones.

Justo en el momento en el que Erinn abría la boca para replicar al lacayo, una presencia tras ella la hizo ponerse tensa.

—Está conmigo, Randall —Ella se giró lentamente para ver a Kylan vestido con su capa verde que emergía del callejón—. Ve junto a mi tía y dile que yo me encargo de escoltar a la señorita Burton.

Tras una leve reverencia por parte del lacayo, se perdió entre la multitud de nuevo.

Kylan se posicionó junto a Erinn, que se vio intimidada. Vestido con su capa verde y su sombrero negro que sólo dejaba ver sus penetrantes ojos grises, Glenfinnan era capaz de cortar la respiración.

—Gracias —farfulló dando un par de pasos, en dirección a la calle.

—¿Por qué está usted sola?

—Yo... la... —farfulló sin sentido pensando cuánto de la verdad podría decirle sin parecer una loca.

Kylan frunció el ceño.

—¿Va usted a sufrir un desmayo?

—Por supuesto que no —Le miró desafiante, cosa que hizo que las comisuras de los labios

de Kylan se arquearan casi de manera imperceptible—. Es todo por culpa de la gitana que tiene un puesto más abajo. Me soltó un montón de tonterías sobre la muerte.

El semblante de Kylan paso a ser frío y con un punto de tristeza.

—¿Grizel?

—La misma —bufó Erinn sintiendo sólo su enfado.

—Es una adivina muy buena.

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿No me irá a decir que cree que las predicciones de esa mujer son ciertas?

Él miró hacia el interior del callejón donde un hombre con varios paquetes marrones se les acercaba.

—Lamentablemente, las he tenido que creer.

Kylan se apartó para dejar paso al hombre de los paquetes y se acercó peligrosamente a Erinn, que no dejaba de mirarle a los ojos con una expresión de incredulidad.

—Tú no estás maldito, sólo has tenido una racha terrible de mala suerte que, sumado a una serie de nefastos acontecimientos... —De pronto, se dio cuenta de que había dejado de lado los formalismos y de que él estaba muy cerca de ella—. Las maldiciones no existen y me niego a creer que alguien tan inteligente y sensato como usted lo crea.

Una sonrisa sin humor se dibujó en los labios de él, justo antes de que diera un paso atrás recuperando su posición inicial.

Erinn respiró, no se había dado cuenta de que, hasta entonces, no lo estaba haciendo.

—Lamentablemente, señorita Burton, los rumores son ciertos. Estoy maldito —Miró hacia la calle—. Pero no se angustie, hace años que aprendí a vivir con ello.

Ella abrió la boca para protestar, pero él ya había empezado a caminar hacia la calle y Erinn se limitó a seguirle.

Una banda de malabaristas y músicos había ocupado el centro de la ancha calle mientras los visitantes de la feria aplaudían y vitoreaban el espectáculo. Lejos de animarse, Erinn se sintió agobiada. Nunca había sido amante de las multitudes ruidosas.

Sin pensarlo, posó su mano sobre el antebrazo de Kylan para llamar su atención.

—¿Puede llevarme a casa?

—¿Está usted bien?

—Sí, simplemente es que me angustian las multitudes.

Una breve sonrisa cruzó el rostro de Kylan.

—La comprendo, a mí me pasa igual.

Sin perder un segundo y sin que ella soltara el brazo de Kylan, ambos caminaron calle abajo hasta encontrarse con una callejuela mucho más tranquila que descendía. Algo más relajada, Erinn se soltó del brazo de él y respiró hondo.

—Espero que Randall haya avisado a Lady MacAdam de que estoy con usted.

—No tenga duda de ello.

Ella sonrió calmada y ambos caminaron un par de calles más en silencio. Lejos de ser incómoda, aquella tranquilidad les pareció reconfortante a los dos.

Unos minutos después, los dos estaban sentados en un coche de alquiler camino a la residencia de los MacAdam.

Erinn se había puesto a mirar por la ventana, cosa que le dio ventaja a Kylan para estudiarla de nuevo con detenimiento. La imagen de la joven distaba mucho de la primera impresión que le había dado la primera vez que la vio sentada en su despacho, vestida con aquel traje marrón que tan poco le favorecía. Su vigorosa salud y el nuevo vestuario que Rosslyn le había comprado, la

habían transformado en una dama elegante y el tiempo pasado con ella la había definido como una mujer culta y bastante atípica en algunos aspectos.

Sin poder evitarlo, Kylan sonrió justo en el momento en el que ella dejaba de observar la ventana y clavaba sus ojos azules en él. En un acto reflejo, Erinn le devolvió la sonrisa sonrojándose levemente.

Él se puso terriblemente serio de golpe.

—He... He recibido noticias de mis investigadores —Tragó saliva mientras rebuscaba una nota en el bolsillo de su capa.

—Creí que ya les había consultado.

—Y así fue, pero esta vez he consultado a mis contactos de Londres.

—Comprendo —murmuró Erinn algo más seria—. ¿Ha encontrado algo?

Kylan desplegó una carta y repasó algunas anotaciones.

—Me temo que no. Evidentemente, existen varias familias que comparten su apellido, pero ninguna de ellas ha denunciado la desaparición de una joven —Ella asintió con la cabeza—. Según dice uno de mis hombres en Londres, es usted como un fantasma.

Lo ojos de Erinn se abrieron de par en par y Kylan se quedó inmóvil en el asiento.

—Discúlpeme, señorita Burton, no quería ofenderla.

Ella soltó una carcajada sin poder evitarlo.

—No, no se preocupe es sólo que...

Él pestañeó un par de veces mientras inconscientemente arrugaba la carta entre sus manos.

—¿Qué?

—Pensaba que es algo irónico, usted maldito y yo... un fantasma.

—La pareja perfecta —soltó él sin pensar.

Las mejillas de Erinn se sonrojaron de golpe justo en el momento en el que el cochero detuvo el carruaje.

Kylan carraspeó mirando al suelo, intentando recobrar el autocontrol. Erinn tenía la capacidad de hacer que lo perdiera y se relajara demasiado.

Ella le miró un segundo, estaba como petrificado.

El cochero abrió la puerta y le tendió la mano a Erinn. Sin pensarlo, ella bajó algo confundida. Hasta el momento, Kylan no había tenido problemas para ayudarla a descender de los carruajes. ¿A caso había dicho algo inapropiado?

La puerta de la residencia de los MacAdam se abrió y el mayordomo miró a Erinn tras hacerle una leve reverencia.

—Gracias por acompañarme... Conde.

Él siguió mirando al frente.

—Buenas tardes, señorita Burton.

El cochero cerró la puerta y, sin poder hacer nada para evitarlo, el carruaje se perdió entre las calles de Edimburgo.

La luna ya estaba en lo alto del cielo cuando el hombre vestido con una capa negra y un sombrero que ocultaba a la perfección su identidad, entró en la habitación con olor a incienso.

Al oír la puerta de la habitación, Grizel terminó de liberar su cabellera castaña de debajo de un pañuelo y miró al recién llegado.

—La joven será un problema.

Él se acercó y la besó con lujuria.

—Tiene temperamento, pero no creo que vaya a darnos muchos quebraderos de cabeza, tranquila.

—Sabe cosas.

El semblante del hombre se ensombreció.

—¿Qué cosas?

—Cosas que hicimos —soltó un suspiro—. Cosas que sólo conocemos tú y yo.

De entre las sombras, los ojos del hombre brillaron con malicia, mientras una brillante sonrisa ladeada derretía de pasión a la gitana.

—Entonces, habrá que tomar medidas.



XXII

Erinn se había pasado toda la tarde y parte de la mañana del día posterior repasando mentalmente la conversación en el carruaje con Kylan pero, por más que la revivía, no encontraba qué era lo que había dicho o hecho para que, de pronto, él se hubiera mostrado tan frío. Estaba claro que ella le había ofendido profundamente, pero... ¿cómo?

Agobiada, decidió centrarse en algo que la entretuviera y, sin pensarlo, se sentó en el precioso escritorio de caoba de su habitación dispuesta a hacer una lista de sus visiones. Quizás si mantenía su mente ocupada con otra cosa, la respuesta llegaría a ella.

Abrió el cajón de su escritorio y sacó un pequeño cuaderno, que parecía más un libro de tapas

de cuero azul oscuro con ribetes dorados. Rosslyn se interesaba mucho por los detalles y ella misma se había encargado de que cada escritorio de cada habitación de invitados de la mansión de los MacAdam contara con un diario para que sus huéspedes pudieran anotar lo que quisieran.

Tras mojar la pluma en la tinta y con una caligrafía más que decente, Erinn no sólo apuntó con detalle cada una de sus visiones, sino que hizo una lista muy concreta de las tres esposas del Conde de Glenfinnan y sus espantosas muertes.

Tan sólo fue incapaz de documentar una de las visiones. La del asesinato de Glenfinnan, ya que le resultaba demasiado doloroso rememorallo.

Para cuando hubo llenado más de veinte páginas del diario, su dama de compañía la avisó para la comida.

Tras recolocar algún rizo rebelde que se había escapado de su recogido ligero de mañana y refrescarse un poco, Erinn entró en el luminoso comedor, donde Lord MacAdam y su esposa discutían sobre algo. Al verla, Rosslyn dejó de hablar y sonrió a su invitada.

—¡Oh, querida! Permíteme decirte que ese vestido de flores azules hace que tus ojos brillen como el mismísimo cielo.

Erinn se sentó en la mesa con una sonrisa en los labios. Por suerte, los constantes halagos de su benefactora ya no la sonrojaban.

—Sin duda, el cielo se queda corto para describir los ojos de la señorita Burton.

La mirada de Erinn, acompañada de un sonrojo exagerado, se dirigió hacia la puerta del salón, donde Dexter, apoyado contra el marco de la puerta, la miraba con intensidad.

—¿Desea agua? —comentó el mayordomo inclinando una jarra de plata sobre el vaso de Erinn.

—Por favor —farfulló viendo como Dexter se sentaba frente a ella con una maliciosa sonrisa.

Rosslyn se sentía satisfecha al ver como los dos jóvenes intercambiaban miradas.

—Tu padre y yo estábamos comentando que sería maravilloso que tú y la señorita Burton salierais a disfrutar esta tarde de un paseo a caballo por el parque.

Lord MacAdam levantó un segundo la mirada del plato y puso los ojos en blanco, mientras contenía un suspiro.

—Sería un placer. Holyrood esta precioso ahora que el otoño ha llenado de rojos y amarillos sus árboles —Sonrió a Erinn—. Aunque el azul sigue siendo mi color preferido.

Erinn se atragantó con un pedazo de pan y Dexter no disimuló una brillante sonrisa de libertino.

—Sin duda, ella estará encantada —La miró mientras Erinn intentaba no toser—. ¿Verdad, querida?

Erinn bebió un poco de agua y carraspeó con dificultad.

—Yo...

—¡No se hable más! —Rosslyn estaba de lo más animada—. Después de comer, pediré que os preparen un par de caballos.

Sin poder hacer nada, Erinn miró a su plato y terminó de comer en silencio mientras Rosslyn y Dexter comentaban algo sobre el tiempo.

El caballo pardo de Dexter trotaba alegremente junto a la yegua blanca de Erinn que, con la

vista al frente, se esforzaba por recordar cómo se controlaba un caballo. Por suerte, en su juventud se había hecho amiga de una joven apasionada de la hípica y había montado más de una vez. A pesar de ello, aquel trote y la silla de amazona requerían toda su concentración para no caer al suelo.

—¿Se encuentra bien? —comentó Dexter mirando los puños firmemente cerrados en las riendas del caballo—. Parece algo... indispuesta.

Ella levantó la cabeza orgullosa, mientras su trasero se escurría un poco de la silla de montar.

—Estoy perfectamente.

Dexter disimuló una risa.

—A estas horas de la tarde, esta zona del parque aún no está muy concurrida y es bastante agradable pasear por aquí.

Ella observó los árboles y sus copas salpicadas de rojos, naranjas y brillantes amarillos que, junto con el tono grisáceo del cielo, contrastaban perfectamente.

—Es un sitio agradable.

—Con compañía agradable —Le sonrió de medio lado.

Ella dio un pequeño saltito para volver a centrar sus posaderas en la silla, la maldita tela del vestido de montar la hacía resbalarse.

Él se quedó en silencio un largo rato, mientras la tensión iba en aumento entre ellos. Sin pensarlo y, cerca de un lago lleno de nenúfares y algunos cisnes, Dexter posicionó su caballo frente a la yegua de Erinn y la miró a los ojos.

—Le debo una disculpa —Sonrió de una manera feroz, casi depredadora que poco tenía que ver con una disculpa—. La otra noche no debí llevarla hasta el invernadero. Por mucho que odie decir esto, Glenfinnan tenía razón al afirmar que puse en peligro su buen nombre.

—Glenfinnan —Dexter hizo una mueca al oír el nombre.

—Sí, no me comporté como usted merece y...

La sonrisa de Erinn dejó sin palabras a Dexter.

—No, quiero decir que por ahí viene el Conde.

Dexter hizo girar a su caballo mientras soltaba un profundo quejido que casi parecía un rugido animal.

—Maldito inoportuno —susurró tan bajo que Erinn no pudo oírlo.

Sin dudar un instante y con el mismo ímpetu que su dueño, Caronte trotó hasta ellos. Los ojos de Kylan estaban fijos en Dexter mientras sus rojizas cejas se arrugaban a causa del disgusto de verle.

—Señorita Burton —apenas la miró—. Dexter.

—Glenfinnan —Dexter sonó a la defensiva—. ¿Qué haces en Edimburgo aún? Creí que a estas alturas del año ya estarías recluido en tu siniestro castillo.

—No, mientras tú y tus sucias artimañas estéis aquí.

Caronte pareció igual de nervioso que su jinete y empezó a moverse inquieto rodeando la yegua de Erinn.

—Si tanto te molesta mi presencia y mi manera de hacer las cosas, igual eres tú el que debería irse.

Erinn les miró nerviosa, estaba claro que existía una rivalidad entre ellos, pero si alguien le hubiera preguntado habría dicho que actuaban como niños.

—¿No cree Conde que el parque está precioso con sus colores de otoño? —Erinn intentó calmar el ambiente con una conversación banal.

—Sin duda, es espectacular —Caronte se paró frente a la yegua de Erinn—, el otoño es mi

época favorita del año.

—Sin duda que lo es —Dexter soltó una risa cruel—. El otoño es el inicio de la muerte de la vegetación y todo lo hermoso y eso, sin duda, es lo tuyo.

Al mismo tiempo que Erinn miraba a Dexter con la boca abierta, Kylan le fulminaba con la mirada.

—No tienes valor para volver a repetir semejante insulto.

Justo en el momento en el que Dexter esbozaba una sonrisa malvada y sus labios se separaban deliberadamente lentos para hablar, Caronte emitió un bufido mientras olisqueaba el cuello de la yegua de Erinn. Asustado, el animal se removió inquieto justo en el momento en el que Caronte, completamente cegado, intentaba montarla. En apenas unos segundos y con un grito de horror de Erinn, la yegua se levantó sobre sus patas delanteras y salió corriendo, haciendo caer a Erinn de una manera bastante aparatosa sobre el suelo.

—¡Caronte! —Kylan bramó con determinación y, al instante, el caballo se quedó quieto.

—¡Señorita Burton! —Dexter saltó de su caballo y se arrodilló junto a ella—. ¿Está herida?

Ella se incorporó con una mueca de dolor. No se había hecho daño, pero su trasero se resentiría durante varios días.

—Estoy bien.

Kylan apretó los labios mientras con las piernas presionaba a su caballo para que se mantuviera quieto. Quería bajar a socorrerla, ver si se había herido, pero justo en ese momento debía mantenerse a lomos de Caronte ya que, si no lo controlaba, el salvaje animal correría en busca de la yegua, que parecía haberse adentrado sola por uno de los caminos del parque.

Con cuidado, Dexter ayudó a ponerse en pie a Erinn, mientras los dientes de Kylan rechinaban. No sabía por qué, pero ver a su primo tocando a Erinn le sacaba de sus casillas.

—¿Está segura de que no se ha herido? La caída ha sido espectacular —la voz de Dexter sonó dulce.

—No me he hecho nada grave, pero... —Miró hacia todos los lados—. ¿Dónde está mi caballo?

—Creo que ha huido —murmuró Kylan desde su posición alta y dominante sobre Caronte.

—Una chica lista, sin duda —le desafió Dexter.

—MacAdam —Kylan entrecerró los ojos.

—¿Qué pasa, Glenfinnan? ¿No coincides conmigo que es mejor que las féminas huyan de ti y todo lo que te rodea? Como ese animal del infierno que te empeñas en llamar caballo. ¡Hasta una yegua sabe que ha de huir de ti!

Sin importarle nada más que no fuera su ofensa, Kylan soltó su capa verde del agarre de su cuello y saltó literalmente de Caronte echándose encima de Dexter que, al instante, empezó a defenderse de los puñetazos que le propinaba.

—Yo estaré maldito, pero tú eres un hijo de... —Dexter le dio un derechazo que le dejó mudo.

—¡Áceptalo, Glenfinnan, más te valdría estar muerto!

Ambos rodaron por el suelo acercándose peligrosamente a la orilla del lago donde, alarmados por los rugidos y gritos de la pelea, los cisnes se habían alejado.

—Eso es lo que tú quisieras, ¿verdad? —Kylan se puso en pie secándose un hilo de sangre de la boca—. Verme muerto para heredar mi título y mi fortuna.

—¡Eso me importa una mierda! Soy igual de rico que tú —Se lanzó al cuello de Kylan volviéndolo a tumbar en el suelo.

Impotente, Erinn miraba la escena sin saber qué hacer y, en un intento por separarlos, se

acercó a ellos.

—¡Basta, por favor! —jadeó sin saber cómo detenerles—. ¡Basta!

Justo en ese instante, Dexter que se preparaba para darle un puñetazo a Kylan golpeó con el codo la cara de Erinn que, perdiendo el equilibrio, fue a parar directa al estanque.

Alarmados por el grito femenino, ambos se quedaron petrificados.

En esta ocasión, fue Kylan el que acudió a su rescate.

—¡Erinn! —Le tendió una mano desde la orilla para que ella pudiera salir.

Ella le miró mientras se ponía en pie con dificultad, ya que su vestido de montar de lana estaba completamente empapado.

—Señorita Burton, no sabe cómo lo siento —Desafiante, Dexter también le tendió la mano para que saliera.

—¿Qué narices os pasa?! —Enfadada, dolorida y mojada, Erinn pasó entre los dos y salió sola del lago.

Por una fracción de segundo, Dexter y Kylan intercambiaron una mirada confusa. No estaban habituados a que una mujer fuera tan autosuficiente y menos en una situación como aquella.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?! —bramó Kylan.

—¿Yo? —Dexter soltó una carcajada irónica—. ¡Has sido tú el que ha saltado sobre mí como una bestia!

—Esto es inaudito, tengo que aguantar tus insultos y...

—¡Basta! —la voz de Erinn hizo que algunas aves emprendieran el vuelo.

Ambos la miraron poniéndose erguidos y muy serios.

—Al parecer, mi yegua ha huido así que, por favor, que alguno de los dos me lleve a casa antes de que coja una pulmonía —Ambos se miraron desafiantes y ella les fulminó con la mirada mientras se apartaba un mechón mojado del cuello—. No me importa cuál de los dos, pero vámonos antes de que esto se convierta en el cotilleo de moda.

Sin pensarlo, Dexter alcanzó a su caballo y se subió con un grácil movimiento.

—Vamos —Le tendió la mano.

—No —Kylan sonó calmado pero autoritario—. Ella está bajo mi protección y soy yo quien la llevará.

Con rapidez, Kylan recogió su capa verde del suelo y la puso sobre los hombros de Erinn. Mientras la ataba a su cuello, ella observó su rostro, serio pero con un punto de melancolía.

—Señorita Burton —Dexter sonrió—. No le conviene ir con esa bestia.

Ella se acercó a Caronte que, reconociéndola, bajó un poco la cabeza para que le acariciara entre los ojos.

—No es una bestia, tiene un corazón muy noble —Miró a Dexter—. Simplemente, es un incomprendido.

—Mi joven amiga, no me refería al caballo.

—Sin duda, yo tampoco —comentó con una dulce sonrisa y un pestañeo lento—. ¿Nos vamos, Conde?

Sin poder evitarlo, Kylan esbozó una brillante sonrisa mientras con destreza subía a Erinn a lomos de Caronte.

Dexter les miró, justo en el momento en el que Kylan se acomodaba tras Erinn. Lo odiaba, pero hacían muy buena pareja.

—La veré en la cena, señorita Burton. Tenga cuidado.

—Lo mismo digo —murmuró Kylan sin dejar contestar a Erinn.

Tras un suave movimiento por parte de su jinete, Caronte emprendió la marcha, justo por el

camino opuesto por el que ya había desaparecido Dexter que, resignado, se había propuesto encontrar a la yegua de Erinn.

El trayecto hasta la mansión de los MacAdam se hizo mucho más corto a lomos del veloz Caronte. A pesar de ello, Kylan tuvo tiempo suficiente para analizar detalladamente la situación.

Sin duda, Erinn despertaba en él varias sensaciones, entre ellas un instinto protector que no le permitía que Dexter rondara cerca de ella. Conocía de sobras el historial mujeriego de su primo y, aunque la procedencia de Erinn aún le era desconocida, no estaba dispuesto a dejarla a merced de los caprichos de un joven libertino como él.

Pero aquello suponía pasar más tiempo junto a ella y eso le parecía mucho más peligroso. Al fin y al cabo, y por mucho que le molestara reconocerlo, Dexter tenía razón. Kylan estaba maldito y las últimas predicciones de Grizel así lo habían vuelto a verificar, diciéndole a Erinn que la muerte la acechaba.

Caronte soltó un bufido justo cuando llegaron frente a la mansión. Sin decir nada, Kylan bajó y, cogiendo a Erinn de la cintura, la dejó junto a él en el suelo.

—Esto es suyo —Ella hizo el gesto para quitarse la capa.

—No, por favor —Sonrió levemente—. Ya me la devolverá.

Lo ojos de Erinn repasaron las heridas del rostro de Kylan.

—Será mejor que se cure esas heridas, en especial el golpe en el pómulo, no tiene buena pinta.

—No se preocupe, he recibido palizas mayores.

Ella sonrió encaminándose a la puerta de entrada.

—¿Por qué será que no me sorprende? —se burló animada.

Sin saber cómo reaccionar, se quedó ahí plantado, mientras el mayordomo abría la puerta a Erinn y ella desaparecía sin volver a mirarle.

XXIII

Por suerte para Erinn, su doncella era de lo más discreta y, sin que apenas tuviera que pedirselo, se había encargado de hacer desaparecer su arruinado traje de montar y de prepararle un reconfortante baño de agua caliente. Así que, dos horas más tarde, una radiante Erinn, con un vestido de muselina azul con bordados plateados, jugueteaba con los carlinos de Rosslyn a la espera de que sirvieran la cena.

Allí sola, en el salón de las damas y sin ningún tipo de reparo, se había dejado llevar por los ladridos y lametones de Angus y Romuald hasta que se vio sentada en el suelo con los dos perros sobre su regazo compitiendo por una caricia en sus rechonchas y peludas barrigas.

Tan absorta estaba allí jugando con los perros, que no se enteró cuando la puerta que daba a un despacho contiguo se abrió ligeramente y unos ojos empezaron a espiarla, ni cuando, de otra puerta, la que daba al corredor, apareció la doncella de Erinn.

—Señorita Burton, servirán la cena en unos minutos.

Erinn se puso en pie con el consiguiente quejido de los dos perros.

—Por hoy ya está bien chicos.

—Quizás le interese saber que su señoría el conde de Glenfinnan nos acompañará en la cena de esta noche. Si no es mucho atrevimiento por mi parte, podría usted devolverle su capa.

Sin poder evitarlo, las mejillas de Erinn se sonrojaron levemente, estaba claro que entre el servicio los rumores corrían como la pólvora.

—Gracias por la información —Le sonrió—. Serías tan amable de prepararla en un paquete. Sin duda, esta noche habrá traído otra.

—Por supuesto, señorita Burton.

Una puerta cerrándose tras ella le llamó la atención y miró hacia la otra punta del salón.

—¿Qué ha sido eso?

La doncella movió la cabeza algo nerviosa.

—Quizás el viento, en estas casas tan grandes hay corrientes de aire a todas horas —Sonrió.

Sin darle mucha importancia pero con una sensación algo extraña, Erinn se encaminó hacia el comedor.

Lord MacAdam había decidido centrar todos sus sentidos en la disección del pedazo de salmón que acababan de servirle para evitar oír más a Rosslyn que, angustiada, hacía más de una hora que interrogaba a Dexter y a Kylan sobre lo sucedido aquella tarde.

—Es simplemente que no lo comprendo —Suspiró—. No lo comprendo. ¿Qué os ha llevado a pelearos en mitad del parque?

—Era una apuesta, madre —La sonrisa de Dexter pareció iluminar más que las velas de la mesa.

—Ya sabes cómo somos los hombres —Kylan fingió estar de acuerdo con Dexter—. Cualquier excusa es buena para poner a prueba nuestros puños.

Erinn se limitó a imitar a Lord MacAdam, que había empezado a atacar unos guisantes.

—Pero es impropio de alguien de vuestra posición, ¿no podéis ir a un club de boxeo como cuando estabais en Oxford? —Se abanicó con la mano—. Y eso no es lo peor, por el amor de Dios, ¿es que alguno de vosotros ha pensando tan solo un instante en cómo tenéis la cara?

Ambos bajaron la mirada conteniendo sus sentimientos. Por un momento, a Erinn le hizo gracia la escena. Bajo las represalias de Rosslyn, ambos parecían un par de niños.

Los ojos de Kylan cogieron al vuelo la mirada de Erinn que, paralizada, no pudo dejar de mirarlos. Lejos de estar desfigurado, las tonalidades rojizas y moradas de los puñetazos de Dexter, le hacían resaltar los brillantes ojos grises.

—Es una suerte que ya haya terminado la temporada y podamos retirarnos a Dundee, allí en la costa estaremos mucho más tranquilos. No quiero ni pensar en lo mucho que habría alimentado este suceso los cotilleos de la sociedad en pleno mayo.

—¿Dundee? —Erinn parecía sorprendida.

—¡Oh! Mi querida, ¿no te lo he comentado? —Soltó una risilla nerviosa—. Ahora que el invierno se acerca, la familia tiene la costumbre de ir a nuestra casa de Dundee, donde pasamos unos meses encantadores.

La boca de Erinn se abrió ligeramente mostrando su sorpresa.

—Tía Rosslyn, ya que sacas el tema...

—Dime querido —Sonrió con cariño a su sobrino.

—He cerrado algunos tratos en Edimburgo que me han proporcionado algo de tiempo libre, así que me preguntaba si este año sería bien venido en McLovin House.

Los ojos de Rosslyn brillaron con alegría y, sin poder evitarlo, dio una palmada de pleno júbilo.

—Por supuestísimo que serás bienvenido, hace años que no pisas la casa de tu infancia y estoy segura de que te llenará de buenos recuerdos el espíritu —Aplaudió animada.

Dexter sonrió con picardía.

—Qué maravillosa coincidencia... —La espalda de Kylan se tensó—. Yo también ando bastante al día de mis negocios y me proponía ir con la familia.

De una manera casi imperceptible, los primos se fulminaron con una leve mirada.

—¿Podéis creerlo? Este año la casa estará llena de vida. ¿No es maravilloso, querido Sigmund?

Lord MacAdam sonrió sin ganas tras beber un trago de vino.

—Extraordinario.

El resto de la velada transcurrió de una manera civilizada y animada, evidentemente porque el humor de Rosslyn era tan bueno que nadie quiso decir nada fuera de lugar.

Para cuando se acercó la hora de retirarse, Dexter y su padre habían desaparecido en el salón de los hombres para disfrutar de una copa de whisky, momento en el que Kylan aprovechó para disculparse y hacer saber sus intenciones de marcharse.

Rosslyn, que se había tumbado en un diván de seda verde y acariciaba a Angus, que se había arrellanado frente a su vientre, le hizo un gesto cariñoso con la mano.

—Mi querido sobrino, gracias por tu presencia esta noche.

Kylan se acercó a ella y la besó en la mejilla de una manera tan dulce e inocente que Erinn, sentada en una butaca frente a la chimenea, no pudo hacer nada más que sonreír. Era extraño verle mostrar cariño con alguien, pero estaba claro que Rosslyn era su punto débil.

—Señorita Burton —La miró con el rostro de nuevo impertérrito— Buenas noches.

—Buenas noches —Sonrió con dulzura.

Durante un segundo, Kylan se quedó allí de pie, mirando a Erinn que, junto a las llamas, sus

ojos, su piel y su cabello, brillaban con una preciosa tonalidad anaranjada.

Al instante, y volviendo en sí, hizo una breve reverencia con la cabeza y salió sin decir nada más. Erinn le siguió con la mirada hasta la puerta y sintió una cálida sensación, mucho más intensa que la del calor de la chimenea.

Apenas un instante después, Alice, la doncella de Erinn, asomó un ojo por la rendija de la puerta y, en completo silencio, le mostró un paquete marrón atado con cuerda.

—Si me disculpa, Lady MacAdam —Rosslyn emitió un breve sonido de aprobación mientras sus ojos se cerraban lentamente.

Erinn salió al pasillo con una brillante sonrisa en los labios.

—Gracias por el recordatorio, Alice —Miró el paquete que sostenía la joven con la capa de Kylan en su interior.

—Si lo prefiere, puedo entregársela yo.

—No es molestia.

Le arrebató el paquete de las manos y, con un paso que era casi un trote, Erinn se adentró por el pasillo que llevaba a la puerta de salida, justo a tiempo para ver cómo el mayordomo abría la puerta a Kylan, perfectamente vestido con una capa negra y un sombrero a juego.

—¡Conde! —gritó más de lo esperado, cosa que hizo que el mayordomo la mirara con desaprobación—. Señoría.

Kylan la miró con el ceño fruncido, no le gustaba cuando ella se ponía tan formal.

—Puede llamarme sólo Conde, o si lo prefiere Glenfinnan.

—Por supuesto —Tomó aire mientras miraba el paquete que sostenía entre las manos—. Esto le pertenece.

El mayordomo les dedicó una mirada de sospecha mientras aún mantenía la puerta abierta.

—Parece ser que demoraré unos segundos mi partida —Miró al mayordomo, que al instante se sintió intimidado—. Puede retirarse, cuando tenga la intención de partir se lo haré saber.

—Como guste su señoría.

Con cara de pocos amigos, Erinn vio cómo el hombre cerraba la puerta y desaparecía por el pasillo del servicio.

—Tome, es su capa —Ella le depositó el paquete en los brazos sin que él pusiera resistencia—. He hecho que mi doncella la lavara y espero que no haya sufrido ningún daño a causa del agua del lago.

Los ojos de Kylan se cerraron ligeramente mientras chasqueaba la lengua.

—Seguro que está perfecta, a diferencia de su cara.

—¿Mi cara? —Erinn se tocó la mejilla izquierda sin saber lo que buscaba—. ¿Qué le pasa a mi cara?

La mano de Kylan pareció tomar conciencia propia y, sin pensarlo, sus dedos rozaron el pómulo derecho de Erinn, que contuvo la respiración ante el inesperado contacto.

—Es un milagro que mi tía no haya reparado en el creciente moratón que le está saliendo a causa del golpe de Dexter.

—Oh... —farfulló ella mientras la mano de él descendía hasta su mandíbula.

Sintiendo un calor y una deshidratación repentinos, la lengua de Erinn se asomó entre sus labios para mojarlos.

Los ojos de Kylan se oscurecieron a causa de la dilatación de sus pupilas y, atraído por una fuerza mucho mayor que él, se inclinó ligeramente hacia ella hasta que apenas les separaban unos centímetros. Entonces, bajando la mano abatido, se alejó tomando una profunda bocanada de aire y, recolocando su sombrero como si así volviera a poseer todo su autocontrol, le hizo una

leve reverencia.

—Debo marcharme.

—Ah... —murmuró Erinn, que durante los últimos minutos había sido incapaz de formular nada más que no fueran monosílabos.

—Descanse usted, señorita Burton.

Ella se limitó a mirarle mientras, con un movimiento ágil e incapaz de esperar al mayordomo, Kylan salía de allí con urgencia.

El sonido del líquido bajando por su garganta y el posterior golpe del vaso de cristal sobre la mesa de madera hicieron resoplar a un hombre vestido con un traje gris oscuro que era demasiado sencillo para considerarse a la moda.

—Tranquilo amigo, si sigues tragándote el whisky de esa manera no podremos sacar nada en claro de esta reunión.

Kylan le miró dejando caer su peso sobre la butaca roja del salón de caballeros donde se encontraban.

—Lo necesito, Oliver, mi viejo amigo.

—¿Problemas con tus propiedades?

—Ojalá —Miró el hilo de whisky que le quedaba en el vaso y se lo bebió.

Oliver esbozó una fina sonrisa que hizo que sus brillantes ojos pardos se iluminaran.

—¿Mujeres? —Se inclinó hacia su amigo—. ¿Un marido celoso te ha puesto así la cara? Glenfinnan, ¿qué has hecho?

—Absolutamente nada —Cerró los ojos—. Quizás sea ése el problema.

El afable rostro de Oliver hizo una mueca mientras con su mano despeinaba su cabello rubio.

—¡Británicos! Siempre tan honorables. Deberías pasar una temporada conmigo en América, mi querido amigo. Allí las mujeres no se escandalizan ni se preocupan tanto por una noche de pasión —Kylan enarcó las cejas—. Sea quien sea esa chica que te tiene al límite de la locura, ponle remedio, mírate como estás.

—No es tan fácil.

Oliver abrió los ojos.

—Comprendo. A la joven en cuestión no le atraes.

La visión de las mejillas sonrojadas de Erinn y cómo había temblado como una hoja bajo su leve caricia aquella noche, apareció en la mente de Kylan.

—No creo que sea ese el problema.

—¿Y cuál es, entonces?

Kylan se movió en su asiento sentándose mucho más erguido.

—Yo no arruino reputaciones.

Oliver puso los ojos en blanco.

—En serio, olvídate de tu familia y ven a pasar el invierno conmigo, volverás completamente nuevo.

Con un movimiento de cabeza que hizo que algunos mechones rojizos cayeran sobre su frente, Kylan aclaró su garganta y decidió echar momentáneamente de sus pensamientos a Erinn.

—Eres tú el que debe volver a América, no yo —Le miró con el rostro serio—. ¿A cuántos hemos liberado hasta la fecha?

Oliver entrecerró los ojos centrándose en los negocios que tenía entre manos con Kylan.

—Llevamos cerca de un centenar, contando en su mayoría con mujeres y niños. Empiezas a ser famoso, te llaman El Conde Negro— Kylan sonrió ante el nuevo apodo—. Pero cada vez está siendo más caro conseguir las cartas de libertad, aquí el esclavismo casi ha desaparecido del todo, pero allí... La mano de obra escasea en las plantaciones de algodón.

—No me importa cuánto cueste. Sigue con el plan.

Oliver le miró serio.

—Esta bien.

XXIV

Tras una semana haciendo todos los preparativos para cerrar la casa de Edimburgo e ir a la de Dundee, la familia MacAdam y Erinn estaban listos para partir. A excepción de la ayuda de cámara de Lord MacAdam y las doncellas personales de Rosslyn y Erinn, todo el personal al completo permanecería allí, cuidando de la mansión y esperando a que la primavera llegara.

A primera hora de aquella mañana, tres carruajes, uno con el servicio y el equipaje, otro con Rosslyn, su esposo y sus dos carlinos, y el último con Dexter y Erinn, tomaron las calles de Edimburgo primero, para salir después por un camino donde poco a poco el paisaje urbano se fue convirtiendo en rural.

Al principio, Erinn se había puesto nerviosa al no ver a Kylan en el interior de su carruaje, pero no tardó en ver a Caronte trotando con elegancia cerca de ellos. Sobre el vigoroso animal, vestido con su capa verde y el rostro impasible, estaba Glenfinnan.

Al seguir la mirada de Erinn, Dexter no tardó mucho en saber lo que ella pensaba.

—Es de agradecer la costumbre que tiene de ir a todas partes a lomos de esa bestia —Erinn le miró algo sonrojada—. Tres son multitud en un coche.

—Eso es lo que siempre dice tu madre, aunque yo creo que hay espacio de sobra.

Dexter estiró las piernas poniéndolas en el asiento que tenía en frente y la miró ladeando la cabeza divertido.

—Nos esperan seis horas de viaje, créeme, un poco de espacio extra se agradece.

Durante unos minutos, ella se limitó a mirar por la ventana. Caronte había desaparecido de su campo de visión, pero le oía trotar tras ellos.

—¿No vamos a parar para estirar las piernas?

Dexter enarcó las cejas divertido.

—A medio camino, nos detendremos a comer en una posada —La miró entrecerrando los ojos con picardía—. ¿Ya te has cansado de mi compañía?

El cuerpo de Erinn se puso rígido un instante. Cuando Dexter hablaba así una alarma de peligro sonaba en su mente.

—Yo... no...

Él soltó una risa melódica, mientras se sentaba correctamente en su asiento, pero un poco inclinado hacia Erinn.

—Te pongo nerviosa.

—Sí —instintivamente, ella se movió dejando un poco de espacio entre ellos.

—No era una pregunta —Sus ojos parecieron aún más oscuros que de costumbre—. Tendré que agradecerle a mi madre las horas que nos quedan por delante para estar a solas.

—No comprendo por qué no podía ir yo con ella y tú con Lord MacAdam.

Dexter miró al cielo mientras esbozaba una de sus famosas sonrisas torcidas.

—La versión oficial es que si algo sucede y cada carruaje toma un camino distinto, un caballero debe estar con una de las damas, por decoro y protección.

Erinn pensó un instante la pregunta que se formuló en sus labios.

—¿Y la versión extraoficial? —terminó por decir con un hilo de voz.

—Si te lo digo, es posible que te escandalices —La retó mirando por la ventana.

—Podré soportarlo.

Deliberadamente lento, Dexter se giró hasta que sus ojos se posaron en ella.

—Mi madre nos ha querido conceder estas horas a solas para que te corteje.

Un calor repentino ascendió por la espalda de Erinn y no se detuvo hasta que su cara al completo se tiñó de rojo y su frente empezó a sudar. Desde luego, ella no era tonta y no había pasado por alto las insinuaciones de Rosslyn hacia su hijo, pero un cortejo era algo muy serio.

—¿Estás bien? —Dexter mostró una preocupación sincera—. Creía que podías soportarlo todo.

Un leve risa irónica se escapó de la garganta de él. Por algún motivo, aquello ofendió a Erinn.

—Estoy perfectamente —Miró sin éxito la ventana del carruaje en busca de algo para abrirla y que entrara algo de aire fresco—. Creo que pierdes el tiempo.

En esta ocasión, fue Dexter el que se quedó rígido en su asiento y algo en sus ojos dejó de brillar.

—Soy muy obstinado y persistente en lo que quiero.

Erinn fijó sus ojos en una sombra que se acercaba a su ventana, hasta que Caronte fue visible.

—Yo también —murmuró sin pensar.

—Comprendo.

Erinn oyó de pronto sus palabras y miró a Dexter sobresaltada.

—No, no me refiero a que yo quiera a Glenfinnan, es que yo soy una persona muy persistente a la hora de conseguir lo que me propongo y...

Dexter miró al frente, parecía triste.

—No te justifiques, eres muy sincera y aunque no lo fueras he visto a varias damas antes tener esa misma reacción. En realidad, todas actúan igual frente a mi primo. El gran Conde de Glenfinnan con su encanto arrollador —Soltó un bufido—. Creí que tras su enorme desgracia aquello pasaría, pero está claro que a muchas de vosotras los casos perdidos os conquistan aún más. Pero Erinn, tenlo claro, es un caso perdido.

Como si conociera el tema de conversación, Caronte relinchó mientras se alejaba un poco del carruaje.

—Dexter yo no...

—Erinn —Se sentó frente a ella mirándola directamente a los ojos—. Aún no me conoces lo suficiente, pero si me dejas demostrarlo verás que soy una opción mucho mejor y mucho más segura para ti. Por supuesto, yo tengo también mi temperamento, pero ni por asomo soy tan irascible y frío como lo es él.

Extendiendo un brazo lentamente, Dexter acarició un mechón ondulado del peinado de Erinn que, sin saber qué hacer, permanecía petrificada en su asiento.

Justo en el momento en el que ella abrió la boca para formular una queja, un golpe en el techo del carruaje les llamó la atención. Erinn miró al exterior para ver cómo Kylan pasaba a toda velocidad hasta el coche que tenían delante.

Dexter contuvo una maldición entre dientes.

Apenas unos minutos después, los tres carruajes se detenían en un lado del camino, justo entre las sombras de un bosque frondoso lleno de colores otoñales.

El lacayo saltó del pescante con agilidad y abrió la puerta.

—Lord MacAdam, al parecer el caballo del Conde tiene algún problema y nos ha pedido que detuviéramos la marcha.

Dexter puso los ojos en blanco.

—Muy oportuna esa indisposición equina, sin duda —siseó entre dientes.

Se puso en pie y, de un grácil salto, bajó del carruaje.

—¿Estiramos las piernas? —Le tendió la mano a Erinn.

—Por supuesto —Con un salto igual de ágil que el de Dexter, ella bajó del coche sin su ayuda.

Lejos de ofenderle, aquello pareció divertirlo y la miró con deseo. Cuanto más difícil de atrapar fuera la presa, más divertida sería la cacería.

A pocos metros de allí, Kylan se había bajado de Caronte y, junto a uno de los cocheros, le daba instrucciones para revisar las herraduras del caballo.

Angus y Romuald correataron alrededor de Rosslyn, que acababa de bajar de su carruaje y hablaba con su marido.

—Aún nos quedan varias horas a solas —murmuró Dexter—. Seguiremos nuestra conversación luego.

Algo nerviosa, Erinn no quiso mirarle a los ojos y, tras un sonido de aprobación, se acercó a Rosslyn, que se lamentaba del barro en el suelo y parecía disgustada.

—Menudo incordio, querida —Rosslyn se subió al escalón del carruaje mientras Lord MacAdam ponía los ojos en blanco e iba a comentar algo con su cochero—. Este barro es un fastidio.

—Quizás sea mejor que vuelva dentro, no creo que tardemos mucho en partir.

Rosslyn entrecerró los ojos con una amplia sonrisa.

—Gran consejo, mi querida Erinn —Con un poco de dificultad, se acomodó de nuevo en el carruaje.

—Estamos a media hora de la posada —comentó Sigmund entrando en el carruaje con su esposa.

Erinn asintió con la cabeza, mientras con pasos cautos se acercaba al cochero que intentaba examinar sin éxito una de las herraduras traseras de Caronte, que se movía frenético.

Al verla acercarse, el caballo fijó sus ojos pardos en Erinn, quedándose quieto.

—No se acerque más —la voz de Kylan sonó fría—. En estas situaciones, suele ser impredecible.

—Como su dueño —bromeó ella sin mirarle.

A los lejos, Dexter observaba la escena. Algo en él quería ir allí y alejar a Erinn del peligro, una coz de Caronte podría herirla de gravedad, pero se obligó a mirar en silencio.

El cochero sostuvo la pata del caballo y revisó el estado de la herradura tras limpiarla de barro, mientras el animal emitía un leve sonido de disgusto.

—Señorita Burton, no está segura aquí, no bromeo —Kylan le clavó sus brillantes ojos grises.

Ignorándole adrede y sin poder apartar su mirada de la del caballo, Erinn se acercó a él con pasos calmados.

Caronte resopló.

—Lo sé, lo sé —susurró mientras con cariño le palmeaba el cuello—. A nadie le gusta que le miren los pies...

—Casos —murmuró Kylan.

Erinn le fulminó con la mirada.

—Pero no pasa nada, Caronte —El animal bajó la cabeza para que ella pudiera acariciarle entre las orejas—. Será sólo un momento.

El cochero chasqueó la lengua.

—Parece que esta herradura está un poco desgastada, pero no es nada grave.

Cuando liberó la pata del caballo, éste protestó y Kylan se puso tenso. Sus piernas estaban

rígidas y sus sentidos alerta para salir corriendo y coger a Erinn en caso de que Caronte quisiera atacarla.

—¿Lo ves, bonito? —El caballo agitó la cabeza moviendo su cuidada crin—. No ha sido nada.

El cochero se limpió las manos de barro con un trapo mientras se acercaba a Kylan.

—Sin duda, habrá notado esa sensación extraña a causa de una roca del camino, Señoría. Todo parece estar en perfectas condiciones. No hay de que preocuparse, podemos seguir la marcha como hasta ahora.

—Interesante —murmuró Dexter caminando hacia ellos con los brazos cruzados sobre el pecho—. Ya no tienes excusas para detener la marcha Glenfinnan.

Kylan le asesinó con la mirada.

—Detendré la marcha siempre que lo crea oportuno. Si veo o percibo algo que no me gusta o pone en peligro a alguien, lo haré.

Ambos se miraron con ira.

—No siempre podrás estar ahí.

Con una brillante sonrisa en su rostro, Kylan miró al cochero, que volvía de informar a Lord MacAdam de que en breve volverían a ponerse en camino.

—Según su opinión de experto, dígame señor Lloyd, ¿no cree que sería mejor que Caronte fuera las tres horas de viaje que nos quedan sin jinete? —El cochero abrió la boca pero Kylan no le dejó hablar—. Sin duda, sería mucho mejor para la salud del animal y para mi propio bienestar, no quisiera tener un accidente a causa de una herradura desgastada.

—Sin duda —farfulló el cochero intimidado por la penetrante mirada de Glenfinnan.

—Maldito seas —musitó Dexter.

—Entonces todo resuelto, viajaré con mi primo y la señorita Burton en su coche.

En un acto de descarado desafío, Kylan palmeó el hombro de Dexter justo antes de meterse en el carruaje.

Ante aquella visión, Erinn intentó disimular una sonrisa dándoles la espalda y despidiéndose de Caronte.

Tanto la media hora que les separaba de su primer destino, como la comida en la bonita posada de piedra del camino, se caracterizaron por las pocas palabras, más bien monosílabos, que Kylan y Dexter habían intercambiado. A pesar de ello y como de costumbre, Rosslyn fue la única que habló animada y Erinn le siguió la conversación por educación.

Apenas una hora después, Dexter, Erinn y Kylan volvían a estar en el carruaje. Dexter se había sentado junto a Erinn, manteniendo una distancia prudencial, mientras que justo entre ellos, pero en el asiento de enfrente, Kylan mostraba una mirada fría y un rostro impertérrito.

Aburrida de los desafíos de los dos hombres, ella se limitó a mirar por la ventana hasta que, sin darse cuenta, se quedó dormida.

Kylan se la quedó mirando estudiando la forma de su rostro y cómo su cabello, recogido en una cascada de rizos, caía por su nuca y su espalda. Por un instante, una oleada de odio le invadió. Horas antes, poco le había faltado para entrar en marcha en el carruaje y estrangular a su primo al ver que le cogía un mechón de cabello.

Dexter le observó entrecerrando los ojos.

—¿No tuviste suficiente con tres esposas?

Kylan recibió el desafío con una fiera mirada.

—¿No tuviste suficiente con enamorarte de mi prometida?

El rostro de Dexter dejó entrever su ira.

—Breena no tiene nada que ver en esto —su voz fue como un siseo metálico.

—Entonces, no hables de mis esposas —Levantó un poco el mentón orgulloso.

Durante unos minutos, ambos se miraron con odio mientras, de vez en cuando, Dexter apretaba los dientes y Kylan daba discretos golpecitos con sus dedos sobre su muslo.

—Seamos claros —Dexter se acomodó en su asiento un poco más relajado—. Ambos mostramos interés, pero sabes que sólo uno puede estar con ella.

—Lamentablemente, soy consciente de ello.

—Entonces, querido primo...—Sonrió sin humor—. ¿Por qué estás constantemente en mi camino?

Kylan apretó los labios y una batalla empezó a disputarse en su interior. Lo sabía, sabía perfectamente que él no podía estar con Erinn, no al menos sin ponerla en peligro, pero su cuerpo y sus sentidos no le decían lo mismo.

—Quizás no me gustes para ella. Un hombre con tendencia al juego y al libertinaje no es una buena opción —sentenció.

Dexter no le dio importancia a las acusaciones.

—¿A caso no soy mejor que un hombre maldito?

Los ojos de Kylan se entrecerraron, pero justo antes de que rebatiera a su primo Erinn hizo un leve ruido arrellanándose en su asiento.

—Déjala ser feliz —susurró Dexter.

—Es lo que me gustaría, pero no contigo.

De nuevo, un pesado e incómodo silencio se interpuso entre ellos, mientras el carruaje atravesaba un puente de piedra, cosa que les recordó a ambos que estaban cerca de McLovin House.

—Que decida ella —soltó Dexter enarcando las cejas.

—¿Qué propones? —Kylan parecía desconfiado.

—Evidentemente, y tú mismo lo has reconocido, ella no puede ser tu cuarta condesa.

Los ojos de Kylan miraron a Erinn, que tenía la boca un poco abierta y dormía ajena a todo.

—Evidentemente, no.

—Entonces, deja que sea la propia Erinn quien decida si quiere o no estar conmigo — Aquella idea hizo que el estómago de Kylan diera un vuelco—. Pero, para ello, necesito que no estés constantemente vigilando sus pasos.

—Ahora no puedo volver a Edimburgo, tía Rosslyn se llevaría un disgusto enorme.

—Por supuesto —murmuró Dexter—. Pero sí puedes encerrarte en un despacho o ir de cacería todo el día, confío en tu aguda inteligencia para encontrar un entretenimiento.

Kylan soltó un lento y sonoro suspiro.

—Existe la posibilidad de que ella te diga que no.

—También existe la posibilidad contraria, en cuyo caso... —Sonrió—. Deberás dejar que pase.

Kylan se pasó ambas manos por su rojizo cabello despeinándolo sin poder evitarlo, era aquello o perder los nervios.

—Odiosa maldición —musitó casi sin abrir los labios—. Maldito destino.

—¿Eso es un sí?

Justo en ese momento y tras trazar una curva muy cerrada que hizo que Erinn se despertada sobresaltada, llegaron a la entrada de la enorme e imponente casa.

Cuando el carruaje se detuvo, Kylan abrió la puerta de golpe sin esperar al cochero.

Necesitaba salir de allí, de aquel espacio viciado y claustrofóbico.

—¿Glenfinnan? —insistió Dexter.

Kylan le miró por encima del hombro mientras apretaba los dientes.

—Sí.

XXV

McLovin House, lejos de ser un museo, ahora estaba igual de hermosa e imponente que antes, con sus escaleras dobles en arco que daban paso a la señorial vivienda y sus enormes ventanales de estilo francés.

La ciudad de Dundee, a diferencia de la casa, sí era muy distinta, ya que ahora las calles no rodeaban la edificación, sino que lo hacía un vasto jardín, que a lo lejos empezaba a ser bosque.

Cuando llegaron la tarde anterior, Erinn se había quedado maravillada de cómo el atardecer se combinaba a la perfección con los colores otoñales de los árboles que rodeaban la casa pero, aunque le habría gustado explorar, dedicó toda la tarde a organizarse con Alice y, después una ligera cena, se fueron a dormir.

Aquella mañana, tras dejar que su doncella la peinara y la ayudara a ponerse un vestido de color amarillo pastel, se había quedado a solas recolocando con cariño sus objetos de escritura.

De reojo, percibió un movimiento en un árbol del jardín y con cautela se acercó a la ventana que, desde el primer piso, ofrecía una vista privilegiada. Sus labios se curvaron en una radiante sonrisa al ver a un ciervo que, entre dos matorrales, parecía curioso por algo. Sintiendo la necesidad de compartir aquel momento tan especial, Erinn se giró, como si aún esperara encontrar allí a su doncella, pero estaba sola. Sin pensarlo, abrió la puerta de su dormitorio justo en el momento en el que Dexter, con un andar despreocupado, se acercaba por el pasillo.

—¡Dexter! —Él se acercó a ella con una sonrisa radiante—. ¡Ven, Dexter!

Dejándose llevar por la emoción, le cogió de la mano llevándole hasta la ventana, donde ahora no había un ciervo sino tres, entre ellos uno muy pequeño.

—Caramba, es una familia al completo.

—¡Son preciosos! —comentó ella emocionada mientras casi pegaba su frente en el cristal.

Los ojos de Dexter descendieron por su brazo para comprobar con agrado que sus manos aún seguían unidas.

Kylan, que había pasado la noche dándole vueltas al trato hecho con su primo, se encaminó justo por el pasillo en el preciso instante en el que Erinn, que había visto cómo el ciervo más joven saltaba un arbusto, reía emocionada.

Al verles allí, animados, cogidos de la mano y en la habitación de Erinn, el corazón de Kylan se congeló. No comprendía cómo durante algunas semanas se había permitido el lujo de bajar la guardia, de olvidar su pasado y de albergar una ínfima brizna de esperanza de ser feliz.

Con el rostro serio, pasó de largo la habitación y descendió silencioso por las escaleras enmoquetadas de azul oscuro.

Quizás, Glenfinnan no tenía suerte, pero lo que sí tenía era honor y ahora debía cumplir su palabra.

Completamente ajena a todo, Erinn soltó un leve suspiro mientras, con unos gráciles saltos, la familia de ciervos se adentraba de nuevo en el bosque. Tan solo un segundo después y con la emoción recorriéndole todo el cuerpo, se giró hacia Dexter y sonrió. Cuando los negros ojos de él y su rostro sereno dieron paso a una sonrisa ladeada con un brillo lujurioso, ella se vio por un instante como si fuera una mera espectadora de la escena que estaban protagonizando. Allí de pie, junto a la ventana de su dormitorio, ella sostenía firmemente la mano de Dexter entrelazada con la suya.

—¡Lo siento! —Le soltó como si su piel le quemara—. Me he dejado llevar por la emoción del momento.

Miró de nuevo por la ventana donde ya no quedaba ni rastro de los ciervos.

—Yo no lo siento —susurró—, pero será mejor que bajemos antes de que alguien nos vea juntos en tu alcoba.

—¡Sí! —sonó desafinada mientras casi corría hasta la puerta.

Dexter contuvo una sonrisa y la siguió de cerca, observando cada uno de sus movimientos, mientras caminaba por el largo pasillo, descendía por las escaleras de mármol blanco y se adentraba, no sin antes recolocar un rizo tras su oreja, en el comedor, donde todos les esperaban.

—Buenos días —canturreó Rosslyn mientras tomaba un sorbo de su taza de té—. ¿Cómo ha dormido nuestra invitada de honor?

Erinn se sentó con la ayuda de un mayordomo y extendió con delicadeza la servilleta sobre su regazo.

—He dormido muy bien, de nuevo muchas gracias por su hospitalidad.

Rosslyn sonrió justo en el momento en el que el Lord MacAdam doblaba la hoja de su periódico para mirar a Erinn.

—Hablando de ello, ¿aún no recuerda usted nada? —Ella se puso rígida en la silla—. ¿Ninguna noticia de su hogar?

—No... yo... —carraspeó incómoda—. No recuerdo nada.

—La señorita Burton es un fantasma —murmuró Kylan desde detrás de otro periódico que ocultaba casi por completo su rostro—. Nadie sabe nada de ella. Así que, sin duda, es una huérfana desmemoriada y sin hogar.

Aquellas tres últimas palabras parecieron hechas de metal afilado, ya que hirieron de lleno a Erinn, quien no pudo hacer nada más que cerrar los puños con fuerza y bajar la cabeza ocultando su dolor.

—¡Glenfinnan! Controla tus modales —Dexter miró dulcemente a Erinn.

—Es cierto, sobrino, no sé qué te ocurre esta mañana, pero estás de lo más irascible.

De una manera casi imperceptible, las manos de Kylan se aferraron al periódico haciendo crujir un poco sus hojas.

—Lo siento, tía Rosslyn, esta noche no he descansado como debía y mi mal humor se debe a eso —Con una inclinación de cabeza se puso en pie, dejando el periódico sobre su plato aún lleno de comida—. Ruego me disculpen.

Sin esperar a que nadie dijera nada, Kylan salió del comedor con grandes zancadas y sólo cuando había avanzado hasta la mitad del pasillo se permitió respirar. Miró con sus ojos fríos por la ventana y comprobó el sol otoñal que bañaba el bosque.

Justo en ese momento, una joven doncella pasaba con varias sábanas limpias cuidadosamente dobladas sobre sus brazos. Sin pensar en nada, Kylan la cogió del brazo de una manera demasiado tosca y frenó su marcha.

—Avisa al mozo de cuadra para que tenga listo mi caballo inmediatamente—. Rugió con furia.

La chica abrió los ojos aterrada y asintió.

—Sí, conde.

Glenfinnan la soltó del brazo y la joven corrió como si la persiguiera un lobo hambriento.

Durante toda la mañana, Rosslyn se había desvivido con sus atenciones hacia Erinn intentando animar su maltrecho ánimo. Ambas habían paseado por el vasto jardín, disfrutado de las rosas que tenían en un invernadero y ahora estaban leyendo tranquilamente en un precioso salón de color melocotón con butacas tapizadas en marrón oscuro con cojines a juego. Pero nada de eso, ni tan sólo los dos carlinos, que ahora competían por subir a su regazo, habían conseguido borrar aquellas palabras que se habían tatuado en su alma con una dolorosa cicatriz.

Huérfana desmemoriada y sin hogar.

Quizás le dolía porque era cierto, o quizás por el hecho de que su vida fuera todo una mentira. Aunque no pensaba mucho en ello, poco a poco, su pasado empezaba a ser borroso. Erinn era una farsante. Una viajera en el tiempo, un fantasma o algo paranormal sin ningún tipo de explicación lógica y, por mucho que le doliera, era una mentirosa. Instintivamente, tocó el colgante de la rosa de invierno que siempre llevaba consigo.

Incapaz de concentrarse en su lectura, cerró el pequeño libro de cuero marrón y lo depositó sobre una mesita cercana.

Rosslyn se había quedado dormida en su diván y no se dio cuenta de que su protegida dejaba el salón de lectura en busca de alguna distracción.

Lamentablemente, fue Dexter quién la encontró.

—Erinn, qué casualidad —Se hizo a un lado de la puerta para que ella pudiera salir al pasillo—. Venía a preguntarte si querías explorar conmigo la mansión.

Ella miró un segundo al frente y soltó el aire lentamente. Aunque no era el acompañante que más le apetecía, la opción de explorar la enorme casa le llamó la atención.

—Sí, me gustaría.

Sin mirarle a la cara, permitió que él acomodara su mano sobre su antebrazo y empezaron a caminar por el amplio pasillo donde las ventanas dejaban filtrar la luz de la mañana.

—¿Esta casa siempre ha pertenecido a tu familia?

—En realidad no es nuestra, nos la cedió un familiar.

La curiosidad pudo más que su malestar y miró a Dexter con los ojos entrecerrados.

—¿Un familiar? Creí que tu familia era rica.

—Y lo somos —Soltó una carcajada mientras sostenía una puerta para ella y la hacía entrar en el cuarto de música—. Lo que sucede es que mi madre esta enamorada de esta mansión y *ese familiar*, decidió cederle la propiedad ya que él cuenta con muchas por su rango.

Erinn sintió sus pasos amortiguados sobre una alfombra persa que se extendía hasta las patas de un enorme y robusto piano de madera oscura.

—Qué detalle, sin duda debe adorar a Rosslyn para tener semejante gesto con ella.

—La adora, sí —sonó algo serio.

Bastante más animada y juguetona respecto al misterio que tenían entre manos, dejó de prestar atención al piano para dirigirse a un violín, que sobre una peana de bronce parecía llamarla.

—¿Vas a decirme quién es el benefactor que os cede esta preciosa mansión?

Dexter se acercó a ella y con manos firmes le tendió el violín.

—Ni hoy, ni mañana y puede que hasta que no mejore sus modales, no queremos saber nada de él.

—¿Es Glenfinnan? —susurró volviendo a ensombrecer su ánimo.

—¿Tocas el violín? —cambió de tema deliberadamente.

Ella miró de manera automática el instrumento que sostenía entre sus manos y se lo tendió a Dexter.

—No es una de mis habilidades.

Él le arrebató el violín de una manera delicada y posicionándolo bajo su barbilla cogió con gracia el arco y empezó a tocar. Al principio, sólo algunas notas sueltas, pero en cuanto comprobó que estaba afinado, una exquisita melodía emergió del pequeño instrumento.

Sólo bastaron unos minutos para que en el rostro de Erinn se dibujara una brillante sonrisa. La postura perfecta y sus manos gráciles dejaban bien claro la educación musical de Dexter.

Cuando él dio por finalizada la pieza, devolvió el violín a su lugar y Erinn empezó a aplaudir.

—Vaya, me has impresionado.

Él no ocultó una sonrisa triunfal.

—Ahora es tu turno.

—¿Mi turno?

Dexter la guió de nuevo al pasillo y se adentraron por una puerta doble de roble tallado.

—¿Cuáles son tus habilidades?

—Bueno yo... —Se adentró en la oscura y amplia biblioteca de dos pisos, donde en el centro había una hoguera crepitante.

Dexter estaba de lo más animado y encantador y, saltando sobre una escalerilla de madera, cogió un ligero volumen de piel verde y se lo ofreció con un gesto bastante dramático.

—¿Recitas poesía?

Ella rechazó el libro con un gesto de las manos, mientras él bajaba saltando de nuevo. Parecía más un niño travieso que un hombre adulto.

—¿Escribes, entonces?

—No —Sonrió, a la vez que hacía una mueca y cruzaba los brazos sobre su pecho

—¿No serás una de esas jovencitas que sólo sabe bordar?

Ella negó con la cabeza mientras le seguía fuera de la biblioteca. Mientras subían a la planta superior por las escaleras, Dexter la observaba con una sonrisa.

—¿Te gusta el arte?

Erinn apartó sus ojos de un cuadro donde se habían representado con destreza los paisajes escoceses y no pudo evitar sonreír.

—Me fascina.

—Cómo no lo he sabido antes... pintas.

—Algo así, siempre me he sentido atraída por el arte y las antigüedades —murmuró mientras volvía a mirar el cuadro.

Dexter le tendió el brazo.

—Ven conmigo, hay un lugar de esta casa que te encantará.

Sin decir ni una sola palabra, ambos subieron otro piso más por unas discretas escaleras de madera situadas en uno de los laterales de un poco concurrido pasillo.

—¿Dónde vamos? —Ella sonó nerviosa mientras la madera de los escalones crujía bajo sus pies.

—Al ático.

Con pasos cautos, se adentraron por un pasillo oscuro y estrecho que daba a una puerta de color negro. El polvo que se acumulaba en los pocos cuadros que decoraban las paredes indicaba que aquella zona de la casa no solía recibir visitas.

—¿Tienes miedo? —la desafió Dexter entrando por la puerta que no dejó ver nada más que oscuridad.

—Creo que...

—Cobarde.

Él desapareció en el interior del ático durante algunos segundos.

—Dexter, deberíamos volver abajo.

Tras varios sonidos de pesados ropajes y alguna tos por parte de Dexter a causa del polvo, la luz inundó el amplio lugar, cuyas vigas de madera inclinadas no dejaban duda de que estaban en la parte más alta de la casa. Por todos lados había objetos cubiertos con sábanas blancas, que sin duda llevaban años allí almacenados.

—Adelante —Le hizo un gesto con la mano.

Con pasos cautos, Erinn entró movida por la curiosidad.

—¿Son...?

Dexter tiró de una de las sábanas dejando al descubierto un enorme cuadro con una escena familiar donde un hombre y una mujer posaban bajo un arco de madera lleno rosas.

—Antigüedades de todos los duques y duquesas que han vivido aquí.

Erinn se inclinó para ver los detalles de la pintura y sonrió animada.

—¿Qué más escondes aquí? —Le miró olvidando sus miedos.

Dexter tiró de otra sábana y descubrió un espejo de aspecto barroco con molduras doradas.

—Cada vez que un nuevo dueño se ha apoderado de la decoración de esta mansión, se han relegado cientos de objetos a este inmenso ático.

—¿Puedo? —titubeó mientras acariciaba una sábana.

—Claro, explora a tu antojo.

Despreocupado, Dexter destapó una butaca de madera y terciopelo y se sentó en ella cruzando sus piernas, mientras veía a Erinn descubrir jarrones chinos y armarios con cientos de cajoncitos con la pasión propia de un buscador de tesoros.

Tras media hora de ver cómo ella paseaba sus dedos sobre las superficies de madera, observaba con cariño las pinceladas de los cuadros y sonreía al encontrar un baúl lleno de viejos juguetes de madera, Dexter se puso en pie justo en el momento en el que ella se fijaba una mesita que le era de lo más familiar.

—¿Te gustaría vivir aquí?

—Me encantaría —Miró la perfecta superficie de la mesa sin saber qué buscaba exactamente.

Dexter jugueteó con un pesado tintero de plata que representaba a un fiero dragón de uñas afiladas y se acercó a ella.

—Erinn, hay algo que debo discutir contigo.

Sin saber por qué, el vello de Erinn se erizó como señal de alerta, girándose para mirarle.

—¿Aquí?

De vuelta al mundo real y consciente de todo, Erinn miró el ático, que había tomado un aire bastante peligroso. Allí no subía nadie, estaban muy alejados del servicio y sin duda, si gritaba, nadie la oiría.

Dexter dejó el pesado tintero sobre la mesita que había descubierto Erinn acotando la distancia, mientras ella, inmóvil, aún estaba apoyada sobre su superficie.

—No debes temerme —Sonrió dejando algo de espacio entre ellos.

—Deberíamos volver.

—En un instante, sólo quiero explicarte algo.

Dexter, que durante un segundo pareció nervioso, se apoyó junto a un cuadro, cuya sábana se deslizó parcialmente con el movimiento.

—¿Qué quieres decirme?

—Verás, a resultas de la conversación de esta mañana en el desayuno, he estado pensando sobre tu situación.

—¿Mi situación?

Dexter se acarició el mentón ocultando una sonrisa con la mano.

—Existe un límite decoroso para el que un caballero y su familia acojan a una desconocida como protegida.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Desde cuando te importa a ti el decoro?

En esta ocasión, la diabólica sonrisa de Dexter brilló como la luz que se filtraba por las ventanas.

—Me importa mi madre y lo que opinen de ella.

Ella asintió mientras dejaba caer su peso aún más sobre la mesilla, que crujió ligeramente.

—¿Intentas decirme que debo marcharme? —Tragó saliva nerviosa.

Dexter se acercó a ella mirándola de frente.

—Intento decirte que deberemos inventar una causa que justifique por qué vives con nuestra familia indefinidamente.

Erinn entrecerró los ojos mientras juntaba sus cejas.

—¿Una causa?

—Un pretexto —Se acercó mucho más—. Una justificación para tu constante presencia en nuestras propiedades, fiestas, eventos... Algo que te dote de cierta posición y tranquilidad social.

Al sentir la proximidad de Dexter, Erinn dejó de respirar.

—¿Cuál sería? —Miró hacia todos los lados buscando una vía de escape, pero estaba rodeada de pesados muebles.

—Mi inocente Erinn —Acercó su rostro al de ella—. Hablo de un compromiso.

—¿Compromiso? —jadeó.

—¿Tengo que explicarte lo que me atraes?

Ella posó una de sus manos sobre el pecho de Dexter, impidiendo que se acercara aún más.

—Seguro que existe otra alternativa —su voz tembló nerviosa.

—La hay, pero como tú bien has dicho es marcharte y terminar vagabundeando por las calles de Edimburgo en la más absoluta pobreza —Sonrió de nuevo—. Y ninguno de nosotros quiere que pase eso, ¿verdad?

Sin que ella pudiera reaccionar, Dexter invadió su espacio vital y la besó pillándola completamente desprevenida y, en un intento de alejarse de él, se sentó en la mesilla haciendo caer el pesado dragón de plata, que arañó la superficie. Fue tal el estruendo del tintero tras rodar por la madera y caer al suelo, que alarmó a Dexter haciendo que se apartara de ella. Cuando vio el dragón sobre el suelo negó lentamente con la cabeza para después mirar a Erinn, que se había quedado petrificada.

Él le dedicó una sonrisa seductora antes de darle la espalda y caminar lentamente hacia la puerta.

—Voy a salir a galopar un rato, siéntete libre de explorar el resto de la casa por tu cuenta y...

—Le guiñó un ojo—. Piensa en mi propuesta.

Ella apretó los puños y abrió la boca pero, antes de que pudiera replicarle o insultarle, él desapareció dejándola sola.

El pulso de Erinn tardó varios minutos en volver a la normalidad y, cuando por fin se puso de pie, se pasó el dorso de la mano por la boca como si así pudiera borrar lo sucedido.

¿Qué había pretendido decir Dexter? Las palabras de él revoloteaban en su mente como polillas en la luz y sólo llegaba a una conclusión. Si no se casaba con Dexter, la echaría de la mansión.

—Me parecía peligroso —farfulló encarando la mesita y apoyando las manos en ella para mantener el equilibrio—. Pero nunca le habría creído capaz de algo tan ruin.

Agobiada, miró hacia abajo, observando la superficie de madera. De pronto, su corazón dio un vuelco. Allí justo donde lo recordaba, la mesa tenía un araño, una marca que ya había visto antes.

Nerviosa y agobiada por lo sucedido y tras descubrir que fue ella la que araño la mesa, que en su día había tocado y deseado restaurar en la mansión museo, empezó a caminar de espaldas hasta chocar con un cuadro medio cubierto con una sábana. A causa de su contacto, la tela cayó al suelo con un ligero zumbido y Erinn se giró asustada.

El cuadro de una mujer con un niño de cabello rubio fresa sobre su regazo, la hizo sentirse mareada. Ya lo había visto antes.

—El pequeño conde —Sonrió.

Si Dexter pretendía echarla de su casa podía hacerlo, al fin y al cabo, ella estaba bajo la tutela de Glenfinnan y dudaba que a él le importara tanto el decoro como para dejarla en la calle, podía ser un hombre malhumorado y muy bruto en ocasiones, pero le había demostrado tener honor.

XXVI

Tras asumir que aquella mañana Erinn tampoco bajaría al salón para desayunar, Dexter se acercó a la puerta de su habitación para comprobar qué era lo que le sucedía. Según la versión oficial de su doncella, la joven estaba indispuesta por el frío de la región pero, tras hablar con su doncella, había averiguado que, a parte de un poco de tristeza, Erinn estaba perfectamente.

Agobiado, repasó mentalmente lo sucedido en el ático y meneó la cabeza. Ninguna mujer se había resistido nunca a sus besos y, por si así hubiera sido, le había dado una buena razón de peso para que le considerara como su pretendiente.

Dexter sonrió pagado de sí mismo, seguro que simplemente se sentía abrumada. Él le había hecho una buena oferta.

—Menos de tres días y ya has conseguido que no quiera salir de su habitación —canturreó irónico Kylan mientras desaparecía por el pasillo que llevaba a las habitaciones.

—Está indispuesta.

—O simplemente tiene buen gusto —Soltó una carcajada.

Dexter se acercó a él con los puños cerrados.

—Prometiste no entrometerte.

—Y no lo estoy haciendo —Le desafió con sus ojos fríos como el acero—. Apenas he intercambiado más de dos palabras con ella desde que estamos aquí.

Ambos se miraron guardando silencio unos instantes que parecieron eternos.

—Es esta casa.

—¿Qué le pasa?

Dexter soltó un bufido mientras miraba al cielo.

—Cuadros tuyos de niño, estatuas de escenas familiares, el invernadero de tu abuela, recuerdos y esencia del Conde por doquier.

Sin poder evitarlo, Kylan soltó una fuerte carcajada mientras se dejaba caer en la pared apoyándose relajado sobre su hombro.

—No echas la culpa a la casa si ella no muestra interés por ti, es una excusa muy mala.

Los ojos de Dexter le fulminaron mientras apretaba los dientes pero, antes de que se dejara llevar por su enfado, Kylan se giró camino a su habitación dejando a su primo solo con su ira, mientras esbozaba una sonrisa.

El pecho de Grizel se elevaba lentamente con su respiración pero, a pesar del ligero movimiento, constituía una almohada perfecta para la cabeza de él.

Los dedos de ella se enredaron cariñosos por el cabello de su amante y contempló su cuerpo desnudo y sudoroso que se entrelazaba con el de ella entre las sábanas de seda negra.

—Estás distante, mi pequeño lord —Le acarició la espalda.

Los ojos de él se abrieron y sonrió ladeando la boca. Le gustaba cuando ella le llamaba así.

—¿No te gusta que haya establecido mi residencia de invierno cerca de la tuya?

—En absoluto —Con una de sus fuertes manos estrujó uno de los glúteos de ella—. Me alivia saber que te tengo cerca.

Ella soltó una carcajada que parecía casi un gemido.

—Pero algo te preocupa, lo percibo.

Dexter se incorporó sentándose de tal manera que quedaba cara a cara con ella. Lejos de sentirse cohibida o pudorosa, la gitana llenó de aire sus pulmones exhibiendo aún más sus dotes femeninas. Él se mordió el labio. Sin duda, escogerla como una de sus amantes habituales había sido todo un acierto.

—Siempre tan intuitiva, mi pequeña gitana.

Ella entrecerró sus ojos verdes de gata.

—Es esa chica huérfana la que te tiene preocupado —Él esbozó una sonrisa tímida—. Cariño, no sueño con ser tu esposa, ni tu dueña, soy mayorcita para saber que puede haber otra u otras mujeres en tu vida, como tú sabes que hay otros hombres en la mía.

Coqueta, se levantó de la cama y, poniéndose un batín de raso con estampado oriental que no se preocupó en cerrar, cogió sus cartas del tarot antes de volver a la cama.

—Barájalas —le ordenó mientras se sentaba sobre él a horcajadas.

Dexter soltó una carcajada ante lo dominante de la gitana y barajó las cartas.

—Listo —La besó con furia antes de darle el mazo.

—Necesitaré una mesa —Con una sola mano, le obligó a tumbarse acariciando sus abdominales—. Algo plano y firme me valdrá.

Él soltó un bufido.

—Hazlo rápido o no podrás terminar tu predicción.

—Shhh —susurró ella mientras distribuía las cartas sobre la piel de Dexter—. Veo a una joven indecisa, solitaria y temerosa del amor.

—¿Temerosa?

—Agasájala.

—¿Qué?

Con movimientos lentos, Grizel fue guardando cada una de las cartas hasta que la piel de él volvió a ser visible.

—Rosas, libros, joyas... conquístala con regalos, no con palabras. Es una huérfana, no está acostumbrada al lujo y a los regalos caros.

—Material de pintura —susurró él.

Ella pareció quedarse un segundo inmóvil antes de arañar ligeramente los surcos de los abdominales de él.

—Dale lo que desea y te deseará a ti, muéstrale que tú representas seguridad, mímla, consiéntela y será tuya, no es más que una inocente niña que no sabe nada del amor, la vida, el sexo... —Se tumbó sobre él besándole el cuello.

—Nada que ver con una mujer de mundo —Hizo rodar a Grizel en la cama hasta quedar sobre ella.

—Exacto —jadeó antes de besarle con pasión.



XXVII

La región había cambiado notablemente desde que el joven Kylan había vivido en aquella zona. Por suerte y en parte gracias a él, no quedaba ni un solo esclavo que trabajara las tierras y sufriera abusos.

Una fina lluvia había empezado a caer para cuando llegó a una modesta granja rodeada de frondosos cultivos.

Sin pensarlo mucho, se bajó de Caronte y lo amarró a uno de los travesaños que constituían la pocilga de los cerdos, justo en el momento en el que una mujer curiosa espiaba por la ventana de la casa.

Glenfinnan se sacudió la lluvia que se acumulaba en su cabello y su sombrero, y se acercó a

la puerta para tocar la aldaba de metal un poco oxidada.

Antes de que la puerta se abriera, la voz de un hombre, que salía del huerto cercano le hizo darse la vuelta.

—¿Qué quiere? —sentenció el hombre de piel chocolate y ojos negros.

—Una taza de té no estaría nada mal —bromeó sonriente mientras se quitaba el sombrero.

—Que el demonio me lleve... ¡Kylan!

Soltando la cesta con verduras, dio varias zancadas rápidas hasta abrazar a Glenfinnan que, animado, le devolvió el gesto cariñoso.

—¿Cómo va todo, Kofi?

Su amigo levantó los brazos animado.

—De maravilla, la cosecha de este año ha sido estupenda y no nos falta de nada.

—Eso son noticias maravillosas.

Kofi volvió para recoger la cesta de hortalizas.

—Fíjate qué zanahorias más grandes —Kylan miró orgulloso la cesta de su amigo—. No te vas a creer el tamaño de mis nabos.

—¿Ya estás alardeando?

Su amigo tardó un instante en pillar la indirecta, una que desde hacía años no oía y que automáticamente revivió su pasado adolescente junto a Kylan.

—No me lo hagas decir hermano, en cuanto a esa clase de hortaliza sabes quién gana.

La risa de Kylan sonó fuerte y limpia, tan relajada como hacía tiempo que no salía de su boca.

De pronto, la puerta de la entrada se abrió dando paso a una mujer de proporciones menudas y figura redondeada que, con sus ojos llenos de arrugas, repasó de arriba abajo a Glenfinnan, que le hizo una reverencia.

—¡Mamá Leiza, estás igual de preciosa que siempre!

—Lanlan, pequeño granuja, ¿qué se te ha perdido por nuestras tierras?

La regordeta mujer dio un salto para colgarse del cuello de Kylan, que la abrazó elevándola un poco del suelo y besando su mejilla.

—Pasad dentro, tengo un pastel de riñones en el horno que debe de estar ya en su punto.

—Mmmm ya puedo olerlo —comentó Glenfinnan quitándose la capa y colgándola en un perchero metálico junto a la puerta.

—Siéntate, niño. Hace demasiados años que no te veo y tienes mucho que contarme. ¿Aún vives en ese castillo del acantilado? ¿Cuándo vas a volver a tener una mujer en tu vida? Tienes ojos tristes, Lanlan —Sacó el pastel del horno—. Aún eres un joven muy guapo y no sabes lo encantada que estaría de verte feliz y rodeado de niños.

Kylan sonrió resignado mientras Kofi soltaba una risilla discreta y le daba un mordisco a una de las zanahorias que había traído.

—Ahora, hablar de mi nabo es mucho más atractivo que todas esas preguntas de mamá, ¿verdad? —le susurró.

Glenfinnan le miró acallando una risa de niño travieso mientras Leiza servía los platos en la mesa.

—¿Qué susuras, Kofi? —Le dio una colleja.

—¡Mamá!

—Ni mamá, ni leches —bufó, plantándole en frente su comida—. Te criaste junto a este pedazo de hombre, elegante y de buenos modales y ¿qué aprendiste? Sólo a conquistar a mujeres.

Kofi puso los ojos en blanco y Kylan sonrió animado.

Ella se sentó en la mesa y sonrió a su invitado, antes de coger su mano y la de su hijo.

—Señor, bendice estos alimentos. Gracias por traer de nuevo a Lanlan a nuestra vida. Concédete tu gracia, ya que es un hombre bondadoso y de gran corazón que se desvive por ayudar a los nuestros de la pena de la esclavitud desde que era tan solo un niño de seis años...

—Ame... —Kylan calló al percibir que Leiza no había terminado aún.

—Líbrale del mal y haz que encuentre a una mujer digna de su puro corazón y que sepa domar su carácter salvaje —Le guiñó un ojo.

—Ame... —en esta ocasión fue Kofi quién pensó que su madre había terminado.

—Bendice esta casa y a Kofi que, aunque a veces es un poco travieso, no deja de ser la luz de mi vida. Amén.

—Amén —murmuraron Kylan y Kofi al unísono.

—Precioso, mamá Leiza. Muchas gracias por tus bendiciones.

Ella sonrió animada mientras palmeaba la mano del hombre en el que se había convertido aquel niño de seis años que ayudó a criar en *Maclovin House*.

Los tres comieron animados y pasaron la tarde recordando anécdotas de la infancia de Glenfinnan, de las travesuras que habían hecho él y Kofi de adolescentes y de cómo el primer Conde de Glenfinnan había enseñado a su hijo el derecho a la libertad de todo ser humano.

Aquella velada no sólo sirvió para revivir los años de juventud de Kylan, sino que le ayudó a renovar energías, recordar quién era y estrechar lazos con personas muy importantes en su vida.

Los rayos de la luna llena se filtraron por las cortinas desvelando por completo a Erinn que, agobiada, saltó de la cama.

Llevaba tres días encerrada en aquella habitación barajando sus posibilidades. Las palabras y amenazas de Dexter, su proposición y, por supuesto, su pequeña investigación sobre la futura muerte de Glenfinnan.

La idea de casarse con Dexter había quedado descartada casi antes de plantearse. No sabía a ciencia cierta si él era mala persona, pero algo le decía que no le convenía.

En cuanto a Kylan, evidentemente tampoco le convenía un hombre irascible, de corazón de hielo e incesantes cambios de humor, pero algo la empujaba hacia él y estaba claro que era. Ella tenía que salvarle la vida.

¿Qué sentido tendría si no su mágico viaje al pasado?

Se sentó en su escritorio y encendió una vela para iluminar el cuaderno de piel azul donde había recogido todas sus visiones, pero por más que las releía y revivía no encontraba relación entre ellas ni pistas de por qué o quién querría la muerte de Glenfinnan.

De pronto, una idea acudió a su mente. El ático, lleno de reliquias, cuadros e información, quizás le daría alguna pista.

Sin pensarlo mucho, se colocó sobre los hombros un chal de lana de color rosa claro y, cogiendo el candelabro, salió al oscuro pasillo. No tenía ni idea de qué hora era, pero estaba claro que era de madrugada y que todos los habitantes de la casa dormían a pierna suelta.

Con pasos cautos, se encaminó por el largo y oscuro pasillo que le llevaría hasta las escaleras de madera que ascendían hasta el ático. De vez en cuando el suelo crujía bajo sus pies, pero Erinn no le dio importancia y siguió avanzando arropada por la noche.

Kylan, que acababa de llegar un poco achispado a causa de las copas que había compartido con su amigo de la infancia rememorando historias, estaba sentado en la cama forcejeando con una de sus botas que parecía no querer salir. La otra había salido con facilidad, pero la segunda se había convertido en una tarea titánica. Justo cuando consiguió liberar su pie, soltó un suspiro y se dejó caer aún vestido en la cama, relajando todo su cuerpo.

De pronto, un crujido en el pasillo le alertó y levantó la cabeza mirando hacia la puerta.

Conocía perfectamente aquella casa y todos los sonidos de ella, y aquel chasquido de madera sólo podía significar que había alguien merodeando por el pasillo.

Curioso, apagó la lámpara de aceite que había sobre su cómoda y, amparado por la oscuridad, abrió la puerta con cuidado y miró hacia el negro pasillo.

No muy lejos de allí, Erinn, con su cabello suelto y vestida sólo con un camisón blanco de hilo y un chal, se alejaba sigilosa.

Sin pensarlo mucho, salió de su habitación siguiéndola desde una distancia prudencial.

Tras llegar al final del pasillo principal, ella tomó decidida uno de los pasillos secundarios que solía usar el servicio. No se la veía dudosa, ni con miedo. Sabía perfectamente a dónde iba y aquella seguridad no hacía más que despertar la intriga en Glenfinnan.

La luz de la luna que se filtraba ocasionalmente por las ventanas, definía la silueta de ella y sus movimientos cuidadosos.

Para cuando llegó a la escalera de madera que subía al ático, Kylan frunció el ceño celoso de su intimidad y su pasado. ¿Cómo conocía ella aquel lugar?

Esperó a oír cómo se abría y cerraba la puerta del ático para subir por las viejas escaleras, ya que sus crujidos habrían alertado a Erinn de su presencia.

Tan sólo dos minutos después, Kylan empujó con cuidado la puerta para abrirla sólo un poco y poder mirar por la rendija.

Erinn parecía relajada y hasta feliz entre aquel montón de cuadros y muebles viejos llenos de recuerdos e historias. Cada pocos pasos, acariciaba un marco de madera o se fascinaba con el hierro forjado de un espejo olvidado. Dejándose llevar, se sentó frente a un baúl y lo abrió para contemplar los juguetes de madera que contenía.

Cuando la vio acariciar un pequeño caballo mientras sonreía dulcemente, no pudo más y entró en la buhardilla.

—Eso era mío —su voz sonó como un susurro ronco.

Asustada, Erinn soltó el juguete y se puso en pie.

—¡Conde! —Él se acercó melancólico al baúl. Casi había olvidado todo lo que contenía—. Lo siento, pensaba que todo el mundo dormía y yo no tenía sueño y... bueno pensé...

Ante ella, Kylan se sentó frente al baúl y empezó a sacar objetos. Un soldadito de madera pintada, algunas cartas cogidas con un cordel de lana azul, unos libros de geografía e historia. Suspiró algo melancólico, estaba claro que aquel día estaba dedicado a sus recuerdos por completo.

—Esto me lo regaló el hijo de la mujer que ayudó a mi madre a criarme —Desde el suelo, como un niño rodeado de juguetes, le tendió a Erinn el caballo de madera.

Ella sin saber cómo reaccionar, lo cogió.

—Es muy bonito.

—Lo hizo él mismo, con sólo diez años, lo talló para mí.

—Está lleno de detalles, sin duda hizo un buen trabajo —Le dio la vuelta y observó unas letras escritas con una caligrafía muy simple —¿Se llamaba Lanlan?

Él soltó una risotada mientras aún seguía mirándola con sus brillantes ojos desde el suelo.

—No, se llama Kofi y aún somos amigos. De hecho, hoy he pasado el día con él y su madre —Sonrió al recordar a la mujer—. Una gran persona, fuerte y valiente.

Erinn se relajó al ver lo abierto y comunicativo que estaba Kylan.

—Entonces, ¿quién es Lanlan?

—Soy yo.

—¿Tú? —Sonrió.

Él volvió a coger el caballo de madera y pasó el dedo por su nombre tallado.

—Kofi y yo nos conocimos con cuatro y seis años respectivamente. Él era tan pequeño que era incapaz de decir mi nombre, así que por más que lo intentaba no podía hacer más que repetir la segunda sílaba.

—Lanlan... es muy dulce.

El resopló divertido dejando el caballo sobre su regazo y volviendo a hurgar en el baúl.

—Lo es hasta que creces y todos los sirvientes te llaman así hasta que cumplas veinte años —Ella se rió—. A decir verdad, algunos aún me llaman así.

—Tuviste una infancia feliz.

—La tuve, tenía mucha suerte. Mi madre me adoraba, mi padre me enseñó cómo ser un hombre de provecho y tuve amigos que me enseñaron que los hermanos no siempre han de ser de sangre.

Erin observó como sonreía. A pesar de tener un punto de melancolía en su voz, sus ojos brillaban con los buenos recuerdos del pasado.

—Ojalá siempre tuvieras esa mirada —susurró sin querer decir ese pensamiento en voz alta.

Él, que evidentemente la había oído, la miró y se puso en pie lentamente. Movida por el instinto, Erinn dio un paso atrás hasta que chocó de nuevo con la mesa que días antes había rallado.

—Lo siento.

—No deberías —Cogió el caballo de madera—. Siéntete libre de explorar el ático, he visto cómo disfrutas con las viejas reliquias.

Ella abrió la boca pero no fue capaz de articular ni una sola palabra.

—Buenas noches, Erinn.

Sin esperar respuesta y con pasos lentos y pesados, Glenfinnan desapareció de allí cogiendo con fuerza el caballito de madera como si así se aferrara a sus momentos felices.

XXVIII

La doncella entró en la habitación con pasos firmes y con su habitual voz cantora despertó a Erinn, que apenas llevaba una hora durmiendo, ya que su aventura en el ático la había tenido prácticamente toda la noche en vela.

—Buenos días, señorita Burton. Hoy, el día, a pesar de alguna nube, promete buen tiempo.

Erinn se sentó en la cama frotándose los ojos, que sentía doloridos y secos por la falta de sueño. Antes de que pudiera abrirlos, el olor de su desayuno fue eclipsado por algo más.

Rosas.

La doncella entró y salió, animada, varias veces del cuarto hasta que, por fin y para terminar de despertar a Erinn, descorrió por completo las cortinas.

Erinn hizo un sonido de queja, mientras se sentaba en el borde de la cama y abría los ojos lentamente, hasta que estos se acostumbraron a la luz.

En la mesita de noche, había un jarrón lleno de rosas blancas, pero eso no era todo. Sobre su escritorio, en la cómoda y hasta en una pequeña mesa supletoria junto a una butaca, había jarrones con rosas blancas, rojas y amarillas.

—¿Qué...?

La doncella sonrió alegre, mientras le acercaba la bandeja del desayuno con tostadas, bollos de canela y té.

—Son de parte del señor MacAdam.

Erinn se movió nerviosa en la cama. Allí, bajo aquel mismo techo, había tres señores MacAdam: Kylan, Dexter y Sigmund.

La doncella pareció leer en su rostro la duda y sonrió.

—Del señor Dexter MacAdam, por supuesto.

—Por supuesto —repitió desanimada y decepcionada de que no fueran de Kylan.

—Ron, el jardinero, me ha dicho que el señor casi ha dejado sin flores el invernadero.

—¿Las ha cogido personalmente Dexter?

La doncella jugueteó con una de las rosas y negó con la cabeza, soñadora.

—No, las ha cortado el jardinero, pero bajo la atenta supervisión del señor MacAdam, ha sido él mismo el que ha escogido cada una de estas preciosidades.

Mientras Erinn mordisqueaba pensativa un trozo de tostada, la doncella abrió su armario en busca de un vestido de mañana.

—¿Qué le parece el vestido violeta? —Erinn asintió sin prestar mucha atención—. Sí, es buena elección para un día despejado como hoy.

Una hora más tarde, una agotada y pensativa Erinn bajaba por las escaleras principales dispuesta a encerrarse en el salón de té con Rosslyn para distraerse con sus animadas conversaciones. Tras haber pasado varios días en su habitación fingiendo estar indispuesta, seguro que la mujer tenía mucho que contarle.

Cuando llegó a la mitad de la escalera, una canción melancólica proveniente de la sala de música situada al final del pasillo, le llamó la atención y, sin pensarlo mucho, se dejó guiar por la melodía.

Con un movimiento lento, abrió la puerta del salón y observó al interprete de la pieza que la hacía sentirse triste.

Allí, frente a ella, no estaba Dexter como había imaginado, sino Glenfinnan con los ojos cerrados dejándose llevar por las notas que emitía el violín mientras movía el arco con delicadeza y sus dedos acariciaban las cuerdas del bonito instrumento.

Cuando, unos segundos después, terminó la pieza y abrió los ojos, Erinn dio un paso para entrar en la habitación aún bajo los efectos de la melodía de Kylan, pero varios aplausos y vítores la sacaron de su ensoñación mirando hacia el otro lado de la sala donde Rosslyn, Dexter y la doncella con los dos carlinos aplaudían.

Glenfinnan la miró y la saludó con un ligero movimiento de cabeza.

—¡Mi querida, Erinn! —Rosslyn acarició a Angus, que estaba sobre su falda—. Qué maravilla verte de nuevo en pie, aunque aún no estás recuperada del todo. Ven a sentarte junto a mí.

Erinn sonrió algo nerviosa, estaba claro que el color violeta acentuaba las ojeras, consecuencia de su noche en vela.

—Me encuentro mucho mejor —Se sentó junto a Rosslyn.

—Tenerte aquí es muestra de ello —Dexter sonrió desde una butaca al lado de una ventana un poco alejada—. Seguro que un poco de té te reconfortará.

Erinn miró hacia la pequeña mesa que había junto a Dexter, que contenía una preciosa tetera con flores pintadas y algunas tazas apiladas a juego.

—Me apetecería, gracias.

Él sonrió animado.

—Mary, por favor, sírvale un té a nuestra invitada.

La doncella de Rosslyn asintió con la cabeza y, sin perder un segundo, preparó el té para Erinn.

Glenfinnan, mientras tanto, parecía distraído rebuscando entre algunas partituras.

—Kylan, querido, ¿qué tal si ahora interpretas algo un poco más... alegre? —sugirió Rosslyn con una brillante sonrisa.

—Por supuesto —comentó él seleccionando una partitura que colocó con delicadeza sobre el atril.

Sin pensarlo, empezó a interpretar la pieza de aire animado con movimientos fluidos y delicados. La sonrisa que esbozó Erinn no se escapó ante la atenta mirada de Dexter, que experimentó una sensación creciente de celos.

Cuando Glenfinnan hubo finalizado la canción, Dexter se encaminó hacia su madre y le sonrió.

—Madre, ¿qué te parece si dejamos descansar al conde e interpreto yo alguna pieza para vosotras? —Miró a Erinn con una brillante sonrisa ladeada.

Rosslyn miró a Kylan, que había dejado el violín sobre su soporte de bronce.

—Tengo una idea mejor —murmuró ella—. ¿Por qué no interpretáis una pieza a dúo?

—¿A dúo? —Kylan enarcó las cejas y miró a Dexter, que parecía algo molesto.

—Dadle ese gusto a esta pobre anciana —Puso cara de pena mientras palmeaba la pierna de Dexter para que se acercara a Kylan—. Tocad como cuando erais niños y dabais uno de vuestros conciertos de Navidad.

Erinn la miró intrigada. La idea le parecía atractiva.

—Como quieras, madre —sentenció Dexter abriendo una vitrina cercana y sacando un violín de aspecto un poco más antiguo que el de Kylan.

Tras pellizcar las cuerdas y afinar rápidamente el instrumento, Dexter se acercó a Glenfinnan, que ya había seleccionado una pieza. Dexter leyó el título de la partitura y sonrió confiado, *Rondeau (allegro)*, de Mozart no era una pieza sencilla a causa de su veloz tempo y su rápidos cambios, pero por suerte era una de sus favoritas y la dominaba a la perfección.

—¿Ésta? —susurró a Kylan fingiéndose sorprendido.

—Ésta —afirmó él sin prestarle mucha atención.

Dexter sonrió pagado de sí mismo, tomando posición junto a su primo que, tras un ligero movimiento de cabeza, le dio la entrada.

Al instante, los dos violines se complementaron a la perfección y tanto Rosslyn como Erinn sonrieron ante la bella melodía pero, para cuando ambos llevaban tocando un par de minutos, la pieza se había vuelto tan veloz y compleja, que las dos mujeres simplemente se limitaron a mirarles asombradas, en especial Erinn que estaba con la boca medio abierta.

Los movimientos frenéticos de Dexter habían conseguido despeinar su cabello rubio que se ondulaba sobre su frente mientras, apasionado, se dejaba llevar por la música, a la vez que Kylan, igual de entusiasta, mantenía una posición más erguida y un rostro impassible y frío.

De pronto, la canción cambió de ritmo volviendo a ser suave y Dexter observó a Erinn, que no podía dejar de mirar la postura de Glenfinnan. Para cuando hubo un nuevo aumento de velocidad en las notas, miró a Kylan y entrecerró los ojos desafiándole. Él, que captó de reojo sus intenciones, no tardó en responderle tocando con una intensidad mayor, lo que les llevó a un duelo de solos frenéticos, veloces y un tanto discordantes. Era como si se pelaran, pero en vez de usar palabras usaban los chirridos de sus violines.

Rosslyn meneó la cabeza al comprender lo que estaba sucediendo, ni la música podía acallar durante más de cinco minutos la rivalidad de los dos hombres, y empezó a aplaudir para que pararan.

—Ha sido... interesante, queridos —Sonrió a Erinn, que empezó a aplaudir algo tímida.

Dexter se pasó la mano por el cabello, furioso, recolocando sus ondas perfectas mientras miraba a Kylan, que parecía de lo más relajado volviendo a dejar el violín sobre su peana.

Justo en el momento en que la tensión amenazaba con explotar, el mayordomo llamó a la puerta y entró con una pequeña bandeja de plata con dos sobres.

—Lamento interrumpir, pero han llegado estas cartas para usted, milady.

Rosslyn, agradecida por la interrupción, le hizo un gesto al mayordomo para que se las entregara.

—Gracias, Leopold.

El mayordomo hizo un movimiento con la cabeza.

—Señor MacAdam, su padre requiere su presencia en su despacho privado —Dexter le miró relajando un poco su postura—. Y, por cierto, lo concretado está dispuesto donde quería.

El rostro de Dexter se iluminó como el de un niño la mañana de Navidad.

—Perfecto, gracias —El hombre asintió y se marchó cerrando la puerta tras él—. Si me disculpáis, hay un asunto que reclama mi atención.

—Por supuesto, querido —comentó despreocupada Rosslyn mientras abría uno de los sobres y lo leía rápidamente—. ¡Qué calamidad!

Erinn fue la única que la miró preocupada, ya que Mary y Kylan estaban acostumbrados al dramatismo de la mujer.

—¿Qué sucede?

—Es tu madre, Kylan.

Al oír esas palabras, él dejó de ordenar las partituras y dio un par de zancadas hasta Rosslyn, que se abanicaba con la carta.

—¿Qué sucede? —su voz sonó un tanto ronca.

—Ha declinado la oferta de venir a pasar unos días con nosotros, dice que se ha recuperado bastante de sus achaques pero que prefiere quedarse en tu castillo de Delfryn a descansar... ¡Qué calamidad!

Glenfinnan relajó su postura y disimuló una breve sonrisa en sus labios.

—Ya la conoces, detesta viajar, pero no se lo tengas en cuenta. Sabes que te adora.

Ella soltó un suspiro y, en esta ocasión, fue Erinn, que le sostenía una mano, la que reprimió una sonrisa ante la exageración teatral de Rosslyn.

—Necesito tomar el aire.

Como si le costara caminar, usó la mano de Erinn para incorporarse, fingiendo estar desolada. Angus soltó un quejido al sentir como su dueña se levantaba.

—¿Quiere que la acompañe? —comentó Erinn con una radiante sonrisa.

—Eres un amor, nada me reconfortará más que tu compañía, querida —Miró por el suelo buscando a Romuald que, bajo su asiento aún tiritaba asustado—. Pequeño, ¿de qué tienes miedo? Mary, por favor, sácalo de debajo de la butaca.

Antes de que la doncella se arrodillara en el suelo, Kylan se inclinó y, haciendo una caricia al carlino, consiguió sacarlo sin esfuerzo.

—No habrá más violines por hoy —le susurró al perro antes de dejarlo entre los brazos de Mary.

Erinn sonrió ante la escena, mientras Rosslyn la cogía del brazo y emprendían la marcha hacia el jardín.

Glenfinnan volvió a ponerse serio y distante.

—¿No nos acompañas, querido sobrino?

—Quizás en otro momento, al igual que Dexter yo también tengo que poner al día algunos asuntos financieros.

—Excelente —Le sonrió.

En apenas unos segundos, las tres mujeres abandonaron la sala, pero no que antes de que Erinn le dedicara una última mirada a Kylan, la única en toda la mañana que él se permitió corresponder con una sutil sonrisa, que evidentemente la hizo sonrojar de golpe.

XXIX

El paseo de la mañana junto a Rosslyn le había sentado tan bien que, justo después de la hora del té y aprovechando una de las siestas de su benefactora, Erinn se dispuso a repetirlo a solas con sus pensamientos.

Kylan no había comido con ellos, argumentando que tenía asuntos que requerían su presencia en el pueblo, así que ella no tenía manera de saber si la leve sonrisa que le había dedicado aquella mañana en la sala de música había sido su imaginación o genuina.

Quizás sólo había sido un gesto involuntario, un tic nervioso después de la disputa musical con Dexter. Sin duda, él estaba enfadado con ella por haber irrumpido en el ático y haberle hecho hablar de su pasado.

Bordeó la fuente de un querubín rechoncho y tomó un camino empedrado rodeado de altos setos perfectamente podados.

Por otro lado, también estaba Dexter, que parecía haberla amenazado con echarla de la mansión, para luego llenar su habitación de flores.

Se paró junto a un seto y miró una pequeña rama seca que había quedado atrapada entre las hojas tupidas de la planta. La cogió y la tiró al suelo.

—Malditos MacAdams bipolares... —farfulló enfadada mientras emprendía de nuevo la marcha—. Me van a volver loca.

Tan solo un par de segundos después, un ladrido que parecía más un gruñido ronco le llamó la atención, haciendo que se girara.

—Erinn —Dexter sonrió acercándose con Romuald en los brazos—. Te estábamos buscando.

—¿Qué pasa? —sonó más seria de lo normal.

Dexter ignoró su tono y sonrió hasta que sus ojos negros brillaron.

—¿Te gustaron las rosas?

—Sí, son preciosas, pero no hacía falta.

Él meneó la cabeza.

—Pensé que ya que no podías bajar al jardín, el jardín debía venir a ti.

—Gracias —sonó algo más relajada, no podía pasar por alto que aquello había sido todo un detalle.

—¿Te apetece pasear con nosotros?

—Yo...

Dexter acarició a Romuald, que la miró con sus ojos negros y saltones.

—Vamos, seguro que no te decepciona el paseo.

—Está bien.

Ambos caminaron en silencio hasta un camino de hierba que llevaba directamente al enorme invernadero de cristal construido en forma de *T*.

—Quiero enseñarte algo —Sostuvo la puerta para ella.

Al entrar, el cambio de temperatura se hizo notable y Erinn deslizó su chal de sus hombros hasta sus codos. Los rosales y las plantas exóticas de Rosslyn, apenas dejaban ver los amplios ventanales de hierro forjado de color blanco. A ambos lados del enorme corredor, había varios bancos de madera tallada con cojines de colores y farolas de aceite con decoraciones florales que iluminaban el lugar con una luz anaranjada.

—Bonito, ¿verdad?

—Es el invernadero más grande que he visto en mi vida.

Mientras caminaban hacia una fuente redonda con peces de colores y nenúfares, Erinn observó los rosales y sintió pena por ellos. Apenas quedaban algunas rosas pequeñas y otras mustias, sin duda las mejores estaban en su habitación.

—Romuald tiene una sorpresa para ti —Agitó al perro entre sus manos—. Síguenos.

Con pasos rápidos, Dexter se adentró por el pasillo de la derecha hasta un arbusto lleno de pequeñas flores violetas. Cuando Erinn le alcanzó, se quedó petrificada en el suelo sin saber qué decir. Ante ella, un caballete con un lienzo en blanco con un lazo de color rosa la estaban esperando.

—Comentaste que te gustaba el arte, así que supuse que te animaría poder pintar —Erinn sonrió sin ser capaz de moverse, mientras Dexter sacaba un maletín escondido entre las plantas—. Espero que éste sea el tipo de pinturas que sueles usar.

Le tendió la caja de madera y ella la abrió con cuidado. Dentro y perfectamente ordenado, no sólo había pinturas, sino que también había pinceles y todo lo necesario para pintar un cuadro, como disolventes y una paleta.

—No sé qué decir —Sonrió de nuevo—. ¿Por qué me estás haciendo regalos?

Dexter acomodó a Romuald en un banco cercano sobre un almohadón de terciopelo rojo con borlas doradas.

—Quizás porque te lo mereces.

—Ya...

—¿No te gusta?

—No —soltó un bufido mientras sonreía—. Me encanta, gracias Dexter, pero no necesito que me colmes de regalos.

Él dio un par de pasos hacia ella.

—¿Qué necesitas, entonces? ¿Tiempo?

—Y un poco de espacio. Aún estoy adaptándome y tantas atenciones, costumbres nuevas y todo esto... —Miró hacia el techo acristalado del invernadero—. Me siento un poco abrumada.

Dexter asintió.

—Entonces, creo que lo mejor es que te deje aquí para que puedas pintar a tu modelo.

—¿Qué modelo?

Él señaló a Romuald que, cansado, se había aovillado sobre el cojín y roncaba profundamente. Erinn no pudo evitar reír.

—Te veo en la cena —Se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla.

Ella, algo tensa, sonrió para no parecer maleducada.

—Gracias, Dexter.

Él hizo un movimiento de cabeza y desapareció por donde habían venido.



Dos horas más tarde, Erinn tenía perfectamente definida la cara de Romuald y su rechoncho cuerpo peludo sobre el almohadón de terciopelo.

Hacía años que no pintaba alguna cosa suya, ya que durante los últimos cinco años se había centrado por completo a su carrera de restauradora, pero con las primeras pinceladas no tardó en recordar lo mucho que le gustaba y, sobre todo, cómo aquello la relajaba y evadía de sus problemas.

Las farolas eran la única iluminación del lugar, ya que unas nubes negras se habían adueñado del cielo y se había empezado a hacer de noche.

Miró el lienzo y suspiró. Aquella luz no era la mejor para terminar de definir los detalles más finos y un ligero repicar sobre los cristales del techo le indicaba que había empezado a llover.

Justo cuando abrió el maletín, dispuesta a guardar todas las pinturas, un chirriar metálico le llamó la atención. Alguien había entrado en el invernadero, quizás Mary que andaba buscando a Romuald, que parecía estar en coma sobre el cojín, o Alice, su propia doncella, avisándola para prepararse para la cena.

Curiosa, se encaminó por el pasillo hasta la fuente y miró hacia la entrada. Al principio no vio a nadie, hasta que percibió cómo unas ramas de palmera se movían.

Allí, sentado en un banco a la luz tenue de una de las farolas estaba Kylan, leyendo un pequeño libro de cuero negro. Parecía relajado, casi feliz, concentrado entre las páginas de la novela.

Durante algunos minutos, Erin permaneció inmóvil, observándole, hasta que Romuald, que

parecía haber vuelto a la vida tras la larga siesta, salió corriendo hasta Kylan que, completamente concentrado, no reparó en el perro hasta que lo tuvo dando saltos entre sus pies.

—¿Qué haces aquí solo, pequeño?

—Hola —Erinn tragó saliva.

Glenfinnan se puso en pie y empezó a caminar hacia ella, llevando entre sus brazos al carlino, que se desvivía por lamerle la cara mientras movía su rabito enroscado.

—No sabía que estaba aquí, creí estar solo.

—No, yo... —Señaló en dirección hacia el pasillo donde estaba su caballete—. Estaba pintando.

—¿Pintando? —se mostró curioso y miró hacia la dirección que ella indicaba—. Eso explica las manchas de pintura de su mejilla.

—Oh —Ella se restregó la cara, pero la pintura ya hacía rato que estaba seca.

—Veamos cuánto talento tiene la señorita Burton —se burló hablándole a Romuald mientras se acercaba al lienzo.

—No, por favor, está por terminar, hace años que no pinto y esta luz no...

Glenfinnan se quedó pensativo observando con detenimiento la pintura. Pasado un momento chasqueó la lengua y dejó de nuevo a Romuald en su cojín.

—Espera aquí —le susurró bajito al perro antes de darle un par de palmaditas en la cabeza.

Ella le miró nerviosa mientras él se encaminaba hacia la salida sin decir nada.

—Vaya, si que debe ser horrible... —A lo lejos se oyó un corta y apagada carcajada y ella empezó a seguirle, indignada—. ¿Sabe? Es de muy mala educación reírse así de mí y de mi... obra.

Él la ignoró mientras se ponía a rebuscar algo entre los rosales, hasta que sacó un cubo con herramientas de jardinero y cogió unas tijeras de podar. Erinn se mantenía a distancia con los brazos cruzados sobre el pecho. Haciendo acopio de su altura, Glenfinnan se estiró hasta llegar a un par de rosas enormes de color blanco, que se habían escapado de la recolección de Dexter.

—Estas dos —murmuró él quitándoles las espinas con cuidado—. Y... ésta.

Erinn asomó la cabeza desde la distancia mientras él cortaba un joven capullo de color amarillo.

—¿Qué hace? —murmuró nerviosa.

—Su... ¿cómo lo ha llamado? —la desafió con una sonrisa mientras empezaba a caminar de nuevo hasta donde estaba el caballete—. Sí, obra... su obra, señorita Burton, tiene un estilo impecable, de profesional me atrevería a decir, sin embargo, la composición es un tanto pobre, necesita de algún adorno floral.

Sin pensarlo, acomodó las dos rosas blancas sobre el cojín, junto a Romuald, que no dudó en olerlas y emitir un pequeño estornudo ronco.

Erinn relajó algo su postura y observó la nueva composición.

—Aunque me cueste admitirlo, tiene razón.

—Suelo tenerla la mayoría del tiempo —Sonrió pagado de sí mismo.

Ella le fulminó con la mirada, pero sin rencor alguno.

—Y para usted, el premio por un trabajo bien realizado —Le dejó la rosa de color amarillo sobre el lienzo.

—Gracias —sonrió un poco nerviosa sin atreverse a coger la flor.

De pronto, la lluvia empezó a repicar contra los cristales de las claraboyas haciendo un ruido ensordecedor y Romuald no dudó en saltar del banco para refugiarse bajo la falda de Erinn.

—¡Romuald! Es sólo lluvia —Levantó un poco su vestido hasta que la carita del carlino

quedó a la vista—. Vamos sal, no pasa nada.

Ella dio un par de pasos hacia delante hasta que el perro quedó al descubierto mientras Kylan esbozaba una sonrisa relajada. De los dos perros de su tía, aquel era su favorito.

Al sentirse desprotegido, Romuald hizo un sonido agudo y corrió de nuevo bajo el vestido de Erinn que no pudo evitar empezar a reír.

—Muévase hacia atrás, lo cogeré cuando esté visible.

Erinn miró a Kylan, que se había arrodillado frente a ella y dio un lento paso hacia atrás.

—Vámonos pequeño, deja que te coja —Al sentir las grandes manos de Kylan el carlino pestañeó y no dudó en arrellanarse en su brazo.

Ella se acercó al ver a la pequeña bola peluda atemorizada por la lluvia que aún caía con furia y lo acarició con lentitud mientras Glenfinnan permanecía quieto como una estatua.

—Pobre, pobre bolita de pelo que teme a la lluvia —Miró al techo—. Mira Romuald, es sólo agua, no puede hacerte daño es...

De pronto, un relámpago azulado seguido de un enorme trueno que provocó que todos los cristales del invernadero retumbaran, hizo que Erinn se acercada demasiado a Kylan que, instintivamente, la abrazó atrayéndola hacia él igual que había hecho con el carlino.

Durante unos instantes, permanecieron quietos allí. Con la cabeza sobre el pecho de él, Erinn podía notar cómo el corazón de Glenfinnan latía rápidamente.

A pesar de todos los rumores y habladurías, el conde sí tenía un corazón.

La mano de él dejó de presionarle la espalda poco a poco y ella levantó un poco la cabeza para mirarle.

Tenía la vista clavada al frente, como si estuviera pensando en algo o simplemente muy concentrado.

—Creo que... deberíamos... —murmuró ella.

Él bajó la vista hasta sus ojos y apretó los dientes. Justo en ese momento, y como si fuera una representación de su frustración, cayó un nuevo rayo, esta vez peligrosamente cerca del invernadero.

Romuald saltó al suelo y volvió a meterse bajo el vestido de Erinn que, firmemente sujeta por los dos brazos de Kylan, no podía respirar.

Pero no parecía importarle demasiado.

A pesar de ser un hombre cambiante, frío, irascible y en ocasiones demasiado orgulloso, se sentía segura.

Sin darse cuenta, Erinn le rodeó la cintura con sus brazos, cerrando aún más el espacio entre ellos.

Glenfinnan siseó algo inaudible entre dientes y, poniéndole las manos sobre los hombros, la apartó de una manera algo brusca, se agachó para volver a coger al carlino y se encaminó hacia la puerta.

—Es peligroso quedarse aquí con estos relámpagos —Ella le siguió casi corriendo—. Debemos volver a la mansión.

Sin perder un solo minuto, Glenfinnan puso a Romuald en los brazos de Erinn, se quitó la chaqueta y los cubrió con ella como si de una capa con capucha se tratara.

—¿Preparada? —Posó la mano sobre el tirador de la puerta—. Habrá que correr un largo trecho hasta la casa.

—No, un momento —Ella miró hacia el final del invernado, justo donde estaban sus cosas.

—No es momento de preocuparse por su pintura, mañana seguirá ahí.

—Es que yo... —se tragó sus palabras avergonzada. No le preocupaba su lienzo,

simplemente, quería llevarse el capullo de rosa amarilla que él le había cortado.

Él enarcó las cejas mostrando su falta de paciencia.

—¿Lista? —Ella asintió apretando a Romuald contra su pecho con una mano y cogiendo la chaqueta con la otra—. Sígame.

Con un fuerte tirón, abrió la puerta y empezó a correr por el sendero de hierba que llevaba hasta la mansión, que apenas estaba iluminado por la luz de la casa principal.

Ella dudó un instante antes de seguirle, mientras Romuald emitía un quejido con cada nueva zancada y la intensa lluvia empezaba a mojarles.

—Llegaremos enseguida, pequeño —Lo sostuvo con más fuerza y se aseguró de estuviera bajo la chaqueta.

A pesar de sus esfuerzos, Erinn no consiguió seguir el ritmo de Glenfinnan que, tras recorrer una curva y un camino de piedra, apareció sano y salvo bajo el porche iluminado de la casa.

Al verla jadear aún bajo la lluvia, corrió los metros que les separaban y, cogiendo al perro, la escoltó hasta que estuvieron a cubierto.

—¿Está usted bien?

Ella se deshizo de la chaqueta de él y le miró completamente empapada.

—Mojada —jadeó—. Pero bien.

Le tendió la chaqueta y él la cogió, mientras las gotas de lluvia caían de las puntas de su cabello rojizo.

Romuald emitió un quejido.

—Lo sé, lo sé... —El carlino se sacudió el agua de la cabeza—. Está siendo un día muy duro para el pequeño Romuald.

Ambos se encaminaron al interior de la casa justo en el momento en el que Mary pasaba casi corriendo, seguida de Angus.

—¡Por el amor del cielo! —Arrebató a Romuald de los brazos de Kylan—. Llevo horas buscándolo. ¡Está empapado!

—Lo siento —comentó Erinn saliendo tras Kylan—. Estaba conmigo en el invernadero, debí avisarte de que...

—¿Erinn? —La voz de Dexter sonó alta y seria—. Glenfinnan, ¿qué ha pasado?

Mary estudió la escena y las miradas que intercambiaban los dos primos y, cogiendo en brazos a los dos perros, prefirió desaparecer en silencio camino al pasillo principal.

—Ha sido mi culpa, Dexter —Erinn dio un paso adelantando a Kylan—. Cuando pinto pierdo la noción del tiempo y...

—¿Aún estabas en el invernadero? Creí que habías vuelto hace horas, de no ser así te había ido a buscar con un paraguas.

Kylan miró el charco de agua que estaba dejando en el suelo y decidió marcharse. No le apetecía quedarse en medio de una disputa de enamorados.

—¿A dónde vas? ¿Es que no vas a admitir tu responsabilidad del estado de Erinn? Mírala, si no coge una pulmonía será un milagro.

—Estoy bien, es sólo un poco de lluvia —bromeó ella para intentar relajar el ambiente.

—¿Es que no te das cuenta de que siempre la metes en líos como éste? Glenfinnan, discúlpate.

Kylan cogió lentamente aire para dejarlo salir con algo de ruido. Lo había intentado, llevaba días intentando desaparecer del camino de Erinn, buscando rincones solitarios de la casa y siendo frío con ella, todo por mantener la promesa que le había hecho a Dexter, pero su primo estaba abusando de su honor y merecía un poco de su propia medicina.

Con un movimiento deliberadamente lento, Kylan se encaró hacía Erinn, que se puso tensa al instante al notar cómo la miraba con sus vivos ojos grises.

—Mi querida señorita Burton —Sonrió—. Sin duda, Dexter tiene razón. He actuado de manera irresponsable poniendo en riesgo su bienestar y por ello le pido que me perdone.

Sin esperar respuesta, se inclinó y le besó la mano empapada.

—¡Glenfinnan! —bramó Dexter con furia—. ¡Basta!

—¡¿Qué?! —Kylan se giró furioso—. Sólo hago lo que me has pedido, pero tranquilo, a partir de ahora no lo haré más. ¿Me comprendes, primo? Te has pasado de la raya, absolutamente nadie, nadie me trata como un títere. Ya no bailo a tu son, es más, deberías recordar que sois tú y tu familia al completo quienes deberíais obedecer al Conde de Glenfinnan, porque sin mí estaríais en la mas absoluta pobreza.

Presa de la furia y la frustración, Dexter se lanzó al cuello de Kylan y ambos cayeron al suelo con un gran estruendo. En tan solo unos segundos, los dos empezaron a darse puñetazos, patadas y golpes, mientras rodaban por la entrada de la casa, hasta que, tras un par de golpes certeros en las costillas, Kylan logro reducir a Dexter, aplastándolo boca abajo en el suelo y manteniéndolo inmóvil con su peso.

—¡Basta! —Erinn no osaba acercarse a ellos, la última vez ya había quedado herida— ¡Por favor!

Glenfinnan la miró, mientras ella se secaba un par de lágrimas de sus ojos. O tal vez era lluvia.

—Kylan, déjale, por favor. Ha sido todo mi culpa, debí volver en cuanto oscureció. Por favor, suelta a Dexter, le vas a hacer daño.

Apoyándose sobre su primo, que emitió un quejido, Glenfinnan se puso en pie de mala gana con una mirada fría en los ojos.

—Ahí le tienes, es todo tuyo —rugió antes de encaminarse hasta las escaleras del primer piso.

—Kylan... —Ella le vio marcharse impotente.

Dexter se puso en pie con dificultad.

—Olvídale, Erinn. Es un demonio poseído por la ira, siempre igual, desde críos, ¿quién te crees que me hizo esta cicatriz en la cara? Merece estar maldito.

Ella le miró con rabia.

—¿Pero a ti qué es lo que te pasa? Estás constantemente atacándole, recriminándole cosas que no son su culpa y, al parecer, pidiéndole favores. Sois primos, familia, se supone que deberíais quereros, no mataros como animales.

—Así que ¿le defiendes? —La miró enfadado mientras se limpiaba la sangre de la boca—. Erinn, he sido muy generoso contigo, te he colmado de detalles, he sido atento y un caballero y así me lo agradeces, escogiéndole a él.

—Yo no...

—¿Pero qué os pasa a las mujeres? Está maldito, es un caso perdido —soltó una risotada irónica—. ¿Quieres ser la próxima Condesa de Glenfinnan? Inténtalo, pero todos sabemos cómo termina esa historia, contigo muerta.

El sonido de la bofetada que Erinn le dio a Dexter resonó por toda la entrada de la mansión, mientras ella contenía las lágrimas.

—¡¿Dexter, qué está pasando aquí?! —Bramó Sigmund acercándose con pasos furiosos.

—Padre, Kylan ha...

—¡A mi despacho, de inmediato! —Miró a Erinn una fracción de segundo—. Señorita

Burton, lamento lo que haya ocasionado su malestar, pero le recomiendo encarecidamente que acuda a su habitación y se dé un baño caliente después de quitarse esas ropas húmedas.

—Sí, señor —murmuró ella sintiéndose intimidada y corriendo escaleras arriba.

Cuando el señor MacAdam se aseguró de que estaban solos miró a su hijo con decepción y lástima.

XXX

Amparada por la noche y su capa de color granate, Grizel subió al lujoso carruaje con movimientos ágiles.

—Mi querido, he venido todo lo rápido que he podido —Miró a los ojos negros que bajo un sombrero oscuro brillaban con ira—. ¿Qué ha pasado? Tu mensaje parecía urgente.

Él resopló inclinándose hacia delante y mirando intensamente a la gitana.

—La situación con Erinn se ha vuelto... difícil.

Ella entreabrió la boca mientras se arrellanaba en el asiento de terciopelo oscuro.

—Comprendo, ¿no ha salido cómo esperábamos?

—No, esa niña testaruda se ha buscado la ruina.

Grizel asintió mientras dejaba que él le acariciara una pierna por encima de su vestido de raso negro.

—Entonces, ¿qué será esta vez? —Sonrió con malicia—. El veneno resultó muy eficaz en una ocasión.

Él esbozó una sonrisa ladeada mientras emitía un sonido ronco.

—Quizás, esta vez no sea necesario ser tan drásticos, tengo una idea perfecta para borrar a esa chica de nuestras vidas para siempre.

Grizel saltó sobre la falda de él y le besó con pasión.

—Adoro cuando sacas tu parte más oscura, mi amor —jadeó contra sus labios—. Pero, ¿cuando terminará todo esto? Hace años que esperamos que la fortuna del Conde sea nuestra por fin.

—La paciencia es una virtud —La besó en el cuello—. Hasta ahora, bien hemos conseguido que no tenga un heredero y, con el tiempo, conseguiremos que su título y sus bienes sean míos.

Ella jadeó mientras le mordía el lóbulo de la oreja.

—Adoro cuando hablas de riquezas.

Tras darse un corto baño con agua caliente y poner en claro sus pensamientos, Kylan había decidido que lo mejor para todos era que volviera al Castillo de Delfryn. Así que, después de vestirse para la cena, ordenó a su ayuda de cámara que empezara a empaquetar todas sus pertenencias para partir a la mañana siguiente.

Bajó por las escaleras algo dolorido por la pelea con Dexter y, antes de entrar en el comedor, revisó su imagen en un espejo decorativo colgado de un pared. Un feo corte sobre su pómulo izquierdo amenazaba con empezar a sangrar de nuevo.

Bufó resignado y maldijo el anillo que llevaba siempre Dexter, que sin duda había sido el causante de aquella fea herida.

Cuando por fin se decidió a entrar en el comedor, se sorprendió al ver sola a Rosslyn, que discutía con el mayordomo algo sobre una pequeña fiesta.

—¡Querido! —Se llevó las manos a la cabeza—. Por el amor de Dios, Mary ya me ha

contado la pequeña disputa que habéis tenido Dexter y tú, pero sin duda no ha sido algo simplemente verbal.

Él sonrió, pasando por alto el dolor de su pómulo.

—Lamento el altercado, tía Rosslyn, mi comportamiento no ha sido en absoluto el adecuado y por ello creo que debo finalizar mi estancia en McLovin House. Mañana por la mañana volveré a Delfryn.

—¡Oh, querido! ¿Mañana? ¿No puedes retrasarlo un par de días y quedarte aquí este fin de semana?

—Lo lamento pero...

—Por favor —Le miró con ojos tristes—. He preparado un pequeña velada con amigos este sábado y se sentirán decepcionados si el Conde no está en ella. ¿Donde quedaría mi reputación y honor? Lo prometí.

Él abrió la boca para hablar, pero Rosslyn empezó a abanicarse con la palma de la mano mientras abría la boca como si le faltara el aire. Aquello le hizo sonreír, la teatral Rosslyn siempre conseguía lo que quería.

—Sólo dos días.

—¡Maravilloso! —Ella le palmeó la mano.

Justo en ese momento y algo acalorada, Erinn, llevándo un vestido de satén azul de generoso escote, entró en el comedor.

—Siento el retraso —Se sentó en la mesa con la ayuda del mayordomo—. Debía ir al invernadero a recuperar algo.

Con cuidado, dejó el capullo de rosa amarilla sobre la mesa, gesto que no pasó desapercibido a los ojos de Kylan.

—¿Dónde están los demás?

—¡Oh! Me temo que el resto de los hombres de la casa han decidido comer en el despacho de Sigmund, algo de unos problemas financieros que requerían su pronta resolución o algo así —Sonrió—. Ya me conoces querida, la economía me aburre y termino por olvidar cualquier tema relacionado con ello.

Erinn esbozó una sonrisa y buscó la complicidad en la mirada de Glenfinnan, pero él no podía dejar de mirar la rosa. Con un gesto delicado de la mano, ella llamó la atención del mayordomo, que se acercó veloz.

—¿Señorita?

—¿Sería tan amable de pedirle a Alice que ponga esta rosa en un jarrón y la lleve a mi habitación?

—Será un placer —comentó él cogiendo la flor y desapareciendo tras una puerta para el servicio.

Rosslyn se sintió curiosa mientras extendía la servilleta sobre su regazo y esperaba a que le sirvieran el primer plato de la cena.

—¿Otra rosa, querida? —Le guiñó el ojo—. ¿Es que no tienes suficiente con todas las que Dexter ha mandado a tu habitación?

Ella se limitó a remover la sopa que le acababan de servir con la cuchara de plata.

—Ésta es especial —Miró a Kylan que parecía molesto—. De hecho, a pesar del gesto amable de Dexter, había pensado en distribuir por los salones de la casa las rosas, de esa manera todos podríamos admirar su belleza. Su aroma, aunque maravilloso, resulta algo asfixiante por las noches y perturba mi sueño.

Kylan observó cómo Erinn ponía una mirada similar a la de Rosslyn cuando quería alguna

cosa.

—Por supuesto, querida, no queremos que nada perturbe tu descanso —Glenfinnan levantó las cejas sorprendido, la estrategia de Rosslyn funcionaba con ella misma—. Además, me parece que la casa quedará encantadora y más ahora que tendremos invitados.

—¿Invitados?

—Sí —comentó animada—. Lady MacLerie, Isobel y su flamante marido vendrán a pasar el fin de semana con nosotros.

Erinn sonrió al camarero que retiraba su plato de sopa vacío de la mesa.

—¿Isobel ya se ha casado?

Rosslyn acalló una risa bajo su servilleta.

—No quisiera ser cotilla, queridos —Kylan asintió con la cabeza dándole la razón—. Pero hay rumores de que la joven pareja tuvo que adelantar la fecha de la boda porque la figura de la novia amenazaba con cambiar en los próximos meses. Al parecer, la pasión les consumió en pleno noviazgo y, evidentemente, cuando esas cosas suceden lo mejor es una boda rápida y discreta.

Erinn acalló una risita mientras bebía un trago de vino.

—Una decisión muy sensata, sin duda —comentó Glenfinnan sin apartar la vista de su plato de carne estofada con verduras.

—Así que, cuando me enteré de la feliz noticia, o noticias —Sonrió después de beber un poco—, les invité a pasar unos días con nosotros, siempre es agradable una velada entre amigos.

—Sin duda —Erinn recordó las anécdotas subidas de tono de la animada señora MacLerie.

Rosslyn depositó cuidadosamente los cubiertos sobre su plato vacío e hizo un gesto para que sirvieran el poste.

—Además, esta visita ha conseguido postergar la marcha de mi querido sobrino, cosa que me encanta, ¿Sabías que pretendía dejarnos mañana mismo? —Soltó una risilla traviesa.

Erinn miró a Kylan que parecía algo tenso en su asiento.

—¿Se va usted, Conde?

Él la miró con sus ojos grises fríos como el acero.

—Considero que dadas las circunstancias es lo más saludable para todos.

—¿Saludable?

—Es lo correcto.

Ella asintió con la cabeza mientras volvía la mirada a su plato, ahora lleno de un trozo de pastel de chocolate con couli de fresa.

—No te apenes, querida —Rosslyn le palmeó la mano con ternura—. Aún contamos con la compañía de Kylan por dos días completos.

Ella esbozó una sonrisa sin muchas ganas y empezó a comer poco a poco su postre.

Tras un poco más de charla por parte de Rosslyn, Kylan se disculpó y, fingiendo estar agotado, abandonó el salón.

Al verle marcharse, Erinn se puso en pie.

—Si me disculpa, yo también me siento cansada.

—Por supuesto —Sonrió—. Descansa y recupérate, querida.

—Gracias, buenas noches —comentó desde el umbral de la puerta justo antes de salir corriendo a toda prisa.

Con pasos rápidos, no tardó en llegar a las escalinatas donde aún estaba Kylan encaminándose a su habitación.

—¡Glenfinnan! —sonó algo molesta.

Él se giró y la vio subir a toda prisa los escalones de mármol hasta que llegó a su altura.

—¿Pensaba irse mañana?

Él empezó a caminar sin inmutarse por el mal humor de ella.

—Sí, es lo más conveniente para todos.

—¿Y qué pasa conmigo?

Él enarcó las cejas mientras caminaban por el pasillo de las habitaciones.

—¿Qué pasa con usted?

—¿Ibas a dejarme aquí? —elevó un poco la voz perdiendo las formas—. ¿Pensabas marcharte sin decir nada y dejarme a mi suerte?

Él soltó una risotada irónica.

—Los MacAdam cuidarán perfectamente de usted.

—¿En especial, Dexter? —espetó.

Justo en ese momento, un par de doncellas salieron de una habitación cercana con ropa de cama en sus manos y les miraron alarmadas.

Algo molesto, Kylan las miró hasta que desaparecieron por el pasillo.

—Éste no es un buen momento para hablar.

—¿Y cuándo lo será, el lunes cuando te hayas ido?

—Maldita sea —bufó cogiendo a Erinn del brazo y llevándola hasta su habitación que estaba preparada con la chimenea encendida y su cama abierta.

Ella miró un segundo la estancia y enseguida poso los ojos en él, que había cerrado la puerta con llave, dejándola en la cerradura. Sin duda para evitar que algún criado despistado entrada y pillara a Erinn en una situación poco decorosa.

—Creí que era usted feliz viviendo en McLovin House —sentenció él mientras se alejaba y miraba por la ventana.

—Y yo creí que usted era un hombre de palabra —volvió a usar un tono formal que enfatizaba su sarcasmo.

Glenfinnan apretó la mandíbula.

—Soy un hombre de palabra.

—Luego, recordará su promesa de mantenerme bajo su protección.

La postura de él pareció endurecerse.

—La recuerdo, pero mantengo la convicción de que será más feliz con la compañía de mi tía que viviendo en el frío castillo de Delfryn.

Ella empezó a caminar nerviosa por la habitación sin alejarse mucho de la puerta.

—Quizás eso estuviera bien si mi estancia aquí fuera indefinida.

Él la miró por encima de su hombro.

—Su estancia aquí es indefinida.

—Me temo que no. Según me dijo... —Pensó un segundo sus palabras— *alguien*, con el paso del tiempo llegará a ser extraño y hasta indecoroso que una joven huérfana como yo viva con los MacAdam sin un motivo que lo justifique, e irremediamente me veré sola por las calles de Edimburgo como una vagabunda.

Kylan soltó una risa sin humor mientras se giraba para mirarla.

—¿Qué motivo evitaría que usted se volviera una sin techo?

La ira de Erinn aumentó al ver cómo él se tomaba a broma lo que tanto la preocupaba.

—Mi compromiso con Dexter.

El rostro de Kylan se volvió serio mientras, con pasos lentos, se acercaba a ella, que un poco abrumada pegó su espalda contra la puerta.

—¿Alguien le ha dicho que si no se casa con Dexter no podrá vivir bajo la protección de mi familia? —Ella asintió con la cabeza—. Por favor, dígame que ha sido una sirvienta la que le ha metido esa idea en la cabeza.

—No, no fue una sirvienta.

Él bajó la mirada al suelo intentando controlarse mientras soltaba el aire lentamente. Conocía perfectamente la respuesta.

—Señorita Burton, ¿fue Dexter quién le dijo semejante barbaridad? —Ella apartó la mirada—. Erinn, tengo que saberlo.

Ella llenó de aire sus pulmones sintiendo que le costaba respirar.

—Sí —musitó—. Fue él.

—¡Maldito sea! —bramó mirando al cielo—. ¡¿Cómo se cree con el derecho a forzarte a un compromiso con semejante patraña?! Cortejarte era una cosa, pero amenazarte, eso es algo que roza el límite del honor y merece su castigo.

Erinn se quedó petrificada viendo como el siempre contenido y frío Kylan se consumía por la rabia dando rienda suelta a sus sentimientos.

—Apártese de la puerta, señorita Burton.

—¿Qué... qué va a hacer?

—Lo habitual es estos casos, retarle a duelo.

La imagen fugaz de Kylan siendo herido o incluso asesinado por un tiro certero de Dexter hizo palidecer el rostro de Erinn.

—¡No! —Presionó su cuerpo aún más contra la puerta—. No puedes.

—¿La ha amenazado y aun así le sigue defendiendo?

—Jamás le he defendido —levantó orgullosa la cabeza—, pero hay otras soluciones antes que liarse a tiros al alba.

Él meneó la cabeza intentando controlarse.

—No me obligue a apartarla y déjeme salir.

—No, no en este estado —Palpó la puerta con habilidad hasta que sacó la llave de la cerradura—. No hasta que hayamos encontrado una solución sensata.

Él la ignoró y le tendió la palma de la mano con un poco de condescendencia.

—La llave, por favor.

La mente de Erinn se puso a trabajar velozmente buscando un lugar seguro para esconder la llave y, sin que él pudiera hacer nada para evitarlo, miró su escote y enterró la llave en él.

El suspiro que soltó Glenfinnan, acompañado de una diabólica sonrisa, le puso la piel de gallina.

—Erinn...

—Kylan... —le desafió—. Vamos a quedarnos aquí hasta que veas que no hay nada que no se pueda solucionar si me llevas contigo a Delfryn y sigo bajo tu protección.

Con una nueva sensación de poder, ella empezó a caminar por la habitación hasta que se dejó caer en una butaca forrada en terciopelo verde junto a la chimenea crepitante.

—Eres, con mucha diferencia, la mujer más testaruda y osada que he conocido en mi vida —Ella sonrió—. Ésta bien, te llevaré conmigo.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Tan ilusa crees que soy? —Sonrió asegurándose de que la llave seguía aún en su escote—. Si te doy la llave ahora, tardarás menos de un minuto en ir a ver a Dexter y retarle.

—¡Maldición, mujer!

—¿Lo ves?

Él se acercó a ella y se sentó justo en frente en una butaca idéntica a la que ocupaba Erinn, que le desafiaba con la mirada como si no le tuviera miedo.

Los ojos de él empezaron a recorrer lentamente el pecho de ella, que no tardó en empezar a subir y bajar algo alterado.

—Puedo ver parte de la llave desde aquí y podría cogerla si quisiera.

—Pero eres un caballero y no lo harás —intentó sonar serena.

De un movimiento ágil y rápido, Kylan se inclinó apoyando sus manos sobre los reposabrazos de la butaca de Erinn y colocando su rostro a tan solo unos centímetros del de ella.

—Cuando la situación lo requiere, puedo dejar de serlo —rugió con voz ronca.

Ella tragó saliva mientras los ojos de él miraban alternativamente sus ojos y sus labios. A esa distancia, el círculo gris oscuro que rodeaba sus iris hacía que el interior destacara aún más con un brillo casi como el de la plata.

Cuando sus ojos se quedaron fijos en los de ella, pudo ver cómo de golpe sus pupilas se dilataban mientras con una mano firme le empezaba a acariciar la mejilla para bajar después por su cuello, las clavículas y...

—¡Ni lo sueñes! —Se puso de pie apartándole con fuerza y poniendo una mano sobre su escote para proteger la llave.

Con una enorme sonrisa y mientras se pasaba la lengua por los labios, se dejó caer sobre la butaca que había ocupado ella y cruzó las piernas intentando ocultar algo.

De pronto, se mostraba relajado, casi animado.

—¿Qué quieres a cambio de la llave?

—Tu palabra de que no desafiarás a Dexter y que me llevarás contigo a Delfryn.

Él sonrió resignado, al parecer debía sumar a Erinn a la lista de mujeres que doblegaban su voluntad, junto con Rosslyn y su madre.

—Te doy mi palabra.

Con pasos lentos intentando que no le fallaran las piernas, se acercó a la puerta y metiendo la llave en la cerradura la desbloqueó.

—Gracias —Le sonrió antes de abrir la puerta—. Buenas noches, Conde.

Él la miró meneando la cabeza con resignación.

—Buenas noches, señorita Burton.

Cuando la puerta se cerró tras ella, Kylan se mordió los labios y se pasó las manos por el cabello despeinando sus ondas rojizas.

Necesitaba una ducha de agua fría.

XXXI

Desde primera hora de la mañana de aquel soleado sábado, *McLovin House* había sido un ir y venir de sirvientes, baúles y, por supuesto, los invitados de Rosslyn, que no tardaron en sentirse como en su propia casa.

Para la tranquilidad de Erinn, Dexter se había ausentado con el pretexto de ir a la ciudad a solucionar unos temas de carácter personal. No hacía falta ser muy listo para adivinar que en realidad lo que quería era evitar a Glenfinnan hasta que éste se hubiera marchado. Si algo era común en todas las casas con sirvientes, era que los secretos no duraban mucho siendo confidenciales.

Para cuando la cena terminó, todos los invitados se retiraron al salón de té, donde Rosslyn se sentía pletórica hablando con Lady MacLerie e Isobel sobre cómo había transcurrido y lo hermosa que había sido su boda, mientras Erinn las escuchaba relajada. Por otro lado, un muy animado Lord MacAdam, mucho más hablador que de costumbre, parecía haber encontrado un tema político del que charlar con el nuevo marido de Isobel y juntos intercambiaban opiniones mientras rellenaban sus copas de whisky.

El único que no se había integrado en ningún grupo era Glenfinnan que, apoyado en una de las columnas que daba paso a una terraza, no podía dejar de mirar a Erinn que, de vez en cuando, reía o recolocaba alguno de los lazos de su vestido de satén coral.

Aún no sabía de dónde había sacado la fuerza y el autocontrol necesarios para no besarla y llevarla directamente a su cama la noche anterior, cuando la tuvo allí, en su propia habitación. Meneó la cabeza para desvanecer el recuerdo. Pero él no era así, él no estropeaba reputaciones.

Cómo si le hubiera oído, Erinn se giró y le sonrió desde el otro lado de la habitación y, aprovechando que las mujeres parecían entretenidas comentando nombres para el futuro hijo de Isobel, se encaminó hacia Kylan.

—Una velada encantadora —Sonrió acercándose a él.

—Sin duda —La miró con un brillo cálido en sus ojos.

—Ya tengo casi listas las maletas —canturreó mirando distraída por la ventana.

Un sentimiento de culpa hizo que Kylan se tensara.

—¿Estás segura de que quieres venir a Delfryn?

Ella simplemente le miró sonriente y asintió. Sin saber exactamente por qué, una sensación cálida y placentera inundó el pecho de Glenfinnan que, por primera vez en mucho tiempo, sonrió desde el corazón.

Alice, la doncella de Erinn, entró en el salón discretamente y se acercó a ellos.

—Disculpenme, pero hay un caballero que pregunta por la *señora* Burton.

Erinn la miró desconcertada.

—¿No le ha dicho de qué tema se trataba? Éstas no son horas de visitar a una dama —sentenció Kylan con tono protector.

—Lo lamento su señoría, no ha dicho gran cosa —Alice sonó tímida—. Le hemos llevado a la biblioteca, su estado es algo... ebrio.

—Está bien —Cogió con amabilidad el brazo de Erinn dándole seguridad—. Veamos qué desea.

Los tres salieron del salón sin que apenas nadie se diera cuenta, ya que cada grupo estaba

enfrascado en su propia conversación.

El corazón de Erinn latía con fuerza en sus tímpanos. No sabía por qué, pero aquello le daba muy mala espina.

Alice se paró frente a una puerta doble e hizo un gesto con la mano indicando que el invitado inesperado estaba allí dentro.

Kylan sonrió a Erinn, que cada vez estaba más nerviosa.

Cuando entraron en la biblioteca, un hombre joven, moreno y vestido con un traje algo ajado se puso de pie con un poco de dificultad.

—Cariño —Dio un par de pasos hacia ella—. Mi dulce Erinn.

Ella permaneció inmóvil.

—¿Quién es usted? —la voz de Kylan sonó con un punto de duda mientras se negaba a soltar el brazo de ella.

—Soy Vergil Burton. El marido de Erinn.

Ella miró con urgencia a Glenfinnan que, con delicadeza, la soltó mientras su mente intentaba gestionar todo lo que estaba sintiendo en ese preciso momento.

—Kylan... no.

Vergil se acercó a ella con las manos por delante.

—Cariño, el doctor dijo que tras el accidente de carreta podías tener lagunas, pero jamás pensé que me olvidarías —sollozó afligido—. He pasado tanto miedo que sólo el alcohol me consolaba, creí que te había perdido para siempre.

—¡No se acerque! —Ella dio un paso hacia atrás.

—Erinn, mi amor —Vergil sonrió con dulzura.

Kylan la miró sólo un segundo, pero su rostro aterrado no le hizo dudar.

—Tiene usted una licencia de matrimonio o algo que acredite que realmente es su marido.

Él se encogió de hombros.

—No, claro que no, ¿quién lleva la licencia matrimonial encima? Pero ella es mi esposa.

—No —jadeó Erinn entrando en algo similar a un estado de pánico—. No sé quién es usted.

Kylan dio un paso entre ellos en un arranque protector.

—Quizás pueda darme un detalle personal, que demuestre quién es. Como comprenderá mi invitada no le reconoce y una prueba de lo que dice sería de ayuda.

—Ella es Erinn Burton, mi esposa. Nos conocimos en Brighton —Él la miró mientras ella empezaba a temblar—. El último día que te vi llevabas aquel vestido amarillo que tanto te gustaba. Te lo compraste durante nuestra luna de miel en Cornualles. ¿No lo recuerdas?

Kylan, abatido por la verdad de aquellas palabras, se apartó de su camino, dejando que aquel hombre abrazara a Erinn. Había sido un iluso al pensar que ella no tenía pasado ni familia.

—Perdone mis dudas, señor Burton, está claro que es quien dice ser.

Erinn se zafó del abrazo de aquel hombre que apestaba a alcohol.

—No sé quién es usted —Miró a Glenfinnan suplicándole ayuda—. ¡No sé quién es!

—Mi dulce Erinn, sufres amnesia, te llevaré a casa y poco a poco recordarás lo feliz que eras pintando en la orilla del mar.

—¡No! —gritó desesperada mientras corría tras Kylan.

Él se quedó helado. Algo en su interior le alertaba de que aquello no estaba bien.

—¡Erinn! —El falso Vergil la cogió de la muñeca arrastrándola hacia él—. ¡Cálmate!

—¡Suéltame! ¡No te conozco!

Mientras apretaba los puños, Glenfinnan se giró para mirar las llamas que bailaban en la chimenea, no soportaba más aquella escena. Justo en ese instante, el falso Vergil colocó un paño

con cloroformo sobre la nariz de Erinn que, en apenas unos segundos, cayó sin sentido en los brazos de él.

Al no percibir la voz de Erinn, Kylan se giró para ver cómo el hombre la sostenía como una muñeca de trapo.

—Se ha desmayado de la emoción —comentó con una sonrisa oscura mientras Kylan daba un paso hacia ellos—. Gracias por cuidarla, milord, estaré en deuda siempre por haber mantenido sana a mi esposa.

Kylan no dijo nada y, paralizado, se limitó a ver cómo aquel hombre se la llevaba, mientras una presión oprimía su pecho.

El traqueteo rápido de un coche de caballos se fue filtrando en su pesado sueño, mientras se iba despertando poco a poco con una sensación de resaca.

—Buenos días, preciosa —la saludó el falso Vergil desde el asiento delantero.

Al recordar todo lo sucedido, Erinn se incorporó en su asiento y miró el interior del carruaje donde un baúl y una bolsa de cuero con sus pertenencias le confirmaban lo peor.

—¿Quién eres tú?! —Miró por la ventana donde levemente empezaba a amanecer.

—Vergil, tu marido —bromeó animado.

—¿Y una mierda!

La risa del hombre ocupó todo el habitáculo por completo.

—Menudos modales tiene la señorita —Ella entrecerró los ojos—. Soy Ed.

Ella intentó despejar su aturdida mente.

—¿Y qué quieres de mí?

—Nada más, supongo —Palmeó el baúl de Erinn—. Quizás me quede con tus cosas para venderlas como un extra, pero ya he cobrado por el trabajo.

Ella apretó el satén de su falda con los puños.

—¿Qué trabajo?

—Me habían dicho que eras una niña mucho más lista —se burló—. Está claro, hacerme pasar por tu marido y eliminarte de la vida del Conde de Glenfinnan.

Sin saber exactamente por qué, aquello encajó en algunas piezas del puzzle que hacía meses que se formaba en la mente de Erinn.

Apretando los dientes, intentó mantener la calma.

—¿Quién te contrató?

Él se limitó a sonreír levantando levemente la comisura de los labios mientras veía cómo entraban en la ciudad de Edimburgo y aminoraban la marcha.

—Nunca revelo mis fuentes, o éstas dejan de pedir mis servicios —Se acercó a ella inclinándose—. Soy discreto.

Erinn hizo una mueca al oler su aliento pestilente.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —titubeó mientras él parecía olerla.

—No lo tengo claro... divertirme, supongo —Deslizó un dedo por la cadena que sostenía la rosa de invierno en el cuello de Erinn y tiró de ella rompiéndola—. Esto también me lo quedo.

Ella soltó un jadeo mientras clavaba las uñas en la roída tapicería del carruaje y miraba por la ventana en busca de una vía de escape.

—¿Qué pasa preciosa? ¿Se te ha comido la lengua el gato? —se burló mientras levantaba el colgante y lo examinaba con la luz que entraba por la ventana.

Aprovechando la pequeña distracción, Erinn levantó la pierna y dio una patada directa a la entrepierna de Ed, que al instante se retorció de dolor.

—¡Zorra!

Con un tirón rápido, cogió la bolsa de cuero y, abriendo la puerta del coche, saltó en marcha con toda la rapidez que le fue posible, aterrizando sobre el suelo de adoquines de una calle bastante transitada.

—¡No durarás mucho! —le gritó Ed medio encorvado mientras se asomaba por la puerta del carruaje que se alejaba lentamente.

Nerviosa, se puso en pie mientras algunas personas la miraban extrañados y empezó a correr calle arriba sin ningún plan en mente más que el de sobrevivir.

XXXII

Tal y como estaba previsto, aquella mañana de lunes, justo cuando rompía el alba, Glenfinnan se subía a lomos de Caronte y, siguiendo un carruaje con algunas de sus pertenencias, emprendía la marcha hasta el castillo de Delfryn.

Rosslyn, arropada con un grueso chal de lana y cara somnolienta, despidió a su sobrino con un movimiento de mano cariñoso. A pesar de que normalmente adoraba su compañía, ya que en su presencia siempre era dulce y atento, en esta ocasión se sentía aliviada ya que, las últimas veinticuatro horas y coincidiendo con la marcha repentina de Erinn, el humor de su sobrino había sido insoportable. Tanto, que hasta había hecho llorar a una de las doncellas cuando la vio tirar algunos efectos personales de Erinn, como el capullo de rosa amarilla.

Ella misma se había sentido decepcionada por la abrupta desaparición de la joven, pero tras escuchar lo sucedido comprendía que era lo mejor para ella, volver a casa con su marido y tener una vida plena y feliz.

Animada, se metió de nuevo dentro de la casa, seguida de la siempre fiel Mary, que sostenía a sus carlinos.

Quién sabía si en un futuro recibiría correspondencia de Erinn desde Brighton.

Una semana después, el mal humor de Kylan no había mejorado. A pesar de contar con la presencia de su madre en el castillo de Delfryn, se mostraba taciturno e irascible y los sirvientes, acostumbrados ya al carácter de su patrón, se cuidaban mucho de no hablar sobre nada que tuviera que ver con la familia de Rosslyn o con Erinn.

Aquella joven noche de luna llena y un poco habitual cielo despejado, Glenfinnan se subió a lomos de Caronte y galopó las casi dos horas que le separaban hasta Edimburgo.

Normalmente, cuando concertaba una reunión con Oliver, solía quedarse en su casa de la ciudad, pero el frío de la noche y el largo camino eran lo que necesitaba para intentar aliviar su atormentada mente.

Por más que lo intentaba, algo en su interior le hacía sentir que no había hecho lo correcto dejando a Erinn con aquel hombre, pero ¿qué otra opción tenía? Era su marido y, aunque aquello le desgarrara el alma, no podía hacer nada para evitarlo.

La luna estaba en lo alto del cielo para cuando llegó a la taberna donde había quedado con su socio.

Habitualmente, trataban sus asuntos en el club de caballeros que había cercano a su mansión y que distaba mucho del pub de mala muerte en uno de los barrios más pobres de Edimburgo pero, dado que el tema a tratar incluía socios de dicho club, la taberna era una opción mucho más segura.

Después de dejar a Caronte bajo el cuidado de un joven mozo, entró en el local donde el olor a cerveza y los cánticos de los borrachos lo inundaban todo por completo.

Al reconocer la capa verde de Kylan, Oliver agitó su sombrero indicando a su amigo donde estaba sentado.

—¡Glenfinnan! Me alegra volver a verte.

Él se sentó sonriendo sin muchas ganas.

—Oliver.

Él entrecerró sus ojos almendrados. Conocía demasiado bien a su amigo para no saber que algo le afligía, al igual que también sabía que si él quería hablar del tema, lo haría.

—Te he traído un dossier con toda la información que he recabado del Mary King's Close.

Kylan observó un segundo la abultada carpeta de piel que le entregaba su amigo y le sonrió.

—Gracias, como siempre.

Oliver se limitó a levantar su jarra de cerveza y darle un trago.

—Perdona, este sitio está abarrotado y la camarera parece no dar abasto.

—No importa —Le miró unos segundos barajando la posibilidad de desahogarse con su viejo amigo—. Llevo días ahogando algunas penas con whisky.

—Un tema serio, si recurres al alcohol —Él soltó un largo bufido y se dejó caer sobre el respaldo de su silla—. La última vez que ahogabas tus penas en whisky era por cierta joven huérfana que irrumpió en tu vida.

—Y no ha cambiado el motivo, tan sólo la situación —Oliver enarcó las cejas esperando una explicación pacientemente—. Vergil, el marido de Erinn, apareció y se la llevó a su casa de Brighton.

—Es un final feliz, supongo.

Kylan miró hacia la barra e hizo un gesto con la mano a la camarera para que se les acercara.

—Debería serlo, pero desde que se fue tengo una sensación de angustia anidada en la boca del estómago que me tiene intranquilo. Su marido no parecía un tipo al cual confiarías a alguien a quien tienes estima, me dio ciertos detalles personales sobre ella que nada más él podría conocer, pero...

La joven cargada con una bandeja con varios vasos y una jarra llena de cerveza se les acercó agobiada.

—¿Cerveza? —Sonrió a Kylan moviendo un poco la bandeja.

—Un whisky.

—¡Oh! Un hombre con clase —Se contoneó mientras rellenaba la copa de Oliver.

Instintivamente, miró el escote de la chica, pero no tanto por su generosa delantera, sino por la joya que descansaba allí.

—¿De dónde has sacado ese colgante?

La chica se incorporó y lo sujetó con sus dedos.

—Es un regalo de mi novio, es un cardo escocés, me dijo que perteneció a una dama de la alta sociedad.

Oliver entrecerró los ojos mientras movía la cabeza. Había recibido cientos de cartas con un escudo que contenía aquella flor.

—Creo, querida, que es una rosa de invierno.

—¿De veras? —Se encogió de hombros—. Mi Eddie es un poco bruto y no entiende de flores.

Glenfinnan entrecerró los ojos, cabía la posibilidad de que hubiera más colgantes como aquel pero todo apuntaba a que era el de Erinn.

—¿Está Eddie por aquí? —Ella le miró algo confundida, por suerte la chica no era muy lista —. Verás, es una joya preciosa y quisiera comprarle una a mi prometida.

Ella sonrió animada.

—Claro, estás de suerte, Eddie está allí mismo, en la punta de la barra.

Inclinando un poco el cuerpo para esquivar un par de personas que había por el medio, Kylan miró justo hacia donde le había indicado la camarera. Allí, apenas a unos metros de distancia,

estaba Vergil rodeado de tres hombres más, intercambiando bromas.

Una sensación caliente ascendió por el estomago de Glenfinnan como si fuera un volcán a punto de explotar.

Miró de nuevo a la chica intentando contenerse. Debía asegurarse bien antes de cometer un acto drástico.

—¿Eddie está con Vergil?

Ella le miró moviendo la cabeza.

—No conozco al tal Vergil pero, claro, no me sé el nombre de todos sus compinches.

Oliver escrutó la expresión de su amigo, mientras intentaba parecer sereno.

—Creo que Vergil es el moreno de la chaqueta marrón.

Ella miró un segundo al grupo de hombres.

—No, no, el moreno de la chaqueta marrón es mi Eddie —Soltó una risilla nerviosa—. Volveré enseguida con tu Whisky, cariño.

Los puños de Kylan se cerraron con fuerza mientras fulminaba con la mirada al falso Vergil.

—Hijo de mil rameras.

—Glenfinnan, ¿qué pasa? —Oliver chasqueó los dedos delante de los ojos de su amigo para que le mirara a él.

—Ese mal nacido de la barra es el marido de Erinn.

—¿Insinuas que esta engañando a su mujer?

Kylan apretó la mandíbula.

—No, esto no me cuadra —rugió—. Dijo que vivían en Brighton.

Oliver cogió fuertemente el antebrazo de Glenfinnan obligándole a sentarse de nuevo, al ver que estaba dispuesto a saltar sobre la yugular de aquel hombre.

—Seamos listos, amigo —Kylan le miró un instante—. Déjame a mí.

Kylan abrió la boca para protestar justo en el momento en el que la camarera volvía a la mesa con su bebida.

—Un whisky, para el señor refinado —le guiñó un ojo.

—Cielo —murmuró Oliver con una brillante sonrisa—. *Tu Eddie* parece el hombre perfecto para ayudarnos en un negocio que tenemos entre manos.

—¿En serio?

—Sí —volvió a sonreírle—. ¿Podrías decirle que un par de caballeros quieren hablar con él en el callejón de atrás? Pero sé discreta, es un asunto secreto de estado del que puede sacar una buena suma de dinero.

Ella abrió los ojos de par en par.

—Mi Eddie siempre está interesado en hacer trabajillos por dinero.

—¿Trabajillos sucios? —la voz de Glenfinnan sonó algo amenazadora.

Ella miró hacia los lados para ver que nadie les escuchaba y se inclinó entre ellos.

—No le importa ensuciarse las manos, si es eso a lo que se refiere.

El rostro de Glenfinnan enrojeció y su socio le dio una patada bajo la mesa.

—Sin duda, es nuestro hombre —Oliver le guiñó un ojo a la camarera dándole una moneda.

—¡Gracias, guapo!

—Una cosa más —carraspeó Kylan intentando ser tan cortés como su amigo—. Sin duda, le tendrás mucho cariño a tu colgante, pero... de verdad que mi prometida moriría por él.

Con un movimiento lento, abrió la mano y le enseñó cinco monedas relucientes a la joven, a quien poco le faltó para dibujar el símbolo del dólar en sus ojos.

—Tampoco es tan bonito —Se lo quitó dejándolo en la mano de Kylan y cogiendo las

monedas—. El dorado es más mi color.

Pizpireta, les guiñó el ojo y se encaminó directa a Ed para comentarle la oportunidad de negocio que le ofrecían los dos caballeros que, para ese momento, ya se habían ocultado bajo sus capas y sombreros, encaminándose hacia el callejón.

Una vez en el exterior y amparados por las sombras del húmedo callejón, Oliver puso la mano sobre uno de los hombros de Kylan.

—Amigo, sé que esto se ha puesto muy feo y que debes estar furioso.

—Furioso es poco decir —rugió.

—Pero debemos sacarle información, así que será mejor que sea yo quien le haga hablar —Sonrió manteniendo la calma—. Tú eres famoso por dejar sin sentido a los informadores.

Antes de que él pudiera decir nada, una silueta se definió poco a poco hasta llegar donde ellos estaban.

—Soy Ed —arrastró un poco las palabras—. Lucy dice que tienen un negocio rentable para mi bolsillo.

Oliver salió de entre las sombras.

—Te han informado bien. Estamos buscando a un hombre.

—Se me da mejor hacer desaparecer personas que encontrarlas, pero veré qué puedo hacer.

Un sonido casi animal retumbó en la garganta de Glenfinnan.

—Supongo que necesitarás saber el nombre —Oliver se acercó a Ed y mientras fingía pensar, lo rodeó hasta cortar el paso.

—Eso siempre ayuda —se burló.

—Es Vergil.

Al oír aquel nombre, Ed se puso tenso e intentó salir corriendo. Para su desgracia Oliver le propinó un puñetazo en las costillas que hizo que se quedara doblado.

—¿Dónde está la chica? —le susurró Kylan mientras le cogía del pelo para levantarle la cabeza.

—¿Qué chica? —jadeó Ed.

—Erinn.

Ante la cara de desprecio de Ed, Oliver le propinó un nuevo puñetazo, que en esta ocasión dejó de rodillas al hombre.

—Se escapó —jadeó.

—¿De dónde? —En esta ocasión fue Oliver el que sonó fiero.

Ed se presionó las costillas con las dos manos.

—Saltó del carruaje cuando llegamos a Edimburgo...

—¿En qué zona?! —Kylan apretaba los puños con fuerza—. ¿Dónde la viste por última vez?

—En la calle Blair.

Glenfinnan sonrió con un brillo asesino en sus ojos y levantó su puño lentamente.

—Amigo, no —Oliver negó con la cabeza—. Tú ve a buscar a la chica, yo me quedaré para averiguar quién le contrató.

Ambos se miraron y Kylan hizo una mueca.

—Cuento con ello.

Mientras echaba a correr por el callejón, Glenfinnan oyó cómo los golpes secos y las voces de los hombres se perdían tras él.



XXXIII

Sus uñas se clavaron en su piel a través de la tela de su pantalón, mientras impaciente veía pasar las calles del barrio más pobre de Edimburgo. La zona no se podía definir de otra manera más que peligrosa, frecuentada por ladrones, borrachos y prostitutas. Kylan había preferido coger un carruaje de alquiler que llevar allí a su caballo que, desatendido mientras él emprendía la búsqueda de Erinn, habría sido vendido en menos de cinco segundos al mejor postor de la zona.

A pesar de ser más de media noche, las calles estaban llenas de gente que, sin un techo bajo el que resguardarse, se paseaban como almas en pena en busca de algo para subsistir.

Cuando llegaron al inicio de la Calle Blair, Kylan saltó del carruaje antes de que éste se hubiera detenido del todo a pesar de la queja del cochero.

Su capa y su porte elegante no tardaron en levantar interés en algunos transeúntes, así que, sin perder el tiempo, se adentró por la mal iluminada calle en busca de alguna pista del paradero de Erinn.

Había pasado una semana y, si bien podía estar muy lejos de allí, Kylan confiaba en encontrar algún rastro de su presencia.

A medida que avanzaba, los remordimientos se hacían cada vez más fuertes. Ella había terminado allí por su culpa, por no saber protegerla como se merecía y, ahora, bien podía estar en un callejón muerta.

Cogió aire e intentó que el nudo de su garganta le dejara respirar. Debía concentrarse y tenía que hacerlo rápido.

La calle, que hacía una curva hacia el final, le llevó a otra mucho más grande y con más gente en ella.

Las prostitutas se agolpaban bajo las farolas enseñando sus piernas y sus escotes a los hombres que, borrachos, buscaban algo de compañía femenina.

Un escalofrío recorrió la espalda de Glenfinnan justo en el momento en el que un borrrón de color coral, con el destello característico del satén, se perdió en una calle cercana.

Sin pensarlo mucho, corrió siguiendo a la mujer, hasta que la oscura calle se estrechó, pasando a ser más un corredor amurallado que una calle residencial, donde el suelo se volvía algo pegajoso y un olor ácido lo envolvía todo.

Unos gemidos exagerados y el sonido de algo parecido a unos gruñidos hicieron que Kylan se quedara petrificado donde estaba, hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y pudo definir una mujer contra la pared aplastada por un hombre de silueta redondeada. Ella llevaba un vestido de satén de color coral que identificó sin duda como el de Erinn.

La mujer se percató de la presencia de Glenfinnan y le miró.

—Dame un minuto y estoy contigo, muñeco —jadeó con voz ronca.

El aire volvió a entrar en los pulmones de Kylan al no reconocer la voz de Erinn.

Tras un gemido exagerado de ella y el repicar de varias monedas contra el suelo, el hombre se subió los pantalones y desapareció entre las sombras.

—Vaya, vaya —La prostituta se recolocó la falda—. No suelo tener clientes tan guapos y de tanta clase.

—¿De dónde has sacado ese vestido?

—Es mío.

Kylan le enseñó tres monedas relucientes a la mujer, que se relamió los agrietados labios.

—Se lo compré a una niña tan refinada como tú.

—¿Morena?

—Y de grandes ojos azules —Se rió como una bruja mientras se guardaba las monedas en el escote.

La mujer metió la mano entre los pliegues de la capa de Kylan palpando sus pectorales.

—¿Sabes dónde está ahora?

—Mi tiempo es oro, milord —Sonrió mostrando algunos dientes negros.

Él le volvió a dar tres monedas.

—Hay una taberna que ofrece habitaciones dos calles más arriba —Bajó la mano peligrosamente por la pierna de Kylan—. Se llama el Fox Inn.

—Gracias —Apartándola con cuidado, Glenfinnan empezó a correr calle arriba.

—¡Te lo habría hecho gratis, macizorro! —gritó ella entre risas roncadas y desafinadas.

El pulso le martilleaba en los tímpanos mientras rogaba para que Erinn estuviera aún allí sana

y salva. Cuando llegó a la taberna, abrió la puerta de golpe dando un portazo. El dueño, que apilaba unos vasos sobre la barra, le miró con cara de pocos amigos.

Kylan recobró su habitual compostura y se acercó con pasos firmes.

—Estoy buscando a una mujer.

—En la calle del pecado hay varias de ellas —espetó sin mirarle.

—No me he explicado, estoy buscando a una dama que se aloja aquí.

El hombre soltó una risotada mientras secaba una jarra de cristal.

—No sé qué clase de alojamiento cree que es esto, pero en la vida hemos tenido una dama bajo nuestro techo —Se rió de nuevo—. Una dama, dice.

Kylan tragó saliva intentando serenarse, hablar con aquel hombre era como darse de cabezazos contra un muro.

—¿Seguro que no ha visto a una joven morena de ojos azules en los últimos días?

El hombre por fin se dignó a mirar a Glenfinnan.

—Mire, señor, si quiere una cerveza siéntese y se la llevaré, pero si lo que va a hacer es calentarme con preguntas ridículas, ya sabe dónde está la puerta.

Kylan se mordió el labio intentando no perder los papeles, mientras se dirigía al fondo del descuidado local, para pararse justo en frente de una chimenea que apenas tenía unas brasas encendidas.

Se quitó la capa y el sombrero, dejándolos con cuidado sobre una silla y se sentó de espaldas a la barra para no ver la cara de aquel insolente hombre y a un par de borrachos que parecían estar a punto de perder el conocimiento en una mesa cercana.

Debía serenarse antes de volver a preguntarle sobre Erinn. La pista que le había dado la prostituta no podía ser un callejón sin salida. Desesperado, se pasó las manos por el pelo, despeinándolo sin remedio.

Unos pasos se acercaron a la mesa y, tras poner una jarra metálica frente a él, una camarera vestida con un ajado vestido marrón lleno de manchas de hollín vertió un líquido espumoso en ella, al principio de manera controlada, pero en un instante el pulso de ella tembló derramando un poco de cerveza por la mesa.

Alarmado, Kylan la miró y ella le devolvió la mirada que, con sus enormes ojos azules, parecía estar congelada.

—Erinn —su voz fue un leve susurro casi inaudible—. ¿Estás bien? Te estaba buscando para llevarte a casa.

Ella dio un par de pasos hacia atrás mientras él se levantaba.

—Ahora, ésta es mi casa —su voz sonó carente de ningún sentimiento.

—Tonterías —La cogió de la muñeca y ella forcejeó para soltarse sin poder lograrlo.

—¡Suéltame!

Él movió la cabeza sin comprender qué pasaba y el tabernero les miró desde la barra con cara de pocos amigos.

—¿Qué está pasando aquí?!

Glenfinnan le fulminó con la mirada mientras el hombre se acercaba con pasos firmes.

—No más problemas, niña. Ya me costaste un cliente cuando abofeteaste al hijo del panadero por una caricia de nada. Te lo dije, un problema más y te pongo de patitas en la calle.

Por alguna razón, aquellas acusaciones hicieron sonreír a Glenfinnan que, con una mano, se había puesto el sombrero y recogido su capa.

—Bob, te prometo que seré la mejor camarera del mundo, por favor, necesito un sitio donde dormir.

Kylan la miró preocupado.

—Ya tienes un sitio donde dormir.

Los ojos de Erinn le miraron con furia mientras forcejeaba por soltarse.

—Si mal no recuerdo, no, no lo tengo, alguien me echó de allí cuando mi falso marido me secuestró.

Aquellas palabras se clavaron como puñales en el alma de Kylan, que miró al suelo sabiendo que eran ciertas. Muy ciertas.

—¡Basta ya! Vaya de lo que vaya este rollo vuestro, lo quiero fuera de mi local, largo, no quiero más problemas. ¡Fuera!

El tabernero les empujó hacia la puerta. La mano de Glenfinnan aún sostenía la muñeca de ella, pero Erinn ya no forcejeaba. La mirada triste de él la había distraído de su intento de fuga.

El frío de la noche les azotó en cuanto salieron a la calle y Erinn se frotó un brazo con la única mano libre que tenía.

—Volveré a entrar para recuperar tus cosas.

Ella se frotó la muñeca que él había apretado con fuerza.

—Lo que llevo encima son todas mis cosas, tuve que vender lo poco que conseguí para sobrevivir y comprar comida.

Kylan miró al suelo mientras la culpabilidad caía cada vez con más peso sobre sus hombros. Con movimientos lentos y cuidadosos, colocó su capa sobre Erinn.

—Con esto estarás abrigada, dudo que encontremos un coche de alquiler en esta zona, así que nos espera un buen paseo hasta llegar donde deje a Caronte.

Él dio un par de pasos y se giró para que ella hiciera lo mismo.

—¿Y qué pasa con Vergil?

Kylan apretó los dientes.

—Ese farsante ha tenido su merecido.

Con un poco de brusquedad, ya que la simple mención de aquel hombre le alteraba, volvió a coger la muñeca de Erinn, que hizo una mueca, empezaba a lastimarle la piel. Atento a sus pequeños gestos, Kylan deslizó su mano hasta la de ella y, entrelazando sus dedos, tiró de ella suavemente para que empezara a caminar.

Cuando llegaron a la atestada calle principal, un par de chicas con un maquillaje exagerado, vestidas con finos vestidos y llamativos tocados de plumas y lazos hechos a mano, saludaron a Erinn efusivas tirándole un par de besos. Ella se limitó a sonreír y Kylan no pudo evitar sentirse orgulloso de ella. Durante aquella larga semana, Erinn había conseguido sobrevivir en uno de los lugares más pobres de Edimburgo, usando su ingenio y su carácter fuerte. Tan sólo una duda atormentaba el corazón de Glenfinnan que, tras haber andado cinco calles en silencio, afloró en sus labios sin previo aviso.

—¿Te han tocado? —Ella apenas le dedicó una rápida mirada volviendo la vista al frente—. Me refiero a que si han mancillado...

—Sé a lo que te refieres —espetó ella levantando la barbilla.

Las imágenes de todo lo vivido aquella dura semana pasaron veloces por la mente de Erinn. En cuanto se libró del falso Vergil, se vio escrutada al instante por cientos de miradas de las personas que allí vivían. Sin duda, el aspecto pulcro y elegante de ella desentonaba, así que lo primero que hizo fue ocultarse entre las sombras de un callejón, hasta que su mente se aclaró y serenó.

Por suerte, el callejón donde se escondió contaba con varias prendas colgadas de unos tendederos hechos con cuerdas y, tras enfundarse un desgastado vestido, se manchó la carra y el

pelo con barro y empezó a vagar por la calle.

Lo fácil había sido hacerse pasar por una ladrona y negociar con las prostitutas del barrio el precio de los pocos vestidos y abalorios que la bolsa de cuero que consiguió llevarse consigo contenía. Incluso, ofrecerse como camarera y acostumbrarse a dormir en un pequeño cuartucho compartido con un perro y mercancías con dudosa fecha de caducidad, había resultado sencillo en cuanto el dueño del local vio sus brillantes ojos y su fina piel aceptó sin rechistar. Pero lidiar cada noche con los borrachos de la taberna, incluso con el dueño de ésta, había sido algo completamente diferente. Los hombres de aquella parte de la ciudad tenían las manos muy largas y, a pesar de que Bob sólo la vio una vez abofetear a un cliente, fueron innumerables empujones, patadas y mordiscos los que tuvo que dar para zafarse de caricias y abrazos indeseados.

De haber pasado más tiempo allí, seguramente habría ocurrido lo peor.

—¿Erinn?

Ella soltó el aire lentamente borrando de su mente todo aquello.

—Nadie me ha violado, si es eso lo que te preocupa.

La dureza de sus palabras eran como latigazos sobre la conciencia de Kylan que, sin poder evitarlo, entrelazó sus dedos con más fuerza con los de ella, incapaz de decir nada más.

Apenas quince minutos más tarde, llegaron de nuevo a la Taberna donde Kylan había dejado a Caronte que, al verle casi dos horas después, soltó un leve relinchar que pareció una queja.

Erinn se acercó soltándose de Glenfinnan y acariciando el entrecejo del caballo.

—Hola, precioso —le susurró mientras acercaba su frente a la del caballo y de pronto experimentaba unas repentinas ganas de llorar, que se esforzó por disimular.

—¿Estás muy cansada? —comentó Kylan mientras cogía las riendas del animal—. Puedo intentar ir deprisa, pero a pesar de ello nos quedan casi dos horas hasta Delfryn.

—¿Delfryn? —Asomó los ojos por encima del morro de Caronte.

—Si estás cansada podemos quedarnos en mi casa de Edimburgo, pero preferiría llevarte directamente al castillo.

Ella pareció barajar las opciones un instante mientras seguía acariciando a Caronte.

—Puedo aguantar el viaje.

Una fugaz sonrisa se dibujó en los labios de Kylan que, sin perder un momento, saltó a lomos de su caballo y le tendió la mano para ayudarla a subir. Apenas unos minutos después, cabalgaban a toda velocidad por las calles empedradas camino al castillo del acantilado.

Erinn, aún envuelta con la capa de él, no tuvo más remedio que dejar caer su peso sobre el pecho de Kylan que, con brazos y piernas protectores, la rodeaba sintiendo su calor a pesar de la fría temperatura de la noche.

Allí se sentía segura pero, a pesar de ello, su orgullo no la dejaba relajarse del todo. No podía dejar de pensar que Glenfinnan no había creído en sus palabras, entregándola tan fácilmente a los brazos del falso Vergil y olvidándose de ella para siempre.

Mientras su cabeza daba vueltas y sus sentimientos entraban en una lucha entre el amor y el odio, el cansancio se apoderó de ella y, sin poder remediarlo, dejó caer la cabeza sobre el pecho de él y se durmió.

XXXIV

Para cuando faltaba poco más de una hora para que saliera el sol, Kylan hizo parar a un agotado Caronte frente a la entrada de las cuerdas del castillo. Erinn, profundamente dormida entre sus brazos, parecía relajada.

A pesar de sus cabellos despeinados y las manchas de hollín y barro en su cuello, le parecía la mujer más bonita que jamás había visto.

Deslizó con cuidado su mano por el rostro de ella hasta que poco a poco abrió los ojos.

—Hemos llegado —susurró con dulzura.

Ella se incorporó al instante, siendo consciente de todo lo que había sucedido y la felicidad de Kylan se esfumó de golpe.

Sin decir una sola palabra, él saltó del caballo y la ayudó a bajar cogiéndola por la cintura. Al sentir el suelo bajo sus pies, Erinn se deshizo de sus manos dando un paso atrás como si no quisiera su contacto.

Glenfinnan palmeó el trasero de Caronte para que se adentrara solo en el establo y empezó a caminar hacia la entrada lateral del castillo, con la cabeza baja.

Se merecía de sobras aquella reacción por parte de ella.

Erinn le siguió de cerca y no pudo evitar verle abatido, sintiéndose culpable también.

Kylan sostuvo la enorme puerta de madera hasta que ella hubo entrado y se acercó a una banda de terciopelo azul tirando de ella con fuerza un par de veces.

El castillo estaba en completo silencio y la entrada en la que estaban, cercana a la cocina, era mucho menos lujosa que la principal. A pesar de ello, sus muros de piedra grisácea se iluminaban por las lámparas de aceite que siempre estaban encendidas.

Mientras esperaban al mayordomo que, sin duda, aún estaba durmiendo, Kylan le quitó la capa a Erinn y la colgó en unos ganchos que había en la pared junto a la puerta y que ya tenían un par de capas colgadas, mucho menos lujosas.

Ella le miró, sin darse cuenta hasta aquel momento de que Kylan había estado cabalgando en plena noche vistiendo sólo una fina camisa de hilo y la chaqueta de su traje, que poco abrigo proporcionaba.

Justo en el momento en el que abrió la boca para decir algo, un nervioso mayordomo que se ajustaba el corbatín de su uniforme mientras corría por el pasillo, llegó hasta ellos.

—Milord —Hizo un gesto con la cabeza.

—Fred, despierta a los sirvientes que creas oportunos para que preparen un baño caliente y un desayuno sustancioso para la señorita Burton —la voz de Kylan sonaba fría y autoritaria.

—Por supuesto, milord. Mandaré preparar de inmediato la habitación violeta para nuestra invitada —El mayordomo hizo una reverencia a Erinn que se sintió avergonzada por su ajado y sucio atuendo.

Glenfinnan levantó la cabeza orgulloso.

—No, prepararán la habitación de la condesa.

Los ojos de Fred se abrieron como platos y Erinn le miró sin saber qué tramaba.

—Milord, disculpe mi atrevimiento pero, ¿debemos llamar de otra manera a la señorita Burton a partir de ahora? ¿Tal vez Lady Glenfinnan?

El rostro de Erinn palideció al entender aquellas palabras.

—No, Fred, pero dado que no volverá a haber ninguna Condesa de Glenfinnan en esta casa y que la estancia aquí de la señorita Burton será ilimitada, encuentro lógico que ocupe la segunda mejor habitación del castillo.

Fred hizo una mueca pero, fiel a su buen hacer como mayordomo de la casa, se limitó a guardar sus conclusiones para él mismo.

—Lo dispondré todo enseguida, milord —Hizo una reverencia con la cabeza—. Mientras tanto, permítame sugerirles que tomen un té en el salón melocotón.

—Mejor que sea en mi salón personal.

—Como guste, milord.

—Gracias, Fred —musitó Erinn aún sorprendida.

El mayordomo sonrió levemente y desapareció a toda prisa por uno de los pasillos del servicio.

Kylan empezó a caminar en dirección a la parte principal del castillo, donde la enorme escalinata de mármol blanco se enroscaba en un lateral. Con pasos silenciosos, ambos se encaminaron por el pasillo hasta la puerta de doble hoja de madera tallada, que Erinn conocía perfectamente.

Dentro, las vitrinas llenas de volúmenes lujosos y los dos enormes sillones frente a la chimenea, que en esta ocasión estaba apagada, parecían esperarles. Por las ventanas con las cortinas descorridas, empezaban a verse los colores dorados y anaranjados del amanecer.

Kylan se acercó a la ventana dándole la espalda y ella se sentó en uno de los sillones mientras veía su silueta iluminada como si fuera de oro con sus cabellos rojos de puro fuego.

—No hace falta que me aloje en la habitación de la condesa, la otra era perfecta.

La posición de él pareció erguirse mientras entrelazaba sus manos en la espalda.

—Eso no es negociable.

—¿Perdona?

Kylan se giró mirando al suelo con un punto inocente, casi de niño pequeño, en la expresión de su cara.

—Erinn, he cometido un error enorme e imperdonable que ha traído a tu vida unas consecuencias nefastas. Tu virtud y tu reputación, aunque no dudo que están intactas, han quedado maltrechas y, de ahora en adelante, como responsable de tu situación y consiguiente desgracia, me veo obligado a protegerte y acogerte como parte de mi familia —Se volvió a girar para mirar por la ventana—. Por lo tanto, he decidido tomar la mejor solución que es considerarte como mi hermana.

Algo pareció partirse en mil pedazos en el interior de Erinn.

—Hermana —farfulló.

Él llenó de aire sus pulmones, dejando que sus brazos cayeran lánguidos a lo largo de su cuerpo.

—Lo lógico y lo que dicta mi honor, sin duda, es casarme contigo —Soltó el aire—. Pero como ya sabes, mi maldición me impide hacerlo. Destrozarte la vida y cualquier oportunidad de un buen matrimonio ya ha sido suficiente castigo. Casarte conmigo y morir, sería aún peor.

Erinn, petrificada en su asiento, vio como él agitaba la cabeza como si quisiera echar de su mente la idea de su muerte.

—Me ocuparé de que no te falte de nada. Hoy mismo, me encargaré de que varias modistas confeccionen un nuevo vestuario para ti, te asignaré una generosa cantidad mensual para tus gastos y, desde luego, puedes considerar Delfryn como tu hogar.

Abrumada, Erinn se puso en pie. Todo aquello era una oferta más que generosa, pero ella no

lo necesitaba. No quería atenciones, simplemente necesitaba una cosa de él. Una disculpa de corazón y el hecho de no conseguir algo tan simple la hacía enfurecer.

—¿Y eso es todo? —La voz de ella sonó firme y seria.

Glenfinnan reaccionó a esas palabras tensando de nuevo su postura.

—Cualquier cosa que necesites te la conseguiré, un caballo, un coche privado... lo que sea.

—No necesito nada de todo lo que me ofreces, es demasiado y abrumador.

—Lo lamento —Inclinó un poco la cabeza sobre su hombro sin llegar a mirarla.

—¿Qué lamentas? —ella sonó algo más relajada.

—Abrumarte.

—Claro —sonó decepcionada y algo enfadada.

—Me siento responsable de lo ocurrido, por eso al menos durante una temporada no voy a dejar que te alejes mucho de mí. Me aseguraré de que estés bien.

Ella se cruzó los brazos sobre el pecho, algo indignada.

—Creo que sé defenderme sola.

—No lo dudo, pero debo hacerlo.

—*Debes* hacerlo... —su voz sonó con un punto triste—. Debido a tu honor y tu posición, entiendo.

Él abrió la boca para hablar pero una doncella entró con una bandeja con dos tazas de té y una humeante tetera.

—Milord, traigo el té.

Él se giró para mirar a la joven.

—Déjalo sobre la mesilla, por favor.

Ella asintió con la cabeza obedeciendo.

El rostro de Erinn era frío, distante.

—¿Esta lista ya mi habitación?

La joven criada le dedicó una amplia sonrisa.

—Sí, señorita Burton, acaban de encender el fuego.

—Perfecto, me instalaré ahora mismo.

La chica movió rápidamente la cabeza.

—Por supuesto, sígame.

Sin decir nada más, las dos mujeres dejaron solo a Glenfinnan que, agotado y con un hervidero de sensaciones y sentimientos en su mente, se dejó caer en uno de los sillones y soltó el aire en un suspiro lento y doloroso.

Evidentemente, Erinn estaba disgustada, no se lo recriminaba. Estaba en todo su derecho después de todo lo pasado. A pesar de ello, la admiraba por su valentía e ingenio. Muchos de sus colegas del club de caballeros serían incapaces de sobrevivir en las calles más de un día. Erinn era fuerte, resistente y osada, sin duda las cualidades que necesitaba tener cualquier mujer que viviera bajo el mismo techo que el conde maldito.

Un escalofrío recorrió su espalda al pensar en que alguna desgracia podía sucederle, pero esta vez no permitiría que así fuera. Pondría todos los medios para que su cruz no pesara sobre los hombros de ella. El matrimonio quedaba completamente descartado, pero aun y así, debía formarla para cualquier situación desagradable que pudiera volver a sucederle.

Sin saber por qué, sus ojos se desplazaron sobre la chimenea, donde una escopeta de caza con culata de plata tallada le daban una idea.

Enseñaría a Erinn a disparar.

La doncella sostuvo la puerta para ella mientras Erinn, con pasos lentos, se maravillaba con las medidas de la lujosa habitación. La había visto en sus visiones, pero estar allí en carne y hueso era completamente diferente.

La decoración poco distaba de la de había escogido la segunda Condesa de Glenfinnan, apasionada por lo egipcio. Ahora, predominaban los colores gris y rosado con molduras doradas por todas partes. La cama tenía cojines a juego con las cortinas y en el dosel colgaban delicadas gasas de color blanco.

Sin duda, una decoración demasiado femenina para Erinn, pero podría soportarlo.

En un lateral de la habitación y tras un biombo pintado con la escena de un pavo real en un prado con flores, había esperándole una preciosa bañera de color blanco con unos trabajados pies de oro.

La criada sonrió captando sus intenciones.

—Si la señorita lo desea, puedo ayudarla para darse un baño.

Erinn la miró sonriente.

—Nada me apetecería más, pero no te preocupes, puedo hacerlo sola.

—Lo lamento —La joven dio un paso atrás con la cabeza baja—. Sé que no tengo el rango de doncella, pero hasta que el ama de llaves le asigne una digna de su condición me han pedido que sea yo la que la ayude.

Al ver cómo la joven de cabello rubio y rostro lleno de pecas se estrujaba las manos con culpabilidad, Erinn se acercó a ella.

—¿Cómo te llamas?

—Grace, señorita.

—Verás, Grace, estoy convencidísima de que serías una ayuda perfecta, lo que pasa es que soy una persona bastante independiente —Sonrió—. Sobre todo a la hora del baño, pero mañana será un placer contar con tu ayuda.

La joven asintió con la cabeza y sonrió tímidamente.

—Entonces, la dejaré sola —Dio un par de pasos hacia la puerta—. ¿Necesita algo más?

Erinn negó con la cabeza.

—Gracias, Grace.

La chica esbozó una tímida sonrisa y cerró la puerta tras ella.

El silencio se apoderó de la habitación e hizo sentirse un poco sola a Erinn. Los últimos días, aunque le costara admitirlo, se había acostumbrado a dormir entre los gritos de la cocinera, los ladridos del perro y los mozos que descargaban los suministros para la taberna de Bob.

Miró hacia abajo viendo su vestido ajado y sintió un escalofrío. Se lo quitó junto con las enaguas, dando tirones y se sumergió en la bañera de agua caliente.

Mientras había estado en la taberna o paseando por las calles vendiendo sus vestidos, había compartimentado sus sentimientos a la perfección. No se había permitido tener miedo, ni lástima de sí misma, simplemente había alimentado el instinto de supervivencia que la había hecho salir adelante.

Ahora, todo era diferente. En aquel enorme castillo, en aquella habitación en particular donde el lujo rebosaba de cada moldura y cada adorno, las compuertas se habían abierto y todo el miedo, lástima, frustración y odio, fluyó por el cuerpo de Erinn helándole la sangre.

Empezó a limpiarse las uñas ennegrecidas con furia y, tras sumergirse por completo, restregó

rápidamente el jabón contra la maraña de enredos que era su cabello. Cada vez frotaba más rápido, más fuerte, hasta que, desbordada por todo, soltó un grito, tiró el jabón contra la pared y se rodeó las piernas con los brazos haciéndose una bola y empezando a llorar desconsoladamente.

XXXV

Un poco antes de la hora del té, Grace había despertado a Erinn con una enorme bandeja de bocadillos de pepino, pasteles y té humeante que, para sorpresa de la criada, devoró en un santiamén.

La noche anterior no había tocado la comida que el mayordomo había encargado para ella, ya que el cansancio y las lágrimas la dejaron demasiado agotada para comer.

—Señorita Burton —musitó Grace cuando Erinn apuró su taza de té—. Se va usted a ahogar. Erinn se tapó la boca con la mano y sonrió avergonzada.

—Lo siento.

Grace esbozó una tímida sonrisa que se amplió cuando Erinn, sintiéndose ridícula, empezó a reír nerviosa.

—Grace.

—¿Sí?

Erinn dejó a un lado la bandeja y salió de la cama vestida con un camisón de hilo blanco lleno de lazos rosas que, sin duda, perteneció a la última mujer de Glenfinnan.

—¿Ha decidido el ama de llaves quién será mi doncella?

La joven se movió nerviosa y pestañeó un par de veces.

—La señora Mait nos ha comunicado esta mañana que será Anne, ya que fue su última doncella aquí, señorita Burton.

Erinn entrecerró los ojos recordando la chica de cabello castaño que siempre parecía estar nerviosa.

—¿Podrías hacer algo por mí, Grace? —Ella asintió con la cabeza—. Quiero que comuniques a la señora Mait que, a pesar de que agradezco mucho su elección, quiero que seas tú mi doncella.

—¡¿Yo?! —Abrió sus enormes ojos avellana—. Pero yo no tengo experiencia.

—Pero me gustas, Grace.

La joven se sonrojó y Erinn le dio un par de palmaditas en la espalda. Aquella chica era como un sople de aire fresco.

Unos golpes en la puerta llamaron la atención de Erinn.

—Adelante.

Sin esperar mucho, dos mujeres de mediana edad seguidas de un par de chicos jóvenes cargados con varios rollos de tela y cajas, irrumpieron en la habitación.

Erinn miró a su nueva doncella un poco asustada frunciendo el ceño.

—Las modistas —susurró Grace.

—Buenas tardes, señorita Burton —Una de las mujeres, la de mayor edad, le hizo una reverencia.

—Buenas tardes —saludó ella.

—El Conde nos ha hecho llamar porque al parecer necesita usted todo un vestuario nuevo.

La segunda mujer, que no había hablado aún, rodeó a Erinn con una cinta métrica mientras ella la miraba nerviosa.

—Sí, pero...

—No se preocupe, señorita. Clodette es la modista más rápida de la región. En apenas dos días tendrá una armario completamente renovado y, por supuesto, con los mejores diseños recién venidos del mismísimo París.

Clodette, que había pasado a medir el largo de las piernas de Erinn, la miró desde el suelo esbozando una sonrisa sin decir ni una palabra.

Debía ser muda.

Tras escoger varios modelos de vestidos, las telas y los complementos a juego, la tranquilidad volvió a reinar en la habitación de Erinn. El sol ya se había puesto y una creciente tormenta empezaba a llenar de pequeñas gotas los cristales de las ventanas.

Agotada, se dejó caer en un diván frente a la chimenea y se durmió.

Delicadamente, llevó el tenedor a la su boca y masticó lentamente el pedazo de codorniz que habían servido para su solitaria cena.

El mayordomo y Grace, observaban a la elegante mujer de ojos azules y cabello parcialmente pelirrojo a causa de las canas, esperando a que terminara.

—¿Qué opinas de ella, pequeña Gracie? —Tomó un discreto sorbo de vino.

La chica se movió algo nerviosa.

—Es una joven encantadora, milady.

La mujer sonrió y unas arrugas se formaron alrededor de sus ojos.

—¿Sólo encantadora?

—Bueno es... bastante independiente —Tomó aire—. Según la propia descripción que hizo la señorita Burton de sí misma.

—Interesante —Sonrió pensativa—. ¿Fred?

El mayordomo se irguió orgulloso al oír su nombre.

—Sin duda, y si me lo permite milady, es una joven de lo más peculiar, de buena cuna, evidentemente, pero se la podría definir como un espíritu libre.

Sonriente, la mujer dejó el tenedor sobre el plato dando por finalizada la cena y se limpió delicadamente las comisuras de los labios con la servilleta.

Fred retiró el plato con cuidado mientras hacía una breve reverencia.

—¿Han subido ya la cena al Conde? Esta tarde parecía agotado.

—Sí, milady, pero no ha comido nada. Me temo que su señoría esta algo indispuesto.

Ella chasqueó la lengua preocupada.

—Espero que sólo sea agotamiento. Mantenme informada de su estado, no quisiera que enfermara a causa de sus aventuras nocturnas.

—Por supuesto, milady.

Los ojos de la mujer volvieron a Grace que, nerviosa, aún seguía de pie, inmóvil.

—Gracie, mañana por la mañana comunícale a la señorita Burton que a la madre del Conde le encantaría su compañía durante el desayuno.

La joven asintió con la cabeza mientras veía como Fred le servía el postre a su señora.

Por suerte para Erinn, Clodette realmente era rapidísima y aquella misma mañana, justo a tiempo para su cita con lady MacAdam, había llegado parte de su vestuario en una caja, que contenía un precioso vestido de mañana de color verde con pequeñas rayas amarillas y todo lo necesario para estar presentable.

Cuando Grace la acompañó hasta la puerta del comedor, Erinn llenó de aire sus pulmones. No sabía por qué pero conocer a la madre de Kylan la ponía bastante nerviosa.

Se pasó la mano por el pelo, asegurándose de que su recogido aún estaba intacto y entró con pasos firmes.

Al verla entrar, Lady MacAdam se puso en pie y Erinn se agarró a la puerta presa de un violento mareo. No podía creer lo que veía, no podía ser cierto. La mujer que tenía en frente y que se le acercaba con una brillante sonrisa, era idéntica a la señora MacAdam que había llevado a su tienda el cuadro de Glenfinnan para restaurarlo. Intentando no perder la compostura, respiró un par de veces. Debía de haber alguna explicación lógica. La madre de Kylan era una MacAdam, al igual que la mujer de su tienda, sin duda los genes eran los culpables de aquella acertada coincidencia.

—¿Querida? —Lady MacAdam le tocó un hombro preocupada—. Estás pálida como la cera. Parece que hayas visto un fantasma.

Erinn la miró y se frotó los ojos, habría jurado ver una fugaz sonrisa en los labios de la mujer.

—Perdóneme —Se irguió forzándose a controlar la situación—. Ha sido un ligero mareo.

—Sin duda, a causa del apetito —Lady MacAdam volvió a ocupar su sitio en la mesa—. Fred, por favor, sirve un poco de té a la señorita Burton.

El mayordomo obedeció mientras Erinn seguía sin creer el asombroso parecido.

—Es un alivio contar con compañía en este grande y aburrido castillo, querida —Erinn se limitó a asentir—. Este año, mis achaques de la edad me han tenido toda la temporada social confinada en el maravilloso balneario de Bath que, por suerte, me ha revitalizado bastante, pero donde me aburrí un poco.

—Lo lamento.

—Estar rodeado de enfermos es lo que tiene —Se rió divertida—. Después, vine aquí, esperando visitar a mi hijo y, como ya sabes, él había decidido pasar una temporada con mi cuñada. Así que, mi joven amiga, tu compañía me hace de lo más feliz.

Instintivamente, Erinn miró hacia la puerta a la espera de que Glenfinnan la cruzara de un momento a otro.

—Está indispuerto —canturreó lady MacAdam contra el borde de su taza—. Esperemos que no sea nada preocupante, pero me temo que ayer por la noche el Conde se sintió débil.

Al ver la preocupación en los ojos de Erinn, la mujer sonrió ampliamente.

—¿Juegas a las cartas, querida? No está muy bien visto en los grandes salones de la alta sociedad, pero me apasiona jugar al póker.

Erinn sonrió divertida.

—A mí también me gusta.

—No bromeas con una anciana de salud débil —comentó dramática.

—Lady MacAdam, jamás bromearía con eso —Sonrió.

—Marryanne —Erinn enarcó las cejas dudosa—. Puedes llamarme simplemente Lady Marryanne. Al fin y al cabo, según me hizo saber mi hijo, ahora eres parte de la familia.

Por algún extraño motivo, las mejillas de Erinn enrojecieron y Marryanne siguió con su charla animada el resto del desayuno.

XXXVI

Agotada tras un intenso día con Marryanne, jugando al póker, criticando a la alta sociedad y sus costumbres y, lo mejor, hablando de la infancia del pequeño y travieso Kylan, Erinn se había enfundado en su nuevo camisón de hilo con un par de bordados de flores azules en el escote y había caído en el acto en un profundo y reparador sueño. La madre de Kylan tenía la cualidad de cargarla de energía positiva y, justo en aquel momento de su vida, era lo que necesitaba.

El murmullo de unas voces en el pasillo junto a su puerta y los pasos de varias personas la hicieron despertar sobresaltada. Su habitación estaba completamente a oscuras a excepción de la luz de las lámparas de aceite, que se filtraba por debajo de la puerta.

Algo nerviosa, se sentó en la cama, frotándose los ojos, mientras escuchaba fragmentos de la conversación.

—Que le cambien los paños de agua fría cada hora y si por la mañana no le ha bajado la fiebre avísenme sin falta.

Erinn se acercó a la puerta para escuchar mejor.

—¿Cuál cree que ha debido ser la causa? —comentó una voz femenina que Erinn reconoció como la de Marryanne.

—Si ha estado expuesto a corrientes de aire frío o ha estado en la intemperie varias horas sin el abrigo adecuado, es posible que...

Las voces, al igual que la luz, se perdieron en la lejanía, pero Erinn había oído suficiente y sabía a la perfección cuál era la causa de la enfermedad de Kylan.

Su viaje nocturno desde Edimburgo.

Agobiada, volvió a tuestas hasta su cama, sintiéndose impotente. Kylan había enfermado por ser, de nuevo, un caballero honorable con ella.

Un leve fulgor en el otro extremo de la habitación, justo al lado de la enorme chimenea de mármol, le llamó la atención. Hasta ese preciso momento, no había sido consciente de que había una segunda puerta en la habitación.

Se acercó con pasos rápidos y escuchó lo que pasaba al otro lado de la puerta.

—Anne, te dejo al cargo de cambiar las compresas frías de milord.

La voz era claramente de Fred.

—Sí, señor, volveré en una hora.

Se oyeron pasos y cómo una puerta se cerraba, después de eso, silencio. Simplemente silencio.

Con mucho cuidado, y sin pensar en lo que hacía, Erinn posó la mano sobre el picaporte y abrió la puerta muy lentamente.

La luz tenue de la chimenea y una lámpara de aceite sobre la mesilla de noche, eran lo único que iluminaba la habitación que, un poco más grande que la de Erinn, tenía claramente definido el carácter de su propietario con un papel pintado de color burdeos y mobiliario de madera oscura y reluciente.

En la enorme cama de madera tallada, descansaba Kylan, tapado con una gruesa colcha hasta el pecho que elevaba cada pocos segundos a la vez que emitía un leve pero audible fuelle.

Sobre un baúl a los pies de la cama, había una palangana con agua y varios paños

meticulosamente doblados.

—¿Glenfinnan? —susurró desde la puerta sin tener respuesta—. ¿Kylan?

Al ver que no se movía y con pasos lentos y cautos, se acercó a la cama.

Sobre su frente y bajo una maraña de rizos pelirrojos, había un paño húmedo. Ella observó su rostro, que a pesar de todo parecía sereno, para bajar hasta su cuello y el trozo de pecho que se veía por su camisa entreabierta. Su piel pálida brillaba a causa del sudor que la fiebre le provocaba.

Erinn cogió uno de los paños limpios y, humedeciéndolo levemente, se acercó a Kylan para limpiarle.

Cuando su mano estaba unos pocos centímetros de él, se quedó inmóvil, como si estuviera a punto de atravesar alguna barrera invisible, pero tras un instante, la tela húmeda tomo contacto con la piel de Kylan.

Con mucho cuidado, deslizó el paño por su cuello y parte del pecho. Cuando parte de sus dedos rozaron sin querer la piel de él, notó cómo quemaba.

—Kylan —susurró más para ella que para llamarle.

Tras revisar que el paño de su frente estaba caliente, lo volvió a mojar con agua y lo colocó con mucho cuidado de nuevo en su lugar.

Al notar el contraste de temperatura, él musitó algo incomprensible. Estaba delirando.

Erinn se sentó en el borde de la cama y deslizó las yemas de sus dedos por la mejilla de Kylan, que abrió sus ojos sólo una rendija farfullando de nuevo algunas palabras.

—Shhh —Ella volvió a acariciarle—. Descansa.

—Erinn... —susurró al reconocer su voz y volviendo a cerrar los ojos—. Mi preciosa desconocida.

Las mejillas de ella se volvieron rojas al instante.

—¿Qué me has llamado? —musitó.

—Fue mi culpa... podrías haber muerto...—Se removi6 entre las sábanas—. Lo siento tanto.

Ella le acarició el pelo para calmarle y volvió a colocar el paño sobre su frente que se había caído.

—Lo... siento... —farfulló.

Erinn se sintió mal, allí estaban las dos palabras que tanto buscaba del hombre que la había rescatado de los suburbios de Edimburgo, que la había protegido desde el primer día sin importarle su procedencia o condición y que ahora estaba postrado en la cama con fiebre por haber evitado que fuera ella la que se pusiera enferma con el frío de la noche. Tantos eran los actos que Glenfinnan había hecho por Erinn y sin embargo ella estaba enfadada por una pequeña frase, incapaz de darse cuenta hasta ese momento que las acciones son mucho más valiosas que las palabras.

Durante un largo rato, se quedó quieta, mirando como Kylan respiraba hasta que notó que el paño volvía a necesitar un nuevo cambio.

Las llamas en la chimenea ya no eran tan intensas como al principio, cosa que le indicaba que llevaba allí un buen rato.

La conversación del médico volvió a su mente, llegando a una rápida conclusión. O bien ella llevaba menos de lo que creía en la habitación de Glenfinnan o bien nadie estaba acudiendo a cambiarle los paños de agua fría.

Algo molesta, se encaminó hacia la puerta y, con cuidado, la abrió mirando hacia el pasillo oscuro. Tal y como se temía, no había ni rastro de ninguna luz.

—Es posible que Anne se haya quedado dormida —susurró meneando la cabeza.

Tomando las riendas de la situación, se acercó a la chimenea y avivó el fuego echando un par de trozos de leña, para después volver a refrescar la piel del cuello y el pecho de Kylan, que ya no parecían estar tan calientes.

De vez en cuando, él musitaba palabras sueltas o giraba la cabeza agitado y Erinn le calmaba susurrándole cosas dulces y acariciándole el pelo.

Varias horas después, y cuando el sol ya estaba presente en el cielo nublado, Erinn se movió acurrucando su cabeza contra algo cálido y suave.

De pronto, como si hubiera sonado una alarma en su cabeza, Erinn fue consciente de dónde estaba y abrió los ojos alterada. En algún punto de la madrugada, se había quedado completamente dormida sobre el pecho de Kylan que, por suerte, parecía profundamente dormido.

Con mucho cuidado, se bajó de la cama y se quedó un instante viéndole respirar tranquilamente. Tenía mejor aspecto.

Incapaz de evitarlo, le tocó la mejilla con el dorso de la mano para comprobar su temperatura y sonrió al sentir que la fiebre había remitido.

Al retirar la mano, le acarició sutilmente y él se movió, respirando profundamente, señal inequívoca de que estaba despertando.

La adrenalina fluyó por las venas de Erinn, que salió corriendo hacia la puerta principal que daba al pasillo, pero al llegar a ella oyó cómo unas voces avanzaban hacia la habitación.

—Maldición —susurró apretando los puños y recordando súbitamente la existencia de la otra puerta.

Dando unas enormes zancadas, abrió de un tirón la puerta que intercomunicaba las dos habitaciones y se coló por ella a toda prisa. Por desgracia, no fue lo suficientemente rápida ya que Glenfinnan, a pesar de tener la visión algo borrosa, la vio colarse por la puerta y cerrarla tan rápido que parte de la falda de su camión quedó atrapada, dejando un pico de tela blanca en el lado equivocado de la habitación. Tras una casi inaudible maldición, la tela desapareció con un fuerte tirón y Kylan no pudo evitar sonreír.

XXXVII

Poco antes de la hora del té y aprovechando que la tarde se presentaba soleada y no tan fría como lo que se debía esperar a esas alturas del otoño, Marryanne y Erinn se dispusieron a dar un paseo por los jardines del castillo.

Nada más salir al exterior, un joven rubio de ojos miel vestido con un traje de color gris y varias carpetas de cuero en sus manos, se topó con ellas.

—¡Señor Tyler! —Vitoreó animada Marryanne—. Qué placer verte por aquí.

—Lady Marryanne, ¿es posible que cada vez que la veo esté más hermosa?

Ella empezó a reír.

—Adulador —Movió la mano—. ¿Conoces a la señorita Erinn Burton? Es nuestra protegida.

Los ojos de Oliver se clavaron en Erinn, que esbozó una tímida sonrisa.

—No, no la conocía personalmente —Le estrechó la mano en vez de besársela—. Pero son muchas las historias que me han contado sobre usted, señorita.

Erinn se quedó paralizada.

—Nada escandaloso, espero —bromeó Marryanne.

—Nada escandaloso —Le guiñó un ojo a Erinn—. Si me disculpan, debo reunirme con Glenfinnan, tenemos asuntos urgentes que tratar.

—Evidentemente.

Marryanne se apartó para que Oliver pudiera entrar y desapareció ante ellas con un ligero movimiento de cabeza.

Las dos empezaron a caminar cruzando el patio que las llevaría hasta el jardín trasero.

—Adoro la falta de formalismos y protocolo de los americanos —canturreó Marryanne mientras se ajustaba su chal de lana sobre los hombros—. Oliver siempre me divierte.

—Parece un joven muy vital —Marryanne asintió.

A pocos metros de que cruzaran unos arcos metálicos llenos de enredaderas para adentrarse en el jardín, Anne apareció por una pequeña puerta lateral, mientras llevaba un cesto de lo que parecía ser ropa de cama limpia.

—¡Anne! —la llamó Marryanne con la mano—. Ven, querida.

La joven las miró y, dejando el cesto en el suelo, se les acercó a paso rápido, casi al trote.

—Milady —Miró a Erinn—. Señorita.

—Anne, quería agradecerte tu labor nocturna de cambiar los paños fríos del Conde. Gracias a ello, esta mañana ha despertado sin fiebre y con mucho mejor aspecto.

Erinn no pudo evitar hacer un sonido irónico que, por suerte, pareció ser inaudible, mientras Anne bajaba la cabeza y evitaba el contacto visual con su señora.

—Sólo hacía mi trabajo, milady.

Marryanne sonrió agradecida y con la mano levantó la barbilla de la joven para mirarla directamente a los ojos.

—Pobrecilla, toda la noche en vela. Debes de estar agotada.

Erinn escrutó el fresco rostro de la doncella, que ni por asomo mostraba signos de cansancio, nada que ver con las ojeras y la piel pálida que lucía ella y que había tratado de disimular pellizcando sus mejillas para tener algo de color.

—Dile a la señora Mait que te he dado permiso para que te tomes el resto de la tarde libre y

puedas descansar. Es lo menos que puedo hacer por ti.

Anne hizo una leve reverencia.

—Gracias, milady.

Sin decir nada más, la chica volvió hacia la casa bajo la inquisidora mirada de Erinn, que sabía a ciencia cierta que no había cuidado durante la noche a Kylan.

Anne estaba nerviosa y evidentemente avergonzada, sin duda por haberse quedado dormida y no haber cumplido la tarea.

Marryanne empezó a caminar y Erinn la siguió agradeciendo en silencio la existencia de la puerta entre las habitaciones. De no haber sido así, Glenfinnan seguramente habría empeorado.

Al llegar a una fuente donde una ninfa vertía agua de una vasija y el camino se bifurcaba, Marryanne tomó un sendero cubierto de musgo y rocas que bordeaba un frondoso bosque de altos árboles, donde el trino de los pájaros se veía interrumpido cada pocos minutos por el golpe de un martillo y las voces lejanas de algunos hombres.

Erinn entrecerró los ojos mirando entre la vegetación, curiosa por su procedencia, pero tan sólo llegó a ver a un joven vestido con ropa de trabajo, que parecía cargar una pesada pieza de piedra.

—Es algo morbosos —murmuró Marryanne mientras se ajustaba el chal en el cuello.

—¿Perdone?

Marryanne miró hacia los jóvenes trabajadores.

—Lo que ha mandado construir allí mi hijo es algo truculento —Volvió la vista al frente y caminó algo más deprisa—. Kylan se empeñó en construir su tumba.

La boca de Erinn se entreabrió recordando el lugar donde ella había dejado de respirar.

—Es un mausoleo.

—Exacto. Le pedí que no lo hiciera, alguien tan joven como él no debe preocuparse por su propia muerte —Recapacitó unos segundos—. Pero supongo que es un pensamiento que lleva bastante grabado en su alma debido a todo lo que le ha sucedido.

Caminaron por el sendero hasta llegar a una nueva bifurcación. A lo lejos, se veían los acantilados bañados por la luz anaranjada del sol.

—Por suerte y tal como ha demostrado con su rápida recuperación, Kylan es un joven fuerte y vital —Marryanne se paró a observar las vistas—. Aunque tiene mucha suerte, de no ser por mi visita nocturna de ayer nadie se habría enterado de que la fiebre había aparecido.

—Sin duda —murmuró Erinn recolocando un mechón de cabello que el viento del mar había despeinado.

Marryanne la miró de reojo con un brillo pícaro en sus ojos azules.

—Debería buscarse una nueva esposa —canturreó mientras se cogía del brazo de Erinn y empezaban a caminar de vuelta al castillo—. Una mujer que esté a su lado siempre y pueda cuidarle. No quiero ni saber qué habría pasado si la enfermedad hubiera pillado a Kylan en uno de sus retiros de soledad.

Erinn sonrió amargamente.

—Pero, existe la maldición —musitó.

—¡Oh! Querida —Marryanne la miró con los ojos muy abiertos—. ¿No me irás a decir que tú también crees en esa patraña de que el Conde de Glenfinnan está maldito?

—En absoluto —negó con la cabeza y Marryanne pareció relajarse—. Yo creo que el Conde ha sufrido un cúmulo de desgracias y mala suerte, pero para nada existe una causa mágica que haga que sus esposas mueran.

Ambas emprendieron el sendero del jardín pasando de nuevo junto a la fuente.

—Opino exactamente lo mismo —suspiró—. Por desgracia, el testarudo de mi hijo prefiere pensar que él fue el causante de todo y cuando los rumores de la maldición aparecieron lo aceptó con una naturalidad espantosa.

Para cuando el castillo volvía a ser visible, el humor de Erinn se había vuelto apagado y triste, todo lo contrario que el de Marryanne, que casi andaba dando saltos.

—Volvamos adentro —Sonrió—. Estoy convencida de que no me costará mucho que Oliver se quede a cenar con nosotros y así podremos pasar una velada animada y alegrar esa cara triste que se te ha quedado.

Con un punto maternal, Marryanne palmeó la mejilla de Erinn, que sonrió maldiciéndose por ser tan transparente.

El jerez y el whisky fluía por las copas de todos que, después de una copiosa cena, se habían retirado a un lujoso salón de color melocotón para seguir con la animada charla.

Marryanne y Erinn se habían sentado en un sofá tapizado de seda naranja, mientras que los hombres se habían acomodado en un par de butacas a juego que había junto a la chimenea y que miraban directamente a las mujeres.

A pesar de estar aún débil, Kylan se había empeñado en retomar su vida normal.

—¿Dónde os conocisteis el Conde y tú? —preguntó Erinn algo achispada por el jerez y el buen ambiente.

Oliver sonrió mirando a su amigo que, con una inclinación de cabeza, le daba rienda suelta a sus anécdotas.

—Nos conocimos en la universidad hace... Una eternidad.

La curiosidad picó a Erinn.

—¿Qué estudiasteis?

—Lo único que podía hacer feliz a Glenfinnan —se burló—. Derecho.

Marryanne miró a su hijo orgullosa.

—Era necesario ser conocedor de leyes para llevar a cabo su causa —Kylan miró a su madre con un brillo especial en los ojos.

Por un momento, Erinn pareció sentirse ajena a la conversación.

—¿Qué causa? Estoy intrigada.

Oliver se inclinó hacia delante, como si así pudiera acortar la distancia que le separaba de Erinn y pudiera contarle un gran secreto.

—Glenfinnan es un gran referente y modelo a seguir en cuanto a entregar cartas de libertad se trata —Miró a su amigo que parecía algo incómodo—. Son más de mil los esclavos que ha conseguido liberar en los últimos años.

—¿Esclavos? —murmuró Erinn—. Pero si aquí ya no hay esclavos.

Oliver se dejó caer en su asiento con un aire despreocupado.

—Pero en América la esclavitud está a la orden del día.

Las clases de historia y las fechas refrescaron la memoria de Erinn.

—Claro... —Miró a Kylan orgullosa—. Es sin duda una causa muy noble.

Nervioso por ser el centro de atención, Glenfinnan dio un trago a su whisky y miró a su amigo.

—Yo sólo pongo el dinero, el verdadero héroe es Oliver. Es él quien se juega el pellejo

yendo a las plantaciones y entregando las cartas de libertad a los esclavos. En más de una ocasión, ha habido patrones que han querido matarle por dejarles sin trabajadores.

Los ojos de Erinn se abrieron como platos.

—¿Es eso cierto?

—Lo es —sentenció Oliver poniéndose en pie—. Para muestra, esta cicatriz del último tiro que me pegaron, por suerte sólo me rozó las costillas.

Sin que nadie pudiera hacer nada para evitarlo, Oliver se levantó la camisa, dejando al descubierto su bronceada piel para mostrar la ancha cicatriz que se extendía sobre sus abdominales y sus costillas.

Al ver como Erinn estudiaba el cuerpo de su amigo, Kylan empezó a sentir algo que le incomodaba.

—Oliver, estamos ante damas —bromeó con poca gracia—. Cúbrete.

—Perdón —Hizo una reverencia forzada que provocó las risas de Erinn y Marryanne—. Olvidaba mis exquisitos modales.

—Americanos —farfulló Glenfinnan divertido.

Oliver levantó su copa a modo de brindis desafiándole.

—Británicos.

El buen humor volvió a los ojos de Kylan que, sin duda, se divertía con aquella broma entre ellos referente a sus diferentes modos de ver el mundo.

Marryanne tomó un sorbo de su jerez y miró a Erinn orgullosa.

—Por mucho que mi hijo se esfuerce en quitarse mérito, lo lleva en la sangre. El primer Conde de Glenfinnan, mi marido, inculcó desde muy joven el respeto por la gente de color a Kylan —La melancolía brilló en sus ojos—. Tan interesado estaba el primer Conde en abolir la esclavitud que una noche se presentó en McLovin House, nuestra residencia de entonces, con una joven embarazada que habían repudiado de su anterior casa. Por aquel entonces, Kylan apenas tenía tres años y la mujer fue una gran ayuda para criarle. A decir verdad, su propio hijo fue un compañero de juegos inseparable para él.

Glenfinnan sonrió orgulloso recordando aquella maravillosa época.

—Lo fue.

—Kofi —susurró Erinn dejándose llevar por la historia.

Oliver la miró con picardía en sus ojos.

—Vaya, vaya, Glenfinnan debe confiar mucho en ti para haberte hablado de su inseparable amigo Kofi.

Las mejillas de Erinn se iluminaron y Kylan se puso de pie dispuesto a dejar de ser el centro de la conversación.

—Se ha hecho tarde, Oliver. Lo más sensato será que pases la noche aquí y partas mañana a primera hora.

Marryanne miró por la ventana la negra noche.

—Sin duda, yo también insisto —Sonrió—. Al igual que insisto en que no te marches hasta después de haber desayunado con nosotros. Tu compañía siempre me aporta una refrescante vitalidad.

Él sonrió animado.

—Será un placer.

—Kylan, querido —Marryanne le miró con pena—, ¿sería abusar mucho de tu salud apenas recuperada si te pidiera que tocaras algo animado para nosotros?

Él sonrió.

—En absoluto, madre. Me encuentro perfectamente bien.

Bajo la atenta mirada de todos, Glenfinnan se acercó a una vitrina y sacó un violín de color negro brillante.

Pellizcó sutilmente algunas cuerdas y, tras pasar el arco un par de veces, empezó a interpretar una alegre melodía de carácter festivo.

Dejándose llevar por el ritmo, Marryanne, que no podía dejar de mirar a su hijo orgullosa, empezó a dar ligeras palmadas.

Oliver se puso en pie y le tendió la mano a Erinn.

—¿Me concede este baile?

—¡Oh! Yo... no bailo.

Oliver inclinó la cabeza decepcionado y sin creer las palabras de ella.

—Vamos, ¿no me negarás un poco de diversión antes de volver a la peligrosa América donde me juego la vida? —Se inclinó hacia ella—. Piensa que yo no tengo la exquisita formación en baile de los lords y básicamente me limito a dar vueltas y saltar, así que si eres una pésima bailarina nadie lo notará.

Convencida por aquellas palabras pero sin estar completamente segura de lo que iba a hacer, tomó la mano de Oliver y, dirigiéndose al otro lado del salón, justo frente a Glenfinnan, empezaron a bailar haciendo rápidos giros mientras Oliver la guiaba dando pequeños saltos con sus manos firmemente cogidos a su cintura y su mano.

Poco a poco, Erinn se fue relajando hasta que empezó a reír divertida ante la melodía que Kylan se apresuró a terminar, pues una creciente sensación de celos había empezado a quemarle por dentro.

Cuando la canción llegó a su fin, una jadeante y risueña Erinn miró a Oliver, que no dudo en besar su mano.

—Serías todo un éxito en las pistas de baile americanas —Le guiñó un ojo.

Kylan dejó el violín en su lugar y alisó su chaqueta con las manos mientras se ponía algo serio.

—Mucho me temo que se ha hecho tarde y Oliver y yo aún tenemos asuntos que tratar antes de su marcha.

Marryanne miró al cielo, mientras apuraba un pequeño trago de su jerez.

—Qué poquito dura la diversión cuando uno la disfruta —Se puso en pie.

Kylan abrió la puerta y miró a su amigo que, conociéndole a la perfección, se acercó hacia él.

—Buenas noches —Sonrió seductor a las mujeres antes de que Glenfinnan casi le cerrara la puerta en la cara.

En silencio, ambos se encaminaron al salón privado de Kylan que, con la chimenea encendida, les dio una cálida bienvenida.

Oliver se dejó caer agotado en uno de los sillones y observó a su amigo que servía dos copas antes de coger una carpeta de cuero donde una etiqueta rezaba el nombre de Ed.

—Entiendo tu adicción a la bebida por ella, amigo, Erinn es maravillosa. Si no te casas tú con ella lo haré yo.

Kylan dejó con un movimiento demasiado brusco los vasos sobre la mesilla que había entre los sillones y Oliver sonrió ante el desafío que aquello suponía.

Glenfinnan estaba celoso.

—¿Qué has descubierto sobre Ed? —su voz sonó profunda y seria.

—Prácticamente nada —Oliver se sentó algo más erguido—. Las pocas cosas que me contó no han sido más que pistas que me han llevado a un callejón sin salida. Hasta la fecha sólo sé que

le contrató una mujer de acento extranjero. Podría ser cualquiera.

Kylan revisó la carpeta con las anotaciones que había hecho Oliver sobre el secuestrador de Erinn, documentos completamente inútiles y que no le ayudaban a entender por qué alguien quería hacerle daño.

Frustrado, se inclinó hacia delante y lanzó la carpeta al fuego que no tardó en consumir el cuero y el papel.

XXXVIII

Tras la marcha de Oliver aquella mañana, el castillo de Delfryn había vuelto a su tranquilidad habitual, pero dejando un buen sabor de boca a Erinn y Marryanne, que se pasaron todo el día hablando sobre él y todas las anécdotas que les había contado.

Agobiado por los sentimientos indeseados que aquello le despertaba, Glenfinnan se había encerrado en su despacho después de la comida, argumentando que aún se sentía débil para soportar tanta excitación.

Para cuando se acercaba la hora de la cena, Kylan se dirigió a la biblioteca en busca de un volumen de leyes que echara algo de luz sobre un problema que tenía con una de sus propiedades.

La tranquila habitación con olor a madera y tinta le hizo sentirse bien, la oscura noche no dejaba ver nada fuera de las ventanas dándole la sensación de que, en aquel instante, todo era calma y soledad.

Soltó un largo y profundo suspiro, como si así todas sus preocupaciones se alejaran, sintiéndose bien.

—Hola.

Erinn asomó la cabeza por el lateral de un enorme sillón orejero que había junto a la chimenea, justo a unos metros de Kylan.

Él se sobresaltó un instante y le dedicó una rápida sonrisa nerviosa.

—No pensaba encontrarte aquí.

Ella sacó una mano agitando un pequeño volumen de piel verde.

—Antes de irse, Oliver me dejó este libro sobre las consecuencias de la esclavitud, es duro pero muy interesante.

—Oliver —farfulló Kylan poniendo los ojos en blanco.

Quería a su amigo, pero en ese preciso instante le odiaba por haber calado tan hondo en ella.

—Espero que vuelva pronto, tengo muchísimas preguntas que hacerle.

Glenfinnan se acercó al sillón con pasos lentos y seguros.

—Puedes hacérmelas a mí —Se apoyó en el alfeizar de la chimenea mirándola directamente a los ojos.

Ella no despegó los ojos de las páginas del libro, concentrada.

—Podría hacértelas, pero son sobre América y la vida allí. Los barracones de los esclavos, cómo viven...

Una nueva oleada de celos se apoderó de los labios de Kylan, que cerró los puños mientras miraba las llamas de la chimenea.

—Sin duda, Oliver es un hombre que ha tenido otra educación, otras vivencias y evidentemente tiene otra mentalidad.

—Sin duda —musitó ella mientras pasaba varias páginas del libro algo distraída.

Él apretó aún más los puños.

—A causa de su pensamiento liberal, sería el candidato perfecto para casarse con una dama de pasado desconocido y cuya reputación se hubiera visto gravemente dañada.

Al entender que se refería a ella, Erinn levantó la mirada y escrutó el aparente impasible

rostro de Glenfinnan que, paciente, esperaba una reacción por parte de ella.

—¿Oliver quiere casarse conmigo?

El estómago de Kylan se retorció pero no se permitió mostrar ningún sentimiento a pesar de que parecía morirse por dentro.

—¿Tan malo sería eso? Oliver es un gran hombre, le tengo en tan alta estima como si fuera mi propio hermano —Cogió aire lentamente—. ¿Tan nefasta sería esa propuesta?

Sin saber exactamente qué quería demostrar con aquello, Glenfinnan escrutó todos y cada uno de los pequeños movimientos que se reflejaban en el rostro de Erinn.

—Vaya, para ser hijo único, parece que tienes muchos hermanos, incluida yo —Miró de nuevo al libro arrepintiéndose al instante de sus palabras.

¿Qué pretendía Kylan? ¿Casarla con su amigo y así librarse de la carga que ella suponía?

Cada instante en el que Glenfinnan permanecía en silencio, pesaba sobre la conciencia de ella sintiéndose mezquina.

Finalmente habló:

—No, no me casaría con Oliver si es eso lo que preguntas —Le miró desafiante—. Así que, sintiéndolo mucho, me verás mucho por aquí.

Contra todo pronóstico, Kylan sonrió con un brillo intenso en sus ojos de acero.

—Servirán la cena dentro de poco, deberías subir a cambiarte.

Ella le miró como si de pronto él fuera otra persona. Realmente tenía grandes conflictos de personalidad.

—Sí —Se puso de pie junto a él intentando ocultar sin mucho éxito su mal humor con una conversación trivial—. Por fin han llegado todos los vestidos que encargaste para mí y hay uno en concreto con un bordado de rosas que me muero por estrenar.

Aquella referencia en concreto hizo que algo volviera a la mente de Kylan como un rayo, un objeto olvidado que desde que lo recuperó había estado constantemente en su bolsillo, esperando para reunirse con su legítima dueña.

—Creo que tengo algo que, sin duda, complementará a la perfección tu nuevo vestido —Se metió la mano dentro de la chaqueta y hurgó en un pequeño bolsillo que tenía su chaleco.

Menos enfadada y curiosa, Erinn entrecerró los ojos sin llegar a imaginarse qué era lo que Glenfinnan tendría para ella.

Con un movimiento digno de un mago, él levanta la mano a la altura de los ojos de ella y dejó que el colgante se deslizara por la cadena balanceándose ligeramente.

—¡Mi rosa de invierno! —Erinn miró el colgante y luego directamente a los ojos de él—. ¿Cómo has conseguido recuperarla?

Animado, se puso tras ella y, con mucho cuidado, le colocó el colgante en el cuello.

—Por suerte, supongo —Sonrió volviendo frente a ella y observando cómo le quedaba la joya—. A decir verdad, fue este colgante el que me llevó hasta tu paradero en Edimburgo.

Ella bajó la mirada al suelo, aún no estaba lista para volver a hablar del tema.

—¿Estás bien? —se preocupó al notar el cambio de humor en ella.

—Sí —Sonrió acariciando la rosa de invierno con los dedos.

Embriagada por la euforia de haber recuperado aquel colgante tan especial, Erinn saltó al cuello de él y le abrazó con fuerza.

Kylan dejó de respirar un instante hasta que, dejándose llevar, le rodeó la cintura con sus brazos, elevándola un poco del suelo. Ella se aferró aún más a él, oliendo su cuello y soltando un tímido suspiro.

—Gracias, Kylan —jadeó contra su piel—. No sólo por el colgante, sino... por todo lo que

haces por mí.

El corazón de él se aceleró rebotando contra sus costillas.

—Erinn... —susurró casi sin aliento.

El pequeño cuerpo de ella se agitó levemente mientras emitía un sollozo ahogado contra la tela de su chaqueta. Al entender que estaba llorando, Kylan la aferró aún con más fuerza.

—Tranquila —le susurró mientras le acariciaba la espalda—. Estás a salvo.

Con la respiración entrecortada, ella levantó un poco la cabeza y le miró con los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas.

Temiendo perder el poco autocontrol que le quedaba, Glenfinnan aflojó un poco su abrazo hasta que ella volvió a tocar el suelo completamente.

—No —gesticuló sin emitir ni un solo sonido.

Olvidándolo completamente todo, Kylan la volvió a estrechar contra él besándola con una necesidad enfermiza, mientras ella le devolvía el beso clavándole las uñas en la espalda.

Quería que fuera suya con la misma urgencia que él quería pertenecerle a ella.

Cuando sus manos se deslizaron por la cintura de Erinn y aferraron su trasero, ella ahogó un gemido contra sus labios.

—Me estás matando —musitó Erinn cuando él empezó a besarle el cuello.

De pronto, se apartó manteniéndola a distancia mientras la sujetaba por los hombros. Los ojos de ella se abrieron sin comprender qué era lo que estaba pasando.

—No puedo, Erinn.

—¿Por... porqué? —titubeó sintiendo un poco de vergüenza.

Él miró al suelo, de golpe parecía abatido.

—Sabes que no puedo darte lo que te mereces.

—Kylan...

—No —la interrumpió triste—. No me arriesgaré a que seas la siguiente víctima de la maldición. Me importas demasiado como para poner en peligro tu vida.

Erinn deslizó su mano por la mejilla de él, que cerró los ojos.

—Lo único que yo podría ofrecerte sería una vida de pecado y muy alejada de la relación decorosa que alguien como tú se merece.

Ella sonrió dulcemente.

—Mi reputación ya está muy dañada —Le puso una mano sobre el pecho sintiendo su corazón—. ¿Qué más me da que se estropee un poco más?

Él soltó una risa irónica con un punto amargo.

—No comprendes lo que estás diciendo —La miró intensamente con una expresión seria—. Ser la amante de un conde no te dará estabilidad ni posición social, sólo traerá deshonra a tu vida y habladurías de la gente.

Con un movimiento de sus hombros, Erinn se deshizo de las manos de Kylan que le impedían acercarse a él.

—¿Es que aún no te has dado cuenta de que no me importan esas cosas? Las reuniones sociales, las fiestas, los paseos por el parque... todo eso no me hace feliz.

—¿Y qué te hace feliz?

Ella sonrió ampliamente.

—Tú.

Kylan se mordió el labio mientras sus palpitaciones se elevaban a cotas insospechadas.

—¿Estás segura?

Ella se limitó a asentir mientras esbozaba una amplia sonrisa, que poco duró en sus labios ya

que Glenfinnan cubrió su boca con la suya besándola con fiereza mientras la elevaba por los aires para llevarla a un sofá cercano.

Tiró los almohadones de colores al suelo con una mano para poder acomodar a Erinn, que se ríó nerviosa justo antes de que volviera a besarla, esta vez con un beso prolongado y húmedo que hizo que sus lenguas se entrelazaran mientras ella emitía gemidos ahogados.

Justo en el momento en el que Kylan había deslizado una de sus manos por debajo del vestido de ella elevándolo hasta la cintura, unos golpes en la puerta les hicieron quedarse inmóviles.

—No te muevas —le susurró en el oído antes de darle un rápido beso en la mejilla.

Tras dar un par de patadas a los cojines, que terminaron bajo el sofá y pasarse la mano por el pelo alborotado, se apoyó contra el sofá, que por suerte estaba de espaldas a la puerta, y se aclaró la garganta mientras cogía en el último momento un libro que había en una mesilla cercana.

—Adelante —comentó con voz seria y solemne.

Una leve risilla se ahogó entre las manos de Erinn.

—Milord, serviremos la cena en breves momentos —Fred le miró frunciendo un poco el ceño.

Kylan, que simulaba leer el libro que había cogido, se dio cuenta que estaba del revés y lo dejó sobre la mesilla con un movimiento muy elegante.

—Iré enseguida. Gracias, Fred.

El mayordomo hizo una reverencia con la cabeza y cerró la puerta tras él.

Al instante, Glenfinnan se giró para ver a Erinn, tumbada en el sofá con las mejillas sofocadas y los ojos brillantes.

—Haces que actúe con un joven inexperto —Sonrió ampliamente.

—Lo que me has hecho no tenía nada de inexperto.

Kylan se pasó la lengua por los dientes, sonriendo con picardía antes de inclinarse para besarla.

—Esto no puede volver a pasar.

—¿Qué?! —Erinn se sentó mostrando su aspecto completamente desaliñado.

Él le recolocó un poco el pelo y arregló un lazo de su vestido que se había deshecho por completo.

—Me refiero a que, para que esto funcione, debemos ser mucho más cuidadosos.

Erinn pareció relajarse.

—Claro, los sirvientes hablan.

—Al demonio con los sirvientes —bufó animado—. Hablo de mi madre. Se disgustaría mucho si supiera que, en vez de una esposa, tengo una amante.

La imagen de la animada Marryanne lamentándose por no haber podido asistir a las fiestas de la temporada de la alta sociedad se materializó en los recuerdos de Erinn.

—Tienes razón —Le dio un ligero beso—. Será nuestro pequeño secreto.



XXXIX

Las mejillas algo sonrojadas de Erinn, hacían juego con su vestido de raso de color vino, repleto de rosas blancas y amarillas bordadas a mano. Kylan había intentado no mirarla directamente ya que, desde aquella tarde, bastaba con una sola mirada de ella para que su cuerpo reaccionara al instante.

Algo parecido le pasaba a Erinn, que sólo con pensar en la tórrida escena en el sofá de la biblioteca, no podía evitar acalorarse y sonrojarse y, para su desgracia, no paraba de pensar en ello.

Marryanne parloteaba incesantemente sobre lo bien que se lo habían pasado la noche anterior con Oliver y lo maravillosa que era la labor que él y Kylan estaban llevando a cabo.

Normalmente, Glenfinnan siempre estaba pendiente de su madre y más cuando hablaba del tema de la esclavitud, pero en esta ocasión se limitaba a comer su sopa con la cabeza algo baja y con aspecto de que algo le preocupaba.

—Hijo, ¿te encuentras mal de nuevo?

Él levantó la cabeza y le dedicó una brillante sonrisa.

—Estoy muy bien, madre.

—No sé, parecías preocupado —Miró a Erinn— ¿Verdad, querida?

Ella, que intentaba parecer normal respecto a Glenfinnan y no mirarle directamente, se encogió de hombros cosa que hizo que Marryanne frunciera el ceño.

Alguna cosa pasaba allí pero no sabía qué era.

Dispuesta a retomar el ambiente animado y habitual de sus cenas, Marryanne intentó cambiar de tema.

—¿Es nuevo el colgante que llevas, querida?

Erinn lo tocó al instante y sonrió ampliamente, adoraba aquella joya por todo lo que representaba, su vida pasada y su vida actual, aunque por alguna razón su pasado empezaba a no ser más que un ligero recuerdo, casi como un sueño.

—Hace tiempo que lo tengo, pero hoy he decidido volver a ponérmelo.

—Es muy interesante el parecido, ¿no crees, Kylan?

Él miró a su madre intrigado.

—¿El parecido con qué?

Marryanne hizo un elegante movimiento de cabeza.

—Míralo bien.

Sin tener otro remedio, Kylan miró directamente al escote de Erinn donde descansaba el colgante. Al sentir su mirada, la respiración de Erinn se aceleró sutilmente.

—¿A qué se parece? —comentó acalorada Erinn dando un largo trago a su copa de vino.

—Es muy parecido al sello de nuestra familia.

Kylan le indicó a Erinn con un movimiento de la mano que mirara la punta del mango de su tenedor donde el sello de los Glenfinnan tallado con exquisita precisión brillaba bajo sus ojos.

Era una rosa de invierno como la suya.

El propio Glenfinnan miró el tenedor mientras hacía una mueca extraña. ¿Cómo no había caído antes en aquella curiosa coincidencia?

Marryanne, contenta por haber hecho despertar a los dos, siguió cenando mucho más animada.

—Es como si estuvieses destinada a ser una MacAdam —canturreó animada.

Kylan se atragantó con la sopa y tosió cubriéndose la boca con la servilleta mientras Erinn se ponía tan colorada como su vestido.

—¿Dónde lo conseguiste, Erinn?

Ella intentó sonreír aguantando el tipo. En su mente, la historia de cómo consiguió la joya estaba clara, pero hasta ese preciso momento no había caído en la relación del colgante y el hecho de que el destino la empujaba hacia Glenfinnan inevitablemente.

—Me lo regaló una mujer que vivía en Escocia.

Los ojos de Marryanne se abrieron con una chispa de burla en ellos.

—¿Cómo se llamaba?

Erinn se mordió el labio algo nerviosa y negó con la cabeza.

—Madre, no fuerces a Erinn, ya sabes que las lagunas en su memoria siguen presentes. No la estresemos con preguntas que evidentemente no tienen respuesta —Sin darse cuenta sonrió

protector a Erinn—. La rosa de invierno es algo popular en las tierras altas, es un símbolo escocés, como puede serlo el cardo o incluso las propias gaitas.

Marryanne, sonriente y mucho más animada, asintió con la cabeza a su hijo y palmeó la mano de Erinn, que parecía estar bastante nerviosa.

—No sufras, querida. Sea como sea, estás en nuestras vidas y eso es maravilloso —Alzó su copa y bebió delicadamente.

Glenfinnan hizo lo mismo sin poder evitar clavar sus ojos sobre los de Erinn que pestañearon antes de sonreírle.

Kylan maldijo entre dientes.

Mantener en secreto lo que ella despertaba en él iba a resultar una tarea de lo más difícil.

Tras la cena, Erinn se disculpó argumentando que estaba cansada y se retiró a su habitación mucho más pronto de lo habitual en ella.

Kylan, que la habría seguido de buen grado, escuchó a la voz sensata de su cabeza y permaneció un largo rato en su salón privado para mantener un poco las apariencias, ya que su madre se había retirado con su doncella a uno de los salones.

El crepitar de las llamas en la chimenea era lo único que se colaba levemente en los pensamientos de Glenfinnan, que necesitaba evadir su mente para controlarse, ya que Erinn, y una infinidad de cosas que quería hacer con ella, parecía ser lo único en lo que podía pensar.

Algo agobiado, meneó la cabeza y, tras dejarse caer en uno de los enormes sillones, miró su correspondencia sobre una delicada mesilla.

Tras revisarla, cogió un sobre con el remitente de Oliver y lo leyó con toda la concentración que le fue posible reunir.

Al parecer, su colega había pospuesto su viaje a América, ya que había descubierto una pista sobre algo que les había tenido bastante ocupados en el pasado, que estaba teniendo lugar en uno de los lugares más oscuros y tétricos de Edimburgo, el *Mary King's Close*.

A pesar de que en el emblemático callejón subterráneo, hacía décadas que nadie montaba un nuevo negocio o se mudaba a vivir allí, algunas personas mantenían comercios y viviendas heredadas con una característica en común: si querías ocultar algo o hacer algo ilegal, aquel era el lugar perfecto.

Kylan, en su afán por garantizar la libertad de los esclavos y a pesar de que en Reino Unido hacía tiempo que la esclavitud estaba abolida, aún encontraba casos en los que algunos hombres vivían alejados del cumplimiento de la ley.

Ahora, y tras una investigación de varios meses, Oliver, con su carta inesperada, le confirmaba a Glenfinnan el nombre de un propietario de una tienda de sierras que tenía empleado a un hombre de color.

Al parecer, Andrew Chesney confesó tras una noche de borrachera a uno de los confidentes de Oliver que en América sabían que los negros eran poco más que ganado, explicando que él mismo tenía un esclavo trabajando en su local del *Mary King's Close*, al que mataba de hambre y daba latigazos cuando no le obedecía correctamente.

Los puños de Kylan se cerraron entorno a la carta y apretó los labios.

Por fin, tenía evidencias de lo que él y Oliver sospechaban y, con ellas, tenía carta blanca para liberar al esclavo.

Tras dar un par de sorbos a su copa de whisky, aclaró su mente y se puso en pie guardando la carta de Oliver en una carpeta de cuero negro.

Ese asunto podía esperar a la mañana, pero ahora, y tras haber esperado un tiempo prudencial

para que la casa se calmara y la mayoría de sus habitantes estuvieran dormidos, era el momento de ir a visitar a Erinn.

Sonrió. Cuando tomó la decisión de instalarla en la habitación de la condesa, no se había imaginado lo conveniente que le resultaría en el futuro, en especial por la puerta privada que conectaba su habitación con la de ella.

Animado, se encaminó a la salida justo en el momento en el que su madre, tras dar un par de golpes en la puerta, entraba sin esperar a ser invitada.

El humor de Kylan al ver frustrados sus planes se ensombreció.

—¿Madre?

—Querido, quiero tener una charla contigo.

Haciendo caso omiso a la fría expresión del rostro de Kylan, Marryanne se sentó en uno de los sillones y le hizo un gesto para que se acercara.

Resignado, se acercó y la miró fijamente, manteniendo su posición de pie frente a ella.

—Erinn es una joven muy agradable.

—Lo és —chirrió los dientes.

Marryanne pensó unos segundos cómo enfocar la conversación hacia lo que ella quería.

—Hoy, en la cena, al comentar lo de la pérdida de su memoria, he recordado que la pobre no tiene a nadie en este mundo.

—No le pasará nada, está bajo la protección de nuestra familia.

Ella le miró con los ojos brillantes.

—A eso exactamente quiero llegar. Verás, no he podido evitar ver cómo últimamente has desarrollado ciertos sentimientos protectores hacia ella.

Kylan cambió su posición cruzando los brazos sobre el pecho mientras fruncía el ceño.

—Soy un caballero de palabra y me comprometí a mantenerla sana y salva.

—Por supuesto hijo, y me siento muy orgullosa de que así sea —Sonrió entrecerrando los ojos—. Pero he pensado que, dada la naturaleza de la situación de Erinn y sumado a que es una joven de lo más agradable, podrías casarte con ella.

—¡No! —sentenció con una voz alta y firme.

Marryanne se dejó caer contra el respaldo del sillón.

—Hijo, sé sensato, es lo mejor para todos. Ella conseguiría un estatus y una familia, tú una esposa que no dudo que te haría feliz y yo tendría una boda preciosa que organizar, cosa que seguro que me llenaría de vida.

—Te ruego que no insistas —la voz de Glenfinnan sonaba tensa pero regular.

—Y yo te pido que seas racional. No le sucederá nada malo.

Él se acercó dando varias zancadas largas y rápidas a una mesa cercana, donde se sirvió un largo trago de whisky.

—Tras la muerte de Sabine, juré que jamás, jamás, volvería a estar casado con una mujer que me importara —Se acercó de nuevo a la chimenea y bebió un largo trago—. ¡Es demasiado arriesgado!

Marryanne chasqueó la lengua.

—Sé sensato y no te cierres a la felicidad.

Los ojos de Kylan se clavaron con furia sobre su madre, que pareció ser inmune a su desafío.

—He perdido a tres esposas, no dejaré que sean cuatro —Soltó una carcajada sin humor—. En las fiestas de sociedad ya hace tiempo que dicen que estoy embrujado. Entiéndelo, no existe la felicidad para *El Conde Maldito*.

—Kylan, son memeces. Tú no estás embrujado ni maldito y si le abres tu corazón a...

Glenfinnan arrojó la copa al fuego que incrementó el tamaño de sus llamas al entrar en contacto con el alcohol.

—¡Se acabó la conversación!

Mientras ella suspiraba con un punto de tristeza, él salió a toda prisa dando un fuerte portazo.

Con pasos furiosos y rápidos ascendió por la escalera hasta su habitación donde cerró de golpe la puerta.

Había conseguido vivir durante varios años resignado con su situación, con la maldición que dominaba su futuro sin importarle nada pero, tras la aparición de Erinn, todo había cambiado.

La deseaba, eso estaba claro, pero ¿quería convertirla en su condesa?

Desesperado, empezó a caminar por la habitación mientras se pasaba las manos por el cabello, despeinándolo como si así pudiera ahuyentar los pensamientos que le agobiaban.

Tras un largo rato, llegó a la misma conclusión de siempre.

Jamás, jamás podría casarse de nuevo y menos con una mujer que le importara, lo cual descartaba a Erinn de inmediato.

Sin saber por qué, el rostro de Erinn se hizo visible en sus pensamientos y pareció calmar su ira poco a poco, mientras pensaba en la escena vivida en la biblioteca.

Ella era una mujer hecha y derecha, y aquella tarde había aceptado ser su amante, a pesar de las consecuencias sociales que ello pudiera acarrearle.

Se sentó en el borde de su cama y soltó un largo suspiro.

Su madre le había alterado con ideas de matrimonio, pero Erinn jamás había sugerido tal cosa, ella sólo quería estar con él, simplemente le quería a él, no a su fortuna, ni su título, sólo le deseaba como hombre.

Mucho más calmado, se dirigió hacia la puerta que le separaba de Erinn, puso la mano sobre el tirador y la abrió lentamente.

La penumbra del cuarto de ella era mucho más oscura que la de su propia habitación, así que se adentró con pasos cautos y silenciosos, hasta que sus ojos se acostumbraron a la escasa luz de la única lámpara que, sobre la mesilla de noche, arrojaba una luz anaranjada sobre un pequeño cuerpo femenino aovillado sobre la colcha de la cama, que dormía plácidamente.

Kylan se acercó a ella y sonrió, sintiéndose completamente en calma.

Tanto había esperado para ir a verla, que la pobre había caído presa del agotamiento.

Le apartó un mechón de cabello de la cara y, cogiendo una manta que había a los pies de la cama, la cubrió para que el frío de la noche no la hiciera enfermar.

Ella simplemente se movió un poco, mientras emitía un ligero sonido demostrando que estaba a gusto.

Él sonrió mientras negaba con la cabeza. De no haber sido tan caballero, poco le habría importado despertarla, pero lo era.

Apagó la lamparilla de aceite y, guiado por la luz de su habitación, se encaminó hacia la puerta diciéndose a sí mismo: “mañana será otro día”.

XL

El castillo parecía mucho más animado que de costumbre. Algunas criadas habían empezado a preparar una habitación y la curiosidad de Erinn se había despertado por saber quién les haría una visita.

Cuando llegó a la planta baja y se encaminó hacia el comedor para desayunar, Kylan apareció frente a la puerta de la sala con el rostro serio.

Aquello confirmó las sospechas de ella.

Glenfinnan había reconsiderado el hecho de convertirla en su amante. Eso explicaba por qué, tras dos horas esperándole en su habitación, él nunca había acudido a verla.

Una tristeza repentina se apoderó de ella.

—Erinn, no entres, tenemos que hablar.

Cogiéndola de la mano, la llevó a la sala contigua, el salón de té melocotón.

Cuando él hubo cerrado la puerta, ella levantó la cabeza, mirándole directamente a los ojos.

—Sé lo que tienes que decirme.

—¿Lo sabes? —Entrecerró los ojos.

Ella bajó la mirada al suelo y entrelazó las manos nerviosa.

—Sí, lo sé y quiero que sepas que no lo acepto —Él frunció el ceño negando con la cabeza—. Me hiciste una propuesta y la acepté. Si ayer sucedió algo que te hizo cambiar de opinión quiero saberlo, más que nada para no pasar otra noche en mi habitación esperando a que vengas para...

La boca de Kylan selló la de Erinn que, enfadada, le devolvió el beso con un poco de fiereza.

—Anoche fui a verte, pero te habías quedado dormida y no quise despertarte.

—Oh —musitó ella sintiéndose ridícula—. Entonces, ¿qué quieres decirme?

Glenfinnan le acarició la mejilla antes de volver a ponerse serio.

—Mi tía Rosslyn está aquí. Al parecer, se ha peleado con mi tío, cosa que es habitual, y ha venido aquí en busca del consuelo de mi madre.

—Vaya, pobrecilla. Espero que no sea nada grave —Sonrió—. Marryanne y yo la animaremos, no sufras.

Ella intentó dar un paso hacia la puerta y él la frenó poniéndole una mano sobre el hombro.

—Antes de eso, debemos pensar qué decirle.

—¿Sobre qué? —Ella entrecerró los ojos confusa.

—Rosslyn cree que estás en Brighton, feliz junto a tu marido Vergil.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Erinn y Kylan, protector, dio un paso hacia ella acortando mucho la distancia.

—Tenemos dos opciones, podemos decir que has venido de visita o, si lo prefieres, puedes evitar a Rosslyn y esconderte hasta que se vaya, el castillo es enorme y dudo que ella permanezca aquí más de dos días.

—No, no quiero esconderme.

Él sonrió orgulloso.

—Entonces, sólo nos queda decir que has venido de visita.

Erinn lo meditó unos instantes.

—Pero eso no es creíble, Rosslyn siempre ha sido buena y atenta conmigo y si yo viniera a verte a ti, sin duda la avisaría a ella también.

—Pero entonces, no nos quedan alternativas.

Ella le miró con los ojos brillantes y algo nerviosa.

—Decir la verdad —Sonrió sin ganas—. Tengo que enfrentarme a ello y, al fin y al cabo, yo no hice nada malo, ¿no?

Kylan la abrazó sabiendo que aquello no era fácil para ella.

—Cierto, tú no hiciste nada malo.

La beso con delicadeza y ambos salieron al pasillo.

Cuando entraron en el comedor, Rosslyn se lamentaba mientras untaba mantequilla en un bollo recién horneado ante la atenta mirada de Marryanne.

—Sigmund me echó una reprimenda por unas cortinas nuevas que hice que pusieran y empezó con su charla constante sobre el dinero y nuestra situación que, la verdad, querida, no comprendo. Ya sabes que estas cosas me aburren sobre manera y soy incapaz de retenerlas en mi mente, pero...

—Buenos días, tía Rosslyn —la interrumpió Kylan, mientras ocultaba a Erinn tras él.

—¡Querido! —Se levantó teatralmente de la silla mientras se abanicaba con la mano—. Cómo me agrada ver a un MacAdam que no esta enfadado conmigo.

Marryanne, que seguía sentada en la mesa, puso los ojos en blanco.

Erinn asomó la cabeza y salió lentamente tras Kylan.

—Buenos días, Lady MacAdam.

El rostro de Rosslyn palideció y su boca se abrió lentamente ante la sorpresa.

—¡Querida Erinn! —Se acercó a ella—. ¿Dónde está tu esposo?

Al oír la palabra *esposo*, Marryanne levantó la cabeza alarmada mirando directamente a Kylan, que negó con la cabeza discretamente.

—Propongo tomar asiento y ponernos al día, poco a poco —comentó él manejando con calma la situación.

Erinn le miró y le siguió hasta la enorme mesa de madera oscura llena de comida.

Kylan ayudó a Erinn a sentarse frente a Marryanne, para ocupar luego la cabeza de la mesa.

El silencio de la sala se hizo denso y los ojos de las dos mujeres, sentadas al mismo lado de la mesa, observaban a Erinn pacientemente.

—Madre, ante todo debes disculparme por no contarte la verdad desde el principio —Miró a Rosslyn—. Lo mismo que me disculpo contigo tía, por no aclararte lo sucedido tras la marcha de Erinn de McLovin House. Ambas debéis entender que la gravedad de los hechos dañaron no sólo la reputación de Erinn, sino sus sentimientos.

Erinn llenó de aire sus pulmones y discretamente Kylan le cogió la mano por debajo de la mesa, dándole todo su apoyo.

—Hijo, me estás asustando.

—Lo lamento, madre —La miró con cara de niño bueno.

Rosslyn parecía estar mucho más nerviosa que los demás y apuró su taza de té de un sorbo.

—El hombre que vino a buscarme a McLovin House argumentando ser mi marido, era un impostor. Aprovechó mi falta de memoria para hacer creer que así era y me secuestró —explicó Erinn a media voz.

Marryanne y Rosslyn se taparon la boca con la mano.

—Por suerte, pude escapar de él y pasé una semana en las calles de Edimburgo, vendiendo las pocas pertenencias que había conseguido llevar conmigo y trabajando en una taberna para

sobrevivir.

—¡En una taberna! —se alarmó Marryanne.

—¡Trabajando! —Rosslyn se sintió mareada.

Kylan acarició la mano de Erinn, que parecía estar tensa.

—No hubo daños que lamentar. A pesar de ser una dama, Erinn se las ingenió para salir ilesa de la situación hasta que di con ella y pude traerla de vuelta sana y salva.

—¡Claro que hubo daños! —se lamentó Rosslyn—. Pobre criatura, tu pobre reputación.

Marryanne miró a Erinn con cariño.

—Mi pobre niña, no me imagino el miedo que debiste pasar —Miró a su hijo—. ¿La noche que desapareciste para volver a altas horas de la mañana estabas rescatándola?

—Sí. Lamento haberte explicado sólo que Erinn había venido de visita, pero ella...

Erinn miró a Marryanne levantando la cabeza lentamente.

—No quería mentir —Miró a Rosslyn—. A ninguna de las dos, pero no fue una semana fácil para mí, pasé mucho miedo y no quería revivirlo.

Incapaz de hacer nada más, Marryanne se levantó y fue hasta Erinn para abrazarla con fuerza.

—Eres una joven muy valiente —Se apartó para mirarla—. Quiero que sepas que, ante mis ojos, sigues siendo una dama con la reputación intacta y de la que estoy orgullosa de considerar parte de mi familia.

Rosslyn las miró con cariño.

—Por lo que a mi respecta, no sucedió nada. Volviste al castillo con Kylan y no pasó nada más —Le guiñó un ojo—. Soy muy buena guardando secretos.

—Gracias —musitó con pocas energías.

Algo más relajada, Erinn volvió a ocupar su asiento en la mesa y Kylan asintió con la cabeza, dándole su apoyo.

Abrumadas por su dolor o tal vez por querer protegerla, Marryanne y Rosslyn no dejaron sola a Erinn ni un solo minuto.

Tras el intenso desayuno, las tres habían ido a la biblioteca a leer un poco de poesía y Rosslyn había acabado recitando un par de versos picantes que le habían llamado la atención haciendo que Erinn se riera con ganas.

Después, habían comido sin dejar de parlotear sobre la sociedad de Edimburgo y Londres.

Para cuando la hora del té había terminado, Kylan se había encerrado en su despacho frustrado.

Adoraba a su madre y a su tía, pero en aquel mismo momento no habría dudado ni un solo instante en meterlas en un carruaje y enviarlas derechitas a Edimburgo con tal de poder pasar cinco minutos a solas con Erinn.

Le parecía encantador que las dos mujeres se desvivieran por animarla pero, tras volver a verla sufrir de aquella mañana, se sentía egoísta y posesivo. Necesitaba ser el único que la consolara, la hiciera reír y, después de haber conseguido eso, quería hacerla suya a un nivel muy, muy poco decoroso.

De pronto, unos gritos en el pasillo le sacaron de sus pensamientos, para salir corriendo a ver que pasaba.

Mary, la doncella inseparable de Rosslyn, corría junto a Erinn por el pasillo.

—¿Qué pasa? —comentó él preocupado.

—Es Romuald, su señoría —Mary estaba pálida—. Estábamos paseando todas por el jardín y de pronto sólo estaba Angus.

—Rosslyn ha sufrido un mareo y tu madre está con ella en el salón para damas —Erinn hizo un gesto con la mano indicando el pasillo que llevaba a la sala—. Le preocupa que se haya perdido, Romuald no conoce muy bien el terreno del castillo.

Kylan hizo un gesto resignado con la cabeza. Aquel castillo era tan tranquilo cuando estaba solo.

—Que no cunda el pánico, es un perro, estará bien. Alertaré a Fred para que los sirvientes nos ayuden a buscarlo.

Con pasos rápidos, Kylan desapareció por el pasillo.

Agobiada, Mary miró por una de las ventanas y suspiró.

—Dentro de nada, anochecerá.

Erinn le palmeó un hombro.

—Le encontraremos. No sufras, si quieres ve a ver como esta lady MacAdam y el Conde y yo nos encargaremos del resto.

Mary la miró aliviada.

—Eso sería maravilloso, estoy convencida de que, tras un grito suyo o del Conde, Romuald aparecerá enseguida. No es un misterio que ese pequeño siente debilidad por ustedes.

Al principio, Erinn no le había dado mucha importancia a la desaparición del pequeño y travieso carlino, pero conforme el tiempo avanzaba y el atardecer se hacía presente en el cielo, empezó a ponerse nerviosa ya que no había ni rastro de él.

Los gritos de los sirvientes se oían por toda la propiedad. Alfred se había ofrecido voluntario con Kylan para ir a inspeccionar los acantilados, puesto que de encontrar allí a Romuald, podía no ser muy agradable.

Erinn, que se había adentrado en el bosque, se encaminó por instinto al mausoleo en construcción de Glenfinnan que, apenas era una base con algunas columnas, pero la idea de lo que aquello representaba la hizo entristecer.

Dio un paso hacia atrás lentamente y, de pronto, chocó con algo, no tan sólido como para ser un árbol, ni tan ligero como para ser un arbusto.

Ella se giró lentamente y quedó atrapada por los intensos ojos de Kylan que, con una sonrisa de depredador, se acercó a ella besándola con fiereza.

Erinn se dejó llevar por lo que los labios de él le hacían sentir, hasta que notó como la apoyaba contra una de las columnas del mausoleo.

—Necesito estar a solas contigo —jadeó él contra sus labios—. Es una agonía no poder besarte cuando me apetece.

Ella entrelazó sus dedos con el cabello de Kylan.

—Creí que era la única que lo estaba pasando mal —musitó mientras él le besaba el cuello y bajaba hasta su escote, para terminar en uno de sus hombros, que mordió ligeramente.

Al oír un lamento, Kylan se detuvo y la miró a los ojos.

—Perdona, me he dejado llevar. ¿Te he hecho daño?

—No he sido yo —jadeó con los ojos cerrados.

Erinn abrió los ojos de par en par y miró a Kylan, que se puso un dedo sobre los labios para que ella no hiciera ruido.

A los pocos segundos, se oyó de nuevo un débil lamento.

—¿Romuald? —le llamó Erinn.

Un ladrido salió de debajo de una caja de madera, rodeada de herramientas y trapos sucios.

Kylan se acercó y levantó la caja con cuidado, para descubrir un trapo de color marrón que se movía levemente. Erinn se agachó y lo retiró con cuidado, rezando para que Romuald no estuviera herido.

Los ojos saltones del carlino la miraron llenos de miedo y no dudo en saltar a su falda.

—Romuald, pequeñín, ¿qué ha pasado? —Se puso en pie acunándolo como un bebé.

Kylan le examinó las patas y el rechoncho cuerpo y sonrió aliviado.

—Esta bien, sólo un poco asustado —Le acarició la cabeza—. ¿Verdad granujilla?

—Será mejor que volvamos, Rosslyn y Mary deben estar muy angustiadas.

Kylan asintió y ambos empezaron a caminar de nuevo hacia el castillo.

XLI

Tras una cena con vítores para Erinn y Kylan, mucha comida y también una gran cantidad de bebida, Erinn se encaminó hacia su habitación donde Grace, como era habitual, había abierto la cama y dejado un camisón de hilo blanco sobre ésta.

A pesar de que la doncella había insistido al principio, ya conocía a Erinn y sabía que ella prefería prepararse sola para ir a dormir.

Algo nerviosa, miró por la ventana la negra noche mientras forcejeaba con su vestido y lograba quitárselo.

Sin duda, aquella noche, Glenfinnan iría a su habitación.

Su corazón empezó a palpar desbocado en su pecho. No era una niña tonta y sabía lo que pasaría, pero eso no evitaba que su inexperiencia le alterara los nervios.

Tras quitarse las enaguas y la ropa interior, se deslizó dentro del camisón que olía a limpio.

Justo antes de sentarse en la cama, reparó en un pequeño sobre cerrado con lacre con el sello de la rosa de invierno y que, con una exquisita caligrafía, rezaba su nombre.

Lo cogió y lo abrió con cuidado.

Mi querida Erinn,

Cuando leas esta nota, ven a mis aposentos.

Tuyo, K.

Ella entrecerró los ojos mientras volteaba la carta algo decepcionada. Él no había dado señales de serlo, pero en lo profundo de su ser esperaba que Glenfinnan fuera un poco más romántico y aquella carta dejaba claro que no lo era.

Movió la cabeza resignada y, con los pies descalzos, se encaminó a la puerta que comunicaba las dos habitaciones.

Con un movimiento poco decidido, llamó un par de veces y, tras tomar aire, entró.

La luz dorada de varias velas colocadas estratégicamente en candelabros de plata fue lo primero que le dio la bienvenida, para fijarse, después, en Kylan que, desde una bañera blanca de patas doradas, le sonreía lujuriosamente.

—Llegas antes de lo que esperaba. Aún no he terminado mi aseo nocturno.

Las mejillas de Erinn se encendieron y agarró el tirador de la puerta con fuerza.

—Lo... lo siento —Soltó una risilla—. Puedo volver en un rato.

—No seas tímida, mi preciosa desconocida —Alargó una mano invitándola a meterse con él en la bañera—. Déjate llevar por lo que hace días que nos consume.

Fue más la sensación de *déjà vu* que las palabras en sí lo que dejó a Erinn clavada en el suelo.

Kylan, que percibió su nerviosismo fue consciente de que Erinn, a pesar de ser oficialmente su amante, no era como las otras mujeres que entretenían sus noches libres. Ella era una chica

inocente y sin experiencia que, sin duda, se estaba sintiendo bastante intimidada por su cuerpo desnudo.

Agitó un poco el jabón de la bañera, haciendo más espuma, que impedía ver debajo del agua.

—Si lo prefieres, puedo ir yo en un rato —Sonrió dulcemente—. No quisiera incomodarte ni ir más deprisa de lo que tú puedas soportar.

—Estoy bien —Sonrió dando un paso tímido y cerrando la puerta tras ella—. Es que no te esperaba tan...

—¿Desnudo?

Ella empezó a reír nerviosamente.

—Debo parecerte una colegiala tonta y tímida —se burló de ella misma soltando otra risilla.

Él alargó de nuevo su brazo para que se acercara y ella titubeó un segundo.

—Si no vienes tú, tendré que ir yo.

Tras morderse el labio para no empezar a reír descontroladamente como una hiena nerviosa, se acercó hasta la bañera intentando no desviar la mirada de los ojos de Kylan.

Cuando estuvo a su altura, él le cogió una mano y se la besó con dulzura.

—No me pareces en absoluto tonta ni tímida —Sonrió—. Tu inocencia, en parte, me atrae bastante.

Algo más relajada, Erinn se sentó en el borde de la bañera, mientras él aún sostenía su mano.

—Seguro que todas tu amantes empezamos siendo inocentes —se burló.

—Mis amantes nunca han sido jóvenes inexpertas.

—Vaya, entonces espero estar a la altura —Se mordió el labio mientras el jugueteaba con su mano.

En los ojos de Kylan bailó un brillo pícaro.

—Podríamos probar con un beso a ver qué tal amante eres.

—Ya nos hemos besado antes.

—Sí, pero han sido besos robados y en ningún caso me has besado tú a mí —Enarcó las cejas desafiante.

Ella se pasó la lengua por los labios y esbozó una sonrisa mientras soltaba el aire.

Sin pensarlo mucho, se inclinó sobre él y le besó al principio lentamente hasta que él abrió ligeramente la boca y dejó de ser un beso inocente.

Las manos de Kylan rodearon la cintura de Erinn, que empezaba a perder cualquier atisbo de timidez poniendo sus manos en los hombros de él e inclinándose peligrosamente hacia delante.

De pronto, lo inevitable sucedió.

El camisón de Erinn resbaló contra la porcelana haciéndola caer de culo en la bañera sobre Kylan que, a pesar de que había intentando sostenerla, había fallado.

El agua se salió a borbotones y ella le miró con sus ojos azules abiertos como platos, mientras aún seguía firmemente sujeta a él.

Al ver su expresión, él empezó a reír descontroladamente contagiando su risa a Erinn, que sólo mantenía sus pantorrillas y pies fuera de la bañera.

—¿Te has hecho daño?

—No —Soltó una leve carcajada—. ¿Y tú? He caído sobre tu... sobre ti.

—Estamos bien —se burló de ella.

—Lo siento —se tapó la boca con la mano sin osar moverse.

Kylan la miró lentamente. Su camisón de hilo empapado se adhería a su cuerpo sin dejar absolutamente nada a la imaginación.

Al darse cuenta, Erinn se sintió expuesta, pero antes de que pudiera hacer nada, Kylan le

acarició el pelo y empezó a quitarle poco a poco las horquillas que mantenían su recogido. En cuestión de segundos, el cabello de Erinn cayó sobre ella cubriendo en parte sus pechos.

Los ojos de él no se apartaban de los de ella que, poco a poco, volvió a relajarse, en especial cuando los hábiles dedos de Kylan ascendieron desde su nuca hasta su cuero cabelludo y empezó a darle un ligero masaje.

Erinn cerró los ojos y soltó un gemido, mucho más alto de lo que habría querido, mientras dejaba su boca algo entreabierta.

Kylan empezó a besarla haciendo que sus lenguas jugaran y que ella ahogara sus jadeos contra sus labios.

Ansiando más y perdiendo completamente el control sobre la situación, Erinn se abrazó a él acariciándole el pelo y la piel desnuda de la espalda.

Una de las manos de Kylan, que aún seguían en la cintura de ella, ascendió hasta uno de los pechos de Erinn que, al sentir el contacto, suspiró sin parar de besarle.

Cuando él empezó a besarle el cuello a Erinn, sumida en un estado de completo deseo, se dejó caer hacia atrás, dejando que su cabeza reposara contra el borde de la bañera.

La juguetona mano de él, emprendió una caricia desde sus costillas hasta su muslo donde, con una habilidad pasmosa, levantó el camión de Erinn y con delicadeza hundió su mano entre sus piernas.

Al sentir el íntimo contacto, Erinn jadeó abriendo los ojos y Kylan la besó con ternura hasta que ella volvió a dejarse llevar.

Era increíble cómo los besos de Kylan eran capaces de dejarla sin voluntad propia.

Los hábiles dedos de él hicieron que la respiración de ella se acelerara al principio para pasar a ser jadeos ahogados después.

Un calor agobiante se había apoderado del cuerpo de Erinn, que abrazaba a Kylan con fuerza y había enterrado su cara contra su cuello.

Sentía cómo se tensaba como una cuerda con cada nueva caricia, como si algo en su interior se fuera a romper en mil pedazos, pero deseaba que así fuera.

De pronto, una placentera sensación la hizo volar durante un instante efímero, llenándola de un cálido y sofocante hormigueo.

Tardó algunos segundos en que su respiración se normalizara, mientras Kylan la mantenía abrazada firmemente contra su cuerpo.

Erinn levantó la cabeza y le miró con los ojos brillantes y las mejillas encendidas a causa de su pasión.

Él sonrió y le dio un ligero beso.

—La bañera ha resultado ser más útil de lo que pensaba —se burló.

—Para mí sí —se mordió el labio.

Kylan, consciente de que ella podía sentir su excitación bajo el agua la cogió de la cintura para ayudarla a salir.

Con un poco de dificultad, ya que apenas sentía las piernas, Erinn se puso en pie dejando un charco de agua a su alrededor.

—Hay toallas en la silla junto al biombo.

Con cuidado de no resbalar, se acercó a donde él le había indicado y, con tirones y un poco de dificultad, se quitó el camión empapado para envolverse, después, en una gran y suave toalla.

Sin saber cómo, Kylan había salido de la bañera y se acercaba a ella con una toalla envolviéndole la cintura.

—Eres rapidísimo —comentó ella sorprendida.

—No en todo —sonrió de una manera lujuriosa mientras la abrazaba contra él.

Erinn soltó una carcajada.

—No puedo dar mi opinión hasta verlo por mí misma.

Los ojos grises de Kylan aceptaron el desafío.

—Si no estás cansada, puedo hacerte una larga demostración —Le mordió suavemente el labio y ella jadeó.

—Nunca me ha importado trasnochar.

Un grito divertido se escapó de la garganta de Erinn cuando sintió cómo Kylan la cogía en volandas para llevarla hasta la cama, donde con cuidado la dejó tumbada.

Ante la atenta mirada de ella, él caminó por la habitación apagando algunas velas y dejando la estancia con una luz mucho más suave.

Sin pensarlo, se deshizo de su toalla y se tumbó junto a ella, que giró sobre sí misma para poder mirarle a los ojos.

Su pelo de fuego se alborotaba sobre su frente como si fueran llamas, mientras sus ojos de acero eran capaces de atravesarla y dejarla sin respiración.

Algo tímida, le acarició el cuello para bajar por sus pectorales hasta que posó su mano sobre su corazón. Aquel contacto tan personal y cariñoso, hizo despertar en Kylan algo mucho más intenso que el propio deseo o la lujuria.

Dejándose llevar, él hizo el mismo movimiento hasta dejar su mano descansando sobre el corazón de Erinn, que sonrió ampliamente antes de inclinarse y besarle con dulzura unos segundos, hasta que el deseo se apoderó de ella y, sin saber cómo, rodó sobre él mientras le acariciaba los hombros.

Allí, sentada sobre el cuerpo desnudo de él, su excitación era mucho más que evidente apretándose contra el muslo de Erinn.

Queriendo controlar la situación, Kylan se deshizo de la toalla de ella con un fuerte tirón y la hizo rodar en la cama hasta quedar encima.

Al ser consciente del peso de él, ella gimió levemente mientras, ansiosa, paseaba sus manos desde la espalda de Kylan hasta su trasero.

—Me haces perder el control —le susurró él sobre sus labios.

—Es lo justo, yo acabo de perderlo en la bañera.

Kylan sonrió mientras con una mano agarraba uno de los pechos de Erinn, que respiró de manera agitada.

Mientras la besaba y la acariciaba podía sentir cómo la excitación de ella aumentaba por momentos, hasta que fue incapaz de emitir nada más que no fueran jadeos entrecortados.

Seguro de sí mismo, se coló entre sus piernas y, poco a poco, unió sus cuerpos sintiendo que ambos explotarían.

Lo que al principio fue un ligero movimiento comedido, se fue volviendo mucho más profundo y salvaje, sacando a la superficie la parte más animal de ambos y actuando simplemente por instinto.

Kylan alternaba sus besos con pequeños mordiscos en el cuello de ella, mientras Erinn, presa de un deseo como nunca había conocido, le abrazaba con fuerza como si quisiera que se fusionaran en un único ser.

—Kylan —jadeó contra su cuello cuando él deslizó una mano por su espalda elevando las caderas de ella y profundizando aún más su unión.

El sudor empezaba a perlar la piel de ambos para cuando la presión fue insoportable para Erinn, que gemía contra el pecho de él sintiendo cien veces más placer que en la bañera.

El estallido de sensaciones la hizo sentirse mareada, mientras a lo lejos sentía como Kylan gemía y se dejaba caer sobre ella delicadamente, apoyando su cabeza sobre su pecho que subía y bajaba rápidamente.

Sintiéndose posesiva, le abrazó como si quisiera que aquel momento no pasara nunca. Él respondió a su abrazo deslizándose una mano entre su espalda y el colchón, que hizo que se estrechara aún más la distancia entre ellos.

Sintiéndose completamente feliz en ese instante, cerró los ojos siendo consciente sólo de su propia respiración y de la de Kylan.

—Mi querido Conde de Glenfinnan —susurró.

Contra su piel, sintió como Kylan esbozaba una sonrisa, antes de que su respiración se serenara y se quedara dormido.

XLII

Poco a poco, empezó a despertarse sintiéndose descansada y feliz. El sonido de unos pasos por la habitación le hizo abrir lentamente los ojos, que no tardaron en enfocar a Kylan que, a medio vestir, se acercaba a ella.

—Buenos días —La besó con delicadeza.

—Hola —murmuró con la voz un poco ronca mientras se sentaba en la cama.

De pronto, fue consciente de dónde estaba y las horas que eran y se puso en pie tapándose con una manta que había sobre la cama.

—¿Ahora te vuelves tímida? —se burló mientras se ponía una camisa de hilo de color crema.

—Es por la mañana —Miró por la ventana que aún tenía las gruesas cortinas corridas—. Subirá tu ayuda de cámara y me pillaré aquí.

Kylan se acercó a ella y le acarició una mejilla.

—Hace años que me visto solo, a pesar de las quejas de mi madre.

—Pero ¿y Grace? —Miró a la puerta que unía las habitaciones nerviosa—. Estará a punto de...

Kylan la besó acallando sus preocupaciones.

—Tranquila, es aún muy pronto.

Sintiéndose ridícula, Erinn siguió con la mirada a Kylan, que se acercó a un mueble alto con cajones. Junto a un reloj decorado con filigranas doradas, estaba el caballito de madera de Kofi.

Erinn sonrió. Por mucho que lo negara, Glenfinnan tenía un gran corazón.

—Sé que tenía que habértelo dado antes, pero no tuve ocasión —Se acercó a ella con una caja de tamaño mediano.

Erinn le miró sorprendida.

—¿Qué es?

—Algunas cosas que te dejaste en McLovin House.

Algo abrumada, abrió la caja con lentitud y miró en su interior. Dentro había algunos pañuelos bordados y el capullo de rosa amarilla que él le había regalado, que de alguna manera se había secado conservando su esencia y forma.

Después de todo, Kylan sí era un romántico.

—¿Recuperaste estas cosas para mí?

—Claro —asintió con la cabeza—. Te pertenecen.

Sin pensarlo, dejó la caja sobre la cajonera y, lanzándose a su cuello, empezó a besarle con pasión.

Contento, la abrazó devolviéndole el beso hasta que la hizo jadear.

—Si haces esto por unos pañuelos, una rosa seca y un diario, no me imagino qué pasará el día que te regale un diamante.

Los ojos de Erinn se abrieron como platos y dio un paso hacia atrás.

—¿Diario?

—Sí —Él hizo un gesto con la cabeza—. Un pequeño cuaderno de tapas de cuero azul oscuro con ribetes dorados. Ha de estar en la caja.

Alarmada y mientras su pulso se disparaba, Erinn apartó los pañuelos y sacó el diario con

manos temblorosas.

—¿Lo... lo has leído?

Él se apoyó en la cajonera haciéndose el interesante.

—Soy un caballero, jamás leería el diario de una dama —Ella río nerviosa apretando el cuaderno contra su pecho—. Además... está vacío.

El rostro de Erinn se volvió blanco como la cera y sintió cómo el suelo temblaba bajo sus pies.

—¿Vacío?

—Sí —La miró preocupado—. ¿Estás bien?

Ella le dedicó una fugaz sonrisa intentando ocultar su pánico.

—Será mejor que vuelva a mi habitación antes de que venga Grace a despertarme.

Con un movimiento rápido, recogió del suelo su camisón, que aún estaba húmedo, y se encaminó hacia la puerta.

—Erinn —murmuró él preocupado.

Ella estrechó la caja contra su pecho y le sonrió nerviosa.

—Gracias.

Sin esperar respuesta, abrió la puerta y se metió a toda prisa en su habitación. El pulso le retumbaba en los oídos y sentía náuseas.

Dejó la caja y el camisón empapado sobre una silla y abrió el diario intentando que su visión no se volviera borrosa.

Era cierto. Estaba vacío.

No había ni rastro de las más de veinte páginas que ella había llenado con sus visiones y la descripción detallada de las muertes de las tres Condesas de Glenfinnan.

Con la yema del dedo tocó el interior del cuaderno. No había duda, alguien había arrancado las páginas, pero aquello no era lo que le cortaba la respiración, lo peor era que alguien sabía que ella conocía todos los hechos que habían hecho que Kylan se convirtiera en el Conde maldito.

No fue fácil explicarle a Grace por qué el camisón de Erinn estaba empapado y su cama intacta, pero la joven, como buena doncella, no hizo preguntas y se limitó a ayudar a Erinn a vestirse.

Sumida en un agobio intenso, Erinn intentó averiguar quién podría tener las páginas de su diario, lo que la llevó a una paranoia total, sospechando primero de Fred, que casi nunca sonreía, hasta terminar en la mismísima Rosslyn, que aquella mañana parecía más callada que de costumbre tras recibir una carta de Sigmund.

Angustiada, después de comer, se dirigió al único sitio que se le ocurrió para encontrar tranquilidad.

Los establos.

Algunos caballos relincharon al verla, pero fue sólo Caronte el que sacó la cabeza por encima de la puerta de su cuadra.

Los enormes ojos pardos del animal la tranquilizaron al instante y, mientras le acariciaba la cabeza, intentó reorganizar sus pensamientos.

Hacía varias semanas que había dejado *McLovin House*, por lo tanto, si alguien era conocedor de todo lo que ella había escrito, sin duda y como mínimo a esas alturas, ya la habrían chantajeado.

Caronte cerró los ojos cuando ella le rascó al final de la mandíbula.

—¿Has sido tú? —le habló como si fuera un niño pequeño—. ¿Tú has arrancado los secretos

de mi diario?

El caballo relinchó y ella soltó un suave risa.

—Así que es eso lo que te ha tenido todo el día como en una nube.

Asustada, Erinn se giró y miró a Kylan que, vestido con un traje de montar de cuero negro, imponía bastante respeto.

—Kylan —Sonrió nerviosa—. Me has asustado.

Él se acercó con pasos lentos, casi amenazantes y Erinn se sintió intimidada y excitada a la vez.

—Sé lo que te preocupa.

—¿Lo sabes? —se rió nerviosa.

Él asintió lentamente, mientras la acorralaba contra la puerta del establo apoyando una mano al lado de su cabeza.

—Temes que alguien haya leído los oscuros secretos que escribiste en tu diario —sonrió burlón.

—Más o menos —musitó.

Una enorme sonrisa se dibujó en los labios de Kylan y la respiración de ella se aceleró mientras él se acercaba más y más a ella.

—Yo no me preocuparía demasiado —Se alejó divertido y empezó a caminar por el establo revisando la silla de montar de Caronte—. Cuando alguien deja un diario abandonado en una casa, los sirvientes arrancan las páginas, las tiran al fuego y lo vuelven a poner en el escritorio de cualquier habitación de invitados.

Erinn se sintió frustrada sin saber si era por cómo jugaba Kylan con ella o por no haber pensado antes en aquella explicación, que era la más verosímil.

—Eso tendría sentido —suspiró aliviada.

—¿Más relajada?

—Sin duda —Sonrió animada volviendo a ser ella y encaminándose a la salida.

Kylan le interceptó el paso y la miró con los ojos llenos de deseo.

—Debía ser algo bastante vergonzoso lo que habías escrito —Levantó las cejas—. ¿Tal vez pensamientos pecaminosos?

Ella abrió la boca fingiéndose ofendida e intentó esquivarle para salir, pero Kylan volvió a cortarle el paso.

—Qué egocéntrico por tu parte pensar que había escrito sobre ti.

—No había pensado en que fueran cosas sobre mí —Se rió mientras volvía a cortarle el paso acorralándola en una esquina—. Pero ahora, creo que sí lo eran.

Ella sonrió mientras corría alrededor de un poste de madera para intentar esquivarle, pero Kylan era muy rápido.

—Mi querido Conde, ¿cree usted que es el único en mis pensamientos? —se burló entre risas mientras corría hacia el fondo de los establos.

—Me gustaría pensar que sí lo soy —Intentó atraparla, pero ella escapó en el último momento dando un grito.

En un intento por perderle la pista, Erinn se metió en una de las caballerizas que estaba vacía a excepción de un montón de heno.

—Pues siento decepcionarte, porque hay un semental que ronda mucho por mi mente.

Kylan se quedó un instante quieto, como si no pudiera moverse. Hasta ese mismo momento, no había caído en que Erinn era libre para pensar en otros hombres si quería, al fin y al cabo ella era sólo su amante.

Con un movimiento de cabeza, intentó desechar aquel pensamiento y entró en la caballeriza tras ella, cerrando la puerta de madera con un movimiento deliberadamente lento.

—¿Quién compite conmigo por tí?

Ella se puso nerviosa al verse encerrada con él, que caminaba lentamente hacía ella como si fuera a cazarla.

—Le conoces bien —Jadeó al chocar contra la pared—. Ojos pardos, crin chocolate...

Kylan se rió sintiéndose estúpido.

—¿Caronte? —movió la cabeza.

—Fue amor a primera vista, lo siento —se burló—. No me digas que estabas celoso.

Kylan se abalanzó sobre ella besándola con urgencia mientras la respiración de él se aceleraba. Erinn le abrazó necesitando tanto como él su contacto.

—Sé que no tengo derecho a pedírtelo —jadeó sobre la piel de su cuello—. Pero no quiero que estés con otro hombre.

Erinn le apartó poniendo las manos sobre el pecho y le miró con el ceño fruncido.

—¿Qué te ha hecho pensar que querría estar con otro hombre?

Él la besó intentando borrar aquella pregunta de sus labios.

—Eres mi amante Erinn, y por lo tanto eres libre de... —En esta ocasión fue ella la que le besó con fiereza mientras se colgaba de su cuello atrayéndolo hacia ella.

—Yo sólo quiero estar contigo —susurró.

Kylan la levantó cogiéndola por el trasero y la aplastó contra la pared mientras no podía dejar de besarla.

Un pensamiento dejó helada a Erinn y él la miró al ver que algo pasaba.

—¿Tú quieres estar con otras mujeres?

Él soltó una carcajada inclinando la cabeza un poco hacia atrás, lo cual ofendió bastante a Erinn que intentó bajar al suelo sin éxito.

—En el pasado, he tenido una o dos amantes fijas, pero mis visitas nocturnas eran más que esporádicas.

—No necesito tantos detalles, un sí o no me bastaba —refunfuñó.

—Mira quién está celosa ahora —Le mordió el lóbulo de la oreja—. No, mi pequeña desconocida, no necesito a nadie más que no seas tú.

Erinn le miró entrecerrando los ojos, fingiendo estar enfadada, pero un intenso y húmedo beso le hizo poner la mente en blanco siendo simplemente consciente de las manos de Kylan que, eficientes, habían levantado su vestido.

Cuando de una embestida le sintió dentro de ella, se aferró a sus hombros y empezó a jadear desesperada.

Le necesitaba, más de lo que jamás había imaginado.

Con un beso, Kylan acalló sus gemidos.

—Silencio, mi amor —jadeó divertido—. No queremos alertar a todo el castillo.

Ella emitió un sonido que era medio risa medio jadeo, mientras le miraba a los ojos. Aquellos brillantes e intensos ojos grises que, desde el primer momento que los vio en el lienzo en el que estaban pintados, la habían hechizado para siempre.

Cuando ya no pudo más, se agitó entre los brazos de él, que pareció sentir lo mismo, dejándola caer lentamente hasta el suelo sin dejar de abrazarla.

Kylan le apartó un mechón de cabello de la frente y la besó dulcemente.

De pronto, una voces de hombres llegaron hasta ellos. Dos mozos de cuadra habían entrado para dejar un par de sillas de montar que habían estado engrasando.

Protector, Kylan se inclinó sobre ella, ocultándola con su cuerpo. Si les pillaban allí la prioridad era mantener en el anonimato a Erinn.

Cuando el sonido de los zapatos contra los adoquines de la cuadra les indicó que volvían a estar solos, Kylan se separó un poco de ella y la miró moviendo la cabeza.

—Me has vuelto a convertir en un joven libertino de veinte años.

—¿Eso es malo?

—Te iré a ver esta noche a tu habitación y podrás valorar por ti misma.

Ella empezó a reír, pero Kylan la besó hasta que sólo fue capaz de emitir un suspiro ahogado.

Las manos de Anne estrujaban y retorcían un pañuelo de hilo de color blanco mientras Grizel servía el té en un par de tazas de porcelana china.

El olor del incienso dificultaba la respiración a la doncella que, agobiada, empezaba a hiperventilar.

Hacía mucho tiempo que no tenía noticias de la gitana, a decir verdad la última vez que la había visto fue en la feria de Edimburgo donde, tras leerle el porvenir, se interesó por la chica que habían rescatado en el bosque. Anne, fiel a Grizel, que siempre le aconsejaba y leía la buena ventura gratis, le explicó todo lo que sabía de Erinn, desde el color del vestido que llevaba la noche que apareció, hasta el nombre del marido de la chica.

Anne soltó un sollozo al ver como Grizel se sentaba frente a ella. La luz de las velas se reflejaba en los pañuelos multicolores de la caravana de la gitana, confiriéndole un aspecto casi mágico.

—Entonces, mi querida Anne, ¿la joven del bosque vuelve a estar en el Castillo de Delfryn?

Anne tomó un pequeño sorbo de su té y asintió nerviosa.

—Yo no estaba presente, porque soy doncella y las doncellas no servimos las comidas, la señora Mait jamás permitiría tal cosa, pero me contaron que secuestraron a la señorita Burton.

—¡Qué calamidad! —Grizel abrió mucho sus ojos maquillados mientras removía lentamente la cucharilla en su infusión—. ¿Cómo se escapó de sus captores?

La joven negó con la cabeza.

—No lo sé exactamente, pero el Conde la trajo de vuelta al castillo —sollozó—. ¡Es un monstruo!

Grizel le palmeó la mano para intentar consolar a Anne.

—Cálmate —la reconfortó—. Toma otro sorbo de té y te sentirás mucho mejor. Le he puesto miel.

Ella, obediente, bebió otro largo trago y sonrió con una expresión nerviosa.

—Cuando el Conde volvió a Delfryn, trajo consigo una caja de cartón preciosa. No era mi intención ser cotilla, pero un día, ordenando sus cosas, se me cayó al suelo y encontré...

Anne empezó a llorar desconsolada y Grizel se levantó para sentarse a su lado.

—Estás segura conmigo.

—Había un diario —Sorbió los mocos de su nariz—. ¡El Conde es un demonio!

Grizel puso los ojos en blanco mientras Anne se echaba a su cuello llorando como una magdalena.

—Es un ser de la oscuridad, ya lo sé. Es por eso que fuiste muy valiente cuando intentamos purificar su alma con aquel té envenenado.

Anne soltó un jadeo entrecortado y miró a Grizel con los ojos llenos de lágrimas.

—Pero él lo sabía, y le dio el té a su pobre esposa —Se tapó la cara con las manos—. ¡Yo maté a su esposa!

—No, mi querida niña, fue él porque es un ser de las profundidades más oscuras del averno.

Anne sacó un montón de hojas arrugadas de un pequeño bolso que llevaba con ella.

—Es un monstruo, Grizel —Le dio las hojas—. Tenía un diario con todas las muertes de sus esposas apuntadas. Disfrutaba con ello, releendo lo que les hizo. Por eso, cuando enfermó con unas fiebres no fui a cambiarle los paños húmedos con la esperanza de que muriera esa noche... pero sobrevivió y sabe lo que hice.

Jadeante, apuró su taza de té mientras Grizel leía rápidamente las páginas y palidecía poco a poco.

¿Cómo era aquello posible?

Anne se puso una mano en el cuello mientras boqueaba como un pez fuera del agua.

—¿Podemos... podemos abrir una ventana? El olor del incienso me está cerrando la garganta.

—Mi niña tonta —murmuró Grizel mientras seguía repasando los textos—. No es el incienso lo que te está matando.

Anne, que se empezaba a poner colorada, abrió sus enormes ojos mirando la taza vacía de té.

Un segundo más tarde, cayó muerta en el suelo de la caravana mientras Grizel se ponía una capa de terciopelo negro y cogía una lámpara de aceite.

El frío de la noche le dio la bienvenida en cuanto se adentró algunos metros en el oscuro bosque donde había acampado. Allí, apoyado contra un árbol la esperaba un hombre entre las sombras.

—Está hecho —murmuró Grizel algo preocupada.

—Mi amor, no te apenes por esa criaducha, sabía demasiado.

Ella le miró levantando la cabeza.

—No es eso lo que me preocupa —Le tendió las hojas del diario—. No sé cómo, pero Glenfinnan lo sabe. Puede que no todas nuestras artimañas pasadas, pero al menos sabe que envenenamos a su segunda esposa.

Él borró su sonrisa ladeada de su rostro mientras leía las hojas con atención.

—Grizel, ha llegado el momento.

—¿Lo dices en serio? —Se lanzó a sus brazos.

—Sí —su voz sonó profunda—. Hemos de matar al Conde de Glenfinnan.



XLIII

El correteo lejano de unos pasos se coló en los sueños de Erinn que, agotada de la noche anterior entre los brazos de Kylan, abrió los ojos con pesadez.

Poco a poco, fue consciente de que dormía sobre el pecho desnudo de él, que parecía estar profundamente dormido.

Le observó detenidamente y sonrió sintiéndose la persona más feliz del mundo.

De pronto, un grito que provenía del jardín delantero hizo que ambos se incorporaran alertados. Al instante, Kylan la abrazó y la miró asustado.

—¿Qué ha pasado?

—No he sido yo —murmuró ella asustada—. Ha venido de fuera.

Alarmado, Kylan se enfundó en sus pantalones de hilo y descorrió las cortinas para ver el exterior, donde apenas empezaba a amanecer.

El ama de llaves se había abrazado a una mujer, que parecía estar sin sentido en el suelo empedrado de la entrada del castillo, mientras Alfred daba órdenes a un mozo de cuadra.

Cuando la señora Mait se apartó y dejó ver el cuerpo liláceo de Anne, Kylan comprendió que estaba muerta.

Erinn se acercó a Kylan vestida con su camisón.

—¿Qué está pasando?

—¡No! —La paró con la mano—. No tienes por qué ver esto.

Ella se quedó paralizada observando el rostro desencajado de él.

—¿Kylan?

Alguien corrió por el pasillo entre llantos mientras la voz de un hombre le decía que se calmara.

Erinn dio un paso tímido hacía Kylan, que había vuelto a mirar por la ventana justo en el momento en el que tapaban con una sábana el cuerpo de Anne.

—¿Quién es? —susurró Erinn.

Él la abrazó sintiendo una sensación de pánico que creía que no volvería a experimentar nunca.

—La muerte ha vuelto a Delfryn —musitó como si de pronto hubiera perdido la cordura.

Alarmada, ella se aferró a él acariciándole la espalda, jamás le había visto tan asustado e indefenso.

—Habrás sido un accidente, mi vida —le susurró—. Un desafortunado accidente.

El día pasó veloz entre un ir y venir de policías, médicos y criados que, alterados, eran incapaces de evitar recordar todas las muertes que había habido en aquel castillo.

Rosslyn había tenido que ser atendida por el doctor de la familia ya que, al conocer la noticia del asesinato de la doncella, que conocía bastante bien, se desmayó en mitad del salón.

La misma fortuna sufrió el ama de llaves que había cuidado de Anne como si fuera su hija.

Por otro lado, Marryanne y Erinn no se habían despegado ni un minuto de Kylan que, distante y frío, daba órdenes escuetas a los criados. Ambas sabían de sobra lo que él debía estar reviviendo y les preocupaba cómo lo asumiría.

El jefe de policía determinó que la joven se había suicidado, ya que habían encontrado una nota en su habitación donde se lamentaba de mal de amores.

Pero aquello no terminó de convencer a Erinn, en especial cuando oyó a un par de policías hablando del curioso perfume que tenía el papel y que les recordaba a algo exótico y denso.

Algo parecido al incienso.

El nombre de Grizel acudió veloz a los pensamientos de Erinn, pero no estaba segura de cómo la gitana podía estar involucrada en todo aquello.

Cuando llegó la hora de la cena, el ambiente en el castillo se había convertido en algo triste y apagado.

Fred, que solía contar con un par de ayudantes para servir la cena, estaba solo en el comedor con la cara más seria de lo normal.

Kylan apartó con la mano su plato de estofado, del que apenas había probado un par de bocados, y se dejó caer abatido contra el respaldo de su silla.

Marryanne le miró preocupada, sintiendo el dolor de su hijo como propio.

—He estado pensando que... —se aclaró la voz—. Lo mejor es que volvamos a Edimburgo hasta que los ánimos estén recuperados respecto al terrible suceso de hoy.

—Me parece una decisión sensata, hijo.

Erinn vio como Marryanne apretaba la mano de Kylan con ternura.

—Sin duda, estaré feliz de volver a mi casa de la ciudad. Escribiré de inmediato a Sigmund y a Dexter, para que se reúnan conmigo allí. Todo lo que ha pasado me ha hecho ver que la vida es muy corta para estar enfadada y más si es por aspectos que una no comprende como la economía.

—Es una decisión de lo más acertada, tía Rosslyn, pero me gustaría pedirte que acojas a mi madre y a Erinn contigo —tragó saliva—. Estarán más seguras.

—Siempre son bienvenidas.

—Excelente.

Los ojos de Erinn se abrieron como platos y le miraron alarmada, pero Glenfinnan tenía la mirada perdida sobre la mesa.

El reloj había marcado más de medianoche para cuando Erinn escuchó movimiento en la habitación de Kylan.

Con prisa, se encaminó hacia la puerta que comunicaba las estancias y giró la maneta.

Un sonido sordo y seco, como metálico, la hizo dar un paso hacia atrás para mirar la cerradura.

Estaba cerrada con llave.

Sintiendo una sensación de pánico, corrió hasta la puerta principal y salió de su habitación sin importarle que alguien pudriera verla en camión por el pasillo.

Sin llamar a la puerta de Kylan, abrió y se coló en su habitación.

Al verla, él puso los ojos en blanco.

—Debí cerrar esa también —murmuró sin ánimos en su voz—. A veces, me olvido de lo que eres capaz.

—¿Por qué has cerrado?

Kylan se encaminó hacia una de las ventanas y apartó la cortina con la mano mientras veía caer una fuerte lluvia que azotaba los cristales.

—Márchate, Erinn.

—No —sentenció caminando con paso firme hasta él.

—Debes olvidarte de mí.

Ella le acarició la espalda y él se apartó como si quemara.

—¿Por qué? —su voz sonó rota.

—Porque es peligroso —tragó saliva—. Soy peligroso para ti.

Unas silenciosas lágrimas de impotencia empezaron a caer por las mejillas de Erinn. No porque Kylan la estuviera echando de su lado, sino por el dolor que él estaba sintiendo en aquellos momentos.

—Escúchame bien —intentó no sollozar y mantenerse firme—. Tú no eres peligroso para nadie y mucho menos para mí.

—Erinn, mi dulce e inocente Erinn —Cerró su puño apretando la tela de la cortina—. Estoy maldito, es un hecho.

—No, no lo estás. Has tenido mala suerte —jadeó angustiada—. Muy mala suerte.

Él soltó el aire lentamente sin osar mirarla.

—Te pido por favor que te marches con mi madre y mi tía.

—No.

—Por favor —sonó abatido.

Ella se acercó y le abrazó por la espalda haciendo que él se pusiera tenso.

—¿Por qué quieres mandarme lejos de ti? —musitó contra su camisa.

El cuerpo de Kylan se convulsionó un par de veces como si estuviera llorando.

—No podría soportar tu muerte —susurró con un hilo de voz.

—Entonces, no te alejes de mí —Ella empezó a llorar con fuerza—. No me dejes o moriré de pena.

Incapaz de verla así, Kylan se giró y la estrechó contra su pecho donde su corazón palpitaba con fuerza.

—Mi dulce Erinn —Le besó la frente.

—No me abandones, Kylan —sollozó alterada—. No existe ninguna maldición, créeme, por favor.

—Cálmate, estás hiperventilando.

—No... no... —jadeó asustada—. No puedo respirar...

Él la levantó en volandas, como si no pesara nada y la llevó a la cama, donde se tumbó con ella.

Erinn se aovilló entre sus brazos mientras aún le caían lágrimas de los ojos.

—Shhh —la consoló acariciándole el pelo—. Tranquila.

—No puedo calmarme.

—Respira poco a poco, mi amor —Le puso la mano en el pecho para intentar bajar el ritmo de su respiración—. Mírame a los ojos y respira.

Obediente, Erinn se centró en los ojos de él que, enrojecidos, no dejaban ninguna duda de que él también había llorado.

—Te quiero —musitó algo más calmada —Te quiero, Kylan.

Las cejas de él se enarcaron ligeramente por el centro, poniendo una expresión de pena que apenas fue visible una milésima de segundo.

—Maldita sea —farfulló negando con la cabeza.

Ella se acurrucó en su pecho, apartando la mirada.

—No pasa nada si no sientes lo mismo.

—Por eso maldigo —La obligó a mirarle—. Porque yo también te quiero.

Ella sonrió dulcemente y Kylan, incapaz de resistirse, la besó con ternura durante un largo rato, hasta que al final se quedaron dormidos.

XLIV

—Señorita Burton —murmuró Grace—, debe levantarse. Hemos de preparar todo para la partida de mañana a Edimburgo.

Alarmada, Erinn se incorporó en su cama, asustando un poco a Grace, que dio un pequeño saltito.

Sin saber cómo, había terminado en su habitación. Sola.

Nerviosa, reprimió las ganas de ir corriendo al dormitorio de Kylan para comprobar que aún seguía en el castillo, pero no podía hacerlo mientras Grace estuviera allí.

—¿Se encuentra bien? Parece algo nerviosa.

—Sí —Sonrió—. Perdona, Grace.

Intentando parecer serena, dejó que la doncella la ayudara a enfundarse en su vestido de mañana azul con rayas amarillas y que le hiciera un elaborado peinado.

Casi cuarenta minutos después, Erinn bajó volando las escaleras, con una horrible sensación hormigueándole por todo el cuerpo.

Sin pensar en las formalidades, abrió la puerta del despacho de Kylan, que estaba completamente vacío, para correr después hasta su salón privado, que le dio el mismo resultado.

Sintiendo cómo el corazón se le salía por la boca, interceptó a un mozo que se dirigía hacia el comedor.

—Perdona —Tomó aire—. ¿Está el Conde desayunando con su madre y su tía?

—Lo lamento, señorita Burton —La miró juzgándola un poco—, su señoría se ha marchado al alba con su caballo.

—Maldito sea —murmuró echando a correr hacia las caballerizas.

En su mente, sólo se repetía una frase una y otra vez mientras corría como el viento por los pasillos del castillo hasta el patio trasero.

Glenfinnan la había abandonado.

Cuando llegó a la puerta de la cuadra, se paró a recuperar el aliento ante la asombrada mirada de un joven que sacaba brillo a una silla de montar.

Sin prestarle atención, Erinn entró en el establo.

—¡Caronte! —gritó jadeante—. Caronte, bonito, ¿dónde estás?

El relinchar del caballo se escuchó algo lejano.

Ella se giró justo en el momento en el que Kylan entraba a lomos de Caronte.

—¡Erinn! —Él desmontó y se acercó a ella, que le fulminaba con la mirada.

—No vuelvas a hacerme esto.

—¿El qué?

Ella miró a los lados asegurándose de que estaban solos.

—Marcharte así haciéndome pensar que te has ido dejándome sola —Hizo un leve puchero que se esforzó por controlar.

Él la abrazó y la besó dulcemente.

—Necesitaba salir a dar una vuelta y pensar en cómo prepararte.

—¿Prepararme para qué?

Él sonrió algo más animado que el día anterior.

—Acepto que vengas conmigo, pero con una condición.

Ella levantó la cabeza orgullosa.

—Soy todo oídos.

—Esta tarde, después de la hora del té, te reunirás conmigo para aprender a disparar.

—¿Cómo?

Kylan sonrió mientras llevaba a Caronte a su cuadra.

—Hace tiempo que me ronda la idea por la cabeza y ha llegado el momento de que te enseñe a defenderte como es debido.

Ella abrió la boca sin saber qué decir y la cerró de nuevo al ver a un joven mozo acercarse a Kylan con varias prendas de ropa.

—Disculpe, su señoría —sonó tímido—. Aquí están las prendas que me ha pedido.

Kylan le miró agradecido revisando la camisa y el pantalón ajados.

—¿Podría abusar un poco más de ti y pedirte también tu gorra?

El chico se quedó un segundo quieto, para después entregarle su gorra marrón algo raída.

Erinn les miraba sin saber de qué iba todo aquello.

—Gracias, Danny. Ve a la cocina y dile a la señora Mait que te dé un buen plato de sopa caliente, has de crecer un poco y, descuida, mañana te devolveré tu ropa en perfectas condiciones.

El chico sonrió tímidamente y salió corriendo hacia el patio.

—¿De qué va todo esto? —murmuró ella mientras examinaba la ropa.

Kylan le puso la gorra a Erinn, que se quedó sorprendida.

—Está muy mal visto que una dama aprenda a disparar, sin embargo, nadie se opondría a que enseñase a un joven mozo a defenderse.

Con un solo dedo, Kylan tocó la visera de la gorra y Erinn empezó a reír ante su ocurrencia.

Con pulso firme, la ayudó a bajar de Caronte y la dejó al suelo, no sin antes echarle una mirada de arriba a bajo, mientras se mordía un labio.

—Debe ser ilegal lo apetecible que está tu trasero con esos pantalones viejos.

—¡Kylan! —Erinn empezó a reír, mientras se ajustaba la gorra y se aseguraba de que su cabello no se escapara de ella—. Eres un perverso.

Él se acercó y la besó.

—Seré un perverso, pero me quieres.

Ella entrecerró los ojos y empezó a seguirle por un sendero del bosque hasta que llegaron a una enorme pradera.

Desde allí, se veía el castillo no muy lejos y el mausoleo en construcción que empezaba a estar casi completo.

Kylan se quitó una bolsa de cuero que llevaba colgada en bandolera y de la que sacó varios tarros de cristal y latas de conserva vacías. Algo nerviosa, le observó mientras colocaba los blancos sobre un árbol que había derribado un rayo en el pasado.

La distancia entre ella y las dianas era considerable.

Agachándose de nuevo sobre la bolsa, Kylan sacó un estuche con varios elementos, entre ellos dos relucientes pistolas de empuñadura de plata repujada y engarces de rubíes, y las cargó con eficientes movimientos.

Erinn desconocía si en el pasado Glenfinnan se había batido en duelo, pero estaba claro que sabía perfectamente lo que debía hacer con un arma.

Cuando se puso en pie y se acercó a ella, Erinn se puso tensa.

—No tengas miedo —Le sonrió enseñándole el arma—. Ésta es una de mis pistolas de duelos.

—Entonces, ¿sí te has retado con alguien? —pareció fascinada.

—Un par de veces en el pasado, cuando era un joven insensato —no pareció muy orgulloso de ello—. Bien, primero quiero que veas cómo lo hago.

Kylan dio un paso hacia delante y adoptó una postura firme con las piernas un poco abiertas y las rodillas flexionadas mientras dirigía la mirada al frente.

El sonido del disparo resonó por el bosque y algunas aves cercanas emprendieron el vuelo asustadas, mientras una de las latas volaba por los aires.

Erinn no pareció impresionada, era como si ya supiera que él sabía disparar.

—Muy bien —Se acercó a ella ofreciéndole la otra pistola—. Te voy a enseñar los aspectos básicos.

—Vale —musitó ella cogiendo la pesada arma entre sus manos.

—Esta pequeña palanca de aquí arriba te indicara si la pistola está lista, es el seguro, y si no lo desencajas no podrás disparar.

Con mucho cuidado, Erinn desbloqueó la pistola que emitió un sonido metálico y sordo.

—¿Tienes tu pistola bien cargada? —Kylan sonó seguro de si mismo y algo burlón.

—Sí.

—Entonces, dispara.

Intentando que el pulso no le temblara demasiado, Erinn se giró hacia donde estaban las latas e intentó apuntar a uno de los objetivos.

Más nerviosa de lo que estaba dispuesta a reconocer, apretó el gatillo sintiendo cómo el retroceso de la potente pistola la tiraba al suelo.

La bala, lejos de dar a alguna de las dianas, fue directa al tronco de un viejo roble del bosque.

Kylan se colocó junto a ella y sonrió.

—Lo siento, debí avisarte de que modifique esta pistola para que tuviera mucha más potencia y alcance, en consecuencia el retroceso es bastante... fuerte —La ayudó a levantarse.

—Ha sido horrible —murmuró ella limpiando algunas hojas de su trasero.

—No lo has hecho tan mal —La besó mientras le quitaba la pistola de la mano—. Además, nadie esperaba que lo hicieras perfectamente bien la primera vez.

Cogiéndola de la mano, la llevó hasta el estuche abierto y empezó a enseñarle los diferentes objetos que contenía y para qué servían.

El pequeño compartimento en una de las esquinas donde había balas, las baquetas para introducir la bala junto con la pólvora en el interior del cañón y la grata de cerda para limpiar a fondo la recámara antes de un nuevo uso.

Tras varios intentos, Erinn empezó a tomar confianza hasta que ella sola fue capaz de cargar el arma.

—Concéntrate —susurró Kylan tras ella—. Mira fijamente a tu objetivo y suelta el aire lentamente.

El sonido del aire que se escapaba de los labios de Erinn dio paso al estruendo del disparo y al de los cristales rotos de un tarro que explotó en mil pedazos.

El cuerpo de él frenó considerablemente el retroceso de la pistola.

—Ha sido perfecto.

—Gracias —Le miró animada.

—Ahora recuerda, usa tus habilidades de tiro sólo para tu defensa personal.

Ella levantó la pistola poniéndola vertical junto a su cara.

—Lástima, había pensado robar un banco.

Kylan empezó a reír antes de besarla con pasión. Llevaba demasiado tiempo sin hacerlo.

—Volvamos al castillo, hemos de terminar de prepararnos para ir a Edimburgo mañana.

Cogidos de la mano, y tras recoger todas sus cosas, se encaminaron hacia Caronte, que pastaba plácidamente.

XLV

Para cuando la tarde empezaba a volver el gris claro del cielo de un tono mucho más profundo, los criados de la mansión de Edimburgo de Glenfinnan se habían encargado de ordenar y dejar todo listo para que su señor y Erinn estuvieran perfectamente acomodados.

Kylan disfrutaba de una copa y un buen libro frente a la chimenea de su despacho, sin esforzarse por contener una sonrisa al recordar lo obstinada que se había mostrado Rosslyn aquella mañana al enterarse de que él y Erinn estarían solos en su mansión.

Por suerte, Marryanne se había encargado de calmar a su cuñada, mientras él argumentaba que, dados los sucesos pasados en la vida de Erinn, no pretendía volver a dejarla sola sin su protección pero que, a pesar de ello, insistía en que su madre sí se alojara con ellos.

Por supuesto, su tía se había escandalizado sobremanera pero Marryanne, cómplice de su hijo y viendo mucho más que sus palabras, le justificó, argumentando que atender a una joven dada a meterse en líos era más que suficiente responsabilidad y que ella sólo sería una carga más para el muy ocupado Kylan.

Tras un suave golpe en la puerta, Erinn apareció en el despacho y Kylan la miró sonriente con los ojos brillantes mientras le tendía los brazos.

Ella se acercó relajada y se dejó caer en su regazo mientras aceptaba de buen grado un apasionado beso.

Jadeó y le miró sorprendida.

—Creo que jamás te he visto de tan buen humor —Le acarició el pelo.

—Saber que estamos solos y poder besarte cuando me plazca ayuda mucho —enarcó las cejas—. Además, ayer aclaré ciertos puntos sobre mi maldición.

Erinn se puso tensa.

—Tú no estás maldito —Él empezó a besarle el cuello para no discutir—. ¿Qué cosas aclaraste? —jadeó intentando mantener la cordura.

Él la miró a los ojos, donde las llamas de la chimenea se reflejaban volviéndolos cálidos.

—Sólo se verán afectadas por la maldición aquellas mujeres que se casen conmigo —Volvió a besarla—. Por lo que, mi amor, estás fuera de peligro.

—¿Quién te ha dicho eso?

Él mordisqueó levemente el lóbulo de la oreja de Erinn.

—Grizel.

Ella se separó de él manteniendo la distancia apoyando sus manos en sus hombros.

—¿La gitana?

—Sí. Ayer al alba me enteré casualmente por un par de doncellas que hablaban en la biblioteca, de que Grizel estaba cerca de Delfryn. Así que fui a visitarla. Necesitaba respuestas. Cuando me encontraste en las caballerizas, venía de verla. Deberías estarle agradecida, es por ella que te he traído a mi casa.

Kylan hundió su cara en la curva del cuello de Erinn mientras empezaba a trazar un sendero de pequeños besos.

Durante unos segundos, la mente de ella se quedó paralizada. Grizel estaba cerca de Delfryn, lo que daba sentido a que la nota de suicidio de Anne oliera a incienso, pero... ¿qué relación había entre los dos hechos?

Antes de que su cerebro barajara más posibilidades y sacara nuevas conclusiones, la caricia de la mano de Kylan, que ascendía por el muslo de Erinn, la hizo perder el norte, olvidando por completo todo lo que era ajeno a lo que no fuera Glenfinnan.

Sin apenas darse cuenta, los días fueron pasando y poco a poco el invierno hizo acto de presencia en los paisajes de Edimburgo.

Para cuando Erinn llevaba compartiendo el mismo techo que Glenfinnan una semana al completo, él empezó a centrarse de nuevo en sus investigaciones dejándola con más tiempo a solas para pensar.

Al principio, se había entretenido inspeccionando la mansión, que era mucho más pequeña que las otras propiedades de Kylan y yendo a tomar el té con Marryanne y Rosslyn, pero no tardó en sentirse aburrida así que, animada, empezó a buscar en uno de sus baúles hasta encontrar el maletín de pinturas que Dexter le había regalado.

Unas horas más tarde y gracias a un eficiente criado que se había escapado a una tienda de arte, Erinn se había hecho con varios lienzos de diferentes tamaños y, tras hacer suyo un pequeño salón con vistas al parque, empezó a pintar.

Cuando, hacia el mediodía, Kylan volvió para comer con ella, la encontró rodeada de bocetos, con las manos y la cara con manchas de pintura y con los ojos brillando de pura creatividad.

Tan absorta estaba definiendo un paisaje nevado que no se dio cuenta de cómo él se le acercaba por detrás para abrazarla sin importarle que se pudiera manchar de pintura.

Durante un instante, ella se puso tensa hasta que sintió su presencia.

—Ya veo que has vuelto a tus preciosas pinturas.

Ella se giró y le dio un ligero beso.

—Estaba algo aburrida —Una punzada de culpabilidad traspasó a Glenfinnan—. Así que he decidido volver a pintar.

Ambos miraron el lienzo.

—Deberías dedicarte profesionalmente a ello.

—No es para tanto —se quitó importancia, limpiándose las manos con un trapo limpio—. Nadie querría que le pintara.

Él se puso frente al caballete, apoyándose contra una delicada vitrina llena de figuritas.

—Yo querría que me pintaras —Ella soltó una risa burlona—. ¿Qué? ¿No soy suficientemente guapo?

Erinn se mordió el labio y movió la cabeza.

—Eres perfecto.

—Entonces —Levantó la cabeza orgulloso mientras posaba haciéndose el interesante—. Píntame.

Mientras ponía los ojos en blanco al ver la sobreactuada expresión de Kylan, ella cogió un lienzo nuevo de tamaño mediano y lo acomodó sobre el caballete.

Le miró durante unos segundos y sonrió divertida.

—Relaja tu postura, seguramente estarás así horas.

—¿Horas? —murmuró él.

—Tú has querido que te pintara y ése es el precio de ser el modelo.

Él asintió levemente con la cabeza.

—Lo acepto, pero... —Miró a su alrededor—, ya que soy un conde famoso y, dicho sea de paso, temido, espero que la artista tenga a bien crear un ropaje y un decorado mucho más glamuroso que este salón.

Ella se rió ante lo pomposo de sus palabras.

—La artista le hará lucir como el conde más rico y hermoso de toda Escocia —Le dedicó una penetrante mirada y empezó a esbozar el cuadro.

Durante dos largos días, Erinn se había centrado en terminar el cuadro de Kylan, que la había llegado a obsesionar tanto que hasta se levantaba en plena noche para pulir algún pequeño detalle.

La noche del tercer día, Kylan llamó a la puerta del improvisado estudio de Erinn que, justo en ese mismo momento, remataba el último detalle del retrato: Las manchas de color gris acero de los ojos de Glenfinnan.

Orgullosa, cubrió el lienzo con una tela antes de dejar entrar al visitante.

—Adelante.

—¿Puedo molestar a la artista? —canturreó Kylan mientras entraba seguido de alguien—. Traigo visita.

Erinn se inclinó ligeramente hasta que vio a Oliver, que le dedicaba una brillante sonrisa.

—¡Oliver!

—Ser recibido así da gusto.

Ella soltó una risilla animada.

—¿Te quedarás a cenar con nosotros?

—¿Quién podría rechazar semejante oferta? —Le guiñó un ojo.

Mientras los dos amigos se ponían al día, Kylan empezó a rondar el caballete curioso por ver el cuadro. Ella se había negado a que él lo viera hasta que no estuviera terminado.

Al sentir la presencia de Kylan cerca del lienzo, Erinn le echó una mirada profunda y él enarcó las cejas desafiante.

—¿Está terminado?

Ella puso los ojos en blanco y sonrió mientras recolocaba un mechón de su cabello tras la oreja.

—Lo está.

—Vaya —Oliver sonó animado mientras se posicionaba justo en frente del cuadro—. Me muero por verlo, Glenfinnan no habla de otra cosa que no sea de tu talento.

Erinn, que había cogido una de las esquinas de la tela que cubría el cuadro, dudó un instante antes de descubrirlo.

—Eso es mucha presión para mí.

—Seguro que es perfecto —Kylan le levantó la barbilla con un dedo y sonrió.

Petrificada ante el íntimo gesto, ella miró a Oliver, que sonreía encantado y sin parecer darle mucha importancia.

O bien Kylan había olvidado que ella era su amante, o bien confiaba tanto en Oliver que no le importaba mostrar ante él sus sentimientos.

—¿Y bien? —canturreó Kylan posicionándose junto a su amigo.

Ella agitó la cabeza, dejando atrás sus pensamientos y, de un certero tirón, dejó al descubierto

el lienzo para dirigir su mirada a los rostros de los dos hombres esperando su reacción.

Oliver dio un pequeño paso atrás mientras inclinaba la cabeza, mientras que Kylan, abría lentamente la boca de pura fascinación.

—Es absolutamente brillante —musitó.

—¿Te gusta de verdad? —Erinn sonó como una niña inocente sin poder apartar la mirada de Kylan.

—El traje, el fondo, la luz y en especial sus ojos son... —Oliver empezó a aplaudir—. Maravilloso trabajo.

Orgullosa, se acercó a ellos para girarse lentamente a observar su obra desde la distancia adecuada. La imagen de Kylan, vestido con lujosas ropas y joyas y que, apoyándose en una columna, miraba a lo lejos mientras una luz anaranjada, como si fuera de una puesta de sol, enmarcaba sus facciones, la golpeó como un mazo.

Aquel cuadro no era un retrato cualquiera. Era el cuadro que ella había restaurado en su vida pasada.

Algo mareada, se dejó caer en una butaca cercana y Kylan se agachó junto a ella.

—¿Estás bien? —Ella asintió sin poder dejar de mirar el lienzo—. Llamaré a Grace para que te ayude a cambiarte de ropa y cenaremos enseguida, está claro que estás agotada.

Erinn se limitó a asentir, mientras su corazón latía descontrolado.

Tras un rápido baño y una copiosa cena, el humor de Erinn se vio restaurado y unas horas después, mientras disfrutaba de la compañía de los dos hombres en el salón de música frente a una cálida chimenea, volvía a ser la de siempre.

Oliver se había encargado de explicar varias historias sobre América y satisfacer todas las preguntas de ella, hasta el punto de prometerle a Erinn que algún día viajarían allí y le enseñaría el país.

Tras mirar el reloj sobre la chimenea, Oliver se puso en pie con una sonrisa brillante.

—Me temo que, por mucho que esté disfrutando de la compañía, debo marcharme.

Kylan se tensó en su asiento y se puso en pie.

—Debo entregarte algo antes de tu partida.

Sin esperar respuesta, Kylan desapareció dejándoles a solas.

—Gracias, Erinn —Oliver sonó mucho más serio de lo normal.

—No, gracias a ti, siempre es un placer disfrutar de tus historias.

Él negó con la cabeza cordialmente.

—No me refería a eso.

—¿No?

—No —Entrecerró sus ojos miel—. Me refería a la felicidad que has aportado a la vida de Glenfinnan.

Las mejillas de Erinn se sonrojaron. Sin duda, Oliver lo sabía todo.

—Es él quien ha cambiado mi mundo.

—Espero que en un futuro no muy lejano, olvide esa tontería de la maldición y se case contigo.

Antes de que pudieran decir nada más, Kylan volvió a entrar llevando consigo una carpeta de cuero azul. Sobresaltada, Erinn se movió justo en el momento en el que pasaba junto a ella y

chocaron, haciendo que la carpeta cayera, diseminando los documentos que contenía por el suelo.

—¡Lo siento! —se disculpó alarmada agachándose para ayudarlo a recoger.

Él soltó una musical risa al ver como ella se ponía nerviosa.

—Tranquila —Le acarició una mano—. Ha sido un accidente.

Erinn se puso en pie y le entregó un manojo de papeles, que Kylan ordenó en un instante de nuevo en el interior de la carpeta.

—Os habéis dejado éste, tortolitos —bromeó Oliver entregando una hoja a su amigo.

Sin hacer caso a la burla, Kylan lo guardó junto con el resto y le tendió la carpeta a su amigo.

—¿Tú no tenías una misión esta noche?

—Sí, señor —se cuadró haciendo gala de su altura—. El deber me llama.

Animado, se inclinó sobre la mano de Erinn y la besó con delicadeza.

—Reitero lo dicho, amiga mía —Le guiñó un ojo—. Gracias.

Las mejillas de Erinn se sonrojaron y, divertido, Oliver emprendió su marcha.

Incapaz de conciliar el sueño, Erinn se escapó de los brazos de Kylan, que dormía profundamente y, tras enfundarse en su bata de seda, cogió un pequeño libro y empezó a caminar sin rumbo por los pasillos.

La noche de invierno se había encargado de helar las habitaciones de la mansión y Erinn empezó a repasar mentalmente cuál tendría aún un poco de fuego en su chimenea.

Su habitación quedaba completamente descartada ya que, aunque lo mantenían en secreto delante de los sirvientes, todos ellos sabían a esas alturas que Erinn pasaba todas las noches en la habitación de Glenfinnan, así que nunca encendían la chimenea del cuarto de ella.

Su estudio de pintura hacía horas que estaba cerrado y, sin duda, frío, al igual que la biblioteca y el comedor, así que la única alternativa que le quedaba era el salón donde habían estado aquella noche tomando la última copa con Oliver.

Cuando entró en la habitación, sonrió al sentir la cálida temperatura y las pequeñas llamas que resistían en la chimenea.

Dejó sobre una mesilla junto a un sillón la lámpara de aceite que había traído con ella y se sentó soltando un suspiro.

Un sonido similar a un leve crujido sonó bajo su espalda y se incorporó un poco para ver de qué se trataba. Con cuidado, sacó una hoja de papel llena de anotaciones de puño y letra de Kylan. Sin duda, aquel documento había escapado de la carpeta horas antes, cuando ella había tropezado.

Movida por la curiosidad, acercó el papel a la lámpara para leer su contenido, quizás era algo importante para la investigación de Oliver y debía alertar a Kylan.

De pronto, palideció. Ante ella, tres palabras parecieron destacar sobre las demás: *Mary King's Close*.

Su corazón empezó a latir desbocado mientras aquellas palabras se sumaban a la visión del cuadro de Glenfinnan que ella había pintado, sacando a la superficie un recuerdo y una idea que, sin saber cómo, habían quedado enterrados en lo más profundo de su mente.

Kylan iba a ser asesinado en el *Mary King's Close*.

XLVI

Al amanecer, las voces de los criados en el pasillo se colaron poco a poco en el pesado sueño de Erinn que, sin remedio y de mala gana, abrió los ojos. Al reconocer el salón donde se había quedado dormida presa del agotamiento, se incorporó alterada recordando la noche anterior.

Tras sucumbir a un pánico absoluto, se había obligado a mantener la cordura y a trazar un plan para salvar a Glenfinnan. La idea de pedirle directamente que jamás volviera a pisar el *Mary King's Close* o incluso que se fueran lejos de Edimburgo, había quedado descartada ya que, sin un motivo de peso, él querría seguir allí, en especial ahora que parecía estar muy ocupado con sus negocios en la ciudad. Por supuesto, decirle la verdad era una completa locura. A pesar de que él era creyente de lo paranormal, jamás entendería que ella era una chica de un futuro muy lejano, conocedora de las causas de su muerte.

Sólo había una persona de la que creería una predicción, pero involucrar a Grizel en aquel asunto no le daba buena espina, ya que aún sospechaba que tenía relación con la muerte de Anne.

Finalmente, justo antes de que le venciera el sueño, había tenido una idea.

Se levantó del sillón un tanto mareada a causa de la falta de sueño, ya que sin duda había dormido poco más de tres horas, y se encaminó al pasillo ajustando su batín y verificando que no había nadie.

Con pasos rápidos, se adentró por los corredores camino a su habitación con una angustia creciente en su pecho. No podía perderle.

Justo cuando pasó cerca de la puerta del comedor, el olor a huevos revueltos y tostadas la golpeó como un mazo y, sin poder evitar las náuseas, localizó un jarrón y vomitó dentro.

La tensión la estaba matando.

Avergonzada, cogió el jarrón y corrió hasta su habitación, donde unos minutos después apareció una sonriente Grace que la vio sentada en la cama con la cabeza dentro de la delicada pieza de porcelana.

Erinn, algo mejor, levantó la cabeza.

—¿Está usted enferma, señorita Burton? —se lamentó caminando hacia ella—. ¿Quiere que llame al doctor?

—No, estoy bien —Se puso en pie y le dio el jarrón—. Lo siento, ¿podrías hacer que limpiaran esto?

La obediente Grace cogió el jarrón intentando no mirar dentro.

—Por supuesto.

—Lo siento.

A pesar de la insistencia de Grace de que Erinn se quedara en la cama, ella se había negado a desperdiciar un solo segundo lejos de Kylan y de su plan para evitar su asesinato. Así que, tras un desayuno ligero que pareció reconfortarla y una calurosa despedida por parte de Glenfinnan, que tenía una mañana atareada, pidió que le prepararan un caballo y se encaminó sola al centro de Edimburgo para realizar algunas compras para ejecutar su plan.

La primera parada fue en una preciosa tienda de pergaminos y lacres, donde compró varias hojas de papel, tinta de color negro y un juego de lacre con un sello con la forma de un cardo escocés.

Después, se encaminó hacia una biblioteca cercana y, sin hacer caso a las miradas de reprobación de los bibliotecarios, se coló entre los pasillos llenos de libros, hasta encontrar una mesa de estudio en un rincón que le proporcionaba intimidad.

Sin perder el tiempo, sacó el material que acababa de comprar y, esforzándose por hacer una letra que no se pareciera en nada a la suya, mucho más cargada de florituras y elegante, escribió dos cartas prácticamente iguales.

Las cerró con el lacre y, tras poner la dirección y los destinatarios, se puso en pie dejando allí la tinta, la pluma y el lacre, para salir después a toda prisa.

Unos minutos más tarde, se adentró en la oficina postal y, tras esperar un poco, un joven de piel blanca y un fino bigotito la atendió.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Quisiera mandar estas dos cartas.

El chico le cogió los dos sobres y chasqueó la lengua.

—La dirigida al señor Oliver Tyler no tiene especificada la habitación en la que se aloja en la posada Green Apple.

Erinn sonrió mientras intentaba contener los nervios.

—¿Cree que será un inconveniente? Tal vez los eficientes trabajadores de correos puedan preguntar a los recepcionistas de la posada dónde se aloja mi amigo para entregarle la carta simplemente conociendo su nombre.

El chico la observó un segundo mientras ella pestañeaba inocente.

—No creo que haya problema.

—Gracias —Suspiró aliviada.

Tras pagar el envío, salió de allí con el corazón martilleándole en las sienes. Ahora ya no podía hacer nada más que esperar y confiar en que aquella pequeña acción diera el resultado esperado.

En un intento por aclarar su mente, subió a lomos de su caballo y empezó a trotar en dirección a un parque cercano. Necesitaba aire fresco.

Los trinos de los pájaros y el tranquilo sendero que ella había escogido la fueron reconfortando poco a poco hasta que consiguió relajarse.

—¿Dónde está su escolta?

Erinn se puso rígida en su silla de montar y frenó a su caballo al reconocer la voz.

—Dexter.

—Buenos días —Hizo una reverencia con su cabeza, posicionando su caballo junto al de ella—. ¿Estás sola?

—Sí —sonó fría y distante.

Acostumbrado a la independencia de ella y animado por no tener que enfrentarse de nuevo a Glenfinnan, Dexter se limitó a sonreír.

—No es decoroso que una dama ande sin escolta, así que si no te importa te acompañaré —Ella abrió la boca para protestar pero él siguió hablando—. Además, te debo una disculpa. Mi comportamiento en McLovin House no fue el acertado. Reconozco que en parte fue por todo lo que mi primo despierta en mí, pero no me excuso, un hombre de mi edad debería saber controlarse ante tales sentimientos infantiles y por supuesto saber aceptar la derrota.

Ella entrecerró los ojos.

—Parece una disculpa sincera.

Dexter soltó una musical carcajada.

—Lo és —Clavó sus ojos negros en los de ella—. ¿Amigos?

Durante unos segundos, Erinn sintió desconfianza. Había algo en la mirada de Dexter que no terminaba de ser cristalino pero, a pesar de todo, asintió con la cabeza.

—Amigos.

La sonrisa de él hizo iluminar su rostro al completo.

—Me alegra haber arreglado las cosas o, sin duda, la fiesta de Navidad de mi madre habría sido un tanto incómoda para ambos.

—¿Qué fiesta?

Él pareció disfrutar animado del misterio mientras ambos trotaban en dirección a un lago.

—No es un secreto lo mucho que disfruta mi madre con las grandes celebraciones, así que la Navidad es la excusa perfecta para organizar una ostentosa velada con todos sus conocidos.

Ella se limitó a asentir con la cabeza mientras paseaban por la orilla del lago y nuevos temas frívolos eran objeto de debate para ellos.

Erinn entró en el despacho de Kylan tras haber golpeado suavemente la puerta y él apartó una pequeña bandeja de plata con el correo de aquella tarde para mirarla intensamente.

—Buenas noches, mi preciosa desconocida.

Ella sonrió mientras se inclinaba y le daba un dulce beso.

—Buenas noches, mi conde.

Él sonrió animado.

—Mira lo que ha llegado.

Sin dar mucha importancia a sus movimientos, rebuscó un sobre con una cinta roja entre su correspondencia. Al ver su carta entre las demás, Erinn contuvo la respiración. Aún estaba por abrir.

—Ábrela —Le tendió el decorado sobre.

Con un movimiento preciso, Erinn abrió la invitación de Rosslyn a la fiesta de Navidad que horas atrás Dexter le había comentado.

—¿Te apetece ir conmigo? —La atrajo hasta que ella quedó sentada sobre él.

Erinn soltó una risa nerviosa.

—¿Como tu hermana o como tu protegida?

Kylan la besó con fiereza.

—Simplemente, como Erinn —Le acarició la mejilla con el dorso de la mano—. Como mi dulce Erinn.

Ella le besó dulcemente y se puso en pie ante la mirada extrañada de él.

—Iré contigo encantada, pero ahora te dejo para que termines de poner tu correspondencia al día —Sonrió mientras se encaminaba hacia la puerta.

Erinn necesitaba que leyera su carta.

Malinterpretando sus palabras, Kylan se puso en pie y la interceptó antes de que pudiera salir.

—Hay algo que debería poner al día antes que mi correo —Paseó juguetón sus dedos por el escote de ella.

—Pero... —jadeó al sentir la boca de él contra la suya.

Sin que pudiera oponer resistencia, se dejó llevar por Kylan al dormitorio donde perdió la noción del tiempo.

XLVII

Su mano se deslizó entre las sábanas frías en busca de la calidez del cuerpo de Kylan, pero él no estaba.

Alarmada, Erinn abrió los ojos y sintió cómo su dolorido cuerpo se quejaba del ejercicio de la noche anterior. La apremiante necesidad de no perderle, la había convertido en una amante fiera y necesitada y ahora pagaba las consecuencias de su desatada pasión.

Sus somnolientos ojos no tardaron en ver una nota sobre la mesilla de noche con su nombre.

Mi querida Erinn,

Un asunto urgente requiere de mi total atención durante todo el día, pero descuida, esta noche iremos juntos a la fiesta de Navidad.

Indiscutiblemente tuyo, K.

Sin pensarlo un segundo, corrió a su habitación y empezó a vestirse sin esperar la ayuda de Grace. Debía comprobar que el asunto urgente de Kylan era fruto de la carta que ella le había mandado.

Con un vestido de mañana azul cielo a medio abrochar y una maraña de rizos sueltos por su espalda, Erinn entró en el despacho de Kylan y localizó la bandeja de plata con la correspondencia.

Allí, completamente intacta, estaba su carta, aún por abrir y por desvelar la advertencia de que alguien asesinaría al Conde de Glenfinnan en el callejón.

El mundo pareció empezar a girar velozmente sobre su eje y, sintiendo la angustia corriendo por sus venas, se acercó a un paragüero y vomitó.

Grace, que la había estado buscando, pasó por el pasillo y la vio como se apoyaba en el escritorio de Kylan.

—Señorita Burton, la ayudaré a vestirse correctamente —Le arrebató el paragüero de las manos con cariño—. Y me encargaré de que limpien esto y de que a partir de ahora cuente con un recipiente a su disposición.

Ella, incapaz de leer entre líneas y sin saber por qué la doncella estaba de tan buen humor, la siguió hasta su habitación.

Los minutos parecían horas mientras Erinn, con un vestido de raso verde y un espectacular recogido lleno de plumas, caminaba erráticamente por el hall de la mansión esperando a que Kylan apareciera.

Durante todo el día, la angustia se había apoderado de ella y, tras preguntar a varios

sirvientes si conocían el paradero de Glenfinnan, que evidentemente era alto secreto, se había propuesto escaparse para ir a montar guardia al *Mary King's Close*, pero la inesperada visita de Isobel y su esposo, la habían confinado en la mansión hasta que ya fue la hora de prepararse para la fiesta de Rosslyn.

El relinchar de Caronte hizo que su corazón diera un vuelco y cuando Kylan apareció minutos después por la elegante puerta principal, se colgó de su cuello besándole con necesidad.

—Mi dulce Erinn —La abrazó—. De veras que siento haber tardado tanto.

Se separó de ella encaminándose hacia las escaleras.

—¿A dónde vas? —sonó necesitada.

—A vestirme como es apropiado.

Sin decir nada más, desapareció camino a su habitación mientras daba órdenes de que prepararan el carruaje con Caronte.

Los gritos de Dexter y Sigmund resonaban por el pasillo colindante al despacho mientras algunas doncellas, cargadas con flores y adornos para la fiesta, parecían asustadas.

Rosslyn se tambaleó algo mareada ante la pelea y Marryanne, que amablemente la estaba ayudando a terminar de organizar los aperitivos en la sala de baile, la sostuvo por el brazo.

—¿Estás bien, querida?

Rosslyn soltó un prolongado suspiro.

—Llevan así semanas, no sé que les pasa —Se sentó en una silla cercana—. Discuten sobre dinero, sobre matrimonio y yo no hago más que pensar que desearía tener una familia bien avenida.

Los ojos de Marryanne miraron por instinto al pasillo de donde provenían los gritos, que habían cesado súbitamente tras un fuerte portazo.

—¿Crees que Dexter tiene problemas? —Esperó un segundo buscando una manera delicada de decirlo—. ¿Tal vez con el juego? Muchos jóvenes son impetuosos con las apuestas y gastan más de lo debido sin darse cuenta.

—¡Oh, mi querida! —suspiró—. No me tomes por una mujer frívola e insensible, pero mi atención sobre los problemas económicos de esta familia es tan vaga que ni sé de cuánto es mi asignación mensual.

En un gesto cariñoso, Marryanne le palmeó la espalda a su cuñada. No la juzgaba por su ignorancia autoimpuesta, sin duda, era un mecanismo de defensa porque estaba claro que, al igual que todos en aquella casa, sabía que tenían problemas financieros.

Una hora más tarde, Glenfinnan entró en la mansión de los MacAdam con una radiante Erinn colgada de su brazo. Rosslyn no había escatimado en la decoración de la casa al completo, llenándolo todo de flores y coronas hechas de piñas y brillantes lazos rojos.

—¿Sabes que son esas flores? —susurró Kylan al oído de Erinn, que se había detenido a mirar una rama de rosas algo distintas.

—Son... ¿Rosas de invierno? —Sonrió acariciando una con la yema de sus dedos.

—Lo son —Posesivo, ciñó su mano más aún a la cintura de ella—. Te prometo que antes de irnos robaré una para ti.

Sin mirarle a los ojos, para no ceder a la tentación de besarle allí delante de medio Edimburgo, Erinn se limitó a hacer un sonido de satisfacción.

En un lateral del salón de baile, un cuarteto de cuerda interpretaba animadas canciones navideñas, mientras algunos camareros empezaban a pasearse entre los invitados ofreciéndoles ponche.

Erinn estaba mucho más calmada, ya que sabía que mientras Kylan estuviera junto a ella nada malo le pasaría.

Una radiante Rosslyn, seguida de Marryanne, se les acercó para darles la bienvenida.

—¡Feliz Navidad, queridos! —Sonrió dando un sorbo de su ponche que, sin duda, llevaba mucho alcohol—. ¡Disfrutad de la fiesta!

Bajo la atenta mirada de los tres, sin esperar una respuesta, la mujer danzó hasta una nueva pareja que acababa de llegar.

—¿Se encuentra bien? —Erinn se mostró preocupada.

—Sí —Marryanne sonó algo traviesa—. Digamos que he alegrado un poco su ponche, ya que la pobre estaba con el ánimo algo decaído.

Kylan soltó una carcajada ahogada mientras veía a su tía gesticulando con gracia.

—Sin duda, ha funcionado.

Marryanne se hizo la inocente.

—¿Dónde están mis modales? —Inclinó la cabeza elegantemente—. Feliz Navidad.

Erinn sonrió ampliamente.

—Feliz Navidad —comentaron Kylan y Erinn al unísono.

Antes de que pudieran entablar una nueva conversación, Lady MacLerie se les acercó con una radiante sonrisa.

—Qué placer volver a verte, querida Erinn —Ella hizo un saludo inclinando la cabeza—. Conde, Feliz Navidad.

—Igualmente, Lady MacLerie —Kylan sonrió educado, mientras alguien al otro lado de la sala llamaba su atención.

—¿Cómo se encuentra Isobel? —se interesó Marryanne.

—Delicada, me temo. El médico le ha recomendado evitar las fiestas.

Erinn recordó a su amiga con su vientre bastante abultado, que hacía apenas unas horas había compartido una taza de té con ella.

—El embarazo le sienta muy bien —canturreó Erinn animada—. Hoy precisamente hemos pasado un rato juntas, porque quería felicitarme las fiestas personalmente y sabía que no podría venir esta noche.

—Es cierto, algo me comentó —murmuró Lady MacLerie mientras cogía al vuelo una copa de ponche de una bandeja.

Erinn intentó coger también una bebida pero Kylan, algo distraído, se interpuso entre ella y el camarero.

—Si me disculpan, hay alguien a quien quiero saludar —Tras una breve reverencia, Kylan se perdió entre los invitados.

Al ver la expresión de decepción de Erinn, Marryanne intentó retomar la conversación.

—Entonces, ¿la joven Isobel ya ha superado el primer trimestre con éxito?

—Sí, ahora es todo mucho más fácil sin todas esas náuseas y vómitos por la mañana —se

burló Lady MacLerie—. La pobre estaba bastante avergonzada. Una mañana, incapaz de contenerse, vomitó en una maceta del salón. ¡Lástima de planta!

Marryanne sonrió con un punto maternal.

—Pobre criatura, que no se angustie, esas cosas son muy habituales.

Erinn, que había retomado el hilo de la conversación poco a poco, sonrió al recordarse a ella misma vomitando en un jarrón y en el paragüero justo aquella mañana.

De pronto, su corazón se quedó helado y dejó de respirar.

—¿Querida, estás bien? —Marryanne sonó preocupada.

—Sí —mintió mientras se esforzaba por sonreír—. Si me disculpan, creo que saldré a tomar un poco el aire.

—¿Quieres compañía? —comentó Lady MacLerie sin obtener respuesta, puesto que Erinn se había encaminado rápidamente hacía una terraza a la otra punta del salón de baile.

Alarmada y jadeando como si hubiera corrido una maratón, se ocultó en una punta de la enorme terraza donde el frío de la noche pareció no importarle a pesar de llevar un traje sin mangas.

Se dejó caer sobre un banco de piedra y enterró la cara entre sus manos mientras, poco a poco, su respiración se calmaba y repasaba los hechos.

Ella era una joven sana y Glenfinnan estaba más que claro que también, así que las consecuencias eran evidentes.

—Embarazada —musitó contra las palmas de sus manos—. Estoy embarazada.

Un sonido de cristales rotos le llamó la atención. Allí, de pie junto a ella, apoyado en la balaustrada de la terraza estaba Dexter que, asombrado, había dejado caer su copa al suelo.

—Erinn —jadeó.

Ella se puso en pie y él la cogió por la muñeca evitando su marcha.

—Suéltame, por favor.

—¿Es cierto? —La miró algo triste—. ¿Llevas al bastardo de Glenfinnan?

Aquella descripción la hizo enfadar zafándose de su agarre de un fuerte tirón.

—No es problema tuyo.

Dexter se pasó la mano por el pelo.

—Sé sensata, Erinn. Es un hijo ilegítimo, sin derechos, al igual que tú.

—¿Qué pretendes diciéndome todo eso?

Él se acercó más a ella, con sus ojos negros brillando como la noche, y Erinn empezó a notar el gélido frío del invierno sobre su piel desnuda.

—Te mereces algo mejor y yo puedo dártelo.

—No... —murmuró dando un paso atrás.

—Erinn, cástate conmigo.

Como si todo su mundo se estuviera desmoronando por segundos, Erinn negó con la cabeza y salió corriendo de nuevo al salón, dejando atrás a un abatido Dexter.

Necesitaba encontrar a Kylan y decirle lo que acababa de descubrir.

No tardó demasiado en dar con él, junto una de las puertas del salón de baile. Allí, hablaba con Oliver que, a pesar de llevar su capa y sombrero, dejaba a la vista su rostro preocupado.

Los camareros, las parejas que bailaban animadas y algunas personas que, a su paso, la saludaban, ralentizaban su avance por la enorme habitación.

De pronto, el mayordomo le entregó a Kylan su sombrero y su capa verde y, sin que ella pudiera evitarlo, se marchó con su socio.

—¡Aquí estás, querida! —murmuró Rosslyn arrastrando un poco las palabras—. Kylan me

ha pedido que le disculpara, tiene un asunto urgente que atender y ha tenido que marcharse con urgencia.

—¿Sabes dónde ha ido?

La mujer soltó un leve hipo y sonrió.

—Creo que ha comentado algo de un corredor... ¿o era un callejón?

Sin perder un solo instante, Erinn cogió con las dos manos la falda de su vestido y empezó a correr atravesando el salón a toda velocidad y llegando al hall en un segundo.

—¿Señorita? —La miró alterado el mayordomo mientras aún sostenía abierta la puerta.

Ella se asomó justo para ver cómo un carruaje de alquiler se perdía entre las sombras de un oscuro camino.

—Necesito un caballo.

El mayordomo parecía sobrecogido.

—¿Ha venido usted a caballo?

—No, pero necesito uno.

El hombre boqueó como un pez fuera del agua, mientras ella volvía la vista a la oscuridad de la noche.

—Podemos poner a su disposición el carruaje de Lady MacAdam si eso la ayuda pero, dada la climatología de esta fría noche, le recomiendo que espere dentro ya que tardaran unos minutos en prepararlo.

—¡No! —ella sonó desesperada—. Necesito el caballo más rápido que tenga.

Su mente se puso a pensar con la velocidad de un rayo. Si Kylan estaba en un carruaje con Oliver, Caronte estaría en los establos con el resto de los caballos de los invitados.

Sin pensarlo un segundo, salió corriendo hasta las caballerizas, donde esquivó a un mozo que llevaba una enorme bala de heno.

—¡Caronte! —Corrió entre las cuerdas—. ¡Caronte, bonito! ¿Dónde estás?

Como de costumbre, el relinchar del caballo respondiendo a su pregunta le indicó dónde estaba.

Corrió hasta él y, sin pensarlo, abrió la puerta tirando de las riendas.

—Señorita —La miró el mozo algo nervioso—. No creo que sea buena idea, no tiene silla de...

Sin hacer caso al chico, subió a lomos de Caronte y, azuzándolo, emprendió la marcha hacia donde había desaparecido el carruaje.

Los latidos de su desbocado corazón resonaban a la vez que los veloces cascos de Caronte por las empedradas calles de Edimburgo.

Se sentía estúpida por no haber obligado a Kylan a leer la carta donde le informaba de su intento de asesinato y, cuando lo meditaba, aún se sentía más estúpida por no habérselo dicho ella misma. Quizás no la habría creído, o tal vez habría pensado que estaba loca y la habría encerrado en un manicomio, pero cualquiera de esas alternativas era mejor que pensar que justo en aquellos instantes podrían estar asesinándole.

Unas lágrimas cálidas surcaron sus heladas mejillas por el gélido viento que parecía cortar su piel como miles de alfileres.

Debía llegar a tiempo. Aquello no podía terminar así.

La visión de Glenfinnan degollado sobre el suelo de la tienda en el callejón subterráneo la hizo azuzar más a Caronte mientras ascendían por una calle en curva que daba directamente a la *Royal Mile*.

De un saltó, bajó del caballo y, sin preocuparse por dejar a Caronte bien amarrado a una farola cercana, se adentró jadeante por el oscuro y lúgubre callejón.

A aquellas horas de una noche de Navidad, el silencio en las calles era aterrador y, sin una luz que iluminara su camino, el descenso hasta el callejón se hizo lento y peligroso.

El olor a humedad la golpeó en cuanto se adentró por la calle principal y, aferrándose a las rocas de la pared, ya que sus delicados zapatos de baile de raso resbalaban contra los húmedos adoquines, localizó el único comercio que a esas horas aún tenía luz.

Frente a ella, la puerta de la tienda se abrió dando paso a dos hombres vestidos de uniforme que sacaban un cuerpo sin vida sobre una camilla de madera.

Un grito de horror se quedó atrapado en su garganta, cuando uno de ellos tapó el cadáver con una capa de color verde.

Sin poder evitarlo, se dejó caer contra la pared resbalando hasta el suelo mientras, incapaz de respirar, sus ojos se llenaban de amargas lágrimas.

Había llegado tarde.

Unas fuertes manos rodearon su cintura y la atrajeron contra un cálido pecho.

—¿Qué haces aquí?

Ella intentó hablar pero sólo salían sollozos ahogados de su boca.

Pestañeó con fuerza limpiando un poco sus ojos y enfocando su visión justo a tiempo para ver a un hombre negro que emergía de entre las sombras.

—Llévatela, no deben verla aquí.

Oliver rodeó la cintura de Erinn, obligándola a caminar hacia la salida, mientras los ojos de ella, fijos en el cuerpo sin vida de Kylan, ardían con sus lágrimas.

XLVIII

Tras la abrupta marcha de la fiesta de Erinn, Dexter, incapaz de seguir de buen humor, se encaminó por el pasillo dispuesto a refugiarse en la biblioteca con una buena copa de whisky pero, antes de que llegara, una joven criada, la más reciente en el servicio de la casa de los MacAdam, salió con pasos rápidos de una puerta para el servicio camino al despacho de su padre.

—¿Dónde está el fuego?

La chica de enormes ojos azules y rostro lleno de pecas le miró nerviosa mientras se quedaba paralizada ante él, retorciendo un sobre entre sus manos.

—No te asustes, yo no soy como mi padre, un viejo amargado que no sabe cómo mantener su estatus a flote.

Nerviosa por la mirada de Dexter, la joven tiró la carta al suelo y él la recuperó al vuelo leyendo el destinatario.

—¿Seguro que es para él o para mí? Ambos somos Lord MacAdam —Inspeccionó el sobre cerrado con un curioso lacre violeta con destellos verdosos y un intenso olor a incienso—. ¿Es de la gitana?

—Sí, señor, la acaban de entregar hace tan sólo unos minutos —su voz sonó como un susurró.

Dexter se apoyó contra la pared jugueteando con el sobre.

—Esta carta es para mí —Sonrió con un punto lascivo—. La gitana y yo mantenemos... correspondencia.

Sin que la joven pudiera decir nada más, Dexter se encaminó hacia la biblioteca mientras, con descaro, abría la carta y la leía.

La niebla del bosque envolvía la caravana de Grizel que, aparcada en el mismo sitio de siempre donde lo hacía cuando Dexter solía visitarla en Edimburgo, parecía esperarle.

Con un par de golpes secos en la puerta, anunció su llegada.

—Adelante, amor mío —murmuró sin necesidad de mirar por la ventana.

Dexter entró y, bajo la atónita mirada de ella, se quitó el sombrero y su capa de lana negra.

—Mi pequeño lord —Se puso en pie coqueta—. Qué sorpresa.

Él esquivó una caricia de la gitana y se sentó en una butaca frente a la mesa donde ella ejecutaba sus predicciones.

—Siento no ser el MacAdam que estabas esperando.

Disimulando una risa nerviosa, ella le acarició el cabello mientras recolectaba algunas hierbas secas que colgaban de una cuerda del techo.

—¿No estarás celoso de tu padre?

—Celoso no es la definición acertada.

Ella llenó de agua una tetera de hierro que puso sobre un pequeño quemador de aceite.

—Jamás te he jurado fidelidad. Mi corazón es libre y mi amor abarca para todos los

MacAdam, sean grandes o pequeños lords.

Durante unos segundos, Dexter pensó en los encuentros con la gitana.

—¿Por eso me llamabas pequeño lord?

Ella se mordió el labio con lujuria mientras comprobaba la temperatura de la tetera.

—Tan perspicaz e inteligente como siempre —jadeó—. Podría comerte ahora mismo.

Mientras contoneaba las caderas, preparó dos tazas de té humeantes sin que Dexter pudiera ver qué echaba dentro de cada una.

Se sentó frente a él y le tendió una.

—Té de menta con esencia de jengibre para mi pequeño lord.

—Suenas delicioso —Lo dejó sobre la mesa con un poco de desden.

Ambos intercambiaron una mirada tensa.

—Vengo a decirte que, lamentablemente, mi padre no ha recibido esto —agitó la carta frente a los ojos de ella—. Y, en consecuencia, aún no sabe que *el Conde no es un problema y que pronto te podrá llamar Condesa* —citó la nota.

Ella tomó un sorbo de su té aún humeante.

—Bébetelo antes de que se enfríe.

Dexter tomó la taza entre sus manos y sopló el humo que salía de ella. Estaba aún muy caliente.

—¿De qué va todo esto? ¿Y qué tienes tú que ver con Glenfinnan?

Ella apuró su taza de té y se levantó para coger la tetera y rellenar su taza.

—Bébetelo y así te lo relleno también.

—Estoy bien, gracias.

Ella hizo una mueca y se giró dándole la espalda para maldecir en silencio mientras volvía a dejar la tetera en su sitio.

Cuando se dio la vuelta, sonrió al ver que Dexter estaba dando un pequeño sorbo de su taza.

Suspiró y se sentó frente a él.

—Por confesar los pecados —elevó su taza a modo de brindis y apuró su contenido de golpe, obligando a Dexter a hacer lo mismo.

—¿Así que me lo vas a confesar todo?.

—Si quieres.

—Por supuesto —Se inclinó hacia ella—. ¿Qué pretendéis tú y mi padre?

—Tan guapo pero a la vez tan inocente —se rió—. Hace años, tu padre vino a mí desesperado. Había perdido una gran suma de dinero jugando a las cartas y necesitaba saber cómo podía volver a recuperar toda su fortuna. Por aquel entonces, recuerdo que el pobre Conde de Glenfinnan acababa de enterrar a su esposa y a su hijo recién nacido, por lo que de un plumazo el linaje del Conde había quedado destruido.

>>Tu padre fue intensificando sus visitas a mi caravana cada vez más, hasta que no sólo venía a mí por mis predicciones. Una noche, tras la noticia de que el Conde había encontrado una nueva esposa, forzado por la presión de perpetuar su título, tuve una idea. Si el Conde jamás concebía un heredero, toda su fortuna pasaría al siguiente MacAdam.

—Mi padre —susurró Dexter sintiéndose algo nervioso y acalorado.

—Así que usé a una de las criadas del Castillo de Delfryn, la pobre y fiel Anne, para que envenenara el té del Conde. Era una tarea muy fácil, ya que él siempre tomaba el té de la misma tetera cada noche.

>>Pero el destino es caprichoso y justo la noche que la criada mezcló el veneno con su té, Glenfinnan, en un alarde de caballerosidad, se lo ofreció a su esposa enferma de gripe y, de

pronto, contando con dos esposas fallecidas a sus espaldas, el rumor creció solo, sin que yo tuviera que esforzarme demasiado. La leyenda del conde maldito se extendió por todas las tierras altas hasta que, un día, el pobre diablo vino a mí y yo terminé por verificar su maldición.

Dexter se incorporó en su asiento cada vez más agobiado. Sentía que le faltaba el aire.

—Si se creía maldito, jamás volvería a casarse y, por supuesto, no tendría hijos.

—Qué listo es mi pequeño lord —Grizel se levantó y abrió una de las ventanas para sentir el frío de la noche sobre su rostro aumentando el dramatismo de su relato—. Lamentablemente, volvió a casarse. Pobre, pobre Sabine. Aquella belleza rubia era sólo eso, belleza. Como consecuencia, fue facilísimo manipularla para que creyera que en pocos meses moriría tras la boda. Lamentablemente, su padre la forzó a casarse con Glenfinnan y presa de la tensión de la maldición y de un marido irascible... —hizo una curva con su mano hasta que se estrelló contra la mesa— nos lo puso fácil y saltó del acantilado.

—¿Y qué pasa con Erinn? —Dexter cerró los puños con fuerza.

—Esa maldita huérfana entrometida —bufó y se sentó dejándose caer en la butaca—. Al principio, supuso un riesgo, parecía que Glenfinnan estaba sintiendo cosas por ella, por eso me encargue de sonsacar cosas a la doncella que le asignaron, mi fiel Anne, y de esa manera hice que un ladrón se hiciera pasar por su marido y la alejara de Glenfinnan. Pero la muy ramera, no sé de qué manera, consiguió sobrevivir a las calles y volvió con él pero, como siempre —sonrió perversa—, Glenfinnan volvió a mí para consultarme si ella estaba en peligro. Así que, simplemente, me aseguré de que no se casara con ella.

—Sin una condesa oficial, no hay linaje.

—Exacto —Le guiñó un ojo.

Dexter, algo aturdido por toda aquella información, se puso en pie con algo de dificultad. Se sentía mareado.

—¿Qué pasaría si Erinn estuviera embarazada?

—¿Lo está? —pareció sorprendida.

—Lo está —Se apoyó con fuerza en el respaldo de la butaca.

Grizel se apartó los rizos de su nuca, que empezaba a estar empapada. La conversación estaba siendo tensa.

—No será más que un bastardo y, sin un padre que le reconozca, no será nada.

—Por mucho que haya rivalizado con Glenfinnan a lo largo de los años, sé que es un hombre de honor y reconocerá a ese niño.

—No si está muerto.

Dexter se sintió débil de repente y volvió a sentarse.

—¿Muerto?

—La nota para tu querido padre —Cogió el papel de la mesa con un movimiento lento y lo leyó—: *Glenfinnan ya no será un problema esta noche y pronto seré tu condesa.*

—¿Qué habéis hecho? —se puso en pie.

Ella llenó de aire sus pulmones y tosió un poco, el incienso la estaba agobiando.

—Siempre he dicho que ese afán de Glenfinnan por rescatar negros sería su final —volvió a toser un poco mas fuerte.

—¿Cómo es posible que me lo cuentes todo así, sin inmutarte un ápice?

Ella entrecerró los ojos.

—Porque esa información no saldrá de aquí y morirá contigo —señaló la taza de té que Dexter tenía en frente.

—Has...

—¿Envenenado tu té? —Se levantó y se sintió mareada, sin duda se había levantado muy rápido—. Sí.

Dexter la miró con una expresión fría.

—Es una suerte que jamás me haya fiado de ti y que cambiara las tazas.

—¿Qué? —se llevó la mano a la garganta sintiendo cómo se le cerraba—. Dexter...

Sin perder un solo segundo, él salió de la caravana y se montó en su caballo. Quizás era tarde pero debía evitar el asesinato de Glenfinnan.



XLIX

Tras haber barajado diferentes opciones y teniendo en cuenta que, aquellas horas de la madrugada, la fiesta de Navidad de su madre, ya habría finalizado, Dexter se detuvo frente a la casa de Kylan con la esperanza de evitar el plan de Grizel y su padre. Desmontó de un ágil salto y el mayordomo abrió al instante como si le estuviera esperando.

—Lord MacAdam —el hombre parecía descompuesto—. Si me permite decirlo, lamento su pérdida.

El suelo pareció de gelatina bajo los pies de Dexter.

—¿Dónde está mi tía? —Entró dejando a un lado al mayordomo.

—Me temo que milady descansa en sus aposentos, el doctor Anderson le ha administrado un

sedante bastante fuerte.

Dexter miró desesperado por los pasillos.

—¿Y la señorita Burton?

—En el salón de té, milord.

Sin esperar a que el mayordomo le acompañara, corrió por el pasillo mientras el pulso le martilleaba en las sienes.

Glenfinnan estaba muerto.

Sin llamar, abrió la puerta del salón e incapaz de entrar observó la escena.

Tumbada en un diván, Erinn parecía dormida hecha un ovillo. Frente a ella, varios pañuelos de tela estaban hechos una bola. Su nariz enrojecida no dejaba lugar a dudas sobre su pérdida.

Algo se partió en su interior, sintiendo que, por su ego y su absurda rivalidad infantil con Glenfinnan, había dejado de lado a su primo, siendo en parte culpable de su asesinato.

Oliver se levantó de un sillón orejero que había frente al diván y le dedicó una mirada fría y profunda.

Con la lentitud de un felino que acecha a su presa, dejó un vaso con whisky sobre la mesa y, clavando sus ojos miel en los de Dexter, salió del salón y cerró la puerta dejando a Erinn sola.

—¿Está bien? —fue lo único que pudo decir Dexter.

—Algo sedada y agotada de llorar —apretó la mandíbula protector—. ¿Qué quieres?

Dexter llenó de aire sus pulmones y alzó la barbilla seguro de sí mismo y con una creciente sed de venganza corriéndole por la venas.

—Oliver, necesito hablar contigo.

El mundo se había vuelto un sitio irreal, lleno de gente que se compadecía de ella, de un ir y venir de flores con notas de condolencia y de un dolor arraigado en el centro de su pecho que amenazaba con tragarla viva como un agujero negro.

La única manera de liberar algo de presión, era llorar.

Lloró aquella mañana al despertar en su habitación sola, tras el desayuno al pasar por la puerta cerrada del despacho de Kylan y a media tarde cuando un enorme ramo de rosas de invierno con un lazo negro y uno a cuadros azul, verde y blanco, representando el tartán del clan de los MacAdam, había sido entregado a Marryanne cuando tomaban el té en el salón.

La madre de Kylan, por el contrario, se mostraba fría y distante, pero serena. Estaba claro que el hecho de haber perdido a un marido, a varias nueras y a un nieto, la habían curtido tanto que, ahora, la muerte de su único hijo no la hacía llorar tanto como a Erinn.

Tras una ligera cena de la que fue incapaz de probar ni un solo bocado, Erinn se disculpó y se dispuso a ir, como un alma en pena, a su habitación.

Debía intentar descansar para enfrentarse a la mañana siguiente a uno de los momentos más duros de su vida, el funeral de Kylan.

Justo antes de que abandonara el pasillo y se encaminara hacia la enorme escalera para subir a las habitaciones, una puerta para el servicio se abrió sin hacer ruido y una mano tiró de ella, encerrándola en un estrecho corredor con un hombre vestido con una capa oscura y un sombrero calado hasta los ojos.

Abrió la boca para gritar, pero una mano selló sus labios.

—Tranquila —Unos dulces ojos miel brillaron—. Siento haberte asustado.

—Oliver —jadeó—. ¿Qué haces?

—¿Confías en mí?

—Por supuesto, pero...

Sin decir ni una sola palabra más, rodeó los hombros de Erinn con una capa negra y cubrió su cabeza con la capucha, para después llevarse un dedo a los labios, indicándole que no hiciera ruido.

Desorientada y algo confundida, Erinn dejó que Oliver la cogiera de la mano mientras la guiaba por el pasillo que llevaba directo a la cocina.

—No te muevas —susurró tan bajito que apenas fue un movimiento de labios.

Ambos se quedaron tras unos sacos de harina y unos barriles de vino, amparados por las sombras a la espera de que la ayudante de la cocinera se metiera en la despensa.

Cuando la cocina estuvo despejada, Oliver tiró de ella obligándola a correr un poco, hasta que llegaron a una puerta de madera de aspecto sencillo.

La abrió sin dificultad y, tras revisar que Erinn estaba perfectamente cubierta por la capa, salieron a un callejón.

—Corre —le susurró.

Casi sin darle tiempo a reaccionar, Erinn empezó a correr hasta que llegaron al cabo de una calle donde un joven mozo, abrigado con una gruesa bufanda de lana, sostenía las riendas de un caballo.

—Gracias, Edgar —Oliver dejó en las manos del chico una bolsa con monedas—. Vamos, Erinn.

Saltó a lomos del caballo y le tendió la mano para ayudarla a subir.

—¿Qué...?

Sin dejarla terminar de hablar, azuzó al caballo, que emprendió un furioso galope por la calle obligando a Erinn a cogerse de la cintura de Oliver con todas sus fuerzas.

Veinte minutos más tarde, se adentraron por un oscuro bosque donde los sonidos de los animales parecían mucho más tétricos de lo normal.

Percibiendo la tensión en su cuerpo, Oliver palmeó la mano de Erinn.

—Ya casi hemos llegado —le indicó una luz no muy lejana, que provenía de una modesta casita de madera.

Sin saber por qué, Erinn empezó a ponerse muy nerviosa, tanto que, para cuando Oliver la ayudó a bajar de su caballo, temblaba como una hoja.

Sin decir nada, él ató su caballo a la valla de madera que rodeaba la casa, justo al lado de otros dos, a los que Erinn apenas prestó atención, ya que sus ojos estaban fijos en la luz que se filtraba por las cortinas de la casa.

Oliver la empujó con delicadeza para que se acercara a la puerta y, sin llamar, abrió.

Frente a ella, una enorme habitación, medio salón medio cocina, le daba la bienvenida con la anaranjada luz de una chimenea de piedra y algunas velas. Frente al fuego y de espaldas a la puerta, había un par de sillones orejeros y, entre ellos, de pie con un brazo apoyado sobre el alfeizar de la chimenea y bebiendo una copa, estaba un despreocupado Dexter que no tardó en posar sus ojos en ella.

Cuando Oliver cerró la puerta tras Erinn, dio un respingo, en especial cuando un fornido hombre de color se le acercó sonriente.

—Aquí la tenéis —Oliver parecía de muy buen humor.

Ella miró a los tres hombres que la inspeccionaban con detalle.

—Dame tu capa, preciosa.

Sin poder poner objeción, Kofi le quitó la capa a Erinn, que instintivamente se cruzó de brazos sin poder adivinar qué pasaba.

—¿Os ha seguido alguien?

Aquellas palabras dejaron a Erinn sin respiración, no tanto por su significado, sino por la voz que las había pronunciado.

—No —Oliver se acercó a una mesa cercana a la chimenea y se sirvió una copa—. Me he asegurado de ello.

De uno de los sillones, emergió una figura masculina, alta y fuerte, de pelo de fuego y brillantes ojos de acero.

Erinn jadeó y Kofi la sostuvo por la cintura para que no cayera. Sus piernas no le respondían.

—¿Estás...?

Él sonrió mientras se acercaba a ella y la abrazaba con fuerza.

—Estoy bien, mi amor —Inspiró el perfume de sus cabellos—. Siento haberte hecho pasar por esto, pero no había otra manera. Todo fue muy precipitado.

Ella se despegó con los ojos llorosos y le acarició la cara con las manos.

—Kylan —susurró.

Sin importarle nada más que no fuera él, le besó con pasión mientras ceñía el abrazo hasta que prácticamente les fue imposible respirar.

—Estás vivo —jadeó volviéndole a mirar mientras se apartaba un paso.

Él sonrió.

—Lo estoy.

De pronto, la expresión de Erinn cambió por completo y, alzando su mano en un movimiento seguro y rápido, abofeteó a Kylan, que abrió la boca asombrado.

Kofi no pudo evitar una carcajada, mientras que Dexter y Oliver intercambiaron una mirada de sorpresa.

Kylan soltó el aire lentamente mientras una leve sonrisita se dibujaba en sus labios.

—Creo que me lo tengo merecido.

—Jamás vuelvas a hacerme nada parecido —le riñó ella indignada mientras le amenazaba con un dedo.

—Te lo prometo —Se inclinó como si hiciera una reverencia y le besó la mano.

Ella pareció volver a relajarse y se dejó llevar por él hasta uno de los sillones donde, sin ningún pudor dejó que Kylan la sentara sobre sus rodillas y la abrazara, estrechando mucho la distancia entre ellos.

Kofi se dejó caer en el sillón colindante, mientras que Oliver y Dexter les observaban de pie apurando sus copas y disfrutando del calor de las llamas.

—Antes de nada, quiero presentarte oficialmente a Kofi.

—Es un placer conocer a la joven que ha devuelto la alegría a la vida a Lanlan —Le guiñó un ojo.

Ella se limitó a sonreír.

—Lo mismo digo —Tragó saliva sonoramente—. Y bien, ¿quién me va a explicar qué es lo que está pasando?

Oliver sonrió con orgullo por lo directa que era ella y Dexter enarcó las cejas mientras miraba a su primo.

—Está bien, empezaré yo —Ella miró a Kylan prestándole toda su atención—. Hace algunos meses, Oliver empezó a seguir la pista de un herrero que mantenía un negocio clandestino en el Mary King's Close. Lo que nos interesó de aquel tipo no fue lo que vendía, sino a quién tenía

empleado en su negocio.

—¿Un esclavo negro? —murmuró ella esperando no ofender a Kofi.

—Exacto. Así que, siguiendo el protocolo habitual, empezamos todos los trámites para entregarle una carta de libertad, pero justo hace unos días, cuando nos disponíamos a hacerlo, tuvimos la suerte de que Oliver recibiera esto.

Su socio sacó de su bolsillo la carta que había escrito Erinn.

—Una nota anónima donde nos alertaban de que alguien pretendía asesinar al Conde de Glenfinnan en el Mary King's Close —Oliver le enseñó la carta a ella, que simuló asombro.

—Así que, tras algunas horas de vigilancia, sobornos y alguna pequeña extorsión por parte de Oliver —Él se fingió inocente poniendo los ojos en blanco—. Supimos que alguien estaba sobornando al esclavo del herrero para que me asesinara en cuanto yo apareciera por la herrería.

Erinn sintió un escalofrío por la espalda y Kylan empezó a acariciarle la nuca de manera instintiva para tranquilizarla.

—Por suerte, no hay nada equiparable a liberarse de la esclavitud, así que Oliver le entregó la carta de libertad junto con el doble del soborno que le habían prometido y que, dicho sea de paso, fue una cantidad bastante pequeña para comprar mi vida.

—¿Y os dio el nombre de quién planeaba matarte? —murmuró ella.

—No, por desgracia nunca le vio la cara ya que se encargó de contratarle entre el anonimato de las sombras del callejón —comentó Oliver despreocupado.

Erinn se removió nerviosa.

—Pero, si ya no existía peligro, ¿por qué fingir tu asesinato?

—No existía riesgo en el Mary King's Close pero, créeme, el peligro seguía estando ahí —sentenció Dexter con un punto amargo en su voz.

—Exacto, alguien me quería muerto y la única manera de saber quién, era fingiendo que su plan había salido perfectamente.

Oliver se pasó la mano por su rubio cabello despeinándolo con gracia.

—Así que nos pusimos manos a la obra —Miró a Kofi—. Mientras Glenfinnan se paseaba por toda la ciudad simulando ultimar los detalles para entregar aquella noche la carta de libertad al esclavo, yo tuve un espléndido detalle de Navidad con el herrero, emborrachándole y llevándole a la otra punta de la ciudad, donde algunas señoritas de reputación dudosa le entretuvieran hasta el día siguiente.

Erinn soltó una leve risilla por la descripción de Oliver, que atrajo una discreta mirada de deseo por parte de Kylan.

—El resto fue bastante fácil. Oliver y yo nos disfrazamos para parecernos al herrero y a su esclavo —Kofi soltó un bufido—. A veces es una suerte que a algunos blancos los de mi raza les parezcamos todos iguales.

—Pero... —Erinn respiró profundamente intentando no recordar demasiado—. Yo vi mucha, mucha sangre.

—Era de cerdo —Oliver le guiñó un ojo.

—Llevaba una bolsa de cuero claro, casi del color de mi piel, llena de sangre y estratégicamente atada a mi pecho y a mi cuello.

—Un cuchillo de punta roma... —dijo Kofi.

—Un par de policías que curiosamente montaban guardia por el callejón y que conozco de las tabernas del puerto...—completó Oliver.

—Y el Conde de Glenfinnan estaba muerto —susurró Erinn sin saber si estar asombrada o enfadada—. Supongo que la persona que planeó tu asesinato quiso verlo para asegurarse de que

se cumpliera y aquella noche estaba en el callejón.

—Estaba —murmuró Oliver—. Pero sólo llegamos a ver que era una mujer.

Durante unos minutos, el silencio se hizo en la habitación, mientras Erinn procesaba todo lo que le habían explicado y llegaba a sus propias conclusiones.

—Entonces —miró a Kylan asustada—. ¿No sabes quién desea tu muerte?

—Ahí es donde entro yo —Dexter alzó su copa y bebió hasta apurar su contenido—. Como supongo que ya te habrá dicho, mi sufridora madre, mi padre y yo discutimos bastante por temas económicos. Hace años que me peleo con él para que deje de gastarse mi herencia en las mesas de juego y últimamente había arriesgado tanto que estábamos al borde de la quiebra. Al principio, me presionó bastante para que me casara y tuviera un heredero, de esa manera y apelando a la maldición de Glenfinnan pretendía obligarle a renunciar a su título de Conde y, con él, a todos sus bienes e inmuebles, que pasarían directos a mí, que sin duda me encargaría de mantener a mi familia a flote.

—Eso es mezquino —se quejó Erinn mientras Dexter asentía.

—Por eso, cuando me negué, empezó a trazar un nuevo plan involucrando a una mujer. Grizel.

—¿La gitana? —Erinn cerró los puños alarmada—. Ella era la mujer del callejón.

—Eso creemos —sentenció Kylan.

—La noche de la fiesta de Navidad, justo después de nuestro pequeño encuentro en la terraza, sentí que no tenía ganas de celebraciones, así que me fui a la biblioteca, pero por el camino tuve la suerte de tropezar con una joven criada que llevaba una nota de Grizel para mi padre informándole de la muerte de Glenfinnan.

Erinn se irguió sobre las rodillas de Kylan poniendo en peligro su equilibrio.

—¿Por qué Grizel quería informar a tu padre de...? —dejó de respirar un segundo mientras ella misma se contestaba a la pregunta—. ¡Oh, Dios mío! Tu tío intenta asesinarte para quedarse con tu título y tu fortuna.

Kylan asintió.

—Pero jugamos con ventaja —murmuró Oliver.

—Le cree muerto —susurró Erinn—. Simplemente, hay que hacer que confiese o que hable de más.

—O pillarle cuando intente eliminar los cabos sueltos —murmuró Dexter con un punto de amargura en su voz.

Los ojos de los cuatro hombres se posaron en ella con diferentes expresiones, todas ellas fruto de la lástima.

—No comprendo, ¿qué cabo suelto? —rió nerviosa—. Me miráis como si eso tuviera que ver conmigo.

Kylan le acarició la mejilla, para luego deslizar su mano sobre su barriga.

—¿Lo sabes?!

—A estas alturas, con la discreción del servicio, todo Edimburgo sabe que la amante del Conde de Glenfinnan espera a su bastardo.

—¡Dexter, no le llames así! —rugió ella protectora—. Entonces, estáis insinuando que yo...

—Es peligroso y si hubiera otra alternativa no dejaría que lo hicieras —le susurró Kylan casi en el oído—. Pero, por mucho que lo hemos pensado, creemos que es la única manera de desenmascarar a mi tío.

Ella se limitó a dejar la mirada perdida en las llamas de la chimenea.

—Grizel también irá a por mí —susurró.

Dexter miró por la ventana donde empezaban a caer nos delicados copos de nieve.

—Ella ya no será nunca más un problema.

La mirada intensa que él le dedicó a Erinn la hizo entender perfectamente sus palabras sin querer saber muchos más detalles.

—Estarás constantemente vigilada por mí y por Kofi —Oliver intentó tranquilizarla.

—Y, sin duda, puedes contar también conmigo —Dexter bajó la cabeza abatido.

Erinn tomó una profunda bocanada de aire.

—Está bien —habló serena—. Contad conmigo.

Kylan la estrechó entre sus brazos hasta que ella hundió su rostro en la curva de su cuello.

Oliver hizo una señal a Dexter y a Kofi.

—Dejemos un poco de intimidad a los tortolitos.

Cuando se oyó la puerta cerrarse tras ellos, Kylan tomó la cara de Erinn entre sus manos y la empezó a besar con una necesidad enfermiza.

—Dime —Bajó un segundo la vista hacia la barriga de ella—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —Le beso dulcemente—. ¿Dexter te lo ha contado?

Él asintió.

—No se lo tengas en cuenta, me lo dijo precisamente para protegerte.

—Para protegernos.

El gris de los ojos de Kylan pareció volverse más claro mientras sonreía.

—Erinn, hay algo más que me contó Dexter en relación a Grizel.

—¿De qué se trata?

—La maldición jamás existió —Hizo chocar suavemente sus frentes mientras cerraba los ojos—. Tal y como tú siempre me dijiste...

—Fueron un cúmulo de hechos desafortunados y mala suerte.

Se abrazaron con fuerza mientras Erinn sentía como la carga sobre los hombros de Kylan ya no existía.

—¿Sabes qué quiere decir eso?

—¿Que tú jamás hiciste nada malo?

—No —sonrió cómo un niño travieso—. Que en cuanto todo esto haya pasado, pienso llevarte derecha a la capilla de Delfryn para convertirte en mi esposa y en mi hermosa Condesa de Glenfinnan.

Ella sonrió y le besó con pasión.

—Es la proposición de matrimonio menos romántica de toda la historia —se burló.

—¿Quieres que me arrodille y te lo pida como es debido?

Ella inclinó la cabeza y empezó a reír cuando él hizo el intento de levantarse.

—No, quiero que me secuestres y te cases conmigo.

Sumidos en su felicidad, empezaron a besarse con pasión, hasta que un ligero carraspeo les llamó la atención.

—De veras que siento interrumpir —Oliver volvió a carraspear—. Pero Erinn y yo debemos volver a la mansión. Dentro de muy poco empezará a clarear y debemos evitar poner en riesgo nuestros planes.

De mala gana, Kylan y Erinn se pusieron en pie encaminándose hacia la salida.

L

Aquella mañana, tras no haber pegado ojo, Erinn se vistió, con la ayuda de Grace, con un traje de satén negro que complementó con un sombrero que dejaba caer sobre sus ojos un velo de color oscuro.

Tras algunos preparativos, la familia MacAdam al completo, junto con algunos invitados más de la alta sociedad y amigos íntimos de Glenfinnan, habían recorrido las dos horas de distancia hasta el Castillo de Delfryn.

Siguiendo sus deseos, Marryanne no había dudado en organizar el funeral en la discreta capilla del castillo y el posterior entierro en el mausoleo a medio construir de su hijo.

Cuando introdujeron el ataúd de Kylan, lleno de piedras, en el interior de la sepultura y cerraron la obertura con una preciosa lápida de mármol blanco. Rosslyn se lanzó a los brazos de Dexter llorando desconsolada, mientras algunas damas más se unían a ella.

Erinn, de pie junto a una impertérrita Marryanne, empezó a sentirse mal por el dolor de todas aquellas personas que rodeaban la enorme estructura de piedra lamentando la falsa pérdida del Conde de Glenfinnan.

Con la culpabilidad corriendo por sus venas, deslizó su mano enguantada hasta la de Marryanne, en un intento de reconfortarla. Ella giró la cabeza lentamente y se limitó a sonreírle de una manera que Erinn no supo interpretar.

Tras unas oraciones por parte del párroco que había oficiado la ceremonia, todos los presentes se encaminaron lentamente al castillo menos Erinn que, inmóvil, no podía dejar de mirar la lápida con el nombre de Kylan.

Cuando el sonido del viento y un par de trinos de pájaros le indicaron que se había quedado sola, una apremiante necesidad de volver con los demás la hizo correr por el sendero de vuelta al castillo.

De pie, en la distancia, oculto tras un árbol, estaba Sigmund. Esperando paciente una oportunidad para deshacerse de ella.

Para cuando el reloj anunció las doce de la noche, la mayoría de los invitados se habían retirado a sus habitaciones para rehacerse del intenso día.

Erinn, alentada por Oliver, había expresado sus deseos a Grace de dar un paseo nocturno por el jardín, así que, a pesar de las objeciones de la joven doncella, ahora se paseaba por la hierba, cubierta de una fina capa de nieve recién caída, mientras se acurrucaba bajo una gruesa capa de lana con capucha que cubría su cabeza.

De no ser por el peligro de la situación, ella habría disfrutado de aquel paisaje.

La luz tenue de los faroles de aceite hacía brillar los cristales de nieve blanca sobre los setos perfectamente recortados del camino y, a pesar de que la noche no estaba clara del todo, la luz de la luna se filtraba tímidamente entre algunas nubes finas.

Obligándose a centrarse en la naturaleza de su paseo, limpió la superficie de un banco de

piedra, eliminando la nieve, y se sentó mientras fingía estar apenada.

Allí, a algunos metros de distancia de la casa principal, a altas horas de la noche y completamente sola y desprotegida, Erinn suponía un blanco perfecto para Sigmund.

Tras pasar más de cuarenta minutos, Erinn sintió un escalofrío y se acurrucó en el interior de su capa.

—Hoy no va a venir.

Erinn intentó no mirar hacia el interior de los altos setos que, tras ella, habían dejado filtrar las palabras de Kylan como un susurro del viento.

—Volveré a mi habitación —musitó entre los pliegues de su capucha.

Ante la atenta mirada de Kylan y Oliver que, ocultos entre la vegetación habían estado vigilándola, Erinn desapareció por una puerta doble de cristal.

La calidez del interior del castillo la reconfortó al instante y sintiéndose, por el momento, libre de peligro, se encaminó por las escaleras hasta su habitación, donde se cruzó con Kofi que velaba porque llegara sana y salva a su dormitorio.

Cuando cerró la puerta, observó su cama que parecía llamarla para un reparador sueño.

De pronto y sin saber de dónde, un golpe intenso en la cabeza la hizo perder el sentido.

El intenso y gélido viento que silbaba en sus oídos acrecentó un dolor de cabeza agudo que la hizo recobrar el sentido poco a poco, mientras era consciente de la humedad de la nieve que empapaba su vestido y del anguloso muro de piedra que se clavaba en su espalda.

Cuando consiguió enfocar su visión, vio a Sigmund de pie junto a ella. Vestía una capa azul oscuro que el viento se encargaba de hacer volar. Parecía aterrador.

Erinn, alarmada, empezó a buscar entre los pliegues de su capa y su vestido hasta dar con un bolsillo vacío y él chasqueó la lengua.

—¿Estás buscando esto? —En su mano, una pistola de empuñadura de plata labrada con incrustaciones de rubíes apuntaba directamente a su cara.

Glenfinnan le había dado su arma para que, llegado un caso de emergencia, ella pudiera defenderse.

Nerviosa, e intentando que sus piernas sostuvieran sus peso, se puso en pie escrutando su alrededor.

A lo lejos, se veía el Castillo de Delfryn, ligeramente iluminado por la luz cada vez más clara de un gris amanecer. Asustada, se giró para darse cuenta de que estaba sola con Sigmund en la enorme explanada del acantilado. Posó las manos sobre el bajo muro de piedra y dio un paso hacia atrás al sentir una sensación de vértigo que la abrumaba.

—Siento curiosidad —Bajó la pistola y la observó con detenimiento—. ¿Por qué una joven como tú llevaría un arma?

Ella palideció mientras, poco a poco, ponía más distancia entre ella, el precipicio y Sigmund.

—La he robado por las joyas —mintió nerviosa—. Dadas las circunstancias necesitare dinero.

—Chica lista —Volvió a apuntarla—. Lástima que no vayas a vivir.

Erinn volvió la vista hacia al castillo, estaba demasiado lejos como para que alguien pudiera oírla si gritaba.

—¿Vas a asesinarme? —su voz tembló.

—No, en realidad vas a saltar —hizo un gesto con la cabeza señalado el acantilado que estaba justo detrás de él—. Piénsalo, será una historia preciosa. La amante del difunto conde que, tras saber que estaba embarazada, decidió saltar al vacío y terminar con todo su sufrimiento.

Ella se irguió desafiante.

—No, no lo haré.

Él movió la pistola entre sus dedos.

—Saltarás tú o bien te dispararé y tiraré tu cadáver luego —se encogió de hombros, mientras Erinn se dejaba caer al suelo fingiéndose abatida—. Pero la verdad, preferiría no manchar mis manos de sangre.

Ella cerró sus puños sobre la blanca nieve, que empezaba a tener un grueso considerable.

—Tus manos ya están manchadas de sangre.

Por un instante, Sigmund pareció estar desorientado y Erinn aprovechó para lanzarle dos bolas de nieve consecutivas a la cara, para salir corriendo después.

Encolerizado, agitó la cabeza pestañeando para intentar apuntar eficientemente hacia Erinn, que cada vez estaba más lejos y disparó.

El enorme estruendo, seguido de un grito de furia que se perdió en instantes con el viento, hizo que ella se lanzara al suelo enterrando su cara sobre la fría nieve mientras contenía la respiración.

Movida por la urgencia de seguir con su huida y sabiendo que, por suerte, el tiro no la había alcanzado, se puso en pie con dificultad y miró hacia donde había estado Sigmund.

La sangre se heló en sus venas justo en el momento en el que sólo vio la pistola sobre el suelo.

Tras comprobar que él no podía haberse ocultado en ningún lugar, ya que la explanada no era más que una superficie de tierra sin edificaciones ni vegetación, se encaminó dando cautos pasos hacia el muro de piedra.

Sin atreverse a tocarla, se colocó junto a la pistola y se asomó ligeramente.

Allí, contando la historia de lo que acababa de pasar, un jirón de la capa azul oscuro de Sigmund se había desgarrado contra las afiladas rocas.

Miró de nuevo a la pistola y las palabras de Kylan vinieron a su mente: “cuidado con el retroceso”.

Dexter cerró la puerta tras de sí dejando a una desconsolada Rosslyn llorando en los brazos de Marryanne para encaminarse al despacho de Glenfinnan, donde su primo le estaba esperando.

Cuando se sentó junto a Kylan, éste le ofreció una copa.

—¿Cómo se encuentra?

Dexter bebió un largo sorbo de whisky como si aquello le ayudara a asimilar todo lo sucedido los últimos días.

—A pesar de las apariencias, mi madre no es una mujer frágil, lo superará. Creo que ha sido un acierto no contarle todo lo que mi padre hizo. De nada serviría que conociera todos sus pecados.

Kylan dejó vagar su mirada entre las llamas de la chimenea.

—Coincido con ello, bastante tiene pensando que su marido se ha suicidado por sus problemas económicos —suspiró—. Me hubiera gustado encontrar otro argumento.

—Ése era el único que salvaguardaba el honor de mi familia, la realidad es demasiado...

Ambos callaron durante unos minutos.

—Creo que está enfadada contigo por haber fingido tu muerte —sonrió sin humor—. Le expliqué que fue todo parte de uno de tus planes para liberar esclavos y, ya sabes cómo es, en cuanto algo se vuelve complicado de entender lo acepta sin más. Yo no me preocuparía demasiado, te perdonará, siempre has sido su favorito.

Kylan se incorporó en su asiento y se inclinó para mirar directamente a Dexter, que jugueteaba con su copa.

—Nunca fue mi intención enemistarme ni rivalizar contigo. A veces, es sencillo que una situación se te escape de las manos, en especial cuando es el ego quien manda.

—Éramos muy jóvenes e insensatos —Dexter le sonrió—. Ahora ya somos adultos y las cosas pueden ser diferentes.

Ambos volvieron la vista al frente y, sin decir nada más, disfrutaron de su compañía.



LI

Tan sólo tres meses después y coincidiendo con la llegada de la primavera, Delfryn parecía un lugar completamente distinto.

Marryanne y Rosslyn habían disfrutado preparando una gran boda en los jardines en flor del castillo, borrando así cualquier atisbo de lástima de sus corazones y confiando en que, desde aquel momento, la buena suerte reinaría entre los muros de aquel enorme lugar.

Tras una ceremonia íntima, los invitados se habían trasladado a un entoldado lleno de velas y flores, donde la comida, la bebida y la música animaban la feliz celebración.

En una enorme mesa llena de flores y comida, los recién casados disfrutaban de un pedazo de pastel de boda mientras reían entre bromas.

—¿Querido? —Kylan miró a su madre con una brillante sonrisa, parecía mucho más joven—. ¿Me prestarías a tu esposa unos minutos?

—Por supuesto.

Erinn sonrió a la que ahora era su suegra y tranquilamente la siguió hasta un extremo apartado del entoldado.

—¿En qué puedo ayudarte Marryanne? —comentó alegre.

Ella acarició el colgante de la rosa de invierno que descansaba sobre el escote de Erinn y sacó un paquete de entre los pliegues de su elegante vestido de fiesta.

—Tengo un regalo para ti, querida.

Erinn observó el paquete que ella le entregaba y, tras sonreírle, lo abrió con un par de movimientos. Ante ella, apareció un diario de piel de color azul con el dibujo de la rosa de invierno en color dorado repujado en su tapa.

—Es precioso, muchísimas gracias.

Marryanne sonrió ante la cordialidad de ella, estaba claro que no comprendía lo inusual del regalo.

—Apunta cada detalle, cada vivencia y cada nombre que no quieras que se te olvide —le susurró—. Los recuerdos de tu vida en 2018 desaparecerán por completo en unos meses.

Erinn palideció ante aquellas palabras y Marryanne sonrió dulcemente.

—La mujer de mi tienda... eras tú... ¿cómo es posible? —farfulló casi sin sentido.

Marryanne le acarició la mejilla y ella empezó a sentir una calma que la serenó.

—Verás, mi dulce niña, en este mundo no sólo hay brujas malas como Grizel.

Sin dejarla decir nada más y empujándola por la cintura, la llevó de nuevo con Glenfinnan, que se mostró curioso por el paquete que llevaba entre las manos.

—¿Mi madre te hecho un regalo de bodas?

Erinn miró a Marryanne, que parloteaba animada con Oliver cerca de la pista de baile, sintiendo una enorme felicidad fluyendo por su cuerpo.

—No sabía que nos harían regalos —ella le miró animada.

—Es una tradición, mi pequeña desconocida —La besó con dulzura—. Lo que me recuerda que, dada la ocasión, yo también debería hacerte un regalo.

Erinn abrió mucho los ojos sorprendida.

—¿Un regalo? —sonrió pícaro—. ¿Lo que yo quiera?

—Lo que más desees en este mundo.

Sin pensarlo, ella se inclinó y le susurró algo al oído que hizo que él pusiera una mueca de asombro.

—¿Quieres hacerlo con Oliver y con Kofi?

—Sí y también con Dexter. Se lo merece.

—¿Y quieres hacerlo hoy?

—Cuanto antes mejor, es algo que tengo ganas de hacer desde hace meses.

Poniendo los ojos en blanco le acarició la mejilla y dijo:

—Deseo concedido.

Una hora más tarde, los recién casados junto con Oliver, Kofi y Dexter, rodeaban el mausoleo de Glenfinnan llevando unos enormes mazos con ellos.

—¿Estáis seguros de esto? —murmuró Kofi al ver las trabajadas columnas.

—Completamente seguros —sentenció Erinn.

Dexter y Oliver intercambiaron una mirada cómplice y se encogieron de hombros.

—Será mejor que tú sólo mires —La besó mientras palmeaba su barriga que empezaba a mostrar una ligera curva.

Obediente, Erinn dio un par de pasos atrás y observó cómo, con precisos golpes por parte de todos ellos, empezaban a agrietar las columnas.

—¡Apartaos! —advirtió Kylan, cuando un trozo de piedra del techo cayó.

En apenas un segundo, toda la estructura se desmoronó levantando una densa nube de polvo que, al disiparse, dejó a la vista un amasijo de ruinas.

Todos ellos vitorearon animados ante su hazaña y Kylan sonrió a Erinn, que parecía exultante.

—¿Contenta?

Ella se acercó a él, le besó con pasión y le arrebató el mazo.

Con pasos cautos, se aproximó al montón de restos y apartó un par de trozos de la lápida del mausoleo.

Sin pensarlo, dejó caer el mazo sobre el mármol agrietándola y sonrió a Kylan y a sus amigos.

—Aquí jamás descansará el Conde de Glenfinnan.

52

Vergil

Castillo de Delfryn, 2019

Encendió una vela y la puso junto a una rosa sobre el alfeizar interior de la ventana de su habitación.

Hacía exactamente un año que Erinn había muerto en aquel castillo y, a pesar de que se conocieron sólo unas semanas, la consideraba una gran amiga y una gran pérdida.

Jamás llegó a perdonarse el haberla dejado allí sola, con su enfermedad que la llevó a morir sobre unas ruinas en mitad de los bosques del castillo.

—Lo siento, querida amiga —susurró con un hilo de voz.

De pronto, un cuadro mediano que estaba colgado junto a la ventana, cayó estrepitosamente al suelo.

Vergil se inclinó y lo recuperó observando la pintura. En él, un par de gemelos, niño y niña, jugaban con dos carlinos de color negro.

Animado ante la dulce imagen, se acercó al clavo de la pared de piedra, dispuesto a volver a colgarlo, pero sus ojos repararon en un grabado en una de las piedras con un sello celta que recordaba a una rosa.

Curioso, pasó los dedos por encima y presionó el dibujo sin saber exactamente por qué lo hacía. Tras un leve crujido, la piedra pareció quedar suelta y Vergil, algo nervioso, la sacó, revelando un hueco en la pared que contenía un fardo.

Decidido, lo sacó con cuidado y se sentó en la silla de terciopelo verde que había junto a un escritorio cercano. Posicionó el paquete sobre la mesa y, con mucho cuidado, tiró de la cuerda que lo envolvía, mientras intentaba no llenarse de polvo y telarañas. Cuando desenvolvió el papel, crujío como si fuera a desintegrarse, dejando al descubierto un pañuelo de hilo amarillento, que en su día había sido blanco, con las iniciales *EB* bordadas en él.

Lo apartó con cuidado, dejando al descubierto un diario de piel de color azul con el dibujo de la rosa de invierno en color dorado repujado en su tapa, que tenía aspecto de ser muy antiguo.

Abrió la tapa despacio y palideció al ver una carta sellada con lacre, con su nombre escrito con una preciosa caligrafía.

El corazón empezó a latirle rápido justo en el momento en el que la abrió y la leyó:

Mi querido Vergil,

Esto te sonará a locura absoluta, pero sé que nadie mejor que tú, amante de las fábulas, los fantasmas y las leyendas mágicas de Escocia, crearás mi aventura.

Aun no sé exactamente cómo y el porqué, dejaré que tú mismo saques tus propias conclusiones, pero tras mi muerte viajé al pasado, concretamente a 1832 y me encontré con el Conde de Glenfinnan.

Simplemente, quería decirte que, aunque por un breve lapso de tiempo, fuiste un gran apoyo y amigo para mí, justo en uno de los momentos más difíciles de mi vida, y que estaré eternamente agradecida por haberte conocido.

Sé que serán muchas las preguntas que estarán revolucionando tu cerebro ahora mismo y la historia es muy larga como para contarla por carta, por eso, te adjunto mi diario, donde he relatado cada uno de los detalles de mi apasionante aventura.

Deseo que seas tan feliz en el futuro como yo lo estoy siendo en el pasado.

Con cariño, Erinn.

Jadeante, Vergil se separó un poco de la mesa dejando caer la carta. Aquello no podía ser cierto.

Tras pasar algunos minutos calmando sus nervios mientras paseaba por la habitación, decidió sentarse de nuevo en el escritorio y, con la mente completamente receptiva, abrió el diario y empezó a leerlo:

Apoyé la cabeza contra la cristalera de la ventana del autocar y me dejé hipnotizar por las luces de los coches que, en dirección contraria, iluminaban como veloces y efímeras luciérnagas la autopista.

Poco me pensaba yo que emprendería un viaje a Escocia sola, gastando mis últimos ahorros, al igual que poco creía que no fuera a vivir lo suficiente para cumplir los veintidós años...

FIN

Descubre tu próxima lectura

Dianna M. Marquès

Un
Tè Inesperado
en 1816



HL